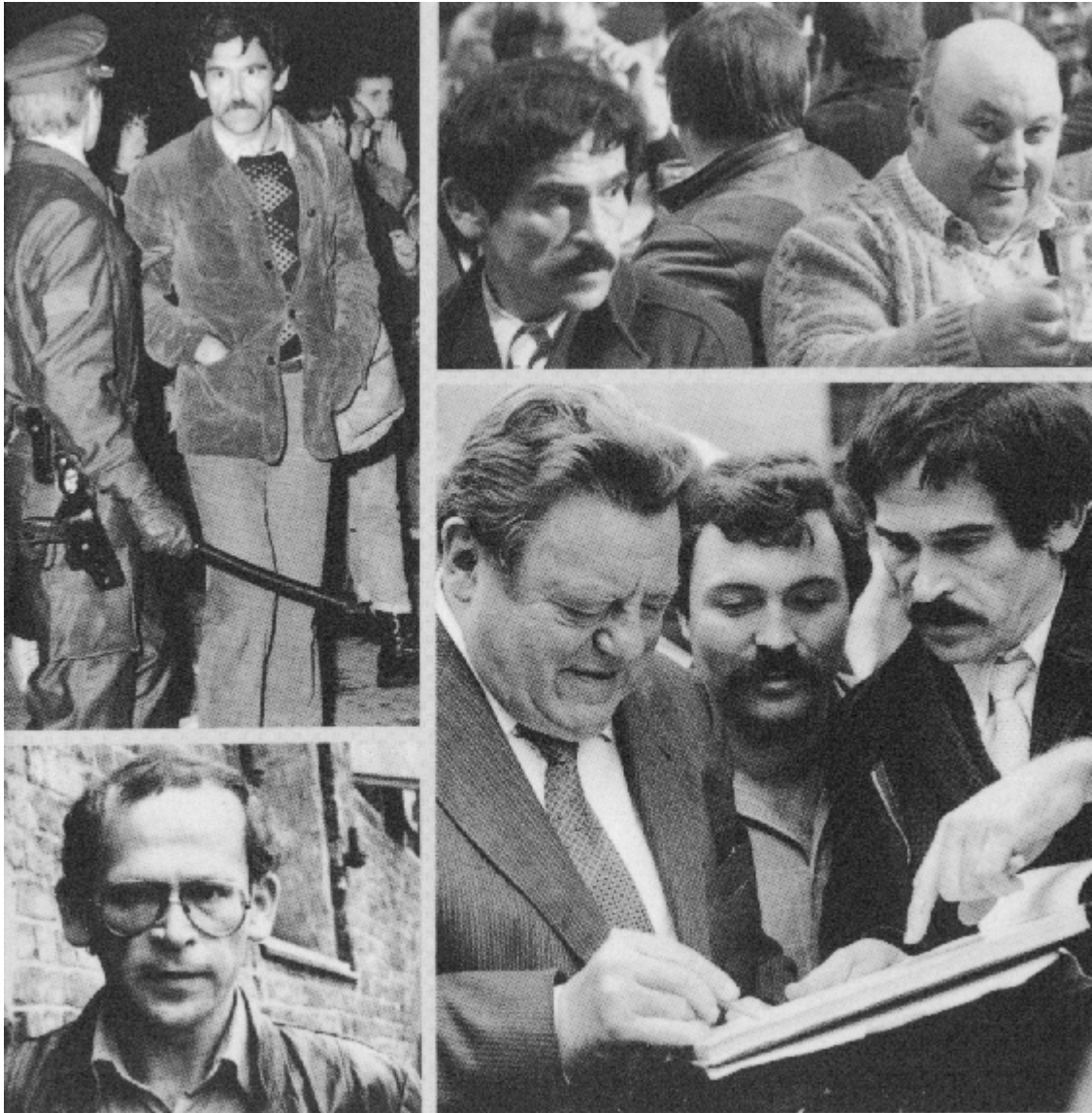


Günter Wallraff

CABEZA DE TURCO

(Abajo del todo)



<http://www.profesionalespcm.org/>



Günter Wallraff

Se trata de un verdadero periodista heroico por sus acciones y su generosidad sin límites que le llevó a prescindir hasta de tener vida propia. Durante más de 25 años fue capaz de transformarse —no de disfrazarse— de diferentes personalidades para introducirse en lugares y situaciones que de otro modo no hubiera sido posible. Vivía estas experiencias hasta el más profundo de los fondos, por muy duras que fuesen y por largo tiempo, incluso años. Este *periodista indeseable*, como él mismo se calificó en un recordado libro (1979), trabajó en una inhumana cadena de montaje de coches, se introdujo como paciente en un psiquiátrico, vivió como un mendigo, se hizo pasar por uno de esos pseudo-periodistas, llamándose Hans Esser, de la tremenda prensa sensacionalista alemana gobernada por Axel Springer. Durante cuatro meses de trabajo como pudo reunir material suficiente para revelar los trucos y mentiras, inventos y sucios métodos del sensacionalista y reaccionario *Bild Zeitung*, diario de más de 6 millones de ejemplares. En 1974 se encadenó a una verja en Atenas pidiendo libertades para el pueblo porque quería conocer cómo era la represión en la Grecia de la dictadura militar: fue detenido, torturado y condenado a 14 meses de cárcel de los que paso tres meses encerrado, siendo liberado poco antes de la caída del régimen. En 1976 se hizo pasar por un alemán rico y pro-nazi y descubrió de ese modo la intentona golpista de derecha del general portugués Antonio Spínola. Fue un empresario católico que sentía “escrúpulos de conciencia” y por eso fue a consultar sus dudas a once sacerdotes y obispos: *¿puedo vender napalm al ejército norteamericano en el Vietnam?*, les preguntó. Todos, sacerdotes y obispos, le aconsejaron que podía vender su química abrasiva y letal.

Günter Wallraff publicaba libros después con todas estas experiencias practicando así lo que él mismo asumió y defendió como un contra-periodismo formado por unos relatos cargados de sobriedad y documentados exhaustivamente. Gran parte de sus ingresos millonarios por sus libros los empleó en crear fundaciones —como el *Fondo de Solidaridad con los extranjeros*— para la defensa de los grupos de marginados que le sirvieron como modelo de sus denuncias. Otra parte de esas ganancias las tuvo que emplear para pagar los costes de sus innumerables procesos judiciales. Ha vivido oculto, amenazado y hasta con protección policial. Sus libros son la constatación de una realidad que es necesario saber, conocer y reconocer para luchar por su transformación.

Recopilado por el digitalizador
GAFP

Loa a la dialéctica

Con paso firme se pasea hoy la injusticia.
Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más.
La violencia garantiza: «Todo seguirá igual.»
No se oye otra voz que la de los dominadores,
y el mercado grita la explotación: «Ahora es cuando empiezo».
Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora:
«Jamás se logrará lo que queremos.»

Quien aún esté vivo no diga «jamás».
Lo firme no es firme.
Todo no seguirá igual.
Cuando hayan hablado los que dominan,
hablarán los dominados.
¿Quién puede atreverse a decir «jamás»?
¿De quién depende que siga la opresión? De nosotros.
¿De quién que se acabe? De nosotros también.
¡Que se levante aquel que está abatido!
¡Aquel que está perdido, que combata!
¿Quién podrá contener al que conoce su condición?
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana
y el jamás se convierte en hoy mismo.

Bertolt Brecht

*Para
Cemal Kemal Altun
Semra Ertan
Selcuk Sevinc
y todos los demás*

Agradezco aquí la ayuda de todos los amigos y colaboradores que contribuyeron a la preparación de este libro:

Levent (Alí) Sinirlioglu, quien me prestó su nombre,

Tañer Alday, Mathias Altenburg, Frank Berger, Anna Bódeker, Levent Direkoglu, Emine Erdem, Hüseyin Erdem, Sükrü Eren, Paúl Esser, Jórg Gfrórer, Uwe Herzog, Bekir Karadeniz, Roza Krug, Gesine Lassen, Klaus Liebe-Harkort, Claudia Marquardt, Hans-Peter Martín, Werner Merz, Heinrich Pachi, Franz Pelster, Frank Reglin, Use Rilke, Harry Rosina, Ayetel Sayin, Klaus Schmidt, Hinrich Schulze, Günter Zint.

Doy asimismo muy especialmente las gracias al profesor Dr. Armin Klümper, de Friburgo, cuyos cuidados me sostuvieron tanto física como moralmente y me permitieron realizar los trabajos más penosos pese a algunos desplazamientos de vértebras.

ÍNDICE

Introducción
La metamorfosis
Ensayo general
Primeros pasos
Materia prima: el espíritu
Comer es una delicia o La última inmundicia
La obra
Conversión o «Decapitación sin bendición»
 A este lado del Edén
El entierro, o el vivo al hoyo
En la suprema inmundicia o «fuera de la ley»
 Es necesario
 «Mejor no entender nada»
 Conversación durante el descanso
 La odisea de Mehmet
 También en otros lugares
 La sospecha
 Las barandillas, del my y del mu
 Como en el salvaje oeste
 La ira de Yüksel
 Ducha de emergencia
El experimento
 Camino de ser cobaya humano
La promoción
Asamblea de empresa
La radiación
El encargo, o colorín colorado... —una escenificación de la realidad—
 El encargo secreto
 Epílogo, o la banalización del crimen

Introducción

En nuestra feliz de conocerse y opulenta sociedad europea, se habla constantemente de bienestar, de desarrollo, de libertad, de justicia, de seguridad, de cultura... como algo ya plenamente asentado, conseguido para nosotros y para las generaciones futuras, donde la Unión Europea representaría algo así como el faro de democracia social que ilumina al resto del globo terráqueo. En el plano económico también se remarca la idea de un justo capitalismo social o democracia social de mercado, sin la cual el desarrollo o la libertad no tendrían cabida...

Por ello es tan interesante el libro de Günter Wallraff y es tan necesaria su lectura.

Aún situándose en la Alemania Federal de mediados de los años 80, su denuncia a un sistema cínico y explotador está más vigente que nunca, porque desde esa fecha, y en casi todos los países, los derechos conseguidos por la clase obrera en el marco de la gran industria que se extendieron al resto de la sociedad han sido mermados o desaparecidos, convirtiéndose el obrero de esa época en un ser en vías de extinción. Lo que lo está sustituyendo, en el marco de un capitalismo liberado y triunfador, recuerda a situaciones del siglo XIX que aparecen en este libro: explotación inhumana, sin derechos y muchos deberes, con sueldos de subsistencia y jornadas inagotables, chantajes y amenazas, enfermedades y accidentes laborales desatados en el marco del único fin posible: la acumulación de capitales en manos de unos pocos corruptores a costa del sudor, del sufrimiento y el dolor de personas que son tratadas peor que animales porque no se les valora, son fácilmente sustituibles en un marco laboral desregulado y depredador, donde el beneficio emprendedor se sitúa en añadir cada vez más intermediarios entre el capitalista y el proletario, es decir, se subcontrata y se subcontrata arrancando derechos y valor a quien es valor variable al mermarse los sueldos y alargarse las jornadas laborales: el trabajador; al que se ve como un ser inferior por su posición en la pirámide laboral, en cuya base el racismo se convierte en dientes y uñas que atacan al más cercano (división de los de abajo que beneficia al de arriba), al más débil, en una situación embrutecedora, que saca lo peor (y en pocos casos lo mejor: solidaridad, unidad, resistencia...) de víctimas de empresas corsarias que cambian cada poco de nombre y cuyos dueños se convierten en triunfadores, nuevos ricos, ignorantes y compradores compulsivos de "cosas" que aporten elitismo, que bien plantados en esta tierra, con sobornos y posición, crecen gracias a la mierda que producen.

Esta situación lamentable en la que los gastos privados son socializados, mientras que situaciones laborales perversas convierten incluso leyes laborales progresistas en papel mojado al no poder aplicarse en una situación real, los proletarios se encuentran indefensos dentro de una inseguridad laboral de contratos basura (donde la solución que se da para reducirlos es ir progresivamente convirtiendo el resto de contratos también en basura) y paro, donde ya es una alegría tener un trabajo y poder mantenerlo, aún a costa de salarios míseros, falta de vacaciones (al menos pagadas, porque para muchos empresarios es sinónimo de fin de obra y paro), jornadas laborales extenuantes y largas, y horrible competitividad con los compañeros de trabajo, con la sombra terrible del miedo, a ser despedido, a hacer algo mal, a quejarse..., que destruye la solidaridad y la conciencia de clase. Para mantenerse hay que trabajar sin control y bien callados, ser buenos chicos obedientes, que nunca deben tener prisa por volver a casa, ir al baño o descansar, hay algo mucho más importante, lo que mantiene todo y a todos: la

productividad, el dinero, al que debemos entregar incluso el bien máspreciado: la salud, para poder seguir siendo mercancías y consumidores (porque ser ciudadanos parece que está en desuso).

Pero esta situación se vuelve aún más dura cuando hablamos de inmigrantes... Para ellos las cosas son siempre peores, se encuentran más indefensos, no tienen protecciones familiares ni en muchos casos sociales, obligados a realizar los trabajos más ingratos y peor pagados (incluso por ley se obliga al que busca la nacionalización el desarrollo de estos trabajos con poca demanda por lo menos durante un año), pueden llegar a convertirse en seres humanos “ilegales” y mano de obra de la economía sumergida, cuando no en cadáveres en alguna tumba sin nombre cuando trataban de alcanzar esta sociedad de la apariencia e hipócrita, que gusta alabarse a sí misma como bienhechora del mundo, a la vez que presenta la llegada de inmigrantes como una invasión de bárbaros de la que hay que defenderse, ya sea construyendo vallas rodeadas de espino, con toletes y patadas o balas perdidas, esperando que el mar haga el trabajo sucio o pagando a otros para que los abandonen en desiertos plagados de minas antipersonales (“made in occidente”). Y mientras sucede esto en las fronteras, dentro de ellas se condecora hoy sí y mañana también a empresarios y multinacionales, por fundaciones y obras sociales que realizan, eso sí con beneficio, porque desgravan a hacienda, mientras se saltan todas las normas legales y derechos humanos en búsqueda del beneficio “cuanto primero mejor”. Porque ellos no son los culpables de la marginación, la explotación, el robo descarado y legal, las privatizaciones, el “abaratamiento del despido para crear puestos de trabajo”, la inflación, la pérdida de poder adquisitivo de las clases bajas, la corrupción política, la rebaja de impuestos a las clases altas, las enormes subvenciones públicas a empresas privadas, la huída de capitales a paraísos fiscales, la degeneración y destrucción del medio ambiente, de las prejubilaciones, despidos y cierres de empresas con records de beneficios que abren en otros países con condiciones laborales más ventajosas..., no verdaderamente ellos no saben de nada de eso; la culpa la tienen los inmigrantes que aceptan condiciones laborales injustas, o China que produce más barato por tener un mercado desregulado de “capitalismo salvaje” (se echa esto en cara en “occidente”, mientras se nos dice que si queremos competir con los chinos tenemos que rebajar nuestro estado de bienestar, cosa muy peculiar por cuanto las “privatizaciones sociales” que consideran imprescindibles nos dicen que mejoran y aumentan los rendimientos de dichos servicios; verdaderamente es mágico este sistema que vuelve sinónimos a “rebajar” (¿por ej. sueldos?) y “aumentar” (¿p. ej. beneficios privados?) mientras critica a países socialistas por no aplicar el socialismo y sí demasiado capitalismo, encima con falta de “libertad” (lo que no parecía preocuparles mucho en el Chile de Pinochet o la España de Franco), curiosamente cuando son las empresas “occidentales” las que más están invirtiendo en China y organismos internacionales (OMC...) critican a dicho país por las mejoras laborales que sus obreros están consiguiendo), o los frenos que pone el Estado al desarrollo de la libre empresa, a esa maravillosa “mano invisible” del egoísmo que nos permite que “nosotros” estemos arriba y otros abajo....

Este libro de Günter Wallraff nos muestra como es la vida de los de abajo del todo, que no están sólo en la televisión, sino que nos los cruzamos en la calle, pueden ser dependientes, camareros u obreros de la construcción, pero sobre todo son vecinos nuestros... ciudadanos. Y sólo unidos, asegurando en la lucha de clases sus derechos sociales, que son los nuestros, podremos observar, entender y destruir este sistema que impide el desarrollo normal de la democracia a la que mantiene de rehén: el capitalismo.

GAFP (2007)

La metamorfosis

Me he pasado diez años considerando la representación de este papel, acaso porque presentía lo que me aguardaba. Lisa y llanamente: tenía miedo.

A partir de lo que contaban los amigos y muchas publicaciones pude formarme una idea acerca de la vida de los extranjeros en la República Federal. Sabía que casi la mitad de los extranjeros adolescentes padecen trastornos psíquicos al no poder *digerir* tantas y tan desproporcionadas exigencias como se les imponen. Apenas tienen oportunidades en el mercado de trabajo y para los que se han criado aquí no hay retorno posible a su país de origen. No tienen patria.

El endurecimiento del derecho de asilo, la xenofobia, la creciente reclusión en ghettos eran todas realidades de las que tenía noticia, aunque nunca las había vivido.

En marzo de 1983 puse en diversos periódicos el siguiente anuncio:

Extranjero, fuerte, busca trabajo, no importa cuál, incluso pesado y de limpieza, también por poco dinero. Ofertas al n.º 358458

No hizo falta gran cosa para ponerme a trabajar, para formar parte de una minoría marginada, para estar *abajo del todo*. Encargué a un especialista que me fabricara dos finas lentillas de contacto, de color muy oscuro, que pudiera llevar puestas día y noche. «Ahora tiene usted una mirada penetrante, como la de un meridional», se asombró el óptico. Sus clientes, por lo común, no le piden más que ojos azules.

Me encasqueté una peluca negra sobre mis propios y para entonces ya algo ralos cabellos, lo que me hizo parecer varios años más joven. Pasaba por alguien que está entre los veintiséis y los treinta años. Conseguí trabajos y ocupaciones a los que no habría podido acceder si hubiera declarado mi verdadera edad; tengo ya cuarenta y tres años. El papel que representaba me daba un aspecto, ciertamente, más juvenil, y de bien conservado y eficiente, pero al mismo tiempo me convertía en un marginado, en la más *ínfima de las basuras*. El «alemán que hablan los extranjeros», del que me serví durante el tiempo de mi metamorfosis, era tan basto y torpe que cualquiera que se haya tomado la molestia de escuchar de veras a un turco o un griego que viva aquí tendría que haberse dado cuenta, en rigor, de que algo no cuadraba en mí. Me limitaba a omitir algunas sílabas finales, a trastocar la construcción de la frase o, con frecuencia, a emplear un somero chapurreo. Y el efecto fue tanto más desconcertante: a nadie se le ocurrió desconfiar. Aquellas pocas nimiedades eran suficientes. Mi transformación hizo que los demás me dieran a entender directa y francamente lo que pensaban de mí. La escenificación de mi insensatez me volvió más avisado y me permitió obtener una visión de la estrechez y la gélida frialdad de una sociedad que se considera a sí misma tan sensata, tan superior, tan definitiva y tan justa. Yo era el bufón al que todo el mundo dice la verdad sin tapujos.

Yo no era un turco auténtico, eso es cierto. Pero hay que enmascararse para desenmascarar a la sociedad, hay que engañar y fingir para averiguar la verdad.

Aún no he llegado a saber *cómo* asimila un extranjero las humillaciones cotidianas, los actos de hostilidad y odio, pero sí sé ya *lo* que tiene que soportar y hasta qué extremos puede llegar en este país el desprecio humano. Entre nosotros, en nuestra *democracia*, se da una parcela de apartheid. Mis vivencias han superado, en un sentido negativo,

todas mis expectativas. En plena República Federal he vivido situaciones que, de hecho, sólo se hallan descritas, por lo general, en los libros de historia del siglo XIX.

Cuanto más asqueroso y agotador era el trabajo, cuanto más exigía la puesta en juego de mis últimas reservas, tanto mayor fue el desprecio y la humillación que sentí: es algo que no sólo me ha hecho daño sino que, incluso psíquicamente, me ha conformado de modo distinto. A diferencia de cuando estuve trabajando en la redacción del diario *Bild*, en las fábricas y en los tajos he hecho amigos y he experimentado la solidaridad. Amigos a los que, por motivos de seguridad, no podía revelar mi identidad. Ahora, al estar el libro a punto de aparecer, es cuando he confiado el secreto a algunos de ellos. Y ninguno me ha reprochado mi enmascaramiento. Al contrario. Me han comprendido y han sentido también las provocaciones dentro de mi papel como liberadoras. No obstante, y para proteger a mis compañeros, en este libro me he visto obligado a cambiarles el nombre a buena parte de ellos.

Günter Wallraff

Colonia, 7 de octubre de 1985

Ensayo general

A fin de poner a prueba si mi disfraz resistía las miradas críticas y si mi aspecto externo era el adecuado, me pasé por alguna que otra taberna de las que frecuentaba asiduamente. Nadie me reconoció.

Para poder comenzar el trabajo me faltaba, sin embargo, la certidumbre definitiva. Seguía temiendo verme desenmascarado en el instante decisivo.

Cuando la noche del 6 de marzo de 1983 salió elegido el cambio, y los próceres de la CDU celebraban su triunfo con los beneficiarios del mismo en la Casa Konrad Adenauer de Bonn, aproveché la oportunidad para el ensayo general. Con objeto de no infundir sospechas ya a la puerta de entrada, me agencié una linterna de hierro colado, me uní a un equipo de televisión y, de ese modo, entré sin problemas en el edificio. La sala estaba repleta a rebosar y anegada hasta el último de los rincones en el resplandor de los reflectores. Y allí estaba yo, en mitad de todo aquello, vestido con mi único traje oscuro —que para entonces tenía ya quince años—, enfocando con mi pobre lamparilla a este o aquel prohombre, cosa que llamó la atención de algunos agentes, los cuales inquirieron por mi nacionalidad, puede que para cerciorarse de que no tenía nada que ver con un atentado que habían anunciado los iraníes. Una señora vestida con un elegante traje de noche preguntó con una despectiva mirada de soslayo:

—¿Qué busca éste aquí?

Y su acompañante, un tipo de funcionario ya entrado en años, le contestó:

—Es que la celebración es internacional. Hasta el Cáucaso participa.

Con los próceres me entendí de maravilla. Me presenté a Kurt Biedenkopf como emisario de Türkes, un destacado político de los fascistas turcos. Estuvimos charlando animadamente sobre la victoria electoral de la Unión.

Norbert Blüm, el ministro de trabajo, propicio al entendimiento entre los pueblos, se agarró espontáneamente de mi brazo y empezó a cantar a pleno pulmón con los demás, mientras nos balanceábamos: «¡Qué día, qué hermoso día el de hoy!».

Mientras Kohl pronunciaba su triunfal discurso, me situé muy cerca de su tarima y, una vez que él y los suyos hubieron festejado suficientemente la cosa, al disponerse a bajar del estrado, estuve a punto de brindarle mis hombros para pasearle por la sala como jubiloso triunfador, mas, para no desmoronarme bajo el plúmbeo peso de este canciller, opté por renunciar a mis propósitos.

Los numerosos agentes de seguridad, todos ellos entrenados para detectar disfraces, no se habían percatado del mío. Tras haber salido con éxito de la prueba se redujo mi miedo ante las dificultades que se me presentaban por delante. Me sentí más seguro, más dueño de mí mismo. A partir de ese momento, ¿a qué temer que alguna de las muchas personas con las que entrara en contacto pudiese identificarme?

Primeros pasos

Tras mi anuncio recibí, de hecho, algunas ofertas de «colocaciones»: casi todas relacionadas con tareas de limpieza, con salarios de entre cinco y nueve marcos la hora. Se trataba de trabajos eventuales. Probé algunos, y de paso, además, ensayé mi papel.

Uno de esos trabajos, por ejemplo, consistía en la restauración de una caballeriza en un barrio residencial de las afueras de Colonia. Por siete marcos a la hora me fue asignado un trabajo «de altura», esto es: yo (Alí) tenía que ir dando tumbos por los andamios para pintar los techos. Allí los demás compañeros eran polacos, todos trabajadores ilegales. O no resultaba posible el entendimiento con ellos, o simplemente no querían hablar conmigo. Fui ignorado y aislado. También la jefa, quien, dicho sea de paso, regenta una tienda de antigüedades, evitó todo contacto conmigo (Alí). Sólo me daba órdenes sumarias: «¡Haz esto! ¡Haz lo otro! ¡Hale! ¡Venga ya!». Por supuesto, los almuerzos debía hacerlos también en solitario, separado de los demás. Tuve un contacto más estrecho con una cabra que andaba correteando por la caballeriza que con los obreros. Mordisqueaba mi bolsa de plástico y comía de mis bocadillos.

Cuando un día falló el dispositivo de alarma del establecimiento, la culpa, por supuesto, era del turco, y cuando finalmente, tras largas pesquisas, se hizo intervenir a la policía judicial, ésta sospechó también de mí (Alí). La indiferencia hacia mí se transformó en franca hostilidad. Al cabo de unas semanas me despedí.

Mi próxima estación fue una casa de labranza en la Baja Sajonia, cerca de la central atómica de Grohnde. La granjera y su hija, fugitivas del Este, explotaban la granja ellas solas y buscaban un bracero. Ya en una ocasión anterior habían empleado a un peón turco y, por consiguiente, sabían cómo hablar con alguien así: «Nos da igual lo que hayas hecho. Aunque te hayas cargado a alguien. Lo principal es que cumplas con tu trabajo. A cambio puedes comer y vivir con nosotras, y también se te dará algún dinero de bolsillo».

Esperé en vano el tal dinero de bolsillo. En cambio tuve que pasarme diez horas diarias rozando ortigas y limpiando zanjas de regadío llenas de lodo.

La granjera me ofreció un viejo coche oxidado que estaba en frente de su casa, o un establo ruinoso y maloliente que hubiera debido compartir con un gato. Acepté la tercera opción: un cuarto en un edificio en construcción, cuyo suelo estaba todavía cubierto de cascotes y que ni siquiera disponía de una puerta que se pudiera cerrar. En la casa de campo había varias habitaciones limpias, calientes y vacías.

Se me mantenía oculto a los vecinos a fin de que nadie pudiera tildar a la finca de «granja del turco». Para mí (Alí), la aldea era tabú; no me estaba permitido dejarme ver ni donde el tendero ni en la taberna. Se me tenía como se tiene a un animal útil... y evidentemente para la granjera aquello era un acto de cristiano amor al prójimo. Tan lejos llegó la mujer en su comprensión hacia mi pertenencia a la «minoría mahometana», que me prometió unos polluelos para que los criara, ya que mi religión me prohibía comer carne de cerdo. Ante tamaña misericordia no tardé en emprender la huida.

A lo largo de casi un año intenté mantenerme a flote con las más diversas ocupaciones. De haber sido realmente Alí, a duras penas habría podido sobrevivir. Además me hallaba siempre dispuesto a aceptar lo que se dice cualquier trabajo: para el propietario de unos grandes restaurantes y de una cadena de cines de Wuppertal realicé el cambio de sillas y ayudé en las obras de reforma de sus bares; en la fábrica de elaboración de pescado de Husum anduve a paletada limpia con la harina de pescado; y en el Straubing

bávaro probé suerte como organillero. Me pasé horas y horas dándole al manubrio en balde.

Y no es que la cosa me asombrara. El odio cotidiano al extranjero ya no es noticia. Llegaba incluso a sorprenderme el que a veces nadie me hostilizara. Los niños, sobre todo, mostraban gran simpatía hacia a aquel extraño compadre que daba vueltas al manubrio, con su cartelito «Turco en paro, 11 años en Alemania, desea quedarse aquí. Gracias», hasta que sus padres los agarraban de la mano y los apartaban a tirones del lugar. Hubo también una parejita de saltimbanquis que se había instalado en la Plaza del Mercado de Straubing, justo enfrente de mí. También ellos tenían un organillo. Me invitaron —a mí, Alí, su competidor— a entrar en su carromato circense. Fue una noche muy hermosa.

Harto a menudo las cosas sucedían de modo menos agradable. Por ejemplo el día de Carnaval en Regensburg. A ninguna taberna alemana le hace falta colocar en la puerta un cartel que diga: «No se admiten extranjeros». Cuando yo, Alí, entraba en una taberna, por lo general se me ignoraba. Simplemente, no conseguía encargar consumición alguna. Por eso me quedé tan sorprendido cuando en esa taberna de Regensburg, llena de griterío y locos cristianos, alguien me interpelló:

—¡Ahora vas a pagarnos una ronda! —exclamó uno de los parroquianos.

—Ni hablar —contesté yo (Alí)—, vosotros invitar a mí. Yo sin trabajo. Yo trabajado también para vosotros, yo pagado también contribución renta para vosotros.

Mi interlocutor se puso rojo y se infló como una mariquita (como suele hacer Strauss a menudo) y se abalanzó sobre mí con furia demencial. El tabernero quería salvar su mobiliario y, por él, me salvó a mí (Alí). Sea como fuere, varios clientes expulsaron del local al imprevisible bávaro. Un tipo que posteriormente se dio a conocer como dignatario municipal y que, entre tanto, había permanecido sentado a una mesa callado y visiblemente meditabundo, apenas aclarada la situación sacó una navaja y la clavó en el mostrador. «¡Cerdo turco de mierda, lárgate de una vez!» Eso es lo que salió de su boca.

Raras son, no obstante, las ocasiones en que me han dedicado furias semejantes. Casi peor era el gélido desprecio del que se me hacía objeto diariamente. Resulta doloroso comprobar cómo en el autobús repleto permanece vacío el asiento contiguo al que uno ocupa.

Ya que la tan cacareada integración de los extranjeros no puede llevarse a la práctica en los medios de transporte público, quise probar, junto con un amigo turco, si existía al menos un local alemán donde celebrar una tertulia turca, una «Türk Masasi». Bajo la escarapela que nosotros mismos nos habíamos fabricado, en la que rezaba en dos idiomas la exhortación «¡Serefe! ¡Salud!», pretendíamos reunirnos en cualquier taberna a cualquier hora. Y pensábamos hacer grandes consumiciones; así se lo prometíamos a los taberneros. Pero ningún tabernero —y eso que preguntamos a docenas— disponía de una mesa libre.

Mi compañero Ortgan óztürk, de veintisiete años, ha estado sufriendo tales experiencias durante quince años. Llegó a la República Federal cuando tenía doce años y en la actualidad habla el alemán casi sin acento. Tiene buen aspecto e incluso se ha teñido el pelo de rubio para disimular su origen, pero no ha conseguido hacer amistad con ninguna chica alemana en todos esos años; en cuanto dice su nombre, se acabó todo.

Por lo común no se habla mal de los extranjeros, o en todo caso no cuando ellos pudieran oírlo. A sus espaldas la gente se complace en quejarse de su presunto hedor a ajo, pero el caso es que los sibaritas alemanes comen hoy en día mucho más ajo que la mayoría de los turcos, quienes, a lo sumo, se permiten tomar un diente de ese saludable

condimento el fin de semana. Disimulan para ser aceptados, pero persiste la cerrazón a todo contacto.

Sin embargo, también se da el caso de que en las tabernas alemanas se sirva complacientemente a los extranjeros... cuando quienes les sirven son extranjeros. Tuve esta experiencia en el Gürzenich de Colonia, en una fiesta de máscaras durante el Carnaval. El solo hecho de que siendo turco me dejaran entrar me llenó de sorpresa, y, cuando me vi tratado por los camareros yugoslavos con tan especial amabilidad, yo (Alí) me sentí casi a gusto. Hasta que dieron comienzo las canciones que es típico entonar cogidos del brazo. Entonces, heme allí, sentado como un peñasco entre las chirigotas y el vaivén. Nadie quería engancharse a mi brazo.

De cuando en cuando, sin embargo, la xenofobia estalla de forma abierta; durante los partidos de fútbol entre selecciones nacionales, casi siempre. En el verano de 1983, ya desde semanas antes, se abrigan los más serios temores ante el partido Alemania-Turquía en el Estadio Olímpico de Berlín occidental. Todo un Richard von Weizsäcker se dirigió implorante a la población a través de la televisión: «Queremos hacer de este encuentro de fútbol germano-turco una demostración de la buena y pacífica convivencia entre alemanes y turcos en nuestra ciudad. Vamos a convertirlo en una prueba del entendimiento entre los pueblos». Para lo cual fueron movilizados contingentes policiales jamás vistos.

También yo (Alí) quise ver el partido y me agencí una entrada en el sector alemán. A decir verdad, mi propósito era no ocultar mi condición de turco, hasta el punto de que me llevé un gorro turco con la media luna y una banderola. Pero hube de hacerlos desaparecer a toda velocidad. Fui a parar a una zona de jóvenes neonazis alemanes. ¿Qué significa eso de neonazis? Individualmente pueden ser chicos agradables; la mayoría tienen rostros francos y simpáticos, pero en aquella muchedumbre aparecían como máscaras soliviantadas. Aquel día, temblando, disimulé por primera y última vez que era turco; incluso dejé de chapurrear y me puse a hablar en alto alemán con los fanatizados hinchas. Ellos, sin embargo, en ningún momento dejaron de considerarme extranjero. Me echaban cigarrillos en el pelo y cerveza por la cabeza. Jamás en la vida me había producido un efecto tranquilizador el ver acercarse a unos policías. Nunca hubiera ni soñado que un día los vería como fuerzas del orden. Los hinchas berreaban: «¡Viva!», «¡Que reviente el Frente Rojo!», y gritaban a coro sin cesar: «¡Turcos fuera de nuestro país!» y «¡Alemania para los alemanes!». Por fortuna no corrió la sangre..., no hubo más heridos que en los partidos «normales» entre selecciones nacionales. De perder el equipo alemán, más vale no pensar lo que habría sucedido. Soy cualquier cosa menos un forfo del fútbol, pero en el Estadio Olímpico animé a la selección alemana. De puro pavor.

Materia prima: el espíritu

Alí en el espectáculo del Miércoles de Ceniza con el jefe de la CSU, Strauss, ante siete mil invitados en Passau. No sé yo si un gitano que hubiera asistido a un acto nazi en la Bürgerbráukeller de Munich habría experimentado algo parecido. Yo al menos sí que lo sentí un poco. Alí no pasó de ser el leproso del que todos se apartaban.

Passau, nueve de la mañana. No me hace falta buscar el Pabellón de los Nibelungos. Por todas las calles afluyen forofos de Strauss —entre los que hay muchos que evidentemente no son bávaros— hacia el edificio que alberga el recinto. Strauss va a inaugurar su «Miércoles de Ceniza político» a las once de la mañana, y, desde dos horas antes, las banquetas que corren paralelas a las largas mesas se hallan totalmente ocupadas. El aire del gigantesco recinto está lleno de humo de tabaco, y cada cual se habrá bebido ya sus buenas dos o tres jarras de litro de cerveza. Los comensales encargan pescado y queso a espuestas. Hoy se inicia el ayuno.

Yo (Alí) pongo rumbo hacia uno de los escasos sitios libres. Antes de que pueda incrustarme a duras penas en un extremo de la banqueta, mi vecino en la misma se arrellana más que cumplidamente a sus anchas. Y he aquí el saludo con que me acoge: «¡Pero bueno! ¿Dónde estamos? Ni siquiera aquí hay manera de librarse de estos gañanes. ¿Es que no sabes cuál es tu sitio?».

Por doquier me miran ojos bobalicones. Al políticamente comprometido ciudadano que está a mi lado a la izquierda, le corre la cerveza por las comisuras de los labios de tan cargado como está ya. Yo (Alí) procuro hacerme el simpático:

—Soy gran amigo de vuestro Strauss; él hombre fuerte. Risotadas por toda respuesta.

—¡Vaya, vaya! ¿Habéis oído? Pretende ser amigo de Strauss. ¡Qué bueno!

Y hasta que no pasa por allí una maciza camarera no dejan de volver una y otra vez a la carga. El muy escotado corpiño tirolés de la camarera y, sobre todo, el líquido avituallamiento son más interesantes.

La cuestión es que tampoco a mí me vendría mal ahora un trago de cerveza. No me traen nada. El servicio me ignora, así que acudo yo mismo a la barra. Pero tampoco allí hacen caso de mi pedido. Al tercer intento el camarero me silba y dice:

—¡Vamos, lárgate, y además, rápido!

Entre tanto, y en medio de la gran batahola, Strauss ha hecho su entrada en el recinto al chundachún de un pasacalle bávaro. En medio del frenesí, los encargados del orden luchan por abrirle camino hasta el estrado, donde le aguarda ya su esposa Marianne. Son principalmente los no bávaros quienes berrean y alzan sus pancartas: «Los de Pein por séptima vez aquí».

Las primeras palabras del caudillo de la CSU se pierden todavía entre los clamores. El discurso se prolonga por espacio de tres horas y sólo a duras penas es posible seguirlo, estando inmerso en esta sudorosa multitud. Para acoplarse a su peculiar lógica, lo mejor es beberse tres buenas jarras de cerveza:

—¡Somos un partido de gente inteligente, tenemos un electorado inteligente y de ahí el que poseamos la mayoría en el estado! ¡Si nuestros electores no fueran tan inteligentes, no tendríamos mayoría alguna! —Aclamaciones estruendosas, pataleos. La sala hierve.

Los retretes no son ya capaces de encauzar tanta afluencia; las ganas de orinar que acucian a muchos de los asistentes resultan fuertes. En los pasillos se forman regueros de orina y hasta hay quien se alivia por la pernera de los pantalones en plena sala.

El de allá enfrente habla mucho del espíritu:

—¡Pese a la palabrería de muchos funcionarios de las transferencias, tenemos que hacer mejor uso de esa materia prima que, gracias a Dios, poseemos: el espíritu!

Pero ante todo hay que trasladar a los borrachos como cubas. Sanitarios y enfermeras de la Cruz Roja tiene que arrastrar verdaderos pesos pesados. En las mesas hay material informativo:

«Nosotros y nuestro partido», en el que los secuaces de la CSU presentan sus propias semblanzas. Un tendero de comestibles bastante gordo, por ejemplo, manifiesta:

—Yo nunca he tenido complejos, por algo soy de derechas. No conozco ningún partido que me atraiga más que la CSU. Simplemente me va, lo mismo que me va Strauss. Me gusta su tipo. Somos parecidos. Si hay algo que me pone nervioso, aparte quizá del fútbol, son los impuestos.

O quizá un turco al que le entra sed en el blanquiazul Pabellón de los Nibelungos. Casi tengo que agenciarme a hurtadillas mi cerveza. En un momento en el que el camarero de la barra mira hacia otro lado, agarro una jarra y dejo cinco marcos. Strauss brama:

—¡Es en el ciudadano normal, la mujer normal, el hombre normal en quien nosotros tenemos que pensar, y no en unos cuantos marginados!

Y cuando luego se refiere al «maremágnum de masas humanas anónimas» y a la «identidad nacional» que él quiere «preservar», yo, Alí, me percato de que la cosa no va por mí cuando se pone a parlotear campanudamente acerca de «la libertad y la dignidad para cualquiera en Alemania».

Quiero sentarme otra vez y encuentro dos sitios libres. Pese a que la aglomeración resulta cada vez más insufrible, el sitio contiguo al mío permanece desocupado.

—Esto apesta a ajo. ¿Eres turco?

El «afortunado bávaro» (Strauss hablando de Strauss) da finalmente por terminado su discurso de ayuno cuaresmal. Sus admiradores han aguantado cinco, seis horas. Al marcharse, Strauss es bloqueado por sus seguidores. Tampoco los deseos de obtener un autógrafo se verán cumplidos, al menos *in situ*. Quien quiera un autógrafo habrá de echar un papelito preparado a tal efecto en uno de los cestos que se van pasando por la sala. Pese a todo, yo, Alí, acierto a aproximarme al caudillo bávaro. La cosa es sencillísima.

Me hago pasar por observador en el congreso y emisario de Türkes, jefe neofascista turco de los Lobos Grises. Ya en una ocasión, hace algunos años, Türkes —ferviente admirador de Hitler— se entrevistó secretamente, en Munich, con Strauss. En aquel entonces, según Türkes, el presidente de la CSU le aseguró que «en el futuro, por medio de la propaganda, se crearía en la República Federal un clima favorable al MHP (organización neofascista turca, G.W.) y a los Lobos Grises. He aquí el grito de guerra de Türkes: «¡Muerte a los guarros judíos, a los hijoputas comunistas y a los perros griegos!».

En mi calidad de emisario de Türkes soy (Alí) inmediatamente admitido a presentarme ante Strauss, quien me saluda cordialmente y me da palmadas en la espalda. Tal es el trato que un poderoso padrino como él dispensa a un pariente pobre de provincias. Y en el folleto conmemorativo del acto («Franz-Josef Strauss. Gran volumen ilustrado») me estampa una dedicatoria personal: «Para Alí, con un cordial saludo — F. J. Strauss».

Los fotógrafos allí congregados no dejan que se les escape esta instantánea.

Strauss, según reza en el prólogo de este magnífico volumen, «se consagró a la política en cumplimiento de su deber instintivamente entendido» (¿de la Providencia?). Sea como fuere, para mí supuso encéntrame de cerca con el político más obseso por el poder

y más antidemocrático de la posguerra, el cual me había llevado ya varias veces a los tribunales. Hace más de diez años tuve, por primera vez, un encuentro personal con él.

Con ocasión de un coloquio en la Academia Católica de Munich (tema: «Periodista o agitador»), estuve sentado entre él y el dirigente del SPD Wischnewski. Strauss se encontraba de muy buen humor y, ante un público más bien liberal como el de la Academia, quería brillar e incluso —como quedó patente— congraciarse conmigo.

—Por fin tengo la oportunidad de preguntarle si está usted emparentado con el padre jesuíta Josef Waliraff.

No quise que con semejantes confianzas consiguiera ocultar su hostilidad hacia gentes como yo.

—Sí —le respondí—, soy hijo ilegítimo suyo. Pero, por favor, no se lo diga a nadie.

Durante el resto del coloquio, Strauss permaneció fiel a sí mismo.

Comer es una delicia

o La última inmundicia

Muchos de los que nos critican son verdaderos maestros en el juego de la gallina ciega. No se toman la molestia de indagar como es debido, y menos aún de echar una ojeada a lo que hay entre bastidores en McDonald's.

Quien no se preocupa por mirar, se vuelve ciego a la verdad.

(Texto perteneciente a un anuncio de McDonald's aparecido a toda plana en Die Zeit, 10.5.1985)

Recientemente McDonald's pone en marcha una gran ofensiva contra sus críticos en las asociaciones de consumidores y en los sindicatos: «Los ataques no nos impedirán proseguir nuestra expansión en el futuro y, gracias a dicha expansión, ofrecer colocación fija y numerosas posibilidades de promoción a muchos que actualmente se hallan todavía en el paro».

¿Oportunidad para extranjeros y asilados políticos? Nada como acercarse hasta allí, pienso yo (Alí). Hay ya 207 McDonald's en nuestro país y en breve habrá, al parecer, el doble. Pruebo fortuna en Hamburgo, en el Mercado de los Gansos, una de las mayores filiales de Alemania, y soy admitido. Ahora todo se volverá para mí (Alí) una delicia, ya que nuestro axioma reza:

«Comer es una delicia». Eso se lee, en todo caso, en el prospecto de salutación. ¿Qué significará?

«McDonald's es un restaurante familiar donde se puede comer bien y barato, en un ambiente limpio como los chorros del oro, en el que la gente se siente a gusto y experimenta lo que es la delicia, la experiencia McDonald's... ¡Nos alegramos mucho de que esté entre nosotros y le deseamos éxito y que se lo pase muy bien en nuestro equipo!»

Estando en tan jovial equipo, prefiero decir que tengo veintiséis años. En caso de declarar mi verdadera edad (cuarenta y tres) sin duda no habría tenido motivo alguno para reír.

Lo mismo que a la hamburguesa, a mí (Alí) también me endilgan un envoltorio McDonald's: gorro de papel, fina camiseta y un pantalón, en los que está estampado por doquier «McDonald's». Sólo falta que también nos tiendan antes sobre la plancha. Mi pantalón (el de Alí) no tiene bolsillos. Si me dan una propina, la mano se desliza con las monedas en vana búsqueda a lo largo de la costura del pantalón, hasta que finalmente deposito las mismas donde la casa quiere que estén: en la caja registradora. Esta obra maestra de la sastrería impide también, por cierto, que puedas llevar pañuelo. Si la nariz «destila», el moco cae sobre la hamburguesa o crepita sobre la parrilla.

El gerente se muestra en seguida satisfecho conmigo (Alí) y alaba mi manera de dar la vuelta en la plancha a las rodajas de hamburguesa:

—Lo hace usted pero que muy bien, rápido y como debe ser. La mayoría comete errores descomunales al principio.

—Quizá sea porque hago deporte —le contesto yo (Alí).

—¡Ah, sí! ¿Y cuál?

—Tenis de mesa.

La hamburguesa, esa resudada y parduzca rodaja de al menos 98 milímetros de diámetro y, o bien 145, o 125 gramos de peso, salta como una ficha de plástico cuando se la echa

sobre la parrilla. En estado de congelación suena como una moneda que golpeará contra cristal.

Tanto frita como asada a la plancha, se le asigna un denominado «período de vida» de diez minutos, pero por lo común la consumen mucho antes. Si se la deja un rato por ahí para que se descongele, empieza a apestar, así que se la hace pasar inmediatamente del estado de congelación al de asada a la plancha y, con los consabidos aditamentos e ingredientes, se la mete entre las dos mitades de la torta de trigo blanda como la espuma y se la encierra en su ataúd de poliestireno.

La Big Mac

«El amor es como una Big Mac: los dos cuerpos son de carne y se hallan en movimiento armónico. El delicioso panecillo envuelve los cuerpos en amoroso y cálido abrazo. Los besos son como un húmedo chorro de salsa tártara. Ardientes como las cebollas son los dos corazones que se adoran. Las esperanzas, todavía niñas, están verdes como la ensalada. El queso y el pepino provocan mayor apetito.» —Extracto del periódico de McDonald's *Quarterao*, de la filial de Río de Janeiro (abril 1983).

«¡Hay tanta gracia en la silueta levemente ondulada de un panecillo de hamburguesa! Para apreciarla se necesita un especialísimo estado de ánimo!», opina, muy en serio, Ray Kroc, el fundador de la empresa.

Detrás de la barra, el espacio para trabajar es angosto y resbaladizo y, a sus 180 grados centígrados, la plancha de asar resulta abrasadora. No existe ningún tipo de medidas de seguridad. Durante el trabajo, en rigor, habría que llevar guantes, o al menos eso prescriben las normas de seguridad. Pero no los hay, pues sólo servirían para retardar el ritmo del trabajo, por lo que muchos que trabajan o han trabajado allí durante bastante tiempo tienen quemaduras o cicatrices de quemaduras. Poco antes de que yo entrara, un compañero tuvo que ingresar en el hospital porque, en medio del trajín, había agarrado la plancha sin ninguna protección. Ya en la primera noche de trabajo me hago ampollas (yo, Alí) por culpa de las gotas de aceite que me salpican.

Ingenuamente me creo que, según lo convenido, mi primer turno termina a las dos y media de la madrugada. Noto que los demás empiezan a hablar de mí, el novato. El gerente me increpa preguntándome qué es eso de marcharme antes de la hora. «Simplemente me he atenido a lo estipulado.» Me advierte que tendría que haberle dicho a él personalmente que me marchaba y, con un tonillo amenazador, me pregunta si lo de fuera ha quedado limpio. Puesto que hacía poco que me había mandado al frío de la noche de diciembre con mi fina camiseta, respondo que todo está perfectamente limpio. Sin embargo, una empleada especialmente atenta indica que todavía quedan papeles diseminados.

Entre tanto son ya casi las tres de la madrugada.

El gerente opina que mi proceder no resulta adecuado, que yo (Alí) no me identifico con la empresa, ni me asoma a la cara demasiada alegría, y que más me valdría no estar muy seguro de que no se me va a controlar.

—Hoy, por ejemplo, se ha estado cinco minutos inactivo en el mismo sitio.

—¿Qué? —contesto yo (Alí)—. No puede ser, yo estar trotando de acá para allá, porque yo ver este trabajo como un deporte también.

Según me entero, de acuerdo con una circular confidencial de la dirección, las horas nocturnas y extraordinarias se contabilizan como horas completas. Es decir: hasta la media hora se redondea a la baja, y pasada la media hora, a la alta. No se ficha al llegar sino cuando, ya mudado de ropa, se comparece en el puesto de trabajo. Y al marcharse lo mismo: primero fichar y luego mudarse de ropa. De este modo te roban el doble de tiempo.

Estamos en vísperas de Navidad. La aglomeración es enorme, en las horas punta se alcanzan volúmenes de venta récord. Yo (Alí) cobro 7,55 marcos brutos a la hora por un trabajo que es perfectamente comparable con el de una cadena de montaje. Aparte se me abona en mi cuenta un marco por hora trabajada, en concepto de dinero para comer. Al cabo de ocho horas el gerente pone en mi conocimiento que ya tengo permiso para escoger lo que desee entre el surtido que ofrece McDonald's. Cuando pido un cubierto se echan a reír. Un cubierto en McDonald's, qué descabellada idea. Todos ríen y ríen.

Mi puesto de trabajo (el de Alí) está al descubierto, de cara al público. Lo mismo que yo (Alí) veo a los clientes, éstos me ven también a mí. No tengo ninguna posibilidad de retirarme un momento y, con todo el calor que hace, echarme quizá un trago. El caso es que el freír y el guarnecer, y sobre todo la gran cantidad de mostaza que se usa, le dan a uno mucha sed.

Un pepino en la hamburguesa, dos en la *Big Mac*, luego una rodaja de queso y los diversos rociamientos con salsas para pescado, pollo y *Big Mac*.

El agobio de los pedidos es constante, ya que no para de sonar el timbre en alguna parte y hay que poner a freír manzanas o un *Fish Mac*. Y con los dedos llenos aún de pescado se vuelve a la siguiente hamburguesa.

En los intervalos de descanso me organizo una comida de prueba. Mientras estoy comiendo pollo, esos *nuggets*, de golpe me entra la sospecha de que igual podría ser pescado. Tiene un regustillo a tal. Y con la manzana frita noto también la sensación de si no será asimismo pescado.

Hasta al cabo de cierto tiempo no me doy cuenta de a qué se debe. En nuestras inmensas tinas hay aceite hirviendo. Por la noche se vacían a través de un mismo filtro y se vuelven a utilizar, es decir, que el aceite de las manzanas, el pescado y el pollo pasa por el mismo filtro. Se emplea el mismo filtro de papel para diez cubas.

El ajeteo es total cuando en las horas punta se forman colas ante el mostrador. De enfrente llegan algunas quejas de por qué las cosas no marchan más deprisa. Yo (Alí) también pienso que debería sacar las hamburguesas un poco antes, pero el gerente —el único que no lleva puesto un gorro de cartón— me echa una reprimenda:

—Usted aquí no tiene absolutamente nada que pensar, de eso se encargan las máquinas. Así que nada de retirar las hamburguesas antes de que se oiga el pitido y nada de pretender anticiparse a las máquinas.

Así lo hago. No pasan ni cinco minutos y vuelve el gerente:

—¡Pero bueno! ¿Cómo no va eso más rápido?

—Se acaba decir que máquina piensa y yo ahora esperar.

—¡Pero maldita sea! ¿Y los clientes? ¿Por qué han de esperar?

—¿Quién decir ahora lo que hacer aquí, usted o pitido máquina? ¿Cuánto tener que durar? Usted decir y yo hacer.

—¡Tiene usted que esperar hasta que pite la máquina! ¿Entendido?

—Estar muy claro.

La palabra mágica es «Rapidez en el servicio». El denominado «tiempo ideal de servicio» está establecido al objeto de que «nadie, en ningún momento, tenga que hacer

cola». A tal fin, se les recomiendan algunas martingalas a los gerentes de las filiales. La divisa reza así: «Un minuto de espera ante el mostrador es demasiado tiempo; es, con mucho, el máximo para cualquiera que esté aguardando su turno. Fíjate un tiempo ideal de treinta segundos. Que se sirva más rápido en tu restaurante es sólo cuestión de proponérselo. Concéntrate durante los próximos treinta días en la rapidez del servicio. Tacha del vocabulario el término «lento». El dos por ciento de tu volumen de ventas depende de cómo reacciones. ¡Viva la rapidez!».

Fast-food es aquí, realmente, cuestión de minutos, aunque algunos compañeros no muy duchos en el idioma inglés piensan que *fast-food* no significa comer rápido sino «comer-casi».¹

Nuestra filial tiene fama por su récord de ventas. A mí (Alí) me es concedida la oportunidad de presenciar la entrega a nuestro gerente —por parte del director de demarcación de McDonald's— de una copa con la inscripción: «Por sus destacados logros en materia de beneficios».

Las miras de McDonald's están puestas muy particularmente en los niños. La sección de marketing de la central de Munich afirma en una hoja interna: «La *Fast-food* no es sólo un mercado joven sino que en Alemania es también, y primordialmente, un mercado de la juventud... ¡Y que luego se diga que no tienen dinero!».

El mobiliario está íntegramente dispuesto de forma que casi todo se halle a la altura de los niños: picaportes, mesas, sillas. Instrucción especial dirigida a los concesionarios de McDonald's:

«¡Los niños multiplican su volumen de ventas!». Dichos concesionarios reciben instrucciones precisas para engatusar a los niños y con ellos, naturalmente, a familias enteras. En primerísimo lugar el «Cumpleaños infantil McDonald's», en el que la manera de pasárselo bien está absolutamente programada:

«Las siete etapas de una fiesta de cumpleaños:

1. Preparativos Tiempo 15' aprox.
2. Salutación Tiempo 10' aprox.
3. Anotación del pedido Tiempo 5' aprox.
4. Recogida del pedido Tiempo 10' aprox.
5. Comer es una delicia Tiempo 15' aprox.
6. Juegos o recorrido por las instalaciones Tiempo 10' aprox.
7. Despedida ...

Consignar datos de evaluación...». (McDonald's, documento de uso interno.)

Al tercer día de trabajo, tras las tareas en la freidora, la plancha y la barra, yo (Alí) me convierto en un eficiente y avezado «oficial de lunch»: mi cometido consiste en retirar envoltorios y restos de comida de las mesas y en limpiarlas pasándoles un trapo. Aquí se trabaja con dos trapos, uno para el tablero de las mesas y otro para los ceniceros. Pero a menudo, con las prisas que se nos imponen, ya no es posible distinguir un trapo de otro, aunque ello no molesta a nadie, dado que con frecuencia hay que limpiar también los retretes con el mismo trapo, con lo que el ciclo alimentario se cierra de nuevo. Siento horror. Cuando pretendía que me dieran otro trapo me respondían en tono agrio que tenían que bastarme los míos. En una ocasión el gerente envía a un compañero directamente del *royal-grill* a un retrete atascado, y el compañero, a fin de realizar la

1 Fast significa rápido en inglés; en alemán, casi. (N. del T.)

tarea lo más rápida y concienzudamente posible, se va con la espátula de la plancha, que en aquel momento tenía en la mano, lo que al rato le vale una severa reprimenda por parte del subgerente. Se presta una rigurosa atención a la limpieza de puertas afuera. Hay que efectuar una constante recogida en un área de 50 metros, a derecha e izquierda de la puerta de entrada, ya que la gente tira por allí, a montones, toda suerte de material de embalaje, de manera que yo, Alí, con mi delgada camiseta, soy enviado del calor al frío.

En el cuarto de descanso hacemos chistes sobre las cucarachas, a las que parece imposible eliminar. Al principio sólo estaban en el sótano, pero ahora a veces se las encuentra también en la cocina. Hace poco una se cayó directamente en la plancha. En otra ocasión un cliente halló un ejemplar bien desarrollado en su *Big Mac*. Algunos parroquianos jóvenes, sobre todo los «poppers» achispados, dejan caer a mis pies sus bolsas de patatas fritas con los restos que les quedan dentro. Las grasientas virutas de patata se esparcen por el suelo y quedan aplastadas cuando se las pisa. Acudo en seguida a fregar.

Una compañera turca lo tiene particularmente difícil. Es codiciada como mujer y escarnecida como extranjera, por lo que a menudo le arrojan a los pies ceniceros llenos hasta los bordes. En una ocasión también a mí me tiraron un cenicero a los pies y, cuando estaba recogiendo los vidrios rotos, oí hacerse añicos otro a mi espalda, y luego otro y otro.

No averiguo quién es. Se oyen risas en el local. Formará parte de las «delicias».

Durante el intervalo de descanso sigo perteneciendo (yo, Alí) a la empresa. No está permitido salir fuera a tomarse una cerveza o un café. Aducen que esa prohibición tiene que ver con una mala experiencia al respecto: una vez uno se fue a un burdel.

Una joven compañera me cuenta que muy a menudo en el transcurso de las ocho horas de trabajo no se le concedió ningún intervalo de descanso, y que cuando preguntó el porqué no obtuvo otra respuesta que ésta: «¡Vamos, sigue con lo tuyo!».

El que quiere ir al médico tiene que escuchar esto del gerente:

«Aquí decido yo cuándo va alguien al médico».

En una ocasión pregunto (yo, Alí) si puedo consumir en ese momento mi tiempo de recuperación. La contestación ya me la conozco: «Soy yo quien decide cuándo tiene usted su intervalo de descanso».

No existe ningún comité de empresa.

¡Buen provecho!

El que todo sepa igual tiene sus razones. La central de consumidores de Hamburgo juzga así los productos de McDonald's:

«Con frecuencia el sabor proviene de sustancias aromáticas artificiales. A fin de lograr que las bebidas se mantengan inalterables el mayor tiempo posible, se las provee de aditivos conservantes». Un batido de leche contiene un 22 % de azúcar, lo que aproximadamente equivale a unos terrones o a entre 40 y 45 gramos. Todo ello es aderezado con «especias» para hacerlo apetitoso. Edmund Brandt, conocedor de la industria cárnica norteamericana, informa de que en la fabricación de los «patries» de carne no se puede emplear sólo magro de lomo o espaldilla, pues, de hacerlo, la hamburguesa se desmenuzaría. De ahí que la carne sea sometida a un tratamiento especial a base de «sal y proteínas líquidas». Según Brandt, «si la carne es demasiado

fresca resulta excesivamente acuosa para la producción de “paties”. Si es demasiado rancia, pierde el color:

“Se cogen cubitos de hielo, se los echa en la máquina de picar y entonces la carne se vuelve más rojiza”. Y si bien su aspecto externo es magro, en su interior, y al final del proceso de preparación, hay un 25 % de grasa. La profusa publicidad no informa a los clientes de McDonald's acerca de la variada paleta de martingalas empleadas en la *fast-food*». Sucedáneo industrial de almuerzo, la *fast-food* trae un envoltorio extremadamente ingenioso, algo así como un *Bild-Zeitung*² comestible. Al igual que los lectores de *Bild* saben a menudo instintivamente —sin que reciban informaciones secretas— que se les está engañando, así también entre la clientela de McDonald's hay quien, tras haber probado una comida, se marcha del local asqueado. Mientras limpiaba (yo, Alí) encuentro una servilleta en la que está escrito: «McDonald's, ¡vomita a tus anchas!» y «¡Por primera vez es peor lo que entró que lo que salió!». La *fast-food* es una alimentación deficiente, susceptible de acarrear graves perjuicios a la salud: en los EE.UU., técnicos en alimentación han demostrado que en los niños que comen con frecuencia en restaurantes rápidos se constata un aumento de la agresividad, del insomnio y de los sueños angustiosos. El motivo: que la dulce *fast-food* cataboliza las reservas de «riamina» en el cuerpo, lo que lleva consigo una carencia de vitamina B-1 por la que se deteriora el sistema nervioso.

Hace ya seis años que el jefe de personal de McDonald's para la República Federal aconsejaba lo siguiente en una circular: «Si puede usted entresacar de la conversación que el aspirante está sindicado, al cabo de unas pocas preguntas más dé por terminada la entrevista y dígame que se le comunicará la decisión dentro de unos días. Naturalmente, en ningún caso se le dará el empleo».

El fundador de la firma, Ray Kroc, sabe lo que quiere: «Lo que yo espero es dinero, lo mismo que cuando alguien acciona el interruptor de la luz lo que espera es luz». Y al general norteamericano Abraham McDonald's sus establecimientos le parecen la auténtica escuela de la nación: «Trabajar en McDonald's es muy saludable para un hombre joven. McDonald's hace de él un hombre eficiente. Si la hamburguesa no presenta el aspecto que debe presentar, se pone al empleado en la calle. Este sistema es una maquinaria que trabaja sin tropiezos y en silencio, y que nuestro ejército debería imitar».

2 Periódico alemán de corte reaccionario que se alimenta de escándalos.

La obra

Cuando, a las seis de la madrugada, llego a la calle Franklin, en el distrito de Pempelfort de Dusseldorf, hay ya seis hombres en busca de trabajo ante la puerta de la subempresa GBI. También ellos, tras llamar a propósito de un anuncio en el periódico, fueron convocados a esa hora. Abre la puerta un empleado. La oficina está en la planta baja: dos mesas escritorio arrimadas una a la otra, y un teléfono. Ni carpetas de documentos ni estanterías; las mesas incluso dan la sensación de estar vacías. En el encerado hay un letrero: «Esta empresa da legalmente de alta a los trabajadores que emplea». Nadie, sin embargo, me pregunta (a mí, Alí) por mi documentación laboral; ni siquiera debo decir cómo me llamo.



Alí, obrero prestado, recoge cascotes con una pala.



Alí limpiando váteres.

Antes de que poco a poco se nos vaya conduciendo a nuestros lugares de trabajo hemos de aguardar en una vivienda contigua, de dos habitaciones, que hace las veces de sala de estar, de cuyas paredes se cae a tiras el empapelado, cuyas ventanas están mugrientas y que carece de retrete; recinto que, a su manera, indica el «status» que aquí nos corresponde. «Siggi» —un tipo fornido con el pelo rizado y mucho oro en las manos y el cuello— está buscando cuatro auxiliares «para la construcción de un hermoso edificio en Colonia». Yo (Alí) me ofrezco y me integran en la cuadrilla.

Ya de camino, en el vehículo, se nos informa de nuestro salario por horas y de las condiciones de trabajo.

—El capataz quiere que trabajéis diez horas diarias —nos explica «Siggi»—, por lo que os pagaré 9 marcos, es decir, 90 al día.

«Estamos construyendo pisos de gran lujo y encantadores chalés con vistas al apacible parque», leo en el cartel cuando, media hora más tarde, llegamos a nuestro destino, un solar en construcción situado en el Hohenstaufenring de Colonia. Un encargado de personal, que lleva ya bastante tiempo trabajando para la GBI en esta obra, nos acompaña hasta las cabinas donde nos cambiamos de ropa. Justo cuando nos acabamos de cambiar «Siggi» vuelve a entrar.

—Necesito vuestros nombres para dárselos al capataz —dice.

—Alí —digo yo. Y eso basta.

Nuestra cuadrilla queda a las órdenes de un capataz de la empresa «Walter Thosti BOSWAU» (WTB), la sexta empresa de la construcción, en importancia, de la República Federal, según me entero más adelante. También en los días siguientes

recibimos exclusivamente de este capataz las instrucciones de trabajo, así como las herramientas —desde la escoba al recogedor—, herramientas que son, asimismo, suministradas por la WTB. La GBI proporciona *sólo* obreros, apenas tiene utensilios de trabajo propios, ni tampoco obras propias.

Ninguno de nosotros ha entregado sus papeles a la GBI; todos, sin excepción, trabajamos ilegalmente. Ni siquiera se nos hace un seguro de enfermedad. Le pregunto a un compañero:

—¿Qué pasar si accidente?

—Pues que hacen como si estuvieras aquí sólo desde hace tres días y, simplemente, te dan de alta en el seguro con efecto retroactivo —dice—. En total tienen unos cientos de personas, de las que, a lo sumo, la mitad están dadas de alta.

En los descansos nos apretujamos con otros quince en el barracón de la obra, que quizá mida doce metros cuadrados. Un encofrador enviado aquí por la oficina de la GBI de Colonia dice:

—Estoy desde hace treinta años en la construcción, y eso de que el capataz te mande que hagas el favor de avisar antes de irte a cagar es algo que jamás me ha sucedido. Algunos cuentan que entre llegadas y salidas están de pie quince horas diarias. Pero no te pagan más que las diez horas estipuladas de trabajo; por el tiempo de transporte no te dan ni un penique extra.

Nuestro capataz de la WTB la tiene tomada muy en especial con un compañero turco de unos cincuenta años. Aunque realice su trabajo como mínimo el doble de rápido que los compañeros alemanes, el capataz le insulta llamándole «burguesito»:

—¡Si no eres capaz de trabajar más deprisa, la próxima vez haré que se te lleven con los cascotes de la obra!

Por lo general, y después de terminada la jornada de trabajo, los viernes hemos de esperar unas horas hasta cobrar nuestros salarios. El dinero tienen que traerlo de fuera. Algunos de los obreros prestados parece que saben de dónde provienen nuestras pagas:

—Kiose hace un viajecito ahora a Langenfeid —nos informa un trabajador fijo alemán de la GBI, ilegal, mientras nos encontramos todos reunidos en la furgoneta de la obra— que es donde tienen la cuenta corriente, y allí recoge la pasta para nosotros. —Y también sabe el compañero la razón por la que el dinero no se retira de un banco de Colonia o de Dusseldorf—: La cuenta de Langenfeid está, por lo visto, a nombre de un particular que ingresa en ella los talones de la WTB y otras empresas de construcción. En Dusseldorf no podría abrir ninguna cuenta porque en seguida vendría Hacienda y la embargaría.

Son dos las horas que tenemos que estar aguardando hasta cobrar, una vez concluida la jornada, sin que nos las paguen, claro.

Pero no son solamente las cuentas corrientes de la empresa lo que permanece en la penumbra: todo se desenvuelve de forma lo suficientemente conspiradora como para ocultar el hecho de que nosotros trabajamos en la obra; cuando se nos liquidan nuestros haberes tenemos, por supuesto, que firmar un recibo, pero no se nos entrega copia ni factura de nuestro salario. Incluso las hojas en que el capataz nos anota las horas trabajadas, se las vuelve a quedar en cuanto nos paga, lo que tiene su porqué, pues en el sector de la construcción la ley prohíbe el trabajo prestado que se liquida por horas. A fin de burlar la prohibición, subempresas como la GBI operan con falsos contratos de trabajo; a las empresas de la construcción les liquidan, por ejemplo, «cuarenta metros cuadrados de hormigón», pero cobran cuarenta horas de trabajo prestado (en muchos casos los capataces disponen de libros contables secretos en los que los cálculos de horas de trabajo cumplidas por los obreros prestados son metamorfoseados en metros

cuadrados de hormigón o metros cúbicos de tierra). A fin de poder demostrar más adelante que en nuestra obra también se opera con este tipo de doble contabilidad, aprovechando una ocasión propicia distraigo al capataz y me hago con uno de sus albaranes: «Constructor WTB, S.A.», allí el capataz ha anotado treinta horas de trabajo con sus fechas especificadas. Y su firma.

Aquí como en Palermo

Sólo en la industria de la construcción se hallan ocupados 200.000 turcos, paquistanés, yugoslavos y griegos ilegalmente empleados, lo que supone una merma anual de impuestos y contribuciones a la seguridad social que asciende a 10.000 millones de marcos.

Los traficantes de hombres gozan a menudo de protección política para eludir las sanciones. La legislación es muy laxa. Sin embargo, el gobierno federal vacila en poner coto a esos manejos. Todo lo que hay al respecto es que el arriendo de personal eventual de la construcción está prohibido desde 1982. Los estados federales gobernados por la Unión (CDU) se niegan a reconocer como infracción penal ese comercio ilegal, motivo por el que el tráfico ilegal de alemanes y de extranjeros provenientes de la CE (Comunidad Europea) sigue siendo, jurídicamente, sólo una «irregularidad».

Rara es la vez que la policía, los procuradores de la Secretaría de Empleo y los fiscales atrapan ni tan siquiera a los pequeños secuaces de la mafia de la construcción: «El problema escapa a nuestro control», se lamenta, por ejemplo, el fiscal general de Colonia, Dr. Franzheim. Sólo en Renania-Westfalia hay abiertos actualmente cuatro mil sumarios de instrucción. Los arrendatarios ilegales de trabajadores estafaron a éstos sus salarios o doblegaron a los «extranjeros reacios a trabajar» a base de palizas y amenazas. Las indagaciones judiciales —por ejemplo las tramitadas por la Sala de lo Criminal del estado de Dusseldorf— se extienden incluso a chantajes mediante primas de protección y a sospechas de asesinato.

Quienes, con frecuencia a través de intermediarios, recurren a las empresas arrendatarias de mano de obra, no son solamente los constructores privados. También las «subempresas» participan en el negocio de las contrata públicas. El año 1984, a propósito de la construcción del edificio de nueva planta de la Dieta de Dusseldorf, llegaron a practicarse varias redadas, ya que en dicha obra habían intervenido traficantes de hombres.

Cuando se construyó la nueva Secretaría de Trabajo de Munich fueron detectados, gracias a un control, cincuenta empleados ilegales. Hasta la fecha no ha llegado a conocimiento de la policía el que en las obras de ampliación del cuartel del ejército federal en Hilden fueron empleados trabajadores arrendados, al igual que en el nuevo edificio del ministerio de Correos y Comunicaciones de Bonn (Bad Godesberg).

El hecho de que el ministro de Correos y Comunicaciones Christian Schwarz-Schilling no preceptuara los pertinentes controles posibilitó el que al menos una empresa ilegal de arrendamiento de mano de obra sacase su buena tajada en el negocio, el cual habría podido saltar fácilmente por los aires suponiendo que las autoridades hubieran tenido interés en estar al corriente del asunto. La empresa de traficantes de hombres DIMA (sociedad de responsabilidad limitada), con sede en Dusseldorf, fue la que suministró el personal al consorcio de la construcción WTB, sexto en importancia de la República Federal, el cual gozó de una participación decisiva en la edificación del ministerio de Correos y Comunicaciones. La DIMA, a su vez, nació de la GBI, para la que yo había trabajado antes como empleado ilegal en Colonia.

La primera tarea que se le asigna a Alí sirve para dejar bien claro desde un principio cuál es su sitio. Algunos de los retretes destinados a los obreros están atascados desde hace más de una semana y la orina llega casi hasta los tobillos.

—Coge un balde, escobilla y bayeta y arréglalo, y además deprisa.

Yo (Alí) me voy al almacén de utensilios y hago que me den, contra recibo, dichos objetos.

—Basta con que firmes con tres cruces —dice el responsable, un calefactor alemán que disfruta de un relativo chollo al frente del contenedor de herramientas.

En el contenedor donde se encuentran los retretes el hedor es bestial. El canalón de desagüe de la orina está igualmente atascado por completo. Este trabajo lo vivo como una vejación, pues, en la medida en que la causa —las cañerías atascadas— no es eliminada por un experto, en seguida vuelven a producirse inundaciones. En la obra hay suficientes fontaneros, pero el precio de su hora de trabajo es demasiado alto. Están allí solamente para instalar los lujosos cuartos de baño de los futuros felices propietarios.

Tanto los maestros de obra como los capataces disponen de sus propios retretes situados en un contenedor aparte. Están cerrados con llave, el acceso a los mismos está prohibido a los obreros, y las mujeres de la limpieza los mantienen aseados diariamente. Yo (Alí) le digo luego al jefe de la obra que mi tarea carece de sentido y que lo que hay que hacer es mandar allí a los fontaneros.

—Tú aquí no tienes por qué plantear ninguna cuestión, sino hacer lo que se te diga que hagas. Los pensamientos se los dejas mejor a los burros, que tienen la cabeza más grande —me suelta el hombre.

Pues bien, heme aquí haciendo —y sin rechistar— lo que otros innumerables extranjeros se ven forzados a realizar, y además debiendo sentirse contentos de tener trabajo. Esta idea me ayuda un poco —como me ayudará en situaciones ulteriores— a sobreponerme al asco y a hacer que mi impotente humillación y vergüenza se convierta en rabia solidaria.

Los alemanes que utilizan los retretes mientras yo (Alí) friego los meados con bayetas, esponjas y baldes, a veces hacen algún que otro comentario. Un joven dice amablemente:

—Por fin nos han puesto una mujer de la limpieza. Dos hombres de unos cuarenta y cinco años conversan así de retrete a retrete:

—¿Qué es lo que huele peor que los meados y la mierda?

—El trabajo —responde uno de ellos.

—No, los turcos —le contesta el otro con un vozarrón, a través de la puerta del retrete.

Hay también, es cierto, un compañero alemán que, mientras está haciendo pis, se informa sobre la nacionalidad de Alí y, cuando le respondo «turco», documenta así su simpatía:

—Una vez más lo típico: se os manda que nos quitéis la mierda; a eso se negaría cualquier obrero alemán de la construcción.

De cuando en cuando pasa por allí el capataz Hugo Leine, a fin de controlarme. El que vaya pertrechado con un radioteléfono resulta beneficioso, pues del mismo salen pitidos, petardees y parloteos, de modo que su llegada se percibe con antelación suficiente para poder darse prisa. «Tempo, tempissimo, amigo»³, le azuza a Alí, y cuando yo (Alí) le hago notar amablemente que no soy «italiano» sino «turco», en seguida se torna algo más

3 La palabra «amigo», en castellano en el original. (N. del T.)

bronco:

—Entonces deberías haber terminado la tarea hace ya mucho rato puesto que te la conoces bien. Vosotros siempre tenéis los retretes atascados.

Hugo Leine llegó a despedir en el acto a extranjeros porque durante el trabajo hicieron una llamada telefónica imprescindible, desde la cabina que hay enfrente de la obra.

Durante los días siguientes, a treinta grados de temperatura ambiente, subimos a mano láminas de hormigón de gas hasta la sexta planta. Somos más baratos que la grúa, la cual es trasladada a otra obra. Leine vigila para que no nos tomemos ningún descanso adicional. A la semana siguiente se asigna a Alí la tarea de acarrear hormigón. Mi cometido (el de Alí) consiste en transportar, por medio de «japonesas» —que así se llaman las enormes carretillas semicirculares—, a través del solar, el hormigón preparado para su vertido en la cimentación. Se siente como si le estuvieran arrancando a uno los brazos y hay que apalancar con toda la fuerza que se tenga contra la carretilla para que no se le vuelque a uno hacia adelante. Heinz, el jefe de cuadrilla—también de la GBI— disfruta procurando que la carretilla de Alí esté especialmente repleta, para ver cómo se esfuerza en evitar que se le vuelque su contenido al desequilibrarse. La carretilla pesa cada vez más. Yo (Alí) atribuyo mi agotamiento al calor. Cuando hay una tabla en el camino y la carretilla da un ligero salto me es imposible sostenerla; se vuelca y el hormigón se esparce por el solar. Tienen que acudir otros a toda prisa para meterlo otra vez a paladas en la «japonesa» antes de que se endurezca demasiado. Entonces aparece el capataz y me grita (es decir, a Alí):

—¡Maldito pedazo de bestia! ¡Bastante es que no sepáis contar hasta tres, pero al menos podríais saber mirar lo que tenéis delante! ¡Hazlo otra vez y ya te estás volviendo a Anatolia a tocarte las narices!

A la próxima carga el capataz me dedica una complacida mueca sonriente y, pese a mis protestas, me llena nuevamente la carretilla hasta los bordes, de suerte que al arrancar inevitablemente se derrame. A pesar de todos mis esfuerzos me es imposible, maldita sea, mantener la carretilla en equilibrio. Al tomar el primer recodo por poco me caigo con ella y toda la carga se vuelca una vez más entre la porquería. Gran griterío por parte de algunos compañeros alemanes, los cuales permanecen impasibles a mi alrededor, mientras yo (Alí) sudo la gota gorda trasladando la masa de hormigón al interior de la carretilla con una pala. ¡Qué desesperadamente me lío a palazos mirando en torno mío, no sea que se acerque Hugo Leine! Por fortuna, el capataz ha desaparecido en algún lugar de la obra. Un compañero alemán me hace notar que el neumático de mi «japonesa» está pinchado. Se le ha metido un clavo y esa es la razón de que la carretilla volcara. El jefe de cuadrilla ríe maliciosamente a lo lejos. Al pasar de nuevo junto a él, afirma triunfante:

—Os tendríais que ir dando cuenta de que aquí no tenéis nada que hacer.

En otra ocasión ulterior le pillo garrapateando en la pared del retrete con un rotulador: «¡Muerte a todos los tur...». Cuando yo (Alí) intento que se explique, me lanza un escupitajo a los pies y se marcha del urinario sin haber concluido la frase.

Pocos días más tarde, yo (Alí) —que en la quinta planta estoy barriendo y recogiendo con la pala los cascotes de obra— por poco me caigo en un pozo de distribución eléctrica tapado disimuladamente con una capa de poliestireno. Tengo suerte y sólo se me introduce una pierna al resbalar. Lo único que me hago es un ligero esguince y una escoriación en el tobillo. Podría, eso sí, haberme roto la crisma, ya que tiene ocho metros de profundidad. Por casualidad Heinz, el jefe de cuadrilla, sale de un cuarto contiguo y me dice:

—¡Qué condenada chiripa la tuya! Imagínate que te hubieses caído ahí abajo; de nuevo habría quedado un puesto vacante.

A un compañero alemán le roban de su armario el billetero con cien marcos y las sospechas recaen sobre mí (Alí):

—¡Oye tú! Tú estuviste un cuarto de hora ausente durante el trabajo ¿no? ¿Dónde estuviste?

—¡Que abra su monedero! —dice un alemán.

Otro alemán, Alfons, llamado también Alfi, viene en mi ayuda:

—Aunque tuviera dentro cien marcos, eso no significa nada. Cada uno de nosotros pudo haber robado quince, y también alguien ajeno a la obra. ¿Por qué precisamente Alfi?

Alfi es también el que me anima a perfeccionar mi alemán (mientras me da unas estimulantes palmadas en la espalda):

—Hablas alemán mucho mejor de lo que tú mismo te crees. ¡Vamos, inténtalo! Lo único que debes hacer es cambiar el orden de las palabras, tu alemán no es ni mucho menos tan malo. Di simplemente: «Soy turco» y no: «Turco soy». ¡Es facilísimo!

Aífi estuvo varios años en el paro y luego la Secretaría de Trabajo de Dusseldorf lo envió a la empresa «Bastuba», para la que se pasaba el día entero inmerso en las gélidas aguas, cuya limpieza, así como la de las márgenes del río, realizaba por encargo del estado de Renania-Westfalia. Hasta pasado un tiempo no se dio cuenta de que «Bastuba» no le había dado de alta y que estaba trabajando exactamente en las mismas condiciones de ilegalidad que sus compañeros, trabajadores yugoslavos. Cuando le planteó la cuestión a su jefe, éste le puso en la calle. Tiempo después, un amigo le dio la dirección de la GBI.



En una ocasión en que yo (Alí), en presencia de compañeros, le pregunto a Kiose, el director de la delegación de la GBI en Colonia, cuál es el significado de la abreviatura GBI, nos da la siguiente explicación:

—La sigla responde a G, *Giraffé*, (jirafa), B, *Bar* (oso), e I, *Igel* (erizo).

Pretende que nos lo traguemos, y el caso es que la mayoría se lo traga. Lo cierto es que nuestra empresa tiene algo de sospechoso y que los nombres cambian tan a menudo que es como para dar crédito a dicho significado.

Tenemos un nuevo compañero alemán, Fritz, veinte años, rubio, el cual se ha enrolado en la Guardia Rural y espera ardientemente su incorporación a filas. Esta temporada de trabajo ilegal en la construcción la contempla sólo como una solución transitoria. Ha implantado un juego con monedas, al que nos dedicamos durante los descansos en los sótanos de la obra. Quien al tirar la moneda llegue más cerca de la pared sin tocarla, se lleva las de los demás. Yo (Alí) tengo suerte y gano continuamente. Fritz se crispa:

—Vosotros los turcos vais siempre detrás de nuestro dinero. No miráis más que vuestro beneficio y nos engañáis en cuanto os volvemos la espalda.

En otro momento:

—Los alemanes somos inteligentes. Vosotros os multiplicáis a nuestra costa, como los conejos. —Y a los demás—: ¡De cuando en cuando le sale la selva que lleva dentro!

Arde una armadura de tejado. Los encofradores no fueron lo suficientemente cuidadosos. Llegan varios coches de bomberos y también la policía. Allí, junto con otros compañeros, es enviado a desalojar el tejado, aún en brasas. Las suelas de mis zapatillas deportivas empiezan a chamuscarse y varias veces las quemadas vigas crujen bajo mis pies (los de Allí).

Un grupo de agentes de policía y de bomberos está a nuestro lado contemplando cómo arrojamos los objetos ardientes al solar de la obra. Evolucionamos a su alrededor sin traje de seguridad. Todo huele a ilegal. Cabe imaginarse que ellos lo saben o, cuanto menos, lo adivinan. Pero no dicen nada. También ellos se aprovechan de nosotros; los hacemos el trabajo duro y peligroso.

Un compañero alemán, Hinrich, veinte años, casado, un hijo, con deudas de alquiler, hace ya algunos días que anda por ahí con la cara hinchada. Tiene fiebre alta. Varios flemones supurando. A lo largo de la jornada entera se le coacciona para que no acuda al dentista. Le pide a Kiose, el delegado de la GBI en Colonia, un volante de baja por enfermedad. Hinrich todavía no se ha dado cuenta de que no ha sido dado de alta en el registro y que, por lo tanto, es un trabajador ilegal. ¡Se pone hecho una furia!

—Eso está prohibido, lo denunciaré.

—Puedes largarte. No queremos verte más por aquí. Quien afirma que aquí se trabaja ilegalmente se expone a una demanda de daños y perjuicios por difamación. Nos entregaste tus papeles demasiado tarde y por eso no pudimos darte de alta. Eres tú mismo quien ha incurrido en falta —le contesta Kiose.

Después de esto Hinrich no se atreve a ir a la policía. Al día siguiente se lo llevan a una clínica en el coche del médico de urgencia. Septicemia. ¡Peligro de muerte!

Un viernes, finalizada la jornada de trabajo —nos estamos cambiando de ropa— aparece el capataz de la WTB, Hugo Leine:

—Aquí ya nos hemos quitado de encima lo más pesado de la obra, así que ya no os necesitamos.

Así, al cabo de seis semanas se le terminó a Allí su temporada en la construcción. Unos cuantos trabajadores ilegales de la cuadrilla de la GBI son enviados por la misma empresa, bajo el nuevo nombre de DIMA, a otra gran obra en construcción en Bonn/Bad Godesberg. El ministro federal de Correos y Comunicaciones ha mandado construir un nuevo ministerio. Desgraciadamente, Allí ya no colaborará.

Un empresario moderno

Alfred Keitel, de Dusseldorf, cincuenta años, forma parte de esos empresarios que en los últimos años han amasado una fortuna poco menos que incalculable. En 1971 fundó, junto con un socio, la empresa «Keitel y Frick, Sociedad Limitada», y, en su calidad de subempresario (abreviado: «sub»), se dedicó a arrendar hombres a las empresas de construcción. Esto quedó prohibido desde 1982. Poco antes, Keitel compró la «Sociedad de Obras de Construcción y Montajes Industriales» (abreviado: GBI)⁴ y siguió actuando igualmente.

4 «Gesellschaft für Bauausführungen und Industriemontage» (GBI) (N. del T.)

Mientras yo estuve trabajando para la GBI en Colonia, el verano de 1984, los inspectores de Hacienda hacía tiempo que andaban detrás de Keitel. El negocio ilegal, sin embargo, marchaba estupendamente. De las investigaciones resultó que Keitel debía de haber defraudado más de once millones de marcos en concepto de impuestos sobre tráfico de empresas y salarios, así como varios millones de marcos en concepto de aportaciones a la seguridad social. Keitel ingresó en prisión preventiva, y a finales de 1984 fue condenado a cuatro años y medio de cárcel. El hecho de que le condenaran a una pena tan leve se debió a un certificado médico que atestiguaba su padecimiento de una «enfermiza pasión por el juego», con lo que se pretendía justificar sus frecuentes visitas a los casinos, y no el juego que se traía con los quinientos hombres que, según datos de la inspección de Hacienda, trabajaban simultáneamente para él. El propio Keitel reconoce francamente la naturaleza de su industria: «En este terreno me lo conozco todo, eso está claro. Todas las empresas de construcción, por supuesto, y todas las prácticas habituales..., sólo que cuando se ha trabajado con ellas, ya no se implica uno en las mismas».

Aunque después sí lo hace:

«No hay ya ni un sólo gran proyecto de construcción sin subempresas. Ahí están las ARGÉN (Comunidades de trabajo en las grandes construcciones, G.W.), que operan, todas, con subempresas, todas. No hay ya ningún edificio de envergadura que se construya sin subempresas».

Veamos lo que Keitel dice acerca de sí mismo: «Si no hubiera sido traicionado, aún tendría un gran negocio.

“Nadie, ningún departamento de Hacienda ni ninguna caja local del seguro de enfermedad, se percata de las prácticas habituales en el negocio: sólo se da cuenta quien tiene que ver con ellas. Eso es lo bonito de los procesos, que nadie puede establecer cómo se relacionan las empresas individuales. Los contratos con las grandes se pueden hacer a conveniencia: en la práctica puedo convenir un salario por horas en vez de una suma global, pero sencillamente hago otro contrato, dado que los salarios por horas están prohibidos. ¿Quién va a controlarlo? ¿Cómo va a averiguarlo la Oficina de Trabajo? Ante el tribunal puedes decir: ¡Pruebe usted lo contrario!

«Desde fuera no dan con ello, en absoluto. En mi negocio no me habría pasado nada que tuviese que ver con alguna investigación, si no hubiese sido porque mi socio, que desde luego participaba en el asunto, perdió los nervios. Ya antes recibimos a la inspección de Hacienda, y también a la policía. Pero no sacaron nada en limpio».

Keitel se mostró también dispuesto a dar información sobre los márgenes de ganancias:

«Los empleados reciben en mano sus buenos dineros; en fin, a veces no tan buenos, pero lo principal es que los reciben en mano.

»Las empresas de la construcción pagan entre 22 y 33 marcos por hora de trabajo. Lo que de eso le quede al subempresario es algo que depende de lo que le pague a su personal, de a cuántos da de alta en el registro, de si los da a todos o sólo a unos cuantos.

»El salario bruto de los obreros especializados está hoy exactamente en 16 marcos. A los extranjeros se los exprime siempre, esos trabajan por poco dinero, y los alemanes no. Los alemanes conocen sus derechos, más o menos.

»Pero los extranjeros... diez marcos, ocho marcos... da lo mismo».

Un pequeño cálculo proporciona el siguiente cuadro:

A Keitel le quedaban entre 14 y 25 marcos por hora de trabajo. Por lo regular se trabajan diez horas diarias en la construcción. Pongamos entre 140 y 250 marcos por hombre y día. Quinientos hombres arrojan una suma de entre 70.000 y 125.000 marcos

diarios. De estos ingresos hay que deducir los costos mínimos de transporte y teneduría de libros. Y los impuestos y las aportaciones a la seguridad social. O ni siquiera esto.

Conversión

o «Decapitación sin bendición»

“Era un extranjero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis (...) En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.»

(Evangelio según S. Mateo, 25-35 y sig.)

Alí prueba suerte con la iglesia católica. Ha oído decir que también Jesús fue expulsado de su tierra, que vivió con los extranjeros y perseguidos de su tiempo, y que por ello se expuso a las más duras acusaciones y persecuciones. Sin embargo, y como era de suponer, Alí no se presenta como pedigüeño. No pide albergue ni ayuda material. Su propósito no es el de abrumar a los funcionarios de Dios con exigencias, como tampoco el de hacerlos caer en ninguna tentación. Lo único que Alí quiere es... ¡que le bauticen!

a) No por oportunismo, sino porque desde hace ya tiempo conoce la vida y la obra de Cristo y le parece convincente, quiere pertenecer a la iglesia católica.

b) La cosa tiene que ser rápida, ya que su amiga alemana y católica no puede casarse con él hasta que pertenezca a la comunidad de fe católica, como exigen los padres de ella.

c) Tiene también la esperanza de que, siendo católico, podrá evitar la amenaza de una inminente expulsión.

(Los sacerdotes y dignatarios a los que acudió permanecerán en el anonimato. Las conversaciones con los funcionarios eclesiásticos son auténticas.)

Puede percibirse que Alí es un obrero. Va vestido pobremente. De la bolsa que lleva colgada del hombro asoma un termo.

Primera visita. Parroquia en uno de los mejores barrios residenciales, jardín con aspecto de parque.

Un cura de elevada jerarquía, de unos sesenta años, abre una rendijita de la pesada puerta de roble ornamentada con barrotes de hierro forjado, y clava en Alí una mirada llena de suspicacia.

—Por aquí no se te ha perdido nada, ve al secretariado social —dice el cura.

Con esto yo no había contado. El cura se percata de mi perplejidad y, antes de que pueda exponerle el asunto que me trae, repite categóricamente:

—Puesto que son tantos los que me quieren desplumar, aquí, por principio, no hay nada. Esto es una secretaría parroquial y no un...

Le interrumpo:

—Yo no querer dinero, sólo bautismo —le interrumpo. La puerta se abre un poco más, el cura me inspecciona con ojos de curiosidad crítica y dice:

—Ya. Por aquí viene tanta gente de esa que no le gusta trabajar y que pretende vivir a costa de los demás.... ¿Dónde vive usted? ¿Qué edad tiene el niño y cuándo habría de celebrarse el bautizo?

Le digo «mi» dirección y, como se trata de una calle tan noble que en ella Alí, por su apariencia, ni siquiera podría pagar una semana de alquiler, añado:

—Yo vivir allí pero en sótano. —Y—: No ser bautizo de niño. Yo turco, hasta ahora con Mahoma. Yo para mí querer bautizo porque Cristo ser mejor. Pero correr prisa porque....

El cura, sin saber a qué atenerse, me lanza una mirada entre atónita e incrédula, como si no hubiese ido a solicitar de él el santo sacramento del bautismo sino mi propia circuncisión.

Vuelve a cerrar la puerta dejando una rendijita:

—¡Menos prisas!... La cosa no es tan fácil. Antes hay que cumplir muchos requisitos...

—Y con una ojeada despreciativa hacia mi desharrapado aspecto—: Además no admitimos a todo el mundo en nuestra comunidad. —Cuando pretendo hacer hincapié en que la urgencia de mi solicitud se basa en que me encuentro amenazado de expulsión, ello no le produce la menor impresión—: ¡Menos prisas judías! Ante todo he de hablar del asunto con la junta directiva de la comunidad. Y en primer lugar tráigame un certificado policial de residente, en regla.

Cuando me atrevo a contestar: «¡Pero tampoco Cristo tener residencia fija!», sin duda lo toma como una especie de blasfemia, pues, sin más explicaciones, me da un portazo. Cuando a continuación me pongo a tocar el timbre como loco a fin de demostrar lo serio que es mi decisión de convertirme en miembro de pleno derecho de la comunidad de los creyentes, él vuelve a abrir la puerta para echarme un rapapolvo:

—¡Esto no es un asilo! ¡Si no me deja usted en paz inmediatamente, llamaré a la policía!

Intento, por última vez, apelar a su conciencia cristiana y su deber pastoral arrodillándome e implorándole con las manos entrelazadas:

—¡En el nombre de Cristo, bautismo!

Por toda respuesta, la puerta se cierra con estruendo.

Allí no había contado con esto. Evidentemente ha acudido a una dirección equivocada. Ovejas negras las hay en todas partes. Y en este sector residencial, donde los más ricos entre los ricos sólo entre ellos quieren vivir, Allí se encuentra —eso no puede estar más claro— fuera de lugar. Pero no cesa en su empeño y se dirige a la parroquia más cercana de un distrito vecino. Allí las villas no se esconden tras altos muros y los jardines no se extienden por la parte trasera de las casas, sino que son pequeños cuadriláteros delante de las puertas de entrada, accesibles a cualquiera y, a menudo, apenas mayores que una sala de estar. Aquí vive la clase media, y en algún que otro bloque de apartamentos incluso viven obreros.

Allí, que se ha vuelto más inseguro y más prudente desde que le echaran por vez primera con cajas destempladas, ruega al turco Abdullah, compañero suyo de trabajo, que le acompañe como testigo y también como protector.

Son las cinco de la tarde. La iglesia está desierta. Las campanas tañen automáticamente llamando al recogimiento, pero ni uno sólo de los fieles se ha congregado para asistir al oficio divino. Acaso tengan ellos también demasiado frío. La iglesia no tiene calefacción y el intenso frío ha congelado el agua bendita hasta el fondo de la pila. Mientras avanzamos, con paso circunspecto y algo cohibido, en dirección al altar, el solitario párroco se percata de nuestra presencia.

Sin duda se hallaba a punto de dar por concluida su jornada de trabajo, pues intenta escabullirse hacia la sacristía antes que nosotros. Pero yo soy más rápido.

—Disculpe —le digo cortándole el paso— sólo una pregunta, yo querer bautizo y hacerme cristiano, yo ser turco. Se nos queda mirando con ojos atónitos:

—¡No, ni hablar! Eso no puedo hacerlo. ¡Imposible! —Habla en un susurro, y al hacerlo no nos mira, sino más bien por encima de nosotros en dirección al cielo, como si desde allí su jefe supremo pudiera bendecir su poco cristiana conducta.

—¿Por qué no? —quiero yo saber.

—No puede ser, eso es algo que requiere una instrucción que lleva varios años —musita.

—Pero yo conocer muy bien evangelio, yo lo estar leyendo siempre...

—No, no puedo hacerlo; sin el consentimiento del cardenal no me está permitida en absoluto una cosa así.

—Pero ¿no poder bautizar cualquier pastor?

—No. En ningún caso.

—¿No le estar permitido?

—No, no, no, no. Oficialmente, un bautismo conllevaría una admisión en la iglesia católica; no...

—¡Ah! Es que usted no ser un cura —le provoco. Se nota a las claras que se está sintiendo incómodo. Ha sido tocado en su vanidad.

—¡Claaaro que lo soy! —contesta, con firmeza y arrogancia.

—¿Aquí jefe de esta iglesia? —insisto.

—Sí —dice resueltamente.

—Bueno, pues entonces poder también dar bautizo —sigo yo, apretándole las clavijas.

—Sí, pero a los niños —admite—. Pero para bautizar a los adultos necesito el consentimiento del arzobispo de Colonia, y eso presupone una instrucción de por lo menos... —vacila, parece haber comprendido que no estoy tan en la inopia— de por lo menos un año.

—¿Tanto tiempo? ¿Un año por lo...? La angustiada consternación de mi pregunta da nuevo impulso a su intento de deshacerse de nosotros.

—E incluso puede durar más tiempo. Es algo que requiere una introducción paulatina, gradual... —añade, satisfecho.

Señalando hacia la pila bautismal, le demuestro mi conocimiento de causa.

—Bautizar ahí entonces. ¿Deber meterme del todo, o sólo la cara?

A sus ojos soy, sin duda, el último salvaje. Con un escueto «No», hace oídos sordos a mi sacrílega observación.

—Pero quizá el jefe, el arzobispo, decir sí.

El cura no permite que nos hagamos ilusiones:

—¡Difícil lo veo! ¡Difícil lo veo!

No acabo de entenderlo. Busco una explicación a su rechazo:

—¿Es que ser tantos que ahora quieren entrar en iglesia?

No parece ser ése el caso:

—No, eso no, pero... —El «pero» se queda flotando en la gélida atmósfera de la iglesia, sin que le siga explicación alguna.

Dado que en el terreno de lo trascendental se encuentra tan desposeído de argumentos, le entro por el lado práctico. Señalando hacia la densa capa de hielo en la pila de agua bendita le sugiero:

—Un poco de anticongelante ahí dentro y se poder otra vez utilizar.

Pero tampoco esta constructiva propuesta le conmueve, y abandona la iglesia. No nos apartamos de su lado. Llego antes que a la residencia parroquial, situada junto a la iglesia, y toco el timbre. Como en una farmacia nocturna de guardia, se abre un estrecho portillo al que se asoma una asistenta parroquial entrada en años. Dado que el párroco, detrás de nosotros, se da cuenta de que no nos dejamos despachar tan fácilmente y que, por el contrario, yo por mi parte doy muestras de mi decidida voluntad de que me sea

administrado el santo sacramento del bautismo, nos hace pasar a su despacho parroquial.

—Con objeto de que me dejen en paz, voy a buscarles en seguida una dirección a la que pueden presentarse. Pero como ya les he dicho, no se hagan ilusiones, eso es algo que lleva su tiempo.

Se atrinchera pesadamente tras una voluminosa mesa-escritorio y empieza a hojear minuciosamente una agenda eclesiástica de direcciones. Está en plena cincuentena y su aspecto es saludable y descansado, no parece ser persona que desdeñe y azuce a los seres humanos, como su colega de la comunidad vecina, sino que irradia más bien — hombre bonachón y acomodado— la confortabilidad aquella del funcionario vitalicio que espera la jubilación detrás de una ventanilla... Una ventanilla aún abierta al público, aunque estén agotadas las existencias de sellos y no haya ninguna demanda de timbres conmemorativos, en la que pone, para mayor seguridad, el cartel de «*cerrado temporalmente*», y mantiene a raya a los últimos clientes extraviados.

No quiero que se sustraiga tan fácilmente a su responsabilidad, tanto más cuanto que reacciona a mis pretensiones como si éstas —a sus ojos— constituyeran una proposición deshonesta.

— ¿Si yo ser todavía niño la cosa ir más deprisa? —vuelvo a insistirle.

— En efecto, si fuera usted un bebé en brazos de su madre, entonces sí. ¡Pero tampoco tan deprisa! En primer lugar habría que asegurarse de que recibiría una educación católica.

Yo (Alí): ¡Pero hoy haber mucho bautizo y sin embargo padres no ser católicos de veras!

El cura (severo, frunciendo el entrecejo): Quizá, pero nosotros no. Entre nosotros no.

Yo (Alí): Yo tengo compañeros en trabajo que estar bautizados pero que católicos no de veras son; ellos ríen porque yo creer en Cristo y hablo sobre libro de Cristo. Sin embargo, todos habernos un Dios.

El cura (sin dejarse apartar de la cuestión, con gran formalismo):

Para bautizar a los adultos necesito, como dije, el consentimiento del arzobispo de Colonia, cardenal Höffner.

Yo (Alí): ¿Y ése ser bueno?

El cura: No. Concede su beneplácito cuando... cuando la instrucción ha durado... gradualmente... por lo menos un año...

Yo (Alí) (alborozado): ¿Ser él quien bautizar luego?

El cura (categórico): No.

Yo (Alí): Yo oír que cualquiera puede dar bautizo...

El cura (mientras sigue pasando las hojas en infructuosa búsqueda de la dirección): Sí, sí, así es, pero...

Yo (Alí): Además yo tener problema: yo quiero casar pero padres no dejan muchacha casar con mahometano... Y si yo consigo que muchacha casar, entonces poder quedar aquí, si no, tengo que marchar, expulsión a la Turquía.

Mi compañero Abdullah acude en mi auxilio y elucida el problema al cura de forma acuciante:

—Si lo mandan de vuelta a Turquía tendrá que ir a la cárcel.

El señor cura hace como si no hubiese oído la molesta afirmación y sigue buscando en la agenda eclesiástica, impávido y sereno.

El cura (disgustado): Pero bueno, ¿dónde está FELICITAS?

Abdullah: Por eso hay que bautizarle rápidamente.

Yo (Alí): Lo mejor sería ahora mismo, o yo venir mañana después de trabajo.

El cura: ¡Ni hablar! ¡No puede ser!

Yo (Alí): Algo pagar también puedo.

El cura: No, eso no cuesta prácticamente nada. El bautismo no cuesta nada. Los sacramentos no cuestan dinero.

Yo (Alí): Pero si yo dar donativo para gentiles, ¿no ir más deprisa?

El cura: No, no, no hay nada que hacer, ni lo más mínimo.

Abdullah: No quiere hacer el servicio militar.

Yo (Alí): Yo no querer disparar, no puedo ningún hombre matar. Ahora en la Turquía es con nosotros poquito como antes en la Alemania con Hitler. La Turquía es una dicta...

El cura: Eso no tiene nada que ver con el bautismo. Son motivaciones externas que no suponen ninguna convicción.

Yo (Alí): ¿Hacer también gran fiesta si bautizo es con gran comunidad juntos y eso?

El cura (decepcionante): No.

Yo (Alí): Yo quiero decir ¿también grande ceremonia, baile y eso?

El cura: Nooo. No, no. Aquí no...

Yo (Alí): Yo sé todo, yo leído la Biblia aquí, delante, detrás, detrás para delante...

El cura: Eso es lo que dice todo el mundo, que lo sabe todo...

Yo (Alí): Tú preguntas entonces. ¡Cosa cualquiera!

El cura: ¿Y para qué?

Yo (Alí): Sólo para ver si...

El cura: No. No se trata de unos preceptos en virtud de los cuales se admite a los adultos en el seno de la Iglesia. ¿Qué habría de preguntar?

Yo (Alí): Algo de Cristo...

El cura (como si yo pidiera algo totalmente descabellado): ¿De Cristo?

Yo (Alí): Sobre su vida o así...

El cura (como si Cristo no hubiera vivido nunca): ¿Sobre su vida? Bueno, hum, hum, espere un momento, sí... (Y, a quemarropa); ¿Cómo fundó la Iglesia?

Yo (Alí) (sin pensármelo mucho): Cristo decir sencillamente a Pedro: tú haces ahora Iglesia para mí.

El cura: Hum, bueno, sí, así podría decirse, sí.

Yo (Alí): ¡Otra pregunta mayor difícil!

El cura: No, más vale que no, más vale que no, con ello no hago sino darle falsas esperanzas.

Yo (Alí): ¡Por favor! ¡Una más pregunta!

El cura (con gran esfuerzo): Bien..., vamos a ver: ¿por qué hay hoy día varias Iglesias que se reclaman de Cristo?

Yo (Alí): Pues porque el Lutero fue el otro, hizo revolución, no creía más en Papa. Después haber muchas Iglesias que buenas son. Quieren que Cristo viva pero ellas saber muy poco. Quieren hacer Iglesia propia porque ellas no estar dirigidas correctamente, han perdido pastor...

El cura (asombrado): Sí, desde luego, eso es correcto.

Yo (Alí): Yo todo leído. También además libro cabecera, el cati... ¿cómo se llama?

El cura: Catecismo. Está bien. No hace falta que siga, le creo sin más. Pero eso no nos sirve de nada, pues para el bautismo de los adultos necesito el consentimiento del arzobispo.

Yo (Alí): ¿Pero y si yo ahora... corazón no late más y yo decir: por favor, bautiza a mí ahora?

El cura: En caso de muerte, sí. Es decir, en inminente peligro de fallecimiento...

Yo (Alí): Y si yo de pronto ahora tengo dolor... eso ser posible... yo mi corazón no tengo bueno.

El cura: Conque el corazón no está bien ¿eh?

Yo (Alí): Se estar siempre parando. Cuando trabajo duro veo yo todo negro. Estoy a veces en hospital. ¿Cómo se llama? Unidad Cuidados Inten...

El cura (corrige): Vigilancia Intensiva, hum. Pero eso no ha de ser motivo para agilizar la instrucción. Sólo la instrucción revela hasta qué punto se halla usted asentado en la fe cristiana y si verdaderamente pertenece a la misma.

Yo (Alí): Pero ¿de qué a mí servir si yo marchar tengo antes? Si yo no puedo casar muchacha, a mí mandar de vuelta a la Turquía, y entonces quizá yo tengo que morir sin bautismo y no soy con Cristo en cielo.

El cura (con un doliente suspiro): Nadie ha dicho eso. A veces hay excepciones.

Yo (Alí) (contento): ¿Entonces sí bautismo rápido?

El cura (ligeramente desesperado ante mi despiste conceptual): No, Dios mío. Aunque se muera usted sin bautizar, ello no significa irremediabilmente que haya de verse condenado toda la eternidad. En determinadas circunstancias cuenta el bautismo inconsciente. Cristo, en su inconmensurable bondad, también ha dado a gentiles e infieles una verdadera oportunidad...

Yo (Alí): Pero no ser bastante seguro. Mejor das a mí bautismo rápido. Vamos. Ahora a mí corazón no bueno.

El cura (con cierta indiferencia): Sí, pero eso tiene sus dificultades.

Yo (Alí): Pero principal cosa es que luego yo ser ya católico.

El cura (desesperado): Sí, cabría decirlo, pero no cuenta, no hay ningún certificado para eso. Le digo que no y que no, puesto que yo sé que usted lo ha provocado.

Yo (Alí): Pero ser verdad, puede llamar doctor.

El cura: No, ni hablar, incluso bajo determinadas circunstancias puedo incurrir en delito.

Yo (Alí): Pues con mahometanos ser sencillo. A todo quien dice querer ser mahometano, decirle que sí a la vez primera.

El cura (no sin desdén): Pues os lo ha puesto facilísimo, Mahoma.

Yo (Alí): De algún modo ser él más tolerante.

El cura hace como si no hubiera oído el reproche y se calla.

Yo (Alí): Pero antes, cuando venir misionero con conquistador en tierra extranjera, entonces ellos decir: ¡tú católico, tú católico, tú católico! ¡Igual si gente querer que si no querer! ¿Por qué hoy dura tanto tiempo?

El cura: Si, pero ¡vaya católicos! Antaño las cosas, hum, cómo lo diría yo, se hacían muy mecánicamente. Carlomagno les dijo a los sajones: ¡O bautismo o decapitación! (se ríe con fruición).

Yo (Alí): ¿A todos zas, zas?

El cura: Fue en el 800 después de Cristo.

Yo (Alí): Indios también bautizo, ¡zas! y no saber por qué.

El cura: ¡Pero ahí están las consecuencias! En el fondo no tenían sino un odio feroz hacia todos los cristianos.

Yo (Alí): ¿Y también hacerlo (ademán de cortar la cabeza) con propios cristianos?

El cura: Sííí.

Yo (Alí): ¿Y Papa daba bendición para eso?

El cura: ¿Bendición? No se necesita dar bendición ninguna. Se pueden cortar cabezas sin que haya bendiciones. La expresión de su semblante, bonachona en general, cede a una mueca sonriente infantil-inquisitorial.

Yo (Alí): ¿Y Papa daba su Okay...?

El cura: Eso no lo sé, no sé cuál era la posición de los Papas en aquel entonces, pero desde luego no sabían lo que los misioneros hacían en América.

El cura cambia de tema y se acuerda del asunto inicial que me indujo a buscarle:

—¿Quién quiere expulsarle a usted de Alemania?

Yo (Alí): Aquí, la policía de extranjeros.

El cura (fuertemente impresionado): ¡Aja! La policía de extranjeros.

Yo (Alí): Incluso si yo caso mujer alemana, policía viene en dormitorio mirar si acostamos juntos.

El cura: La verdad es que en el país tenemos muchos turcos. Siempre han asistido a mis clases de religión, pero no querían..., no tenían ni idea de lo que es el catolicismo.

Yo (Alí): Pero ¿idea ya tiene y querer bautismo?

El cura (horrorizado): No, al contrario, ni uno solo de ellos...

Yo (Alí): ¿Yo también tiene mucho aprender, oración, cantar y así?

El cura: Tiene usted que aprender a fondo, no superficialmente, de memoria; a fondo, a fondo.

Empiezo a recitar el *Padre Nuestro*. Al terminar: «Y líbranos de todo mal», el cura interrumpe y denuesta de nuevo a Alí:

—Como buen mahometano está usted acostumbrado, al igual que los niños, a cotorrear largas oraciones una y otra vez, sin entenderlas. Pero hemos llegado al punto final. —Y se levanta y, para desembarazarse de mí de una vez por todas, me pone en la mano un papelito—: Ahí va la dirección de FELICITAS, consejería de orientación religiosa. Ellos decidirán.

El director de la consejería de orientación religiosa FELICITAS es un sacerdote flaco, alto y entrado en años. Tiene ese aire distanciado y distinguido de los aristócratas. Me recuerda un poco al Gran Inquisidor que plasmara El Greco.

No tengo la sensación de que esta institución eclesiástica sea especialmente frecuentada por conversos ansiosos de recibir el bautismo. Soy el único en la sala de espera, y la visión del desierto despacho, parecido a una oficina —en el que impresionan los muebles por su antigüedad y suntuosidad— no hace pensar precisamente que allí se trabaje.

Alí, vestido con sus raídas ropas de trabajo, se siente aquí un tanto miserable y desplazado. Tras haber relatado, de forma acuciante y algo desvalida, la particularidad de su caso, apela al dignatario sacerdotal para que, habida cuenta de lo apurado de su situación, adopte una decisión rápida y al margen de la burocracia.

Yo (Alí): Por eso yo necesito, por favor, bautismo muy rápido.

Sacerdote (no toma en serio las pretensiones de Alí y reacciona de modo levemente burlón): ¿Ah, sí? ¿Y en su opinión con qué rapidez? ¿En una hora o algo así?

Yo (Alí) (aparentando alborozo): Sí, si poder ser, en seguida. Muchas gracias. Y si no, lo más tarde en unas semanas, pues yo de contrario cárcel en la Turquía. ¿Cuándo es bautizo?

Sacerdote (se torna cortante y formal): No puedo decirlo. Aun cuando es mi especialidad.

Yo (Alí): Bueno, entonces preguntarme. Yo leer todos los sermones de Cristo y parecer bueno.

Sacerdote (sin dejarse impresionar por ello): ¿Quién le ha enviado a usted aquí?

Yo (Alí) (le digo el nombre del cura que, para desembarazarse de mí, me buscó su dirección): Y él dice que él no poder hacerlo, que tengo que venir aquí preguntar para darme certificado.

Sacerdote: ¿Cuánto tiempo hace que está usted en Alemania?

Yo (Alí): Diez años. Y quiero quedarme aquí. Porque yo ser kurdo y en la Turquía yo sin remedio ir cárcel. Yo hecho trabajo político contra dictadura.

Sacerdote: ¡Así que si se queda usted en Alemania ya no tiene que ir a la cárcel en Turquía!

Yo (Alí): Tengo marchar porque yo no tiene más trabajo y sólo tener sello para tres meses. Pero Cristo parece a mí también mejor que Mahoma, no haber tanta prohibición. Además Cristo estar más a favor de los perseguidos.

Sacerdote (partiendo, al parecer, de otra forma de entender a Cristo): ¡No me diga! Y, aparte de su novia, ¿conoce usted a otros cristianos?

Yo (Alí): Sí, compañeros de mí en trabajo, también bautismo. Sólo que no hacer más que reír cuando yo hablaba a ellos de Cristo. Ellos siempre leer *Bild-Zeitung* cuando yo, en los descansos, leer Biblia.

Sacerdote (ignorando la realidad): Lo importante, sobre todo, son los buenos contactos con los demás cristianos alemanes. ¡En ello no hay aprendizaje sino actuación! Cuenta la vida, no el estudio.

Yo (Alí): Yo quiere actuar y vivir, ya lo creo. ¿Y qué tener yo que hacer para eso?

Sacerdote: Vivir con la Iglesia.

Yo (Alí): ¿Hacer?

Sacerdote: Ir a la iglesia.

Yo (Alí) (con orgullo): Yo eso hago. Yo voy domingo en iglesia siempre (a fin de que me crea le digo el nombre de la parroquia y de la iglesia).

Sacerdote: Bueno, está bien.

Yo (Alí): Y también yo rezar puedo. Y cantar yo puedo bien.

Sacerdote: ¿Con qué frecuencia va usted a la iglesia?

Yo (Alí): Una vez domingo.

Sacerdote: ¿Y cuántas veces ha ido en los dos últimos años?

Yo (Alí): Hace cuatro meses siempre todos domingos.

Sacerdote (despectivamente): Cuatro por cuatro son dieciséis.

Yo (Alí): Pero antes yo ir también a veces y a menudo tengo trabajar en día de fiesta. Yo encuentro fiestas en iglesia bonito. Y Cristo ser verdadero amigo.

Sacerdote (quien parece tener con su «Señor» una relación distante y poco amistosa): Pero creer en Cristo es difícil.

Yo (Alí) (en tono de máxima convicción): ¡Qué va!

Sacerdote (incrédulo): ¿No?

Yo (Alí): Cristo vivir y El mostrado cómo hacer, no sólo en libro sino Él mismo hacer, no sólo decir sino Él vivir para nosotros. Pero usted hacer pregunta a mí ahora, ver si yo se...

Sacerdote: Bueno, no es cuestión de saber, como si estuviéramos en una escuela. Llegamos a tener un conocimiento del aspirante a través de reuniones y vida en común. (En tono de leve reproche): Si hubiese usted venido hace diez años, todo estaría arreglado ya.

Yo (Alí): ¿Y no hace pregunta ninguna, para ver si yo sé?

Sacerdote: El problema no está en el aprendizaje. Con un fertilizante artificial no se puede hacer crecer a una planta más rápidamente. Todo lleva su tiempo.

Yo (Alí): Cuando primeros cristianos llegan en tierra nueva, bautizar rapidísimo, a menudo sin que gente quiere.

Sacerdote: Bueno, sí, pero entonces la Iglesia tenía otro poder y otra inspiración. Hoy lo único que importa es cómo son los contactos, el contacto con los demás cristianos.

Yo (Alí): Nosotros contacto no mucho, porque los alemanes no querer vivir con turcos.

Sacerdote: Así está preceptuado por el arzobispo. Todos hemos de tener la misma disciplina.

Alí hace un último y desesperado intento para que el sacerdote actúe al margen de la burocracia:

—Pero ¿no puede yo al menos tener sello? Policía extranjeros, si no, hace detención para a mí expulsar y yo tengo ir de vuelta en la Turquía a prisión y quizá tortura...

Sacerdote: ¡Me es imposible administrar el bautismo bajo semejante situación de emergencia política! Es una irresponsabilidad. Ningún obispo puede hacerse responsable.

Yo (Alí): ¿Y si yo pregunto a obispo mismo?

Sacerdote: Al obispo no tiene usted acceso.

Yo (Alí): ¿Pero si yo llamo a él y preguntar?

Sacerdote (con desdén): A alguien como usted no lo dejan pasar. El obispo no anda por su casa aburrido y esperando que alguien llame a su puerta. El obispo es la suprema jerarquía de más de un millón de católicos de la diócesis. Su agenda es como la de un primer ministro. Se halla más o menos al mismo nivel.

Yo (Alí): ¿Pero él puede dar bautismo también, si él querer?

Sacerdote (mosqueado): El obispo puede bautizar en cualquier momento.

Yo (Alí): ¿Y si yo pregunto a él cuando él va pasar?

Sacerdote: No puede, no, tampoco. No puede usted abordarle en sus paseos, siempre está rodeado de policías.

Yo (Alí): Pero tú hacer a mí pregunta, ver si yo entiende Cristo...

Sacerdote (lanza un hondo suspiro, reflexiona largo rato y, por fin): ¿Jesús es Dios?

Yo (Alí): El es sido Dios y hombre y con Él el Espíritu Santo. Uno en tres personas...

Sacerdote (perplejo): Eso está bien, ya lo creo, la respuesta es correcta. La respuesta, como tal, es correcta.

Yo (Alí) (sin cejar en mi empeño): Y Cristo dice Él amar todos los hombres, también a hombres que no estar en la Iglesia, incluso a enemigos tienen los cristianos que amar, sólo que ellos no hacen eso con turcos... Yo digo. Cristo es con los perseguidos. Los kurdos en mi país, como antiguos cristianos también, van en prisión porque ellos querer propia cultura. Y Cristo es también en favor de ellos.

Sacerdote (enfadadísimo, se pone en pie con rigidez y formalidad):

Bueno, tenemos que interrumpir la conversación. Si es usted tan amable de pasar otra vez a la habitación de antes. Mi secretaria le acompañará hasta la puerta...

A diferencia del palurdo de la primera entrevista, este alto clérigo me despacha de modo distinguido y aristocrático. También aquí Alí es un indeseable. Pese a constituir una excepción absoluta —prácticamente no hay ningún turco que tenga las miras puestas en una conversión a la fe católica (lo que tampoco es extraño, habida cuenta de las francas y disimuladas hostilidades y humillaciones de que son objeto por parte de los siervos de Cristo)—, en ningún caso se le quiere admitir en las adocenadas, ahítas e infatuadas comunidades de «cristianos» en el seno de la Iglesia oficial. Bastante es que los tengamos que soportar en nuestras escuelas, barriadas suburbanas y estaciones de ferrocarril. Nuestras iglesias —pese a lo vacías que están— deben permanecer limpias y libres de turcos.

Otro cura, al que Alí hace una visita, tiene su residencia parroquial —de varios pisos— erizada de espejos retrovisores de camión. Al lado de cada una de las más de una docena de ventanas se ha instalado un espejo a través del cual puede observarse la presencia de un visitante junto a la puerta de entrada.

Puesto que tras una primera llamada al timbre la puerta no se le abre a Alí, éste lo intenta de nuevo media hora más tarde, apretándose contra la puerta inmediatamente después de llamar y procurando quedar en un ángulo muerto del espejo.

El pestillo es accionado y en el primer piso se ha atrincherado un cura de mediana edad, el cual, impávido y con indiferencia, escucha las pretensiones de Alí, a quien no invita a entrar.

—Eso es una idea fija —me sermonea (a mí, Alí)—. ¿Quién le ha hecho pensar en eso?.

—Cristo ha llamado a mí —le contesto en el estilo de las historias sagradas para niños—. Yo quiere seguir a Él.

—Lo único que usted pretende es camuflarse para conseguir más fácilmente un permiso de residencia. Admita usted que lo que lo impulsó a solicitar su ingreso en nuestra Iglesia son motivaciones políticas. Usted sólo persigue beneficios personales.

—Cristo también ayuda perseguidos políticos —contesto.

—Si se rebela usted contra las leyes del Estado será usted perseguido en todas partes —me alecciona.

—La Turquía no democracia, sí dictadura —le replico.

—Todo eso no son más que tópicos —me ilustra el cura—, cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Hay pueblos que aún no están maduros para la democracia parlamentaria. —Piensa un momento—. Y además ¿qué quiere usted? Lo cierto es que en Turquía tienen ustedes un parlamento elegido.

—Intervenido por los militares —digo yo—, partidos democráticos prohibidos y perseguidos.

—Pero eso no ha sucedido porque sí —continúa, politizando—, sólo así podía ponerse coto a la subversión y al terrorismo declarados.

—Policía y militares hacen terrorismo y torturar a prisioneros políticos —respondo yo.

—Confiese que es usted comunista y quería colarse subrepticamente entre nosotros para camuflarse. Nosotros nos ocupamos de las necesidades espirituales de los presos en las cárceles y prestamos nuestra ayuda al último de los pecadores, a condición de que se arrepienta. Pero para elementos sin conciencia no hay sitio entre nosotros... ¡Lo mejor es que regrese al sitio de donde ha venido!

Le miro con desconsuelo.

—Caso de haberme equivocado en lo que a usted respecta —me dice bajando el tono—, después de la Pascua de Resurrección puede pedirme hora de visita. Entonces me tomaré el tiempo necesario para sondearle a usted algo más pormenorizadamente y poner a prueba más a fondo su actitud hacia Cristo.

Alí se da por enterado. Le es suficiente. Considera ociosa una nueva entrevista. El concepto de Cristo por parte de este cura le parece, igualmente, hartamente inequívoco.

—Saludos al Señor Cristo, si usted verle —se despide Alí. Se queda un momento reflexionando y dice, más bien para sí—: No, aquí ha muerto hace mucho. —Y mientras el cura se queda de pie, atónito, Alí baja las escaleras silbando su canción favorita, «Gran Dios, nosotros te alabamos...».

Alí no cede en su propósito. Tiene que ser posible encontrar a un sacerdote que se tome en serio su misión cristiana y no deje sin administrar, por comodidad, prejuicios o apenas disimulada xenofobia, algo tan sobreentendidamente natural como es el bautismo rápido y libre de burocratismo hasta el límite de lo posible.

Pero los otros dos curas a los que acude Alí se muestran asimismo indiferentes ante la urgencia de su apurada situación. Un joven capellán le pone en la calle:

—Prescindimos de la gente que quiere hacerse católica porque otros se lo exigen o porque resulta ventajoso. Tiene usted que saber que no somos ninguna compañía de seguros.

Otro cura más entrado en años, quien, en su calidad de pastor de almas de las clases superiores, vive en una residencia parroquial que parece un palacio, manda a Alí que diga el Padre Nuestro y rece en voz alta el Ave María, amén de entonar un canto de iglesia. Alí se decide por el: «...y entonces se dispuso a morir con ánimo amoroso, para ganar nuestra salvación...», de Christof von Schmid, para al final no conseguir sino que le echen.

Además el cura me desconcierta, preguntándome cómo se dice en turco «monaguillo».

—Gurui, gurui —invento yo.

—Gurui, gurui —repite el cura, francamente impresionado.

El cura: ¿Y dónde vive usted?

Alí (dice una dirección y añade): En el sótano con familia Sonne. Tiene que no saber nadie, porque sótano ellos —sin ventanas y no seco— no tener permiso para alquilar.

El cura: ¿Ha ido usted a darse de alta en la policía?

Yo (Alí) (titubeante): No familia Sonne no quieren. Y aquí nadie a turco querer alquilar vivienda correcta.

El cura (severo): En tal caso, bajo ningún concepto puedo admitirle en la catequesis. Procúrese primero un certificado de residencia como es debido. Y luego la preparación durará por lo menos un año. Usted mismo comprobará que la instrucción hace mucho bien, que se instala uno realmente en la fe cristiana y puede decir «ahora pertenezco total y auténticamente a la misma».

Alí (objeta): ¿De qué servir, si entonces ya prisión en la Turquía?

El cura (sin inmutarse): Eso son razones secundarias, políticas, que no deben influirnos en nuestras decisiones. Alí está a punto de darse por vencido. Le viene a la memoria el versículo bíblico: «Le es más fácil a un camello entrar por el ojo de una aguja que a un rico en el reino de los cielos», y le parece que es perfectamente aplicable a los sacerdotes católicos.

Hasta el momento Alí ha escogido las parroquias al puro azar, dentro del amplio entorno de su lugar de residencia, bien conocido por él desde tiempo atrás. Pero esta vez se va al campo, a una distancia de unos 100 km, y se detiene allí donde el lugar le parece más mísero y la iglesia más decrepita. Se dirige a la casa parroquial y le abre un hombre de aspecto juvenil.

Yo (Alí): ¿Puede yo hablar con párroco?

—Sí, soy yo —dice el joven, vestido con atuendo de seglar y con la camisa abierta. Es la primera vez que Alí se ve en presencia de un sacerdote católico sin uniforme de servicio. El joven le invita a pasar a su despacho.

Alí comienza a relatar su problema. Antes de que haya terminado el sacerdote le interrumpe:

—Le entiendo muy bien. Y ahora quisiera usted pedir el bautismo.

Yo (Alí): Sí. *Sacerdote:* Sí, por supuesto, podemos hacerlo en los próximos días. Entonces será usted católico, luego le extiendo una partida de bautismo ¡y ya está!

Sin poner peros ni trabas, sin meter por medio al obispo, sin formular preguntas santurronas, hipócritas, pseudocristianas e inquisitoriales, se da cuenta de la gravedad de la situación, comprende lo que está en juego para Alí y actúa de un modo espontáneamente cristiano.

—Antes habríamos de mantener los dos una conversación —dice— y a partir de ese momento formará usted ya parte de nuestra comunidad y con el tiempo acabaremos conociéndonos mejor. Además, si a pesar de ello surgieran problemas con la policía de extranjeros, puede usted contar conmigo. Todo se aclarará —me alienta— y no tendrá usted dificultades.

Le doy las gracias. Resulta llamativo que este joven sacerdote, que no tiene aspecto alguno de funcionario, hable con un ligero acento europeo oriental. Según me entero después, hace cuatro años que se marchó de Polonia. Quizá su propia biografía le haya posibilitado el identificarse con un extranjero perseguido, o al menos compenetrarse con su situación; acaso también él, en su patria, llegara a experimentar lo que significa persecución, o al menos no viviera y trabajara en el seno de una cebada y adocenada Iglesia oficial. Pero quizá también esa capacidad de compenetración y simpatía la haya adquirido por vez primera aquí, entre nosotros, en «la parte libre de Alemania», pues a él mismo posiblemente se le haya tratado como a un extranjero indeseable.

Sea como fuere, prefiero mantenerlo a él también en el anonimato, pues no puedo menos que temer que el hecho de dar publicidad a un comportamiento tan humano y cristiano como el suyo, podría dar pie a que sus superiores lo considerasen como una falta grave y fuese objeto de la correspondiente sanción.

Post scriptum. —Más casualmente me entero de que el sacramento del bautismo puede ser administrado en «otros casos» de forma muy pródiga y libre de burocratismos. Cuando un no católico «sin Dios» aspira a la dirección de un *gymnasium* regido por la Iglesia católica y en determinados círculos sociales se ha llegado a un acuerdo, la admisión en la Iglesia católica, favorecedora para su carrera, se realiza en pocos días.

Lo mismo sucede —e igualmente sin instrucción catequística y sin examen sobre conocimientos bíblicos— cuando el director previsto para un hospital católico no está bautizado. Al cabo de tres días se produjeron, en este caso, bautizos relámpago a cambio de un pequeño óbolo, absolutamente voluntario, depositado en el cepillo de la iglesia.

Acaso se me reproche —a mi, Alí— haber dejado aparte a los clérigos protestantes. Ello quizá tenga sus razones en mi propia biografía y, entre otras cosas, tiene que ver con la circunstancia de que cuando era un niño de cinco años, de manera absolutamente innecesaria y forzada hube de soportar una ceremonia católica de bautismo sumamente desagradable.

Sucedió así: mi padre había ingresado en un hospital católico, afectado por una septicemia. Estaba desahuciado y lo habían arrinconado en una diminuta habitación, a la que se denominaba estancia mortuoria. El personal de asistencia —monjas—, en vista de que, según confirmaba su partida de bautismo, él era católico, le estaba dando la correspondiente tabarra en el sentido de que había ofendido gravemente a su Dios por no haberse casado por la Iglesia católica y por haberme hecho bautizar según el rito protestante. Al enfrentarse a la muerte tuvo la debilidad de permitir que todo ello fuese revisado, de modo que en el diminuto cuartito se celebró una ceremonia de casamiento y yo fui bautizado por segunda vez, en esta ocasión según el rito católico. Aún hoy siento la crispación y la falsedad de aquella situación. Me pusieron por encima un paño bautismal, un ciño en la mano, y un trapense declaró que de ahora en adelante me llamaba Johannes. Yo protesté y dije que me llamaba Günter, pero el ritual siguió su curso sin interrupción.

Un acto totalmente superfluo, incluso según los principios de la fe católica, puesto que lo válido es: El bautismo sirve para toda la vida.

Por otra parte, al cabo de unas semanas, después de este espectáculo, mi padre se puso bueno. Las monjas del hospital comenzaron a hablar de un milagro producido por el «arrepentimiento activo» de mi padre. Lo que se callaron, por cierto, es que el director del hospital había hecho lo imposible para que mi padre fuera uno de los primeros pacientes tratados con éxito con penicilina por el gobierno militar norteamericano en Colonia.

En cualquier caso, fue así como yo me convertí en católico.

A este lado del Edén

Puesto que su aspecto es siempre tan alegre y pacífico, y con sus marquitos ovales de madera sobre sus rojas vestiduras se presentan tan despreocupados como niños, Alí se da un garbeo hasta las jóvenes y los jóvenes Bhagwans.

Un nuevo movimiento que se considera a sí mismo como religión universal, en el que se ponen a prueba nuevas formas de convivencia y, a diferencia de lo que sucede en la mayoría de las demás religiones, la sexualidad no es reprimida, tabuizada o atrofiada en aras del exclusivo fin de la reproducción, sino que, por el contrario, puede ser vivida más bien lúdicamente, con espontaneidad y sin constricciones, amén de no quedar limitada a la pareja. Alí espera que aquí no se le trate con prejuicios por ser extranjero. Abdullah, su amigo y compañero, le acompaña.

Abdullah, quien, al contrario que Alí, no se hiciera falsas esperanzas e ilusiones en el cristianismo administrado por la Iglesia oficial, esta vez le acompaña con menos recelos y quiere esforzarse también por conseguir la admisión en el seno de los Bhagwans.

Un punto de arranque es el centro de la calle Lüttich, en un barrio residencial de alto nivel, bastante céntrico. En él se encuentran situadas numerosas casas de la administración de «Constructoras Rajneesh Koch y Hnos». La recepción está provista de un mobiliario en tonalidades luminosas, noble y exquisito. Nada maloliente ni cursi, como se encuentra con frecuencia en las sectas.

Cuando entramos, dos Sanyasins están telefoneando en sendos aparatos. La conversación telefónica les absorbe tanto, que no se percatan en absoluto de nuestra

presencia. Según todas las apariencias, no se trata ni de un acto misionero ni de cuestiones relativas a la fe. Uno de ellos está comunicando cifras de transacciones y se justifica repetidas veces porque, al parecer, las sumas comunicadas son inferiores a las cantidades deudoras. El otro parece estar impartiendo a su interlocutor un curso acelerado de inversión de fondos. Se habla de un «donativo antes de fecha» y de una «elusión perfectamente legal del impuesto sobre la herencia». Luego se menciona «una información de ultimísima hora, directamente de EE.UU.: ¡Durante el próximo semestre vender sin falta dólares y convertirlos en oro!».

Ambos Sanyasins producen la sensación de ser jóvenes ejecutivos o, mejor aún, especuladores en bolsa de aspecto relajado y blando, nada agresivos pero sí inflexibles en sus asuntos. Nos ignoran sus buenos diez minutos, hasta que uno de ellos termina de comunicar sus cifras de transacciones y hace como si justo en ese momento se diera cuenta de nuestra presencia:

—¿Qué hay? —nos saluda.

—Yo quiero ser miembro —digo yo.

Nos mira con menosprecio de arriba abajo.

—¿Ser miembro? Pero eso no se consigue tan fácilmente. Lo que vosotros pretendéis es tener vivienda y trabajo, ¿no? —pregunta con una leve suspicacia.

—Si ser posible también —digo yo—, pero no sólo por dinero.

No por eso sólo ser. También por convivir como ser debido.

Él: Pero eso llevará mucho tiempo. Creo que precisamente a vosotros eso os llevará algún tiempo.

Yo (Alí): ¿Cuánto tiempo?

Él (sin querer comprometerse): Eso varía mucho. No lo hacemos según reglas fijas. Lo que importa es el grado de experiencia que se tiene con Bhagwan y la fuerza del deseo de alcanzarlo.

Yo (Alí): Mucho, mucho fuerte.

Él (desconfiado): ¿Por qué te corre tanta prisa?

Yo (Alí): Quiero dejar todo tras mí. De contrario tengo marchar a la Turquía y allí a prisión. Le relato la historia de la persecución política.

Pese a ser joven, en absoluto dogmático y, como sin duda se cree, hallarse en el camino recto de la iluminación, su reacción es típicamente clerical:

—Bueno, ya voy entendiendo un poquito. Con esto lo que buscas es beneficiarte y esperas conseguir algo que tenga que ver con tu trabajo o con tu status político. ¿Es así?

Yo (Alí): No. Yo sólo quiere quedar aquí y hacer a mí miembro.

Él: Vamos, que quieres venir a nosotros porque te gustaría quedarte aquí en Alemania.

Yo (Alí): También.

Él: Esa no es ninguna razón. Siendo así no te admitiremos bajo ningún concepto.

Yo (Alí): No. Ser también por convivir. No cada cual hacer dinero para él, sino común. Mujeres tampoco no para cada cual sino para todos juntos.

Él: Creo que es mejor que te quedes allí de donde has venido. Tienes ante ti un camino demasiado largo hasta llegar a nosotros.

De nuevo me he estrellado contra un muro. En los comienzos del movimiento Bhagwana, la desenfadada fase comunal fue presentada como una especie de cebo para toda suerte de frustrados pertenecientes a las capas medias y altas de todo el mundo. Pasado un tiempo, el gran Maestro —hasta cierto punto frenado por la gota y, sin duda también, por miedo al SIDA— predica más la continencia y la vida en pareja. Su nueva divisa no

es ya la del sexo en grupo sino más bien la de un congelado y no fornicatorio sucedáneo del placer: el consumo del lujo por el lujo, por ejemplo, Rolls Royce. La meta que se persigue: cada día otro, 365 distintos al año, precio por unidad: 300.000 marcos. Ni siquiera para sus adeptos sino, en su megalomanía, exclusivamente para él.

Para este joven *bhaggie* mis pretensiones eran demasiado desvergonzadas y presuntuosas. Con determinados *gurús* semi-conversos de la izquierda (véase Bahro) todavía se puede uno asociar en comunidad. Pero con un pobre currante turco advenedizo se pone de manifiesto toda la gama de prejuicios de la otrora Raza de los Señores.

Nueva entrevista en el centro Bhagwan de la calle Venloer, en las cercanías de la Friesenplatz. En la recepción, dos mujeres y un hombre más bien joven.

Las dos mujeres cuchichean y lanzan risitas al ver entrar a los dos candidatos turcos. Cuando nos sentamos de pie delante de ellas no nos hacen el menor caso y se dedican a pasar hoja tras hoja de unos legajos, en vista de lo cual nosotros echamos un vistazo a nuestro alrededor. En una sala más grande hay unos treinta adeptos de Bhagwan, de pie y sentados, mirando como hipnotizados un televisor, en cuya pantalla, sin embargo, no se está viendo ninguna retransmisión de un partido de fútbol y tampoco ninguna exhibición de Boris Becker. Lo que se emite es una videocassette del Gran Maestro de Oregon, quien se halla rodeado de un puñado de entusiásticos seguidores que lo ovacionan puestos en pie. El Gran Maestro avanza lentamente, sentado en su Rolls Royce, baja la ventanilla y saluda condescendentemente a sus seguidores, con parcos movimientos de la mano y una expresión bobalicona y fatua en el semblante.

La palabra de Bhagwan

«El egoísmo es cosa natural. No es una cuestión de Bien y Mal. *El más apto sobrevive*, y es él, el más apto, quien debe ostentar el poder. Y quien ostenta el poder es el que tiene razón. Como alemanes, deberían ustedes saberlo. Me gusta ese hombre (Hitler). Estaba loco. Pero yo estoy aún más loco. Hitler no escuchó a sus generales, sino a sus astrólogos. Pese a ello, durante cinco años no hizo sino vencer. Era tan moral como el Mahatma Ghandi. Por naturaleza Hitler era un hindú, más aún que Ghandi. Era un santo... Yo soy totalmente inatacable. Yo atacaré a todos y nadie me atacará a mí. Esto es sencillamente cierto.»

Extraído de *Der Spiegel*, n.º 32, 1985

La escena televisiva está acompañada por una musiquilla tipo «la-la-la», puesta en la propia sala, a cuyo ritmo —idéntico al suelto y relajado de los adeptos en Oregon— menean también las caderas los Sanyasins en Colonia, algunos de los cuales marcan el compás batiendo palmas. Mientras tanto no pronuncian ni una palabra.

A fin de no turbar sus devociones, nos retiramos de nuevo al mostrador de la recepción y yo vuelvo a presentar mi solicitud. Tras un buen rato en el que se nos deja allí de pie sin que aparentemente nadie observe nuestra presencia —aunque sin embargo somos cuidadosamente vigilados por el rabillo del ojo—, se dirige a nosotros un hombre joven, de unos treinta años. Abdullah hace ya un rato que tamborilea, nervioso, sobre el mostrador.

Una vez que yo (Alí) he expuesto mi problema, se produce una réplica relajada y antiautoritaria:

—No, eso no puede ser así. Esto no es un club. Para empezar tiene que haber meditación, y eso lleva su tiempo. Cada dinámica cuesta cinco marcos (quiere decir por hora, G.W). Cuando ya has pasado en esa fase el tiempo suficiente, entonces tienes que mantener una conversación sobre el *Sanyas-name* con la coordinadora del *center*.

La secta está dirigida por Shree Rajneesh, un hindú residente en los EE.UU., que ha roto su largo silencio frente al público y, en una entrevista concedida a la compañía de televisión ABC en julio de 1985, declara que él es el «gurú del hombre rico» y que la finalidad principal del movimiento es el «enriquecimiento». «Todas las demás religiones se preocupan por los pobres —contestó el Bhagwan a la pregunta de por qué no empleaba él su considerable fortuna en combatir la miseria social, en vez de invertir en su flota de Rolls-Royces—. Haga el favor de dejarme en paz, yo de quien me preocupo es de los ricos.»

Sólo en Alemania una buena docena de discotecas, una cadena de restaurantes vegetarianos, kioscos y empresas de la construcción trabajan para el Bhagwan.

Yo (Alí): ¿Qué es eso?

Él (lacónico, oracular): Es lo que aquí hacemos.

Yo (Alí): Nosotros turcos mucho siempre solos, queremos mejor vivir en comuna con alemanes y otros juntos.

El (desdeñoso): Sí, pero tú mismo no puedes juzgar en absoluto lo que es bueno para tí. Eso lo determinan luego otros por tí. Lo primero que has de lograr es el sentimiento hacia todo lo demás...

Yo (Alí): Pero sentimiento yo tener...

Él: Careces por completo de cualquier criterio para permitirte un juicio sobre este particular.

Yo (Alí): Vuestro jefe, el Bhag, también ser extranjero.

Él (reflexiona): No, en realidad no. Más alemán y americano. (No hay adeptos indios del Bhagwan. En su propio círculo cultural pasa por ser un charlatán. De ahí que para él la India sea «un país física y espiritualmente muerto». G.W.)

Yo (Alí): ¿Dónde vivir Bhag?

Él: Actualmente vive en América. Se puede ir a América para visitarlo.

(Por lo regular los adeptos viajan masivamente a EE.UU. en cielos charter, previo pago en las arcas de Bhagwan de tres mil marcos por diez días, a lo que se añaden duras labores en el campo, no retribuidas, que ellos llaman recogimiento devoto.)

Yo (Alí): Yo saber que entre vosotros alemanes vivir juntos en comuna. ¿Por qué no podríais ningún turco admitir?

Él: No se trata de que vivamos juntos. Lo que importa aquí es que Bhagwan es nuestro Maestro espiritual. Todo lo demás carece de importancia. Eso es lo más importante. De hecho tú puedes vivir solo y tener un trabajo y, una vez al año, puedes, por ejemplo, viajar a Oregon. Pero vivir en comuna es otra cuestión. Los que viven en comuna tienen que armonizar entre sí y haberse acreditado previamente de forma especial.

Yo (Alí): Nosotros no tiene trabajo ninguno y no tiene casa donde vivir. Y ser miembro es cosa buena. Nosotros necesita muy poco dinero sólo.

Él: Ya, pero entre nosotros las cosas no son así. El que no tengas casa ni dinero no es razón alguna. La única razón consiste en que quieras estar con Bhagwan. Y ésa es otra razón. ¿Entiendes? Es algo que nada tiene que ver con lo que tú dices. Creo que no armonizamos como es debido.

El entierro o el vivo al hoyo...

Alí, rechazado y despachado sin contemplaciones —con una sola excepción— por los funcionarios de Dios; criticado y escarnecido por los monomaniacos de la secta Bhagwan, intenta integrarse en alguna parte y ser aceptado. Puesto que entre los vivos su presencia resulta tan «*chocante*» y puesto que los mismos quieren hacerle «*callar como un muerto*», esta vez prueba suerte directamente entre los muertos. ¡Se parecerá a un muerto! Como dice el proverbio alemán: «A donde fueres...». A fin de preparar su viaje al reino de los muertos, Alí se pone su traje de los domingos. Y para recalcar su decrepitud alquila una silla de ruedas y un acompañante le empuja hasta la mayor y más distinguida funeraria de la ciudad.

Alí llega sin avisar. Es introducido en el recinto y la dueña de la funeraria lo recibe cortésmente. La señora, que representa claramente hallarse en las postrimerías de su treintena, a primera vista no resulta antipática. Alí expone su problema. Como consecuencia de su trabajo en la industria elaboradora del amianto (fábricas Jurid) ha contraído cáncer bronquial y pulmonar. El médico le ha dicho francamente que morirá sin remedio dentro de dos meses. Su presencia aquí obedece al deseo de arreglar el asunto del ataúd y de su traslado a Turquía.

El siguiente diálogo (ligeramente abreviado pero reproducido literalmente) da testimonio de un macabro, desalmado e inhumano culto contemporáneo a los muertos, en virtud del cual aquel que aún está vivo es *eliminado*, como si fuera ya un objeto muerto, un ya-no-hombre, un pedazo de basura. La mujer de las pompas fúnebres ni siquiera pregunta cómo se encuentra, pese a que yo (Alí) en modo alguno tengo la apariencia de hallarme enfermo de muerte. No malgasta ni una sola palabra en inquirir si por casualidad la medicina podría aún ayudarme. No mostrará hacia mí ningún tipo de compasión. Al contrario, en seguida va al grano:

La mujer: En lo tocante al traslado por vía aérea, depende también de cuánto pese usted. El ataúd tiene que ir dentro de una caja de transporte y se pesa todo junto. El precio se fija en función del peso y del lugar de destino...

Yo (Alí): Ser lejos en la Turquía, montañas de Rasgar junto frontera rusa.

La mujer: Todo dependerá, probablemente, de si el viaje es por carretera o por avión. Desde luego, tendremos que llevarle al aeropuerto y luego ir a buscarle de nuevo al aeropuerto, pues de lo contrario se quedaría usted allí. Y si hacemos el viaje de un tirón le podemos llevar directamente al lugar del enterramiento... ¿Cómo está usted registrado en el Seguro de Enfermedad?

Yo (Alí): Normal.

La mujer: ¿Cómo trabajador o como pensionista?

Yo (Alí): Estar enfermo más de un año.

La mujer: ¿Ha trabajado últimamente y después se puso enfermo?

Yo (Alí): Sí, en fábrica de amianto, no a mí dar máscara ninguna...

La mujer (interrumpiéndome con enojo): Eso aquí no viene al caso. La cuestión es si desea usted ser transportado por carretera o si quiere ir por avión. El vuelo obliga a tener en cuenta el peso.

Yo (Alí): Yo no pesado. El doctor dice que en dos meses, cuando muerto, ligerito como niño porque cada vez siempre menos.

La mujer: Sí, pero el largo ¿sigue siendo el mismo, o quizá no? Tratándose de un niño no hay problema, puesto que el ataúd es más pequeño, pero tratándose de un adulto

habría que transportarlo en un contenedor para que los pasajeros y la gente del aeropuerto no se enteren de que se transporta un cadáver.

Yo (Alí): ¿Y si yo no ataúd, sino hace fuego?

La mujer: ¿Cremación? En ese caso sería usted incinerado aquí y luego puede enviarse la urna por correo.

Yo (Alí): ¿Eso no ser mucho dinero?

La mujer: Es mucho menos, pues no entra toda la cuestión del transporte. Si le incineramos aquí, y haciendo un cálculo global, todo quedaría quizá por dos mil quinientos marcos, a lo que habría que añadir el envío por correo, según la tarifa postal.

Yo (Alí): ¿Y no puede hermano llevar en bolsa de plástico?⁵

La mujer: No, eso en ningún caso, eso aquí no lo hacemos. Tiene que ir usted al lugar donde quiere ser enterrado; tiene que solicitar la autorización del lugar en el que la urna será enterrada, la cual tenemos que recibir aquí en el crematorio. Cuando llega ese documento entonces se hace el envío a su destino.

Yo (Alí): ¿Y no poder hacerse bajo mano, poquito dinero?

La mujer: No, en absoluto. Aquí no se hacen, así como así, entregas a particulares.

La señora está al frente del negocio y toma el asunto en sus propias manos. Me empuja (a mí, Alí) en la silla de ruedas hasta donde se encuentran los ataúdes. Cuando yo (Alí) le pido información: «¿Qué ser más bonito, cofre de quemado o grande ataúd?», ella se adapta de manera asombrosamente rápida a mi torpeza idiomática y vuelve la atención sobre el mayor costo de los ataúdes de transporte.

—¿Se refiere usted a la urna o al ataúd? Pues bien, si me lo pregunta: el ataúd es mucho más ventajoso. Es algo completamente distinto. Tire usted para acá —le dice a mi acompañante alemán, al tiempo que se inclina sobre mí en la silla de ruedas para tomar medidas. Cruje la pesada puerta corredera del depósito de ataúdes y de una sala contigua se oye el ruido que hace la sierra del carpintero—. Lo mejor es que eche usted un vistazo y vea lo que más le agrada. Cada gusto es, desde luego, diferente. —Y, al poco de decir esto, añade—: Por supuesto que puede usted echarse dentro para probar en cuál se encuentra más a gusto.

Golpea con los nudillos contra un sobrio ataúd de roble y prosigue:

—Este de aquí es actualmente el modelo estándar. Claro que si quiere usted algo más sólido y robusto... ¿Qué le parecería a usted éste de aquí? —Su voz adquiere un tono más suave e insinuante, como si lo que quisiera venderme fuera un lecho conyugal para toda la vida—. Auténtico roble alemán, pesado y macizo. En estos momentos es el más consistente de los que tenemos aquí. Es de roble macizo —vuelve a recalcar—. Y totalmente forrado de seda.

—Yo mira dentro —digo yo. Ella reacciona con cierto escrúpulo, como si, en una tienda de muebles, yo pidiera acostarme en la cama matrimonial para probarla.

—Willi, ven a ayudar —llama ella a su socio y/o marido, que está en la sala contigua. Willie acude rápidamente. Se da aires de importancia pero produce una impresión de cierta timidez—. Se trata de un envío a Turquía. No le quedan más de dos meses de vida y quiere echar una ojeada al interior del ataúd —dice, presentándose (a mí, Alí).

Entre los dos levantan la pesada tapa del ataúd.

5 Esta pregunta no es ni mucho menos tan peregrina sino que tiene un trasfondo tan actual como real, aunque desde luego no en ambientes turcos. Al contrario: un fabricante de Dusseldorf con filiales en el extranjero, multimillonario y firme creyente católico, no hace mucho pasó la aduana llevando en una bolsa de plástico a su hermano, quien, residente en el extranjero, había fallecido repentinamente. Esto es: sus cenizas en una urna barata metida en una bolsa de plástico duty-free-shop. (N. del A.)

Dentro no hay más que madera pelada.

—Pero tela fina ninguna —reclamo yo—. Tú en cambio decir se estar muy blandito.

Cual mentirosos a los que se ha pillado en un embuste, ambos intercambian una mirada.

—Pero se lo pondríamos, eso por descontado, puede usted estar totalmente tranquilo —dice Willi con voz grave—. Ofrecemos plena garantía.

—¿Qué costar?

—Exactamente, 4.795 marcos —consulta Willi en una lista de precios.

Yo (Alí) palpo la madera y golpeo el roble con los nudillos, arrancándole un sonido hueco.

—¿Mucho durar? —quiero saber (Alí).

—En efecto, se trata de un trabajo de carpintería de primer orden, dura cinco o seis años hasta que se descompone —me tranquiliza.

Pero Alí todavía no ha encontrado lo que busca. Ya que en la vida nadie le dio nunca a elegir, al menos ahora, en la muerte, quiere ejercer la libre elección.

—¿No hay un ataúd que no tiene aspecto de tan triste ataúd? ¿Uno que ser colorines y te alegrar un poquito? Sabe usted, vivienda tan mucho oscura y húmeda yo siempre vivir, ahora quiere al menos bonito ataúd ¿comprendes?

Ambos se cruzan breves miradas, pero disimulan presurosamente su estupor.

—Bueno, lo que se dice de colorines es algo difícil, no es corriente, pero ¿qué le parecería a usted este de aquí? —dice Willi.

La señora me empuja en la silla de ruedas hasta los acharolados y ostentosos ataúdes de caoba. A cuál más horrendo y fachendoso, piensa Alí para sus adentros, y pregunta:

—¿Ser de plástico?

—Auténtica caoba, garantizada —se apresura a asegurar Willi—, uno de nuestros modelos más originales y valiosos.

—Poquito más repujos —exige Alí.

—Hum... ¡Ah, ya! Quiere usted decir repujados. Bueno, ¿qué le parece a usted éste, nuestro modelo francés? Lo tenemos en oferta especial. Actualmente sólo cuesta 3.600 marcos. Antes costaba más de 4.000.

Yo (Alí): ¿Venir de Francia?

Willi: Así es, viene de Francia.

Yo (Alí): ¿Qué parece a ti más bonito?

Willi: Es cuestión de gustos. Se trata de un modelo muy diferente de los de aquí.

Yo (Alí): Y gente que tener dinero, ¿qué clase ataúd cogen los alemanes?

Willi: Pues, por lo general, los ataúdes alemanes, de roble y maderas así.

Yo (Alí): Y ¿quién coger éste?

Willi: A menudo para traslados. Al extranjero. Franceses, y también italianos.

Yo (Alí): ¿Y este mucho dura?

Willi: Sí, pero para Turquía tenemos que agregar también un revestimiento de zinc...

Yo (Alí): ¡Ah, ya! Chapa hojalata...

Willi: Es decir, que una vez dentro queda usted totalmente soldado, porque de lo contrario no podríamos pasar la frontera. La soldadura la hacemos prácticamente aquí, y luego se coloca encima la tapa de madera.

Yo (Alí): ¿Qué costar?

Willi: Bien, pues con el revestimiento de zinc y la soldadura, alrededor de 6.000 marcos.

Yo (Alí): ¿No se puede tener rebaja?

Willi: Podemos discutir el precio si lo confirma usted previamente y lo abona por adelantado. Podemos hacerle un descuento del 5 %, quedando entonces en sólo 5.700 marcos. Pero sólo si lo paga usted al contado.

Yo (Alí) (horrorizado): ¿Y si después yo no muere, dinero a mí devuelves?

Willi: No, no hay derecho a devolución, ese precio supone ya un descuento especial por deferencia nuestra. Pero el hecho es que, si no he entendido mal —me consuela Willi—, en su caso es seguro que... sólo dos meses para su... —Balbuca. Le resulta desagradable pronunciar en mi presencia la palabra muerte— ... Bueno, aún nos faltaría saber dónde hay que entregar el ataúd en Turquía, tendríamos también que hacer algún cálculo en lo referente a su traslado.

Yo (Alí): Nosotros allí muy alto, montañas hacia Rusia, tierra bonita, puedes venir con familia mía pasar vacaciones, cuesta nada. Se muestra impasible, como desvinculado del asunto:

—Desde luego yo no formaré parte de la expedición. Contratamos a un conductor y tendríamos que... —Se calla y calcula— ... Sí tendríamos que contar 1,30 marcos por kilómetro. Por el viaje de ida y el de vuelta.

Quiere saber dónde está Rasgar, y sólo el transporte por carretera le sale alrededor de 10.000 marcos.

—¿Y si ahora yo, que aún vive, marcho ya para allí, no ser más barato? ¿Y entonces hago quema o ataúd? —le desconcierto.

—Eso no es asunto de nuestra competencia —lanza un hondo suspiro—. Nosotros sólo podemos hacernos cargo de usted mediante un certificado oficial de defunción expedido por un médico forense, y en caso de cremación tiene que realizar una inspección previa otro médico forense.

—Si muerto, es muerto —digo yo—. Dar a mí igual. Yo (Alí) señalo hacia una de las piezas del muestrario, una urna delicada y de forma particularmente bonita, no un cacharro tan feo como el resto de los recipientes mortuorios.

—Aquí, si hacer fuego, ¿no puede yo meter?

—No, por Dios, no serviría. Es cerámica. Sólo está en exposición. No está en venta. Se trata de una pieza antigua.

Yo (Alí) he comprendido. Mientras mi acompañante empuja la silla de ruedas hacia la salida, se me asegura que la empresa «tiene un contacto» con el Seguro de Enfermedad competente y que «desde luego podemos averiguar bajo mano a cuánto ascendería el subsidio de defunción por parte del seguro. Y luego, ya veríamos».

En la suprema inmundicia

o «fuera de la ley»

Creo que no es posible lograr transformaciones serias sin meterse, de algún modo, en la inmundicia. Toda acción «desde fuera» me inspira una terrible desconfianza, pues corre el peligro de no ser otra cosa que un huero parloteo.

Odile Simón, Diario de una obrera de fábrica.

Yo (Alí) intento directamente obtener un puesto en las fábricas Jurid (elaboración del amianto, revestimientos para frenos) en Glinde, cerca de Hamburgo. Mis amigos turcos me informan de que los puestos de trabajo más perjudiciales para la salud se los dan preferentemente a los turcos. Según estos amigos, las severas medidas de seguridad que rigen para la fabricación del amianto no están aquí en vigor. El polvo filamentososo —que provoca el cáncer y la muerte— alcanza un alto nivel de actividad en la atmósfera. Muchas veces no se utilizan las máscaras antipolvo fino. Conozco a algunos antiguos trabajadores que después de un año y medio o dos de trabajar allí resultaron con graves lesiones bronquiales y pulmonares y, en la actualidad, luchan —hasta el momento sin éxito— porque se reconozcan tales daños a la salud como enfermedad laboral.

El único problema es que en estos momentos hay un parón en la contratación de empleo. Algún que otro, sin embargo, ha conseguido colocarse, gracias al soborno a ciertos jefes de obra o a «regalos», como una alfombra turca auténtica o una valiosa moneda de oro. Me había ya agenciado en un comercio de numismática mi correspondiente y supuesto tesoro familiar en forma de una moneda de oro proveniente del antiguo imperio otomano, cuando por azar me topo con algo mucho más adecuado. Me entero de que la planta siderúrgica August Thyssen (ATH), de Duisburg, desde hace ya tiempo está suprimiendo personal fijo de plantilla y, a través de subempresas, da empleo a obreros alquilados, los cuales le resultan más baratos, mejor dispuestos y de mayor rapidez de contratación y despido. Desde 1974 han sido despedidos, en números redondos, 17.000 trabajadores fijos, y muchas de las tareas que anteriormente realizaban son llevadas ahora a cabo por hombres provenientes de las subempresas. Solamente en Duisburg, Thyssen tiene contrato con un total de cuatrocientas de dichas empresas. Conozco a un obrero turco de veintisiete años que fue colocado a través de la oficina de trabajo de la subempresa Adler. Adler, según me entero, vende trabajadores a la empresa Remmert, y ésta, a su vez, a la ATH. El trabajador denuncia condiciones de trabajo y métodos de explotación que —sólo relatados y no vividos y probados— jamás serían creídos; a lo sumo, serían remitidos a los tiempos del más tenebroso capitalismo primitivo. ¿Por qué, sin embargo, ir tan lejos, cuando el mal lo tenemos tan cerca?

Levantarse a las tres de la madrugada para estar a las cinco en el punto de reunión de la firma Remmert, trayecto por la autopista Oberhausen-Buschhausen. Remmert es una empresa en expansión. En el verde y moderno letrero de la firma se lee «Prestación de servicios». Remmert realiza labores de limpieza de todo tipo.

Polvo fino y polvo grueso, materias grasas y limpieza de filtros en Thyssen, Mannesmann, MAN y donde sea. Sólo el parque de vehículos de la empresa Remmert está valorado en siete millones de marcos. La firma Adler está, a su vez, integrada en Remmert. Como el juego de muñecas rusas. Adler nos vende a Remmert y éste nos alquila a Thyssen. La suma global que Thyssen paga —de 35 a 80 marcos por hora y hombre, según la tarea y si se trata de polvo, porquería o primas de peligrosidad— se la reparten los socios del negocio. Lo que Adler paga a los currantes es una limosna de entre cinco y diez marcos.

Con frecuencia tanto obreros de Remmert como de Adler son empleados también de forma fija en la producción por parte de Thyssen, en cuyo caso trabajan —por ejemplo en la coquería— con los de Thyssen. Además, Remmert alquila a la gran industria más de seiscientas mujeres de la limpieza en diversas ciudades de la República Federal.

Un capataz está de pie delante de un microbús desvencijado, listo para iniciar la marcha, y apunta nombres en una lista.

—¿Nuevo? —me pregunta (a mí, Alí), en tono seco y cortante.

—Sí —es mi respuesta.

—¿Has trabajado ya aquí? —No tengo claro si la respuesta puede ser beneficiosa o contraproducente para mi empleo, por lo que, prudentemente, me encojo de hombros—.

¿No has entendido? —insiste.

—Nuevo —devuelvo el santo y seña.

—Te vas con los compañeros en el microbús —dice, señalando hacia un destartado Mercedes.

Eso fue todo. Así de sencillo es emplearse en una de las más modernas plantas siderúrgicas de Europa. Nada de papeles, ni tan siquiera me preguntan por mi nombre. Tampoco mi nacionalidad parece, por lo pronto, suscitar el menor interés en esta empresa internacional de categoría universal. Lo que, desde luego, me conviene.

En el interior del carromato se apretujan nueve extranjeros y dos alemanes. Los dos alemanes se han acomodado en el único asiento fijo. Los compañeros extranjeros están sentados en el frío suelo metálico del vehículo embadurnado de aceite. Yo me coloco entre ellos y ellos se aprietan entre sí. Un muchacho de unos veinte años me pregunta en turco si soy compatriota. Yo contesto en alemán, «nacionalidad turca». Pero añado que me crié en Grecia (El Píreo) con mi madre griega.

—Mi padre era turco, abandonó a mi madre conmigo cuando yo tenía un año.

Esta historia es la que me permite no tener prácticamente ningún conocimiento del turco. Es algo que suena plausible, y, en efecto, el cuento aguantó durante la totalidad del siguiente medio año que duró mi trabajo en Thyssen. Si me preguntan (a mí, Alí) por el lugar donde pasé mi infancia, siempre puedo decir algo acerca de El Píreo. Lo cierto es que estuve allí encarcelado dos meses y medio durante la dictadura militar fascista de 1974. En una ocasión me sentí desconcertado cuando unos compañeros turcos querían saber a toda costa cómo suena la lengua griega. En esta situación me ayudó el error cometido en mis años escolares, cuando en vez de francés elegí el griego antiguo. Aún hoy me sé de memoria trozos de la *Odisea*: «ándra moi énepe moussa...».⁶

No produce extrañeza, pese a que el griego antiguo está mucho más lejos del griego moderno que el antiguo alto alemán respecto al habla alemana de nuestros días.

Abarrotado, traqueteante y dando tumbos, el microbús se pone en marcha. Una banqueta se ha soltado de su anclaje, y en las curvas da repetidos golpes contra los compañeros extranjeros sentados en el suelo. Algunos de ellos se caen encima de otros. La calefacción no funciona y la puerta trasera, que no cierra bien, está sujeta con alambre. Si al producirse un frenazo alguien es lanzado contra ella, cabe la posibilidad de que ceda y la persona caiga despedida a la carretera. Vapuleados y muertos de frío, al cabo de quince minutos termina para nosotros nuestro viaje fantasmal ante el portón número 20 de Thyssen. Un jefe de cuadrilla me extiende una tarjeta para fichar y un guardia jurado de Thyssen me da un salvoconducto de jornada. Mi nombre le escandaliza: «Esto no es un nombre, es una enfermedad. Esto no hay quien lo escriba». Tengo que deletreárselo varias veces: S-i-n-i-r-l-i-o-g-l-u. Pero él acaba apuntándolo

6 Musa, dime del hábil varón que en su largo extravió... (N. del A.)

equivocadamente, «Sinnolokus», y lo pone en el renglón de los nombres de pila, amén de convertir mi segundo nombre de pila, Levent, en apellido. «¡Pero cómo se puede tener un nombre así!», exclama, y no se tranquiliza hasta el final, pese a que su propio nombre, «Symanowski», o cualquier otro por el estilo, sin duda habría planteado también dificultades para un turco, además de hacer pensar en ascendencia polaca. A los trabajadores polacos emigrantes que durante el pasado siglo fueron llamados a la región del Ruhr se les hizo, por lo demás, el mismo vacío y se los apartó en ghettos como hoy día a los turcos. Hubo ciudades en la región del Rhur en las que más del 50 % de sus habitantes eran polacos, quienes durante largo tiempo conservaron su lengua y su cultura.

Comoquiera que en el momento de fichar tengo alguna dificultad, un obrero alemán que se ha visto retenido unos segundos por mi causa me hace el siguiente comentario: «¡A vosotros en África seguro que os estampan el sello en la cabeza!».

Mehmet, el compañero turco, viene en mi ayuda y me enseña cómo se introduce correctamente la tarjeta. Me doy cuenta de que los demás compañeros extranjeros se dan también por aludidos por el comentario del alemán. Lo percibo en sus miradas humilladas y de resignación. Ninguno se atreve a replicar nada. Una vez más soy testigo presencial de cómo estas gentes, ante las más graves ofensas, disimulan y hacen como si no las hubieran oído. Sin duda ello obedece también al temor de provocaciones de pelea, pues la experiencia enseña que en tal caso, y por regla general, los extranjeros son presentados como los únicos culpables y, con tal pretexto, les dejan sin sus puestos de trabajo. De ahí que prefieran tolerar los agravios cotidianos y hagan oídos sordos para no dar pie a ningún pretexto.

De nuevo se nos zarandea a través de la ciudad fabril y al poco rato se nos descarga del vehículo en un área de contenedores. Todas las mañanas se nos deja aquí a la intemperie, de pie, en medio del más horroroso de los fríos, de la lluvia o de la nieve, hasta que aparece el *sheriff* en el Mercedes, un inspector general, fornido y corpulento, quien, sin embargo, no mueve ni un sólo dedo y cuya presencia allí no tiene otra finalidad que la de distribuir, azuzar y controlar a «su gente». Zentel, entre treinta y treinta y cinco años, empleado de plantilla en Remmert, de vez en cuando es invitado a las fiestas de Adler, de quien se le considera hombre de confianza y confidente. Son ahora las seis de la mañana pasadas. Nuevos compañeros descienden de otros vehículos de Remmert. Tiosos de frío, temblamos en la oscuridad. El contenedor es un lugar de almacenaje de herramientas, carretillas, palas, picos, aparatos neumáticos y aspiradoras. No queda sitio para nosotros.

A nuestro alrededor escuchamos bufidos, gemidos, silbidos y bramidos que nos llegan desde las fábricas en sucesivas oleadas. Desde allí no es posible ver ningún trozo de cielo digno de tal nombre, sino sólo las rojizas convulsiones de las nubes. De las altas chimeneas sale una luz azulada y flamígera. Una ciudad fabril hecha de humo y hollín que se propaga y adentra en la barriada de viviendas que la rodea. Su eje longitudinal se extiende a más de 20 km de largo, y su anchura alcanza los 8 km.

Nuestro grupo se agita. El *sheriff*, con su vestimenta kaki semejante a la de un mercenario, ha bajado un poco la ventanilla de su Mercedes y vocea los nombres para pasar lista. Cada día hace una nueva distribución de las cuadrillas. Cada vez se las reúne de forma diferente. De esa manera nunca puede establecerse un grupo sobre una base de confianza. Continua e irremediabilmente se produce una nueva mezcla, como también las rivalidades y las luchas por la preeminencia. Quizá ello responda a un proceder irreflexivo o al simple capricho, pero quizá también se trate de un cálculo deliberado. En un grupo en el que nadie conoce bien a nadie difícilmente puede lograrse

una acción solidaria, pues prepondera la competencia, la desconfianza y el recelo recíproco.

Mi nombre es pronunciado. Alguien me da un fuerte tirón de oreja por detrás. Es el jefe de cuadrilla, quien de ese modo quiere darme a entender en qué grupo debo integrarme. Al hacerlo ofrece (a mí, Alí) una mueca sonriente cuyo probable significado es el de que no actúa de mala fe, aunque mi primera impresión es la contraria. Somos tratados como animales domésticos o de laboreo.

Nos depositan en una torre de extracción y, en la penumbra, subimos varias plantas con nuestras palas, picos, carretillas y taladradoras neumáticas para destripar terrones caídos de las cintas transportadoras y adheridos entre sí. El viento no para de soplar a diez grados bajo cero y somos nosotros mismos los que imprimimos a nuestro trabajo un ritmo infernal para calentarnos algo por dentro. Cuando, al cabo de una hora, y sin decir esta boca es mía, nuestro jefe de cuadrilla se larga, ya que su forma de arrimar el hombro es más bien simbólica y, en consecuencia, tarda menos en quedarse helado, intentamos prender una lumbre para calentarnos. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. A nuestro alrededor arde el fuego en la fundición, la brasa incandescente es vertida de forma automática en gigantescos vagones que dan la sensación de transportar poderosas bombas, o bien sale disparada como una soga ardiente que va a parar a los previstos canalones.

La resplandeciente brasa borbotea en tinas de la altura de una casa de varios pisos, pero aquí, en nuestra torre de extracción, hacer una pequeña fogata es algo que requiere esfuerzo y fantasía. Buscamos trozos de coque entre las cintas transportadoras y, con las taladradoras, astillamos algunas tablas de madera que a otros compañeros sirvieran de asiento durante los descansos. Pero nos falta papel. Sin embargo, encontramos por fin unas cajetillas vacías de cigarrillos y algún pañuelo sucio de papel; con todo ello, poquito a poco y con la ayuda de una perforadora de aire comprimido, encendemos una fogata en una carretilla. Pero antes de que la lumbre pueda calentarnos se nos manda a una nueva tarea. Se presenta el capataz y ordena: «¡Todo el mundo abajo y llevaos las herramientas! ¡Hale, hale!». Intentamos salvar la fogata, pero no es posible; entretanto la carretilla se ha puesto al rojo vivo. Ahora puedo entender perfectamente las dificultades de los hombres de la edad de piedra, que guardaban el fuego como el más valioso y sagrado de los bienes. Una vez más nos metemos en el vetusto carromato y, hacinados, acurrucados, de nuevo se nos transporta, dando tumbos, a través de la tiniebla, iluminada de cuando en cuando por los pálidos relámpagos de la producción. Siempre dentro de la zona fabril, pero a un sector completamente distinto, Schweigern, zona de molinos de coque, donde se nos descarga. Hay que descender varios tramos de escalera, la luz se hace cada vez más escasa, todo se vuelve más sombrío y polvoriento. Te creías que el polvo que había era ya algo demencial, difícilmente soportable, pero descubres que la cosa empieza en realidad ahora. Te ponen en la mano un soplete de aire comprimido y con él tienes que limpiar las capas de un dedo de polvo que cubren la superficie de las máquinas y las rendijas intermedias. En un abrir y cerrar de ojos se forma tal concentración de polvo que te resulta imposible ver la mano que tienes delante de los ojos. No es ya que respire el polvo, es que te lo tragas y te lo comes. Te ahogas. Cada inspiración de aire es un tormento. Entre una y otra intentas contener la respiración, pero no hay escapatoria, puesto que tienes que hacer el trabajo. El capataz está de pie en el rellano de la escalera, por donde entra un poco de aire fresco, como el guardián de una cuerda de presos. Exclama: «¡Daos prisa! Si os la dais, en dos o tres horas habréis terminado y podréis volver al aire libre».

Tres horas. Eso significa realizar tres mil inspiraciones de aire. Eso significa bombear polvo de coque a los pulmones hasta dejarlos repletos. Además huele a gas de coque y

se queda uno ligeramente atontado. Se me ocurre preguntar si no hay máscaras de seguridad, y Mehmet me ilustra al respecto: «No nos las dan porque trabajo entonces no tan rápido y jefe dice no tienen dinero para comprarlas». Incluso los compañeros que hace ya tiempo que están aquí dan muestras de tener miedo. Helmut, un alemán de apenas treinta años pero que parece como si pronto fuera a cumplir los cincuenta, recuerda: «Hace un año murieron en el sector de altos hornos seis compañeros, a consecuencia de unas repentinas emanaciones de gas. Les entró un pánico mortal y, en vez de bajar las escaleras, se quedaron arriba, cuando el gas también asciende. Un amigüete mío que trabajaba en la misma cuadrilla se salvó sólo porque la noche anterior había bebido mucho y a la mañana siguiente estaba aún tan tieso que se quedó dormido».

Mientras nosotros, de pie entre nubes de polvo, introducimos éste a paletadas en sacos de plástico, unos mecánicos de Thyssen irrumpen escaleras arriba hacia el aire libre. «¡Estáis majaras! ¡No se puede trabajar con semejante porquería!», nos grita uno al pasar. Y media hora más tarde un encargado de seguridad de la factoría Thyssen nos honra con su visita. Tapándose la nariz mientras pasa presuroso: «Los compañeros se han quejado de que no pueden trabajar en medio de la porquería que estáis levantando, así que haced el favor de daros prisa y terminad pronto». Y, dicho esto, se marcha. El trabajo dura hasta el cambio de turno. Durante la última hora hay que cargarse a la espalda los pesados sacos de polvo, subirlos por la escalera de hierro hasta el exterior y echarlos en un contenedor. Pese a lo dura que para los huesos resulta dicha tarea, el hecho de que, una vez arriba, puedo meter en los pulmones un poquitín de «aire fresco», lo vivo como una liberación.

En un descanso de veinte minutos nos sentamos en la escalera de hierro, donde hay menos polvo. Los compañeros turcos insisten en que comparta con ellos sus bocadillos, ya que observan que no me he llevado nada para comer. Nedim, el mayor de ellos, me echa en el vaso algo de té de su termo. Se dan entre sí lo poco que tienen y, en general, se tratan con delicadeza y amabilidad, cosa que rara vez he presenciado entre trabajadores alemanes. Llama la atención el que, por lo común, durante los descansos se sitúan aparte de los compañeros alemanes y que sólo en muy raras ocasiones hablan entre sí en turco. Lo más corriente es que se entiendan en un alemán muy rudimentario, o que permanezcan callados mientras los compañeros alemanes llevan la voz cantante. Más adelante Nedim me explica el motivo: «Los alemanes pretenden que hablamos mal de ellos, y algunos opinan que nos hacemos demasiado fuertes si hablamos en nuestro idioma entre nosotros. Quieren enterarse de todo, para así podernos mangonear mejor». Esto es algo que compruebo por mí mismo más tarde, cuando Alfred, especie de portavoz de los alemanes, interviene furioso en un descanso, porque los compañeros turcos hablan entre sí en turco: «A ver si hacéis el favor de hablar alemán, si es que tenéis algo que decir. En Alemania todavía se habla un alemán decente. Cuando volváis a casa, y ojalá que eso suceda pronto, podréis hablar todo el tiempo que queráis vuestro idioma de mierda, allí, en el culo del mundo, que es lo vuestro».

Cuando más adelante hablo de esto con Nedim, me enseña un papel perteneciente a un compañero de trabajo de Lünen, quien lo ha conseguido en una «Casa de la Juventud», una organización municipal. En las «Directrices para la conducta de los visitantes extranjeros» se lee que:

- (•) «En presencia de alemanes debe hablarse alemán, al menos cuando se conversa sobre alemanes.»
- (•) «Aquí, en Alemania, cuando hemos comido ajo, no nos reunimos con otras personas por espacio de dos días, y eso es lo que esperamos igualmente de nuestros huéspedes.»

(•) «Si los jóvenes extranjeros consideran que tienen derecho a utilizar la Casa de la Juventud sólo porque su padre o alguno de sus tíos pagan impuestos aquí, en Alemania, ello hasta cierto punto es verdad, siempre que dichos jóvenes se integren en los usos y costumbres de aquí, ¡pero sólo en tal caso!»

En Thyssen no se imprimen directrices como éstas, pero la actitud y las expectativas de muchos alemanes son similares, por lo que los compañeros turcos se comportan en concordancia y se retraen simplemente para no «provocar».

Al día siguiente trabajamos a diez metros de altura, a la intemperie y a diecisiete grados bajo cero. Por doquier letreros con calaveras y la inscripción: «ACCESO NO PERMITIDO SIN AUTORIZACIÓN», «ATENCIÓN, PELIGRO DE GASES». Y en algunos lugares: «LLEVAR PUESTAS MASCARAS RESPIRATORIAS».

Nadie nos ha explicado de qué peligros se trata, y, en cuanto a las «máscaras respiratorias», tampoco las hay. Y, por nuestra parte, ignoramos igualmente si pertenecemos a los «autorizados» o «no autorizados».

Nuestra «fuerza de choque» tiene que romper con picos y retirar con palas, sobre planchas metálicas, montañas de una pasta semicongelada que sale de unos grandes tubos.

Aquí arriba silba un viento gélido, las orejas casi se le caen a uno de frío y los dedos se quedan entumecidos en el interior de los guantes de trabajo. Ningún trabajador de Thyssen tendría por qué bregar a la intemperie con estas temperaturas; en toda la industria de la construcción hay primas por mal tiempo, y nosotros sin embargo estamos obligados a hacerlo. Para empezar, arremetemos con grandes picos contra las costras que se forman por fuera, lo que hace que continuamente le salten a uno a la cara pequeños trocitos. Lo que realmente nos haría falta son gafas de protección, pero desde luego nadie se atreve ya a pedir las. De la porquería se alzan humaredas que escuecen los ojos y a veces le impiden a uno ver. Trasladamos la pasta fangosa con carretillas hasta unos tubos por los que cae. Las palas se doblan constantemente bajo el peso, y hasta las carretillas hay que enderezarlas a golpes de martillo una y otra vez. De los cuartos de máquinas circundantes sale un estrépito tan grande que apenas podemos entendernos. Esta vez no hace falta para nada el capataz, quien ha desaparecido en alguna cantina para orinar. Nosotros mismos nos azuzamos a alcanzar las mayores cotas de productividad, ya que durante el intervalo de descanso, por muy breve que sea, el frío se hace insoportable. De cuando en cuando alguno se larga a hurtadillas y se mete en un pequeño cuarto de máquinas. Allí el estruendo es semejante al de las cataratas del Niágara, pero las máquinas dan calor. Nos apretamos contra la máquina, llegamos incluso a abrazarnos a ella, para conseguir un poco de calor, lo cual no deja de ser del todo peligroso, dado que al mismo tiempo está girando una biela. Hay que andarse con cuidado si no quiere uno amputarse un dedo. Cuando toco la chapa que no hay que tocar, se producen espantosos crujidos y chirridos y empiezan a saltar chispas, como si en cualquier momento fuese a volar todo por los aires.

Luego, vuelta a comenzar el ímprobo trabajo fuera, tiritando y amoratados. Yusuf, un compañero tunecino, después de seis horas de trabajo pone las cosas en su punto. Dice: «Esto es un infierno frío». Y añade: «Antiguamente se gastaba más consideración con los esclavos; tenían un valor y se procuraba que su trabajo durase lo más posible. Aquí les da igual cuándo revienta uno, porque hay bastantes esperando a ver si consiguen tu puesto».

Entre tanto pasa por allí un ingeniero de seguridad de Thyssen y empieza a manipular con una caja junto a las tuberías, sobre las que da golpecitos a diestro y siniestro murmurando «no puede ser, de ningún modo», y nos mira con ojos de espanto.

Yo (Alí) me dirijo a él:

—¿Qué ser caja tan rara? ¿Qué hay dentro?

—Para medir el gas —explica, y añade—: ¿Es que no tenéis aquí ningún aparato de medición? En tal caso no debéis trabajar aquí. —Y aclara que cuando la aguja marca un punto determinado es que existe máximo peligro, teniéndose que desalojar la zona inmediatamente, pues de lo contrario podrían producirse desvanecimientos instantáneos. La aguja, sin embargo, está marcando de forma continua algo por encima del mencionado punto y cuando yo (Alí) se lo señalo, él me tranquiliza—: Eso es imposible. El aparato está estropeado. Voy a buscar uno nuevo. —Y se va a buscar uno nuevo.

Cuando regresa con él ha pasado ya media hora y la aguja sigue marcando algo por encima del punto límite. Enojado, se pone a dar golpecitos al aparato e intenta tranquilizarme:

—No puede ser. El cacharro de mierda vuelve a fallar. —Y al mirarle yo (Alí) con expresión de duda, me dice—: Pero aunque funcionara correctamente no habría motivo para el pánico con este valor de medición. Además el viento se lleva el gas.

El hombre se marcha otra vez con su cajita mágica y nosotros nos consolamos con el gélido viento ante un eventual escape de gas.

El compañero turco Helveli Raci vive, en el mismo lugar, una experiencia parecida unas semanas más tarde:

—Había un aparato que de pronto se puso a dar señales. Yo pregunté qué clase de señales eran y me contestaron que cuando hay un escape de gas los aparatos emiten señales. Entonces yo dije que aquí había gas porque el aparato estaba dando señales, y que si no teníamos que parar el trabajo. Pero el capataz dijo que de ninguna manera, que continuáramos. Y nosotros continuamos y él se llevó el aparato. Luego volvió con el mismo aparato, lo volvió a colocar y seguía emitiendo señales. Yo dije que aquí algo funcionaba mal, y él me contestó que el aparato tenía que estar estropeado. En vista de eso se marchó otra vez con el aparato y luego vino y trató de hacer algo con él para que no emitiera más señales. Sin embargo, el aparato volvió a las andadas. Y así nos pasamos el día entero allá arriba.

“Algunos de nosotros empezamos a sentirnos mal, pero tuvimos que seguir trabajando. No nos dieron máscaras antigás. Nosotros, los de las subempresas, tenemos que seguir ahí, y a fuerza de respirar y respirar te puedes quedar tieso. A ellos eso les trae sin cuidado, lo único que les interesa es que se haga el trabajo y nada más.

En Thyssen está prescrito el uso de zapatos de seguridad con punteras de acero, así como cascos protectores. De acuerdo con las normas legales, Adler tendría que proporcionárnoslos, lo mismo que guantes de trabajo. Pero Adler también ahorra en este capítulo. Engaña tanto al por mayor como al por menor. «Mucho ganado menor también da estiércol», es una de sus divisas. Si la «gente» escasea, entonces los jefes de obra y los capataces de Thyssen, haciendo la vista gorda, dejan que los nuevos de Adler trabajen también alguna vez con zapatillas de deporte, pese a que en nuestro trabajo existe, por ejemplo, el constante peligro de piezas que se desploman, carretillas sobrecargadas que se vuelcan y máquinas elevadoras de horquilla que le pasan a uno por el lado. Hasta el último momento jamás llevé zapatos de trabajo con punteras de acero, como está establecido, al igual que buen número de otros compañeros. Tuve suerte de que no me sucediera nada.

Buscamos guantes de trabajo en cubos de basura o contenedores de desperdicios. La mayor parte de ellos están embadurnados de aceite o rotos, habiendo sido desechados por obreros de Thyssen después de que la factoría les diera otros nuevos.

En cuanto a los cascos protectores, nos los tenemos que comprar, a menos que tenga uno la suerte de encontrar alguno muy averiado, del que alguien se haya desecho. Las cabezas de los compañeros alemanes son consideradas más valiosas y dignas de protección que las de los extranjeros. El capataz Zentel me quitó de la mía (la de Alí) el casco en dos ocasiones para dárselo a compañeros alemanes que habían olvidado el suyo. Y cuando, la primera vez, yo (Alí) protesto: «¡Un momento, yo comprado, ser mío!», Zentel me pone en mi sitio: «Aquí no hay nada tuyo, como no sea una buena cagada. Puedes pedir que te lo devuelvan cuando termine el turno». De pronto van y te quitan lo que es tuyo sin preguntarte nada. La segunda vez me asignaron una tarea en compañía de un alemán nuevo a quien Remmert le había dado el casco gratis, pero que en aquel momento estaba trabajando aún sin él. Y de nuevo se pretendió que Alí le ofreciera su cabeza, aunque esta vez se negó: «Ser particular, pertenece a mí. Yo no dar. Pueden despedir a mí si yo trabajar sin casco». A lo que el capataz replica: «¡O le das el casco o soy yo quien te despide, y además ahora mismo!». En vista de lo cual Alí cedió ante la violenta actitud. En un sector de la calle Brammen en el que, a pocos metros de donde estábamos, caían con estruendo muchos trozos de mineral incandescente, Alí trabajó sin casco durante todo el turno. De haberme caído en la cabeza algunos de esos trozos habría resultado, como mínimo, con quemaduras.

Werner, el compañero alemán, aceptó con toda naturalidad el que su protección se produjera a mi costa. Cuando poco después yo (Alí) le hablé sobre el particular, lo único que dijo fue:

—Yo en esto no puedo influir nada. Sólo hago lo que me dicen. Tienes que ir a quejarte a otra parte, conmigo te confundes de dirección. —Más tarde hace a Alí de nuevo objeto de su desprecio—: Aquí la gente de Adler no pintáis nada. Nadie os puede tomar en serio. Por los pocos marcos que cobráis yo no cogería ni siquiera una pala.

Informe de Thyssen sobre el ejercicio económico 1983/84:

Thyssen informa

El *grupo Thyssen* tuvo un buen comienzo en el ejercicio mercantil 1984/85. En lo esencial, los exponentes de crecimiento y resultados se han afirmado y los retrasos pudieron recuperarse. Las transacciones exteriores de Thyssen Weit (sector extranjero) ascendieron en el primer semestre al 6 %. Los números negros figuran en todos los sectores de la empresa. Los rendimientos del consorcio durante el primer trimestre son, en lo esencial, comparativamente mejores que los del primero del año anterior. En el transcurso de la reciente junta general, Thyssen anunció un nuevo reparto de dividendos para el ejercicio en curso.

En el *sector del acero* la producción se ha mantenido al mismo nivel alcanzado el año anterior. Si bien la fortaleza del dólar determinó un considerable aumento de los costos de materias primas, durante los últimos meses ha sido posible un gradual incremento de los precios. En el primer semestre el volumen de negocios se elevó en un 11 %. Aceros Thyssen espera nuevamente resultados positivos para 1984/85.

En cuanto a *Aceros Especiales* Thyssen, en la actualidad el nivel de ocupación de todas las factorías es normal o ha mejorado. Las transacciones se han incrementado hasta el momento en un 8 %. En el apartado de aleaciones metálicas, que se cotizan en dólares, se hace preciso superar los importantes incrementos de los costos. En conjunto, Aceros Especiales Thyssen vuelve a arrojar un saldo positivo en el período 1984/85.

El sector empresarial de *Bienes de Inversión y Transformación* logró durante el primer semestre un plus global de transacciones del 7 %. En la *Industria Thyssen*, la cartera de pedidos se halla en fuerte expansión. Esto, unido al programa de saneamientos de los últimos años, estabiliza el capítulo de beneficios. Para 1984/85 la Industria Thyssen cuenta con resultados positivos. En lo que se refiere a *Budd*, la mayoría de sus factorías siguen trabajando a pleno rendimiento. Budd arrojará un saldo claramente positivo.

La dirección del sector ferroviario americano corresponde actualmente a *Transit América Inc.* En el balance del año anterior fueron tomadas ya en consideración las cargas provenientes de las antiguas pérdidas de la cartera de pedidos. En cuanto a las *Fábricas Renanas de Piedra Caliza*, se mantiene la evolución positiva de los rendimientos.

El sector empresarial de *Comercio y Servicios* hace ya algunos años que amplía su volumen de negocios internacional. En el primer semestre las transacciones se incrementaron en un 6 %.

Thyssen-Welt 1983/84 (11 oct. 1983-30 sept. 1984)

Volumen global de transacciones de los sectores empresariales	Personal de plantilla, promedio anual 132.950
---------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------

	Del balance
Acero 10,3 marcos (1)	Suma balancial 19,2 (1)

Aceros especiales 3,5 marcos	Capital propio 2,6
------------------------------	--------------------

Bienes de Inversión y Transformación 9,8 marcos	Inversiones 986
-------------------------------------------------	-----------------

Comercio y Servicios 17,6 marcos	Amortizaciones 1.120
----------------------------------	----------------------

Superávit anual 181

Si el total de los ingresos permanece estable, la empresa este año todavía registrará beneficios.

Thyssen, además, negocia con participaciones aún no consolidadas y espera tener con ellos unos buenos resultados.

Transacciones internas 8,8 marcos
Transacciones externas de Thyssen-Welt 32,4 marcos

(1) Expresado en miles de millones.

THYSSEN SOCIEDAD ANÓNIMA

Lo que es tanto como decir: tú aquí no tienes ningún derecho. Oficialmente no estás aquí. No tienes papeles ni contrato de trabajo ni nada. Y eso hace que nos mire de arriba

abajo. En la firma Remmert él, como alemán, es un privilegiado. Le pagan horas extraordinarias y suplementos por día festivo, y su salario bruto es de 11,28 marcos por hora (lo que Remmert no hace, eso no, es pagar pluses por suciedad en el trabajo, pese a que éste, por lo general, se desarrolla en medio de grasas pringosas, aceites rancios y malolientes y densísimas polvaredas metálicas).

Nosotros, en la empresa Adler, hemos de realizar ese mismo trabajo por un salario aún menor; en qué cuantía es menor es cosa que después veremos.

Yo (Alí) alquilo en la calle Diesel, de Duisburg, una vivienda que consta de un cuarto y medio. Quiero ir algo más allá en mi aproximación a Alí, quiero vivir como realmente vive un trabajador turco en la República Federal y no limitarme a hacer largas excursiones a los lugares de trabajo. Cada vez me identifico más con el papel que represento. Actualmente, por las noches, mientras duermo, hablo con frecuencia en alemán chapurreado. Ahora sé el esfuerzo que cuesta soportar por algún tiempo lo que los compañeros extranjeros tienen que soportar durante toda su vida. No me resulta especialmente difícil encontrar esta vivienda, puesto que Bruckhausen es un barrio agonizante. Durante años no han vivido en él más que turcos, muchos de los cuales han acabado por regresar a su patria. Numerosas casas están vacías o se hallan tan decrepitas que no son ya habitables. Mi vivienda no tiene fregadero ni ducha y el retrete está en el zaguán y sirve para muchos inquilinos. El precio del alquiler es de 180 marcos. En la restauración de la vivienda me permito un grandioso lujo: un amigo me instala en medio de la habitación una bañera.

Intento imprimir en mi nuevo hogar una configuración algo más bonita. Los cascotes y la porquería que desalojo del jardín delantero caben en dos contenedores de basura. Los vecinos habían depositado aquí todos sus desperdicios, puesto que ello no podía empeorar la «calidad de vida» de la zona. Bruckhausen está situado justo en las inmediaciones de la factoría. Quien quiera llegar a viejo aquí tiene que gozar de una salud extraordinariamente robusta. En muchos lugares hay carteles que invitan a marcar un determinado número de teléfono si vuelve a producirse un olor especialmente desagradable. Aunque aquí el olor es siempre especialmente desagradable.

Pese a ello quiero instalarme en Bruckhausen. Tampoco aquí me siento completamente solo. Quizá alguna vez pueda celebrar una fiesta de verano con vecinos y compañeros en mi diminuto y recién adecentado jardín.

Es necesario

Hay compañeros que trabajan durante meses sin un solo día libre. Se los trata como si fueran bestias de carga. Ya no tienen vida privada alguna. Se les permite marcharse a su casa porque a la empresa le resulta más barato que pagarles un sitio para dormir. De lo contrario, para ellos sería más práctico pernoctar directamente en la factoría o en las instalaciones de Remmert. Por regla general son gente más bien joven. Metidos en la porquería de Thyssen, a más tardar al cabo de unos años están consumidos y desgastados, exhaustos y enfermos, a menudo para el resto de su vida. Para las empresas son material humano desechable, obreros de usar y tirar de los que un buen número está haciendo cola para conseguir trabajo, gente que realmente agradece todo trabajo, cualquier tipo de trabajo. Este desgaste explica también por qué sólo rara vez alguien llega a resistir ese trabajo más allá de uno o dos años. Con frecuencia bastan uno o dos meses para contraer una enfermedad de por vida, sobre todo cuando te obligan a cumplir turnos dobles y triples. Un compañero de apenas veinte años trabaja por lo regular sus 300 o 350 horas mensuales. Los capataces de Thyssen lo saben, la

factoría se beneficia de ello, de lo que además queda constancia impresa y almacenada en los relojes de fichar de Thyssen.

A menudo Thyssen recurre a Remmert de forma imprevista para que le envíe cuadrillas de choque, y sucede que, tras un trabajo agotador, algunos compañeros son transportados desde Duisburg a Oberhausen; aún están en la ducha cuando el *sheriff* se pasa por allí para llevárselos y volverlos a mandar a limpiar la porquería durante un turno extra. O se saca a la gente de la cama por teléfono para mandarlos a trabajar, tal vez en el preciso momento en que, exhaustos, habían conciliado el primer sueño. La mayoría de ellos, gente joven y desde luego fuerte, te dicen, si les preguntas, que no hay manera de resistir más de 15 o 16 turnos a la semana.

Cuando alguna vez se tiene un fin de semana libre, todo el tiempo te lo pasas durmiendo como un tronco. Está el joven F., que trabaja dos turnos, uno detrás de otro casi todos los sábados y domingos. De)a que hagan con él lo que quieran sin quejarse nunca. Se mete a gatas en los agujeros más inmundos sin rechistar, raspa capas de grasa pringosa, hedionda y caliente, quita la mugre de las máquinas y entonces es él quien queda cubierto por una capa de sebo resbaladizo. Anda siempre como ensimismado, tiene un semblante viejo, transfigurado, y rara es la vez que se expresa con coherencia. Es el mayor de doce hermanos, de los que cuatro no viven en el hogar. Vive con sus ocho hermanos en la casa paterna, un piso de 100 metros cuadrados. Siempre tiene hambre; cuando alguien no se come el bocadillo, allí está F. a la que salta. Excepto 100 marcos, entrega en el hogar todo lo que gana mensualmente, para que la familia pueda bandearse.

Cada vez que alguien se queja del trabajo, él replica: «Podemos darnos por contentos de tener trabajo», y: «Yo lo hago todo». Cuando, en una ocasión, fuimos descubiertos por un controlador de Thyssen tomándonos un descanso, el único que estaba currando era él, por lo que se le mencionó elogiosamente.

Cuenta F. que su récord de trabajo está en 40 horas seguidas, con descansos de entre cinco y seis horas. No hace más que unas semanas —nos relata— trabajó 24 horas de un tirón. Constantemente está mirando en el interior de las papeleras y los contenedores, en busca de mugrientos guantes de trabajo tirados por los obreros de Thyssen. Hasta un solo guante le interesa, pues a veces encuentra otro que hace pareja. Buscando y rebuscando ha reunido ya un montón, unas veinte piezas. Yo (Alí) le pregunto:

—¿Qué haces con ellos? Tantos guantes no puedes ponértelos. Y él me contesta:

—Nunca se sabe. Lo cierto es que no nos dan guantes y puedes estar contento de encontrarlos aquí. ¿Por qué te crees tú que los recojo? Siempre harán falta cascos protectores por si alguna vez te cae algo en la cabeza.

Me da pena. Siempre está radiante. Unas semanas más tarde soy testigo de cómo F., quien de nuevo ha de incorporarse el fin de semana a un turno doble, implora al *sheriff*:

—¡No puedo más! No puedo, no puedo hacerlo.

—¡Pero bueno, tú aquí has sido de los que siempre han aguantado!

—Por favor, hoy no. Por favor, por favor.

—Tomaré nota —le responde el *sheriff*—. Hasta el momento siempre se podía confiar en ti.

—Parece a mí bien que hoy tú decir «no» a quedar derrengado —le felicito yo (Alí) después.

Sencillamente no podía más. Apenas podía andar y sostenerse sobre las piernas. Tenía la cara pálida como la ceniza y le temblaban las manos.

Cuenta un compañero que el año pasado, durante los días festivos de la Pascua de Resurrección, trabajaron treinta y seis horas seguidas sin dormir: «En aquel entonces Remmert recibió el encargo de limpiar una cadena de pintura de Opel en Bochum. El trabajo debía hacerse sin falta porque a las seis de la mañana del martes después de Pascua tenía que seguir trabajando el nuevo turno». El maratoniano turno en la fábrica de automóviles no constituyó, sin embargo, para los compañeros el «punto culminante» en lo que a horas se refiere. «Hace dos años trabajamos en un centro deportivo cerca de Frankfurt. Nos llevaron allí con una cuadrilla y estuvimos trabajando como negros, hasta que nos caíamos al suelo, aproximadamente cincuenta horas.»

El compañero alemán Hermann T., de unos treinta y cinco años, es uno de los más diligentes «hacedores de horas» que tiene Remmert. Y se le nota. Tiene el semblante blancuzco tirando a gris. Está exhausto y flaco como un fideo. Durante una temporada estuvo sin trabajo y es uno de los pocos que se sienten agradecidos de que les dejen trabajar hasta caerse al suelo de agotamiento. Desde que empezó en febrero del 85, trabaja mes tras mes como un poseso. Según sus propios datos, en abril del 85 alcanzó por primera vez las 350 horas mensuales. En junio ha vuelto a «hacerse con todas las horas —el 25 de junio llega ya casi a las 300 horas— y el mes aún no ha terminado». Hermann T. agrega: «La semana pasada hice cuatro turnos seguidos, de viernes a sábado. El viernes por la mañana entré con vosotros a las 6 en Thyssen, y el sábado a las 14.15 del mediodía fiché a la puerta de la factoría». Semejantes maratones horarios de trabajo no son insólitos para Hermann, y para que tan drásticas infracciones de las normas laborales no llamen la atención, de turno en turno es enviado a un tajo distinto dentro de los gigantescos confines de Thyssen. «El viernes por la mañana estaba en el Ruhr, en una nave pequeña que había que limpiar con aspiradores. Luego, al mediodía, estaba en Oxy 1, durante el turno de noche trabajé en la central eléctrica Voerde y el sábado por la mañana estaba otra vez en la obra del Ruhr.» Absolutamente agotado y con las rodillas flojas se marchó finalmente a casa, según dijo, dando tumbos: «Comí algo, aunque la verdad es que no tenía hambre, y antes de que me hubiera echado en la cama le dije a mi mujer que me despertara a las 20.15 porque quería ver el telefilm. Pero nada de nada: me pasé durmiendo hasta el domingo al mediodía, sin despertarme ni una sola vez».

Relata Hermann cómo trabajaban en Thyssen: «Todos los días 16, 12, 13 horas, todos los sábados y todos los domingos, todos los días de fiesta, siempre trabajando. Y también en la Pascua de Resurrección y de Pentecostés, allí estábamos, quizá había mucho que hacer. Desde luego, el alto horno estaba totalmente parado y había que limpiarlo entero; no sabes tú lo que tuvimos que bregar, lo mismo si había viento, nieve, lluvia o frío. Tenías la ropa siempre húmeda, mojada. Había allí siempre de diez a quince hombres de Remmert y también gente de Adler. En total trabajamos allí casi cinco meses».

El record de resistencia en el trabajo lo reclama el compañero turco Sezer O. (44 años). Durante la construcción del «Metro» de Munich tuvieron que trabajar un turno de 72 horas bajo tierra y, en sus breves intervalos de descanso, se desplomaban media hora. Hubo muchos accidentes en esos trabajos maratonianos, cuenta Sezer O., y todos extranjeros.

Yo (Alí) estoy presente cuando el *sheriff*, ni más ni menos, nos obliga —desde un punto de vista jurídico también nos coacciona— a hacer un turno doble. Nos lleva en el microbús directamente al lugar de concentración. Estamos hechos polvo. Algunos se han dormido en los asientos cuando el jefe de cuadrilla detiene el vehículo y dice, como de pasada: «¡Seguimos trabajando! ¡Turno doble!».

Algunos protestan, dicen que tienen, que quieren irse a casa, que están totalmente derrengados.

Se les explica que lo exige Thyssen y que se seguirá trabajando.

El compañero argelino T., que tiene que ir a su casa sin falta, es despedido de inmediato. Se lo llevan en el microbús y lo dejan en la calle. Ya puede ver dónde se queda. Antes había tenido lugar el siguiente (auténtico) diálogo:

Sheriff: Hoy tenéis que alargar la cosa, hasta las diez de la noche.

Compañero argelino: ¡Hay que joderse! Eso será sin mí, yo no soy un robot.

Sheriff: Tenéis que alargarlo *todos*. *Compañero argelino*: Tengo que ir a casa, es urgente. *Sheriff*: Pues entonces, no te molestes en volver. Estamos en un caso de necesidad.

Compañero argelino: Pero es que tengo que ir a casa.

Sheriff: Pues mañana no hace falta que vengas. Puedes largarte. Se ha terminado todo para ti, aquí. Para siempre.

Sheriff (*dirigiéndose* a los demás, que callan amedrentados): ¡Necesito cuarenta hombres, y mañana también! ¡Thyssen nos lo exige! También a mí me gustaría dar de mano, pero tengo que hacerlo; a mí tampoco me consultan nada. Este mediodía tenía cita con el dentista para arreglarme una corona y tampoco puedo ir. Se acabó. ¿Qué queréis? ¡En la guerra es todo mucho peor aún!

«Mejor no entender nada»

Durante el descanso, en una sombría y desierta galería, de un kilómetro de longitud, en la planta de sinterización III, se nos acerca un capataz de Thyssen en compañía de un jefe de cuadrilla. Ambos controlan cuánto lodo y polvo sintéticos hemos desalojado hasta el momento, puesto que depende principalmente de nosotros la fecha en que pueda ponerse en marcha de nuevo la planta. El capataz, hombre más bien joven, ante el aspecto oriental de Jusuf se siente incitado a regodearse en sus recuerdos de vacaciones:

—¿Eres tunecino? Jusuf dice que sí.

—Fantástico país —comenta el capataz—. Mi mujer y yo vamos a volver, este año, de vacaciones. Es un sitio donde se puede descansar de maravilla. Y todo mucho más barato que aquí.

Jusuf le sonrío, agradecido y afable. No es frecuente que un jefe alemán condescienda a hablar con un extranjero de algo que no esté relacionado con el trabajo, y también constituye una rareza el que se exprese de forma positiva sobre su patria. Jusuf explica al capataz que sus padres tienen una casa cerca del mar, le da las señas y lo invita a que «los visite cuando vaya a Túnez». De inmediato el capataz acoge la propuesta favorablemente:

—Puedes estar seguro de que iré. Pero tienes que darme algunas direcciones.

Ya sabes a lo que me refiero. En vuestro país hay unas tías fabulosas para follárselas. Es algo tremendo. ¿Qué cuesta una en estos momentos?

—No lo sé —responde Jusuf.

—¡Bueno, por veinte marcos se puede conseguir cualquier cosa entre vosotros!

Jusuf, muy visiblemente herido en su orgullo, contesta:

—No tengo la menor idea.

El capataz, en su elemento, no cesa en su empeño. Mientras saca el pulgar por entre el índice y el corazón, continúa:

—Oye, es que en tu tierra las tías son algo tremendo, auténticas gatas salvajes. En cuanto les quitas el velo se ponen ya cachondas. No tendrás una hermana, ¿no? ¿O es demasiado joven? Entre vosotros hay que casarse en seguida.

Jusuf procura disimular su humillación ante nosotros, sus compañeros, y dice:

—¡Pero va a ir usted con su mujer!, ¿no?

—Bueno ¿y qué? —responde el capataz—. Ella se pasa el día entero en la playa y no se entera. El hotel es de miedo. Exactamente igual que aquí el «Interconti». Y sólo cuesta un poquito más de dos mil por dos semanas, todo incluido. Una vez hicimos una excursión al otro país, aquél... anda, dime ¿cómo se llama?

—Marruecos —contesta Jusuf, cortés.

—Sí, claro, Marruecos, se me había olvidado —confirma el capataz—. También allí las tías son de miedo. Oye, ¿qué es lo que habláis vosotros? ¿Habláis español?

Jusuf ya no lo soporta. Se vuelve de espaldas pero aún se excusa:

—No, árabe. Tengo que ir al retrete.

El jefe de cuadrilla aprovecha la ocasión para sentarse con nosotros y explayarse igualmente con un talante relajado. Se despereza:

—¡Quién estuviera ahora en el sur! Nada de trabajo. Siempre sol. Y mujeres, mujeres.

—Dirigiéndose a mí (Alí)—: ¿Verdad? En vuestro país, en Anatolia, puede comprarse una mujer por una cabra. —En vista de que yo (Alí) miro con indiferencia hacia otro lado, él me provoca—: ¿No es verdad? ¿Cómo encontraste a tu parienta?

—Alemanes creer siempre que todo pueden comprar, pero las cosas más bonitas del mundo el dinero no puede comprar. Por eso alemanes tan pobres a pesar su mucho dinero —responde Alí.

El jefe de cuadrilla se siente herido y le devuelve la pelota:

—Yo a vuestras mujeres de harén anatolianas no las querría ni regaladas. Son cochambrosas, huelen mal. Para empezar hay que darles un buen fregoteo. Y cuando termina uno de desnudarlas y quitarles todos sus harapos, se destrompa de golpe.

Luego Jusuf me lleva (a mí, Alí) a un lado y me dice:

— No ser bueno que nosotros haber aprendido alemán y lo entendemos. Siempre grande cabreo. Mejor hacer como si no entendemos. —Y cuenta de unos compañeros tunecinos más jóvenes, quienes, tras vivir parecidas experiencias y humillaciones, deliberadamente han dejado de aprender alemán y «diga lo que diga el capataz, siempre contestan “sí jefe”, de modo que así evitan discusiones».

Muchos de los retretes de la factoría Thyssen están embadurnados con consignas y frases de desprecio contra los extranjeros. También el *spray* ha escrito con frecuencia sobre los muros de la fábrica *graffiti* hostiles hacia los extranjeros, y nadie siente la necesidad de borrarlos. He aquí —procedentes de la planta Oxígeno I— sólo unos pocos ejemplos típicos, escogidos entre centenares de lemas letrinescos:

«MIERDA EN EL MANGO = UN TURCO CON PATA DE PALO»

En la cercana cantina hay esta pintada:

«FUERA TURCOS. ALEMANIA SIGUE SIENDO ALEMANA»

Junto a esto un amigo de los animales había colocado oportunamente una pegatina con un oso panda y la leyenda: «Proteged a las especies animales en vías de extinción». Veinte metros más allá una gran inscripción: «¡MUERTE A TODOS LOS TURCOS!». O las que se leen en los retretes de la calle Kaltwaiz, en la zona de galvanizados. He tomado nota de algunas inscripciones, ya amarillentas, lo que significa que están allí desde hace mucho tiempo:

MÁS VALE UN MILLAR DE RATAS EN LA CAMA QUE UN TURCO EN EL SÓTANO

AHORCAD A TODOS LOS TURCOS Y A TODAS LAS MUCHACHAS ALEMANAS QUE SE ACUESTEN CON ELLOS

Luego, de otro puño y letra:

TURCOS DE MIERDA, NUNCA SE LOS PODRÁ COLGAR BASTANTE ALTO, LOS ODIO A TODOS

ME VOY A CARGAR A TODOS LOS CERDOS TURCOS

Otro autor:

ESTOY SATISFECHO DE SER ALEMÁN ALEMANIA PARA LOS ALEMANES

Y más allá:

MEJOR SER UN CERDO SS QUE UN CERDO TURCO NUNCA HA HABIDO MEJOR ALEMÁN QUE ADOLF HITLER

Conversación durante el descanso

Los compañeros alemanes Michael (34 años), Udo (26 años) y el que lleva la voz cantante Alfred (53 años), se han organizado una tabla de madera en el *bunker* de reuniones que hay debajo de la calle Bramm, colocándola encima de dos barricadas. Allí se sientan y comparten cigarrillos y bebidas entre sí. Enfrente de ellos, sobre un periódico turco desplegado, *Hürriyet (Libertad)*, se sienta Alí, condenado al papel de convidado de piedra. La conversación se ve interrumpida una y otra vez por el estruendo de trozos de mineral que se desploman estrepitosamente.

Alfred: Créeme, en tiempos de Adolf Hitler, si se producía un robo entre camaradas, aunque fuera un cordón de zapato, al ladrón lo ponían contra el paredón y lo fusilaban. Créemelo. Y no se merece otra cosa. Al que roba a un compañero, o se lo mata a palos o se lo fusila. Así debe ser en la vida. ¡No se le manga nunca a un compañero, eso no se hace!

Yo (Alí): ¿Pero jefe puede a ti mangar?

Alfred: Eso es algo completamente distinto. Pero el que le hace una muy gorda a un compañero, o le roba...

Yo (Alí): Pero ¿jefe también habrían fusilado si él robar?

Alfred (levemente amenazador): Tendrías que haber vivido aquí antes, con Hitler. Entonces en Europa aún había orden.

Yo (Alí): ¿Muchos fusilados?

Alfred: Tendrías que haberlo vivido.

Udo: Es que entonces los viejos podían aún andar por la calle.

Alfred: Mira, entonces una abuelita de setenta años podía andar de noche por la calle con diez mil marcos en el bolso y no le pasaba nada.

Yo (Alí): Con tanto dinero abuelita no ir sola por calle, andar en coche...

Alfred: En una gran ciudad, en una ciudad enorme como Leipzig, ciudad ferial, de donde soy oriundo, mi padre tenía moto, coche y bicicleta. La bicicleta se pasó un año entero en el patio y cuando se puso roñosa se compró una nueva, y volvió a dejarla en el patio. Jamás faltó de su sitio...

Yo (Alí): Seguro estaba rota... bicicleta.

Alfred (*sigue* hablándome en tono de amonestación, como si para él todos los extranjeros fuesen ladrones potenciales): Tú escucha y grábate todo esto en tu cabeza de alcornoque.

Yo (Alí): ¿El qué?

Alfred: Lo de birlar y mangar. Mira, antes no era como ahora, que todo el mundo tiene una lavadora automática. Nosotros teníamos una lavandera, la señora Müller, porque teníamos un comercio. Cada cuatro semanas se hacía una gran colada, ¿entiendes? En invierno se secaba en el suelo, y en verano en el patio. Toda nuestra ropa estaba colgada allí, empezando por la ropa de cama, todo en el patio, y nunca faltó ni un pañuelo, ni uno solo.

Yo (Alí) (a los otros): Yo no quiero sus pañuelos sucios, yo usar de papel.

Alfred (impertérrito): Ni un pañuelo.

Yo (Alí): Pero a extranjeros no ir tan bien allí, ¿no?

Alfred: Entonces había en Alemania orden y disciplina, para que te enteres.

Yo (Alí): Pero judíos, a ellos vosotros matado.

Alfred: A la mierda con tus judíos. Era algo que nos lo hacían aprender. Hay que respetar a los mayores. Era un principio que nos lo metían en la cabeza. Nos lo metía el maestro, la escuela como patrimonio común y el hogar paterno. No pensarás que cuando éramos chavales nos permitíamos ir sentados en el tranvía. Era algo que se nos inculcaba: se levanta uno para ceder el sitio a una persona mayor, era algo que se sobreentendía.

Yo (Alí): Quieres decir que el Estado mejor entonces que ahora...

Alfred: Era una dictadura total, pero para mí era mejor que lo que hay hoy, este montón de cerdos con los que estoy.

Yo (Alí): Oye, ¿por qué vosotros asesinado judíos todos?

Udo (queriendo actuar como apuntador de Alfred): Porque eran extranjeros.

Alfred: ¿Sabes tú por qué? ¿Lo sabes?

Yo (Alí) (haciéndome el tonto): No, no.

Alfred: Hitler cometió una equivocación: la de no haber vivido cinco años más, para que ninguno de ellos quedara con vida, ni uno solo. Allí donde un judío, sea pobre o rico, mete las narices, se jode todo volando. Por supuesto que hay judíos ricos, como Rockefeller, Morgenthau, etc. Ellos son los que no han traído más que calamidades, discordias y terror. Son los que tienen el dinero para hacer avanzar la investigación, los que tienen el dinero y el poder sobre la vida y la muerte. Ésos son ellos. Pero escucha lo que te digo: si Hitler hubiera tirado cinco añitos más y las cosas le hubieran salido a su gusto, ya no quedaría esa clase de gente, puedes creerme lo que te digo. Ni uno quedaría.

Yo (Alí): Gitanos también vosotros haber matado.

Michael: A los que no eran de raza alemana los mató a todos, sólo no mató a los alemanes de raza.

Udo: Sí, ¡pero no sólo Hitler!

Yo (Alí): ¿También habría a mí matado? (La llamada por respuesta.)

Alfred: Escucha, ¿quién empezó con lo de los campos de concentración? Digámoslo con toda sinceridad. —Se da a sí mismo la respuesta, en voz alta—: Los ingleses.

Udo: Los americanos. Los americanos empezaron.

Alfred (en sus trece): Fueron los ingleses, los ingleses. El Churchill, que era teniente del ejército inglés. Escuchad: el Churchill ese, en la guerra colonial, era teniente, vamos, sargento.

Michael: Hitler no tendría que haberlo hecho.

Alfred: Pero, ¿sabes tú lo que hizo Churchill?

Michael (insiste): No, eso fue una cerdada.

Alfred: Tuvo que combatir en dos frentes.

Michael: Es lo mismo, aquello fue una cerdada, eso es lo que es...

Alfred (interrumpiéndole): Nos arrebató la colonia del África Suroccidental. Y con los boers... ¿Has oído hablar alguna vez de los boers? El Churchill ese encerró en tiendas de lona a mujeres y niños, en el desierto, y los dejó que reventaran, mujeres y niños, todos al carajo...

Michael: Tampoco es justo. Pero Hitler fue el más grande genocida de todos los tiempos...

Alfred (desconcertado por el hecho de que su compañero Michael le contradiga, acto seguido ataca frontalmente a Alí): ¡Oye! ¿Tú es que eres idiota?

Yo (Alí): Según y como...

Alfred: A ver, ¿cuál es la diferencia entre los turcos y los judíos?

Yo (Alí): Todos personas, no diferencia.

Alfred (triunfante): ¡No! Que con los judíos ya se acabó.

Udo (pide la palabra. Dirigiéndose a Alfred): Oye, yo conozco uno mucho mejor.

Alfred: ¡Suéltalo!

Udo (a mí, Alí): ¿Cuántos turcos pueden ir en un Volkswagen?

Yo (Alí): Yo no sé.

Udo: Veinte mil. ¿No te lo crees?

Yo (Alí): Será verdad, si tú decir.

Udo: ¿Quieres saber cómo?

Yo (Alí): Mejor no.

Udo: Muy sencillo. Dos delante, otros dos detrás, y el resto en el cenicero.

Alfred (cortante): ¡Ja, ja! Hace ya mucho que no puedo reírme con ése, es archiconocido. Lo he oído por lo menos cien veces. ¿Conocéis el más reciente?: Un jovencito turco —que está paseando con un perro pastor alemán— se encuentra con un adulto alemán, y éste le pregunta: ¿Dónde vas con ese cerdo? Y el jovencito turco le contesta: No es un cerdo, es un perro pastor alemán auténtico, hasta tiene *pedigree*. Y el hombre dice: ¡Cierra el pico! No te he preguntado a ti. Alfred y Udo prorrumpen en risotadas.

Michael: No me parece bien que lo contéis delante de Alí. Puede tomarlo mal.

Yo (Alí): No puedo reír. Tampoco chistes sobre judíos ser para reír. (A Alfred) ¿Por qué alemanes tener tan poquito que reír, que siempre chistes suyos tienen que hacer a costa de los demás?

Alfred (cínicamente): Hay que divertirse. No os metáis en nuestros asuntos, pues de lo contrario vais a dejar de tener de qué reiros. —Y dirigiéndose a mí, en tono desafiante—: ¿Conoces al doctor Mengele?

Yo (Alí): Sí, el médico asesino en campos concentración.

Alfred: ¡Ah, el Mengele! El tío no era ningún imbécil. De todas maneras no escogió a ningún turco para sus experimentos. ¿Quieres saber por qué no lo hizo? Prefiero permanecer callado.

Alfred: Porque —me mira lleno de odio—, porque no valéis nada y ni siquiera habríais servido para sus experimentos con seres humanos.

Michael: Pues mira, cuando yo veo y oigo esas historias, me avergüenzo de ser alemán, como te lo digo, de veras.

Alfred (con deleite): Los metía allí y se ponía a mirar cuánto tiempo vivían acurrucaditos en el hielo.

Alfred (dirigiéndose a mí): Oye tú, ¿qué nacionalidad es la tuya exactamente? Tú no eres un turco auténtico, eso desde luego. ¿Es que tu madre viene de los hotentotes o qué?

Yo (Alí): Yo tiene madre griega, padre turco.

Alfred: ¿Y qué eres entonces, turco o griego?

Yo (Alí): Las dos cosas. Y también algo alemán, porque yo aquí ya diez años.

Alfred (a los otros): Escuchad a este idiota. Pretende hacernos creer que es un poquito de todo. Eso es lo que pasa cuando las razas se entremezclan, que ya no hay nada claro. Éste no tiene patria. Eso es ser comunista. El país de donde él viene está plagado de comunistas. Habría que prohibirlo. ¿Sabes lo que hicieron en Mannesmann? Pusieron en la calle a todos los turcos. Aquí en Remmert hay algunos turcos que podrías quemarlos a todos, oye. Basta con verlos para que se te suba la bilis... Lo que decía yo ayer (a compañeros turcos, G.W.), si no te portas bien te pego una patada en el culo que te mando a casa. ¡Tampoco le tenía yo manía a ése!

Michael: Han estado trabajando aquí, habéis estado trabajando. Os hemos utilizado, y se acabó. ¡Pero os quedáis aquí! ¿Qué hemos de hacer contra eso?

Yo (Alí): Pero nosotros no venir porque sí. Se nos vino buscar. Entonces siempre decían: ¡Vosotros venir, venir! Aquí mucho se gana. Nosotros necesitamos a vosotros. No, no vinimos porque sí.

Michael: Eso también es verdad. Tendríamos que compensarles.

Udo: Sí, claro. Pues mira, como lo hace Mannesmann.

Michael: En estos momentos hay tantos parados que hasta nosotros mismos, los alemanes, estamos en crisis.

Udo: Mannesmann dijo en seguida: aquí cada hombre de diez a treinta mil marcos.

Yo (Alí): Si todos marcharan, vosotros ahora no cobraríais ya pensión ninguna, todas pensiones para vosotros acabar. Si nosotros todos marchamos, cogemos todo dinero vuestro y vosotros no tenéis ya pensión ninguna.

Alfred: ¡Bah, tonterías! No hay tantos turcos como para eso.

Yo (Alí): Sí, millón y medio. Vosotros quedar sin blanca.

Alfred: ¿Sabes tú cómo son las cosas en Suiza? Si trabajas en Suiza como obrero inmigrante, el contrato laboral es válido por once meses, y el doceavo es mes de vacaciones. Y en ese mes en el que estás en casa, de vacaciones, te informan por carta de si te renuevan el permiso de trabajo o debes quedarte en casa. Así regula Suiza el asunto. En ese mes deciden si puedes volver o si puedes entretener tu tiempo como conductor de camellos.

La odisea de Mehmet

Mehmet, un compañero algo mayor, me sorprende (a mí, Alí) constantemente por su talante apacible. Posee un equilibrio casi estoico, con el que toma sobre sí los trabajos más duros y peligrosos. Es afable y, con su pelo canoso y su rostro redondo y algo arrugado, transmite una sensación francamente paternal. Yo (Alí) me asusto un poco cuando Klaus, otro obrero de Remmert, cuenta que Mehmet acaba de cumplir cuarenta y nueve años. Yo le habría echado sesenta.

Un día Mehmet se despide para «unas vacaciones de cinco semanas en Turquía». Yo (Alí) pregunto a otros compañeros:

—¿Dan muchas vacaciones en Remmert? Yo pedir Adler cinco semanas vacación, pero nada, en seguida poner a mí en calle.

—Por lo general, aquí no te dan cinco semanas —dice uno—, pero el Mehmet ha tenido tres accidentes en un año y al jefe le ha dado por ser generoso.

Me intereso por el asunto, y los compañeros coinciden al informarme de las graves lesiones sufridas por Mehmet. El primero de los accidentes se produjo, por cierto, cuando todavía no estaba en Thyssen, sino en la villa millonaria de Remmert, en Müllheim. Mehmet y un compañero alemán tenían que instalar una sauna en el sótano, para lo que resultaba preciso excavar tierra y demoler en parte unos muros. «Entonces es cuando ocurrió. El compañero alemán estaba cavando abajo, y Mehmet se dio cuenta de que una pared se venía abajo. Entonces Mehmet sacó al compañero tirando de él, y quién sabe si no habría muerto de no haberlo hecho, pero Mehmet recibió el muro de plano en el hombro izquierdo.» El médico radiografió los huesos fracturados y certificó a Mehmet una invalidez del 46 por ciento.

Tuvo que permanecer hospitalizado más de dos meses. De Remmert no recibió ni indemnización ni pensión. Como contrapartida, el vendehombres Remmert prometió a Mehmet que a pesar de sus graves lesiones le encontraría un trabajo en Thyssen. En febrero, bajo estado de alarma por *smog* y con un frío intenso, a Mehmet le es asignada una nueva tarea, en el turno de noche. En la planta de sinterización tiene la desgracia de caerse al resbalar sobre una placa de hielo e intentar, instintivamente, apoyarse en el brazo sano. Como consecuencia sufre una luxación tan fuerte que ha de ser escayolado. Apenas restablecido a medias, Mehmet —que tiene a su cargo mujer y tres hijos, de los cuales uno está inválido desde la infancia— de nuevo comienza a hacer turnos de noche, uno tras otro. Tras catorce noches seguidas, Mehmet cae en cama con un cansancio de muerte. Dos horas más tarde recibe un aviso telefónico en su casa para pedirle que entre a trabajar inmediatamente en un turno de día. Mehmet acude y, cuando a las ocho de la tarde quiere dar por concluida la jornada de trabajo, el capataz dispone que Mehmet vuelva a continuación a la factoría para entrar en el siguiente turno de noche. Y Mehmet acude.

Mehmet limpia en unos sótanos abovedados canalones en los que constantemente están cayendo trozos de hierro candente, a raíz de lo cual se forma tal cantidad de vapor, que te resulta imposible ver la mano que tienes ante los ojos. Rendido por la fatiga y exhausto, Mehmet resbala y mete una pierna en un agujero del suelo. En el hospital diagnostican rotura de ligamentos. Tras dos operaciones, la pierna de Mehmet todavía no está como es debido. Sin embargo sigue trabajando. De vuelta del permiso, me dice:

—¿Qué le voy a hacer? Tengo que trabajar. Hijos, deudas...

Resulta difícil entablar conversación con Mehmet. Al cabo de pocos días se encuentra ya totalmente sobrecargado de trabajo y rendido de cansancio. Su tiempo lo organiza únicamente en función de los turnos. Con frecuencia no se acuerda ya de determinados meses sino sólo de si en Thyssen hacía un frío particularmente intenso o si la suciedad

era muy grande. Si bien está radicado en la República Federal desde 1960, sólo chapurrea un poco el alemán. La lucha por la supervivencia no le ha dejado tiempo para aprender la lengua adecuadamente (de ahí el que un compañero turco prestara su ayuda en la traducción de nuestras conversaciones, G.W.). Por otro lado, lo que se le pide no es hablar, sino «ponerse a trabajar».

Mehmet ha intentado con esfuerzo lo que en todo alemán pasa por virtud: conseguir una nueva patria para él y su familia.

Cuenta Mehmet que los primeros diez años trabajó eventualmente en cuantos sitios le propusieron. Se recorrió el país entero. Por último, en 1970, logró que le dieran un puesto fijo en Thyssen, Duisburg, como conductor de una elevadora mecánica:

«Entonces ganaba entre 1600 y 1700 marcos netos, en turnos alternos. Además trabajé en una guarnicionería para coches...». Con lo ahorrado al cabo de los años, y con un crédito bancario, Mehmet y su familia se compraron un semirruinoso chalet junto a Duisburg-Mettmann. «De haber conservado el puesto en Thyssen, ahora estaría todo pagado.» Pero su capataz alemán desbarató sus modestos cálculos: «En 1980 tuve unas vacaciones. Viene el capataz alemán y dice a los turcos: Traedme de Turquía una alfombra, pero de las auténticas. Yo le digo: Mira, una alfombra auténtica, de buena calidad, cuesta en nuestro país por lo menos cinco mil marcos. Yo no tengo tanto dinero. Y él dice: ¡Si no me la traes cuando regreses ya verás!» Cuando Mehmet regresó de Turquía, el capataz, como «castigo» por el «regalo» que no le había traído, le hizo la vida imposible durante todo el día encomendándole trabajos pesados. «Luego dijo: Ven a mi despacho. Fui a su despacho, él intentó provocarme y yo no respondí. Después, tres horas más tarde, cuando estaba trabajando otra vez, vienen los de la seguridad en el trabajo, me cogen y me dicen que me tengo que ir a casa, que le había pegado al capataz, lo que era totalmente falso.» Después de diez años en Thyssen, y sin que el suceso fuera objeto de verificación rigurosa alguna, Mehmet fue despedido en el acto. De hecho no hubo ninguna denuncia contra él, por ejemplo, por «lesiones corporales». Pero como Thyssen había aducido ese motivo para el despido («agresión física a un compañero»), la Secretaría de Trabajo se negó, por lo pronto, a apoyarlo. Mehmet tuvo que presentar testigos, varios de los cuales, entre los que también había alemanes, coincidieron en declarar ante la Secretaría de Trabajo que el motivo del despido era evidentemente una farsa. Cuenta Mehmet: «Aquello fue un verdadero trauma, todo. Después tuve que ir de acá para allá buscando un nuevo trabajo. En dos o tres meses no encontré nada. Por fin lo encontré en una empresa de contrachapados de Duisburg-Homberg, de nuevo como conductor de una máquina elevadora. Estuve allí cinco meses, todo iba bien, sin problemas. Pero de pronto recibo un telegrama en el que se decía que mi madre había muerto. Me fui al jefe a preguntarle si podía tener una semana de permiso para asistir al entierro, y él dijo: ¿Qué? ¡Con sólo cinco meses aquí no se dan permisos! Yo le dije: Es que mi madre ha muerto. Y él se limitó a contestar que eso a él no le interesaba. Pese a todo, viajé a mi país y, al cabo de unas semanas, vuelvo y me encuentro con el despido». Bajo el agobio de las letras para pagar su casita, Mehmet busca otro trabajo, pero en vano. De nuevo tres meses en paro. «Después obtuve el carné de conducir de segunda clase, para camiones, y me ofrecí como conductor por todas partes. Al final conseguí, por poco dinero, conducir furgonetas de reparto en una pequeña empresa. Después de estar trabajando dos días me llega una carta de la firma «Rheinperle», en donde ya una vez había estado reparando los toldos de los vehículos. Me presento, y el jefe me dice: Puedes empezar con nosotros inmediatamente, como conductor de elevadoras, luego, quizá incluso camiones; yo llevo aquí aproximadamente cuatro años.» Un oferta «aún mejor» incita a Mehmet a cambiar de empresa: trece marcos por hora en una firma de transportes de Dusseldorf. «Y además, otras dieciocho

en concepto de dietas. Firmé en seguida, claro.» Pero al cabo de sólo cinco meses llega el despido: «Falta de trabajo». «Y de nuevo a patear la calle. En la oficina de empleo me dicen: vuelve dentro de tres o cuatro meses, ahora no hay trabajo. Otra vez a preguntar por las empresas, por todas partes. Hasta que un día un vecino me dice que Remmert necesita un conductor. Yo le digo: ¿Dónde está Remmert? Y él: Pregunta en Mannesmann. Durante toda una semana, día tras día, estuve esperando al jefe de personal de Remmert, pero no apareció. Una y otra vez me iba a la puerta cuatro de Remmert, a esperar. Acabé preguntándole a un soldador: ¿Dónde está la oficina? Y él me dice: En Oberhausen. Y yo me fui en seguida a Oberhausen, por la tarde, a eso de las tres o las cuatro. El capataz no me dijo más que: Puedes empezar inmediatamente, nosotros aquí limpiamos la porquería, el trabajo es duro. Y yo digo: Lo que quiero es trabajar, me da igual si hay que limpiar porquería y bregar duro, necesito trabajar. Tengo que ganarme el pan.»

Mientras Mehmet paga con su salud, Remmert lo hace con 12,24 marcos brutos por hora.

También en otros lugares

A Adler le gustaría llegar a ser un día «tan grande como Remmert». Ése es su sueño.

De hecho, la distancia que hay entre un Adler y un Remmert no es precisamente insalvable. Es una distancia que corresponde, por ejemplo, a la que hay entre el infierno y el purgatorio: mientras que Adler vende a su gente sin la más mínima autorización oficial, Remmert, al menos de vez en cuando, trabaja legalmente.

Alfred Remmert, el propietario de la empresa, ha llevado las cosas al extremo de que casi no necesita contar con otro dinero que el que, gracias al arriendo de trabajadores, «ingresan en taquilla» sus dos negocios: en el denominado *Limpieza Industrial, Sociedad Limitada* (al que Adler, a su vez, vende hombres), da empleo a 170 personas, a lo que hay que añadir cerca de 660 mujeres (y hombres) encargados de las tareas de limpieza en sus empresas de limpieza de edificios (SWI), que trabajan para él.

En Thyssen y en Mannesmann, por un trabajo que exige un esfuerzo ímprobo, comparable, más que a ningún otro, al de la demolición y la construcción, Remmert paga salarios según la tarifa que rige para limpiadores de edificios: 11,28 marcos. Quien soporte el trabajo más allá de un año, recibe unos 60 peniques más. La tarifa para obreros especializados de la construcción ascendería a 14,09 marcos.

Los treinta y seis extranjeros que trabajan en la *Limpieza Industrial, S. Ltda.*, lo hacen aún en peores condiciones. Un turco que tuvo que trabajar en Mannesmann para Remmert informa que el director técnico se vale de falsas promesas para inducir a los trabajadores a que aumenten la productividad: «Nos dijeron: si quemáis más de 20 toneladas diarias os pagaremos 2 marcos extra por cada tonelada suplementaria. Entonces nos pusimos a picar con especial ahínco y, al terminar el mes, habíamos quemado 1.600 toneladas de más, lo que sumaban unos 3.200 marcos. Éramos ocho compañeros turcos y tres alemanes, así que a cada quemador le tocaban exactamente 300 marcos. Lo cierto es que Remmert no nos pagó ni un penique extra».

Yilmaz G.: «Los compañeros que trabajan en la coquería como obreros arrendados por Remmert tampoco estaban satisfechos con su salario, puesto que muchos otros trabajadores de otras empresas ganaban más dinero por el mismo trabajo. Había gente que venía de una firma de demoliciones de Duisburg y que cobraba hasta 3,50 marcos más por hora».

Exactamente igual que en Thyssen, también en Mannesmann se «cuelan», por lo general, horas extraordinarias. Yilmaz estima que el tiempo de trabajo de la gente de Remmert en Mannesmann oscila entre 230 y 250 horas.

También en Mannesmann se «quema» a la gente como a panas miserables. También aquí se envía a la gente al polvo, al humo, al riesgo de accidentes. Un comité de empresa de Mannesmann: «Aquel a quien, por ejemplo, se lo pone a trabajar en la planta siderúrgica como flameador, trabaja el día entero agachado, en una postura forzada, a lo que se añade el calor constante que emana del aparato flameador». «Es casi como antiguamente en las galeras —dice Alí K.—. Si te quedas sin fuerzas, te tiran por la borda. Nosotros teníamos un compañero turco, Mehmet, que trabajaba para Remmert como quemador en Mannesmann. Un día, durante las operaciones de carga del hierro, a Mehmet lo golpeó una cadena en las rodillas, y se rompió las dos piernas. Este compañero tuvo que estar hospitalizado de seis a siete meses, y al cabo de poco tiempo Remmert lo echó a la calle. Tras restablecerse sólo a medias, Mehmet regresó a la fábrica con nosotros. Cuando preguntó si no podrían darle un empleo de cuatro o cinco horas, porque después del accidente no podía estar ya de pie tanto tiempo, el director técnico ni siquiera lo dejó terminar de hablar, simplemente lo echó otra vez.»

Por otra parte, a menudo los accidentes están cantados, debido a los numerosos turnos dobles y triples que Remmert exige a su personal. Mediante camiones la empresa Remmert transporta escoria, por ejemplo, a la fundición. Los compañeros cuentan que la gente está hasta 36 horas seguidas al volante en estos camiones con remolque. El peligro no es sólo para el personal de Remmert sino para todos aquellos que andan a pie por la carretera de la factoría. «Cuando por allí un conductor toma una curva después de 36 horas seguidas sentado al volante, el que se produzca un accidente grave sólo es cuestión de tiempo», expresa Alí K. sus temores.

La empresa Staschel, de Duisburg —otra que, junto a Remmert, alquila hombres a la factoría Mannesmann— ya por la mañana organizaba con sus obreros arrendados un turno en la coquería, otro por la tarde en la fundición y, finalmente, otro nocturno en una sucursal de la fábrica de tuberías en Mülheim. La gente trabaja 24 horas ininterrumpidas.

En Mannesmann esta suerte de comercio de esclavos empezó después de que el consorcio hubiese expulsado sucesivamente de la factoría a trabajadores turcos y de otras nacionalidades. A fin de desembarazarse de ellos se les ofreció hasta 40.000 marcos en concepto de «ayuda para el regreso», con lo que se pretendía economizar 600 hombres. Al mismo tiempo, la dirección de la empresa alimentó entre los trabajadores alemanes el temor a que sus puestos de trabajo peligraran en caso de no retornar a su patria suficiente número de extranjeros. Esta amenaza provocó en la fábrica una exaltación de los ánimos, que llevó a que muchos compañeros desearan que los turcos se marchasen, con objeto de que, por ejemplo, sus propios hijos —que recibían instrucción en la fábrica como aprendices— ocuparan su puesto de trabajo. A algunos turcos de cierta edad se les sometió a un examen de lengua alemana, en un intento de atribuirles falta de cualificación.

Todo aquel que siguió mostrándose «reacio al retorno» fue igualmente presionado mediante la perspectiva de reducción de la jornada de trabajo; y de despido en conformidad con un plan social. Así fue como mil turcos abandonaron Mannesmann.

Ésa fue la señal de salida para que los Remmert y otros subcontratadores se hicieran un hueco en Mannesmann.

La sospecha

«Que se acerque todo el que sea de Adler.» El *sheriff* da unas palmadas y nos convoca en un intervalo de descanso. «Os informo de que el señor Adler quiere tener una entrevista con vosotros después del trabajo, a las cuatro de la tarde, en el bar 'El Rincón del Deportista', en la calle Skagerrack, a fin de hablar con vosotros sobre la organización del trabajo y sobre vuestras continuas peticiones de dinero. Tengo que deciros que habéis de ser puntuales, porque al señor Adler no le sobra el tiempo.»

La entrevista es en nuestro tiempo libre, no remunerado. Una vez concluido el trabajo, y después de estar sentados por ahí durante una hora, nos vamos al bar indicado. Esperamos un cuarto de hora, media hora, y quien no aparece es Adler. «Nos está tomando el pelo —dice Mehmet—. Vamonos a casa.» Los únicos que se quedan son los fieles jefes de cuadrilla de Adler, Wormland, su hermano Fritz (23 años) y yo (Alí).

Estamos de pie junto a la barra, cuando entran en el local dos policías de uniforme y otro de paisano, y comienzan a mirar con ojos escrutadores a los aproximadamente veinte parroquianos que hay alrededor. Uno de los policías pregunta:

—¿Ha entrado alguien de unos cuarenta años, rubio, de más o menos 1,70 de estatura? Han asaltado el Banco Comercial que hay ahí en la esquina y han robado cuarenta mil marcos.

El que está a mi lado en la barra, un alemán de unos sesenta años, que se ha tomado ya su octava cerveza, suelta una risita:

—Yo no delataría a nadie; si lo supiera no se lo diría a nadie —comenta en voz alta, para que puedan oírlo los policías—, Lo que haríamos sería ir a medias y tener el pico muy bien cerrado.

—¿De quién es el Volkswagen Passat verde de matrícula de Colonia que hay ahí fuera? —pregunta con aspereza el policía de más edad.

Miro a través del ventanal y observo que una furgoneta de la policía aparca justo delante de mi coche. Algunos agentes se ponen a escudriñar mi absolutamente abollado y algo oxidado carromato. ¡Maldición, si me identifican aquí, todo se habrá ido prematuramente al cuerno! Había sido lo suficientemente precavido como para poner el coche a nombre de otro, pero no llevo encima la falsa documentación.

Mi coche tiene, en verdad, un aspecto hartito decrépito —para mí un coche no es más que un medio de locomoción y un objeto de uso, no de prestigio—, de manera que parece encajar perfectamente en el cliché policial: el que conduce un coche semejante se halla también en la necesidad de asaltar un banco.

No reacciono y miro hacia otro lado. Fritz, mi compañero de trabajo alemán, me da con el codo y dice:

—¡Oye, tú, ése es tu coche! ¿Por qué no se lo dices?

—Cierra el pico —le espeto yo (Alí)—. Coche no haber pasado inspección técnica, poner multa.

Fritz, rápido como el relámpago, se aprovecha de la apurada situación de Alí para su propio beneficio:

—¿Qué me das si me callo? ¡Cien marcos, o lo digo! —Y se pone a mirar ostensiblemente hacia los policías.

—No tengo tanto —digo yo (Alí), y le regateo hasta que lo dejamos en una caja de cerveza.

Entre tanto los policías han empezado a interrogar uno por uno a los parroquianos, con el fin de averiguar a quién pertenece el coche sospechoso. Uno de los polis se nos acerca también, pero no podemos ayudarle. Por fin los policías se marchan. Estoy

lanzando un suspiro de alivio y pensando que me he salvado una vez más, cuando al rato se presenta otro grupo de agentes, en esta ocasión tres uniformados y dos de paisano. Debe de estar en marcha, a lo que parece, una gran pesquisa mal organizada, en la que una mano no sabe lo que hace la otra, ya que el jefe formula la misma pregunta que su colega: que si ha entrado un tipo de unos cuarenta años, rubio, de aproximadamente 1,70 de estatura, con una bolsa de plástico conteniendo billetes por valor de 40.000 marcos. Algunos de los parroquianos se ríen sonoramente y se lo toman todo como un buen chiste.

—Sí, acaba de entrar a los servicios a hacer pipí —dice un hombre de unos cuarenta años, algo bebido, que, por el color del pelo y la estatura, bien podría ajustarse a la descripción del delincuente.

—¡Déjese de cachondeos! —Al jefe no le gustan las bromas—: De lo contrario lo detengo por entorpecer la acción policial y perturbar el orden.

Su mirada gira alrededor y se detiene en mí (Alí). Soy el único extranjero del local, mi ropa de trabajo me hace presentar un aspecto hartamente desastrado y los negros tiznados de aceite de la cara todavía no me han desaparecido.

—¡Tú te vienes con nosotros! —exclama el jefe, señalándome a mí (Alí) con el dedo índice.

Dos de sus subordinados más jóvenes se me acercan, impetuosos. Me siento desfallecer y veo que mi trabajo se va definitivamente al garete. Por un instante pienso en burlarlos y salir del local a todo correr, buscando en la huida mi salvación. Pero fuera está plagado de policías y algún energúmeno bien podría pegarme un tiro por la espalda. Ahora hay que estarse quieto, quietecito a más no poder, me sugiero a mí mismo, no tengo que mostrar el menor nerviosismo, la razón siempre la tendré de mi parte. ¿Qué pueden hacerme?

—¿Por qué yo ir con ustedes? —paso yo (Alí) inmediatamente a la ofensiva—. Yo hombre joven, veintiocho años, 1,83 estatura y pelo negro. Ladrón más viejo y bajito —le hago notar la evidente incongruencia.

Pero el jefe no se muestra receptivo a la lógica y, por mi aspecto, yo (Alí) le he sugerido una pista que él consideraba acertada.

—¡Tú te vienes con nosotros! —dice en tono destemplado, y añade—: Límitate a contestar cuando te pregunten.

Uno de sus subordinados pretende sujetarme por el brazo, pero yo me zafo de un tirón y le digo:

—Déjalo, ya voy.

A las puertas del bar me rodean otros policías, y también paisanos. ¡Maldita sea! ¿Cómo salir de ésta? Estos tipos se sienten frustrados porque el verdadero delincuente se les ha escabullido, y ahora están necesitando un chivo expiatorio.

—¡Enséñanos tus papeles! —exige el jefe.

—Yo no tiene —contesto yo (Alí)—. Jefe Adler a nosotros quitar, en Thyssen te hacen trabajar todos los días y no dar dinero —digo, en un intento de sembrar cierta confusión para desviar la atención de mi persona. Pero el tipo no pica en el anzuelo.

—Nombre. ¿Dónde vives? —me interroga.

Yo (Alí) le deletreo minuciosamente mi nombre turco, «S-i-n-i-r-1-i-o-g-l-u», y le sonrió con amabilidad mientras él suelta maldiciones por lo complicado que es. Procuero animarle:

—Yo sé, nombre difícil. Tú puedes a mí llamar simplemente Alí.

Pero eso no parece congradarle conmigo y, por el contrario, me lanza una mirada aún más tenebrosa. Le doy mi dirección, «calle Diesel 10», donde, por cierto, todavía no me he dado de alta en la policía. Comprueban de inmediato por radioteléfono que allí no está registrado ningún Sinirlioglu. El policía más joven vuelve a agarrarme por el brazo y dice:

—Vamos a llevarte a tu casa para que puedas enseñarnos tus papeles.

Vuelvo a intentar la huida hacia adelante:

—Papeles los tiene el jefe, vamos rápido, él es gran gángster, roba a nosotros el dinero, debería estar en cárcel, a él tenéis que llevar con vosotros. —De nuevo distraigo la atención hacia Thyssen—: Podéis venir conmigo, puerta 20, allí mi ficha, podéis ver que yo trabajar allí.

Están irritados, pero no se les ocurre en lo más mínimo investigar al jefe de Alí, pese a que todo desprende un tufillo a comercio de esclavos. El involucrar el nombre Thyssen no parece sugerirles figura delictiva alguna y, por todas las trazas, no quieren pillarse los dedos.

Uno de los agentes propone al jefe:

—Lo mejor es que lo llevemos al banco y hagamos un careo.

—Sí, de acuerdo, estupendo —exclama Alí con entusiasmo y se apresta ya a introducirse en el coche celular con sus ropas de trabajo manchadas de aceite y rezumantes de grasa.

El jefe me hace retroceder de un tirón y brama:

—¡Sal de ahí! Nos vas a poner perdidos los asientos de tu mugre. Mientras tanto la gente se ha ido apelotonando a nuestro alrededor.

—Ha intentado asaltar a una chica alemana —babea un ama de casa cincuentona con el capacho de la compra lleno a rebosar, que ha colocado su espalda contra la pared de la casa.

—Qué ojos tan fríos y penetrantes —comenta con ella en tono reprobatorio un tipo de unos sesenta y cinco años—. Tiene aspecto de loco homicida. ¡Qué bien que lo hayan atrapado!

—Lo único que ha hecho es asaltar el banco —los corrige un muchacho de unos veinticinco años que permanece allí apoyado en su bicicleta.

En el seno del grupo surge una disputa. La mayoría abunda en la opinión del chico, y los demás sostienen la teoría de la violación; uno de ellos incluso pretende haber oído «gritar» a la muchacha asaltada cuando se la «llevaban en una ambulancia».

Me interrogan (a mí, Alí) en plena calle por espacio de casi veinte minutos —tiempo durante el cual el verdadero atracador del banco ha podido ponerse tranquilamente a buen recaudo—, hasta que el jefe toma una decisión:

—Tú ahora te vuelves al bar y esperas a que nosotros vengamos con los testigos para el careo. Y no te atrevas a ahuecar el ala. En la puerta se queda un policía de vigilancia para que no te esfumes.

Yo (Alí) espero casi una hora y los testigos no aparecen. Al cabo de rato sin duda la sospecha les ha parecido a ellos mismos tan absurda que probablemente no han querido quedar en ridículo ante los testigos. En cuanto el poli que me vigilaba se largó, yo me metí cautelosamente en mi coche y me alejé de allí con una sensación de alivio como pocas veces he experimentado.

Con anterioridad me había dirigido así a los parroquianos del bar:

—Ya vosotros lo haber visto. Sólo porque yo extranjero, tengo que acompañar a ellos. El verdadero atracador ser rubio y sólo 1,70 y más viejo.

—Bueno, también tú te podrías haber puesto una peluca —se permite guasear un funcionario de Hacienda de unos cincuenta años, que está en la barra. Y el bar entero estalla en ruidosas carcajadas—. Ahí afuera oí —me confía el algo bebido funcionario— que en la fundición trabajáis de forma absolutamente ilegal. No sois los únicos. Es algo que constantemente llega a nuestros oídos, pero mis superiores no se atreven a intervenir, ni aunque yo lo denunciase ahora.

Tres meses más tarde me toca vivir otro peliagudo encuentro con la policía. Yo (Alí) salgo de Adler bastante fatigado, me siento en mi coche —aparcado en una esquina unas calles más allá— y al dar marcha atrás embisto un flamante Volkswagen Golf.

En un abrir y cerrar de ojos se amontona gente en torno a Alí, hacia quien se aproxima, excitada, la propietaria del coche. Alí se declara culpable y dispuesto a responsabilizarse de los daños ocasionados, y además por escrito. Mientras tanto, al fondo, los alemanes —a los que el asunto ni les va ni les viene— comienzan a vociferar:

—No le crea, es un extranjero, va a engañarla. Llame en seguida a la policía.

Solamente poseo un carné de conducir expedido a nombre de un trabajador turco, cuya foto, ciertamente, no se parece en nada a Alí. Ser identificado de este modo por la policía supondría un final demasiado tonto y banal de toda mi empresa. Así pues, Alí implora a la señora:

—Por favor, no policía. Hay puesto en Flensburg y yo estar ya allí. Poner multa, quizá retirar carné de conducir y hasta quien sabe si expulsan a mí a la Turquía.

La mujer todavía se muestra vacilante, pero del grupo de mirones —cuya unánime opinión reza «hay que avisar a la policía» —ya ha salido alguien disparado a llamarla desde la tienda de enfrente.

Al poco, hace acto de presencia un policía entrado en años. Se me queda mirando (a mí, Alí) con enorme suspicacia, toma nota del accidente y me ordena que lo acompañe a la cercana comisaría.

—De haber algo contra él, se lo comunicaré inmediatamente —tranquiliza a la señora.

Compara la foto del carné de conducir con el semblante de Alí, y asiente con la cabeza, como queriendo decir: «Todo en regla», pese a que no existe el menor parecido.

Comprueba el resto de los datos por medio del ordenador, y da muestras de sorpresa ante el hecho de que todo encaje perfectamente, según respuesta del aparato.

—No hay nada, puede marcharse —dice, dejándome en libertad.

—Buen trabajo —le felicito yo—. En la Turquía una cosa así durar uno o dos días.

—Pero es que estamos en Alemania —me ilustra, no sin orgullo.

—Yo dar me cuenta —le contesto—, de todos modos enhorabuena. —Y me pongo loco de contento al verme otra vez fuera.

Las barandillas, o del my y del mu

Para variar, Adler me tiene preparado algo muy especial (a mí, Alí).

—Te presentas mañana a las siete de la mañana en la empresa Theo Remmert, que es el hermano de nuestro Remmert, y te pones a pintar barandillas a destajo.

—¿Cuánto trabajo ser? —indaga Alí— y ¿cuánto durar?

—¡Bueno..., pues mucho! —opina Adler—, puedes estarte trabajando allí todo un año.

—¿Y cuánto ganar? —Eso de que le formule una pregunta tan impertinente provoca el desconcierto en Adler. Hace como si efectuara unos cálculos, y dice:

—Bien, digamos que un marco por metro.

El jefe de la nave industrial donde yo (Alí) debo presentarme a la mañana siguiente sabe ya de lo que se trata. Con una amable sonrisa se da por enterado de que me envía Adler, y pasa a informarse del salario acordado. Al oír lo de un marco por metro, dice:

—Tendrás que emplearte a fondo si quieres ganar algo de dinero. No puedes permitirte descansos.

Todo indica que la empresa Theo Remmert está apurada de tiempo. Las barandillas de hierro fabricadas por Remmert tienen que ser suministradas e instaladas en una nueva planta de la Química del Ruhr en brevísimo plazo.

A lo largo de casi una semana me pego la más tremenda de las palizas. Trabajando desde la mañana hasta la noche —y descansando, a lo sumo, diez minutos— no paso de cincuenta metros diarios. Las barandillas están a una altura de 1,25 m. Hay que pintar con brocha tres barras redondas y, además, un listón de mayor tamaño que está abajo. Tienes que hacerlo con brochas pequeñas, meterlas en cada rendijita y en cada recoveco. De cuando en cuando hay que traer con una grúa, desde la otra esquina de la nave, los elementos de las barandillas y, una vez pintados, volverlos a llevar a donde estaban. Son intervalos de tiempo que nadie se los paga a Alí. Lo mismo que cuando viene el jefe a reclamar que algunas barandillas no han sido pintadas con suficiente esmero y que en algunos trocitos les falta color, lo cual supone el volver a mover los pesados trastos de la grúa de acá para allá.

Yo (Alí) intento —a fin de ahorrar tiempo— darle a lo loco con dos brochas a la vez. Pero el método no surte efecto. Un alemán, trabajador de plantilla en Remmert y que ha pintado antes que yo las barandillas cobrando un salario por horas, me mira compasivamente y opina:

—No hay quien resista ese ritmo diario. Vas a reventar. Tómate tiempo. —Al enterarse de cuál es el salario a destajo, meneaba la cabeza y dice—: Por semejante miseria yo lo mandaba todo a paseo. No daría ni una pincelada.

Reconoce francamente que él, a lo sumo, realiza la mitad de la labor asignada a Alí y cobra un jornal de 13 marcos por hora. Alí, manteniendo su ritmo, obtendría entre 5 y 7 marcos a la hora.

Pese a la miserable paga, el trabajo a destajo hace que se desarrolle una actitud hacia el trabajo totalmente distinta. No obstante la tensión continua, el agobio es diferente. No tienes a nadie detrás de ti, azuzándote. No existe el miedo a los superiores, a los jefes, a los controladores. Es un trabajo al que vas con un ánimo algo más placentero que el ánimo con el que vas a Thyssen, aunque también llegas a casa completamente derrengado. Si miras el reloj, te llevas un susto tremendo al ver lo tarde que es. Uno preferiría que fuese más temprano. En Thyssen ocurre lo contrario. Las horas se alargan y te pones contentísimo de que hayan pasado ya. Las vas contando una a una y sientes espanto cuando miras el reloj y todavía te quedan cuatro atroces e interminables horas hasta que el turno termine. El trabajo a destajo es el nivel más bajo y degradado de la presunta autosuficiencia, sin ninguna de las ventajas reales que cabría asociar con la misma.

El jefe de Remmert controla todos los días la tarea que se me asigna para la jornada y procede a verificar el trabajo. A veces tengo que volver a pintar trozos o lijar protuberancias que se han formado, y pasarle de nuevo la brocha. Tampoco este tiempo me lo paga nadie. Cuando le digo al jefe que no es posible alcanzar mi salario y que con esos 5 o 6 marcos a la hora me siento totalmente explotado, él se desentiende con un gesto de la mano:

—En eso nosotros no tenemos nada que ver. Nosotros le pagamos a Adler. Es él quien se lleva la mejor tajada. Tienes que quejarte a él.

El jefe no quiere revelar a Alí cuál es la ganancia de Adler en este caso, pero yo estimo que se embolsa, como mínimo, el triple o el quíntuplo por el mero suministro de su obrero esclavo, sin tan siquiera tener que mover un dedo a cambio.

Tras haber pintado de ocre por delante y por detrás, por arriba y por abajo alrededor de 210 metros de barandilla, y tras haber pintado a medias también, como era inevitable, mis zapatos, mis pantalones y mi camisa, de pronto ya no queda trabajo que hacer. El jefe de la empresa Remmert me explica que las barandillas pintadas por mí serán instaladas lo antes posible por operarios de Remmert en una nueva planta de la Química del Ruhr. Hasta dentro de algunas semanas no se procederá a la soldadura de nuevas barandillas. En esto se queda el año de trabajo que prometía Adler. Y cuando yo (Alí) le describo a Adler la situación por teléfono, me dice:

—No hagas nada. Preséntate mañana a las cinco de la mañana en la brigada Thyssen. — Y ante la pregunta de Alí acerca del pago de la pintura de las barandillas, me contesta— : Lo liquidaremos en cuanto cobre mi dinero de Remmert. —Y—: Puedes seguir pintando barandillas los fines de semana.

Comoquiera que yo (Alí) al cabo de tres semanas todavía no he percibido los 210 marcos que me corresponden por mi dura tarea extraordinaria, le pido cuentas a Adler.

—No has pintado las barandillas como es debido —afirma descaradamente, y—: No puedo pagarte esa cantidad, pues por tu culpa me he visto en grandes apuros y aún no he cobrado mi dinero. Cuando le pregunto que por qué razón, se pone a desvariar acerca de que la cifra «my» no cuadra, lo que al parecer significa que la densidad de la capa de pintura no es la correcta.— Lo tomo por uno de sus habituales pretextos y trucos, pero aunque fuese verdad, la culpa no es mía. El jefe de Remmert controló y verificó como es debido mi trabajo. Así pues, Alí se pone en camino con objeto de exigir su dinero al señor Remmert en persona. A fin de asustar un poco a Remmert, Alí, inmediatamente después de concluido el turno en Thyssen, vestido con las ropas de trabajo y con la cara completamente llena de negros tiznajos, se dirige al edificio que alberga las oficinas de la factoría Theo Remmert. En el vestíbulo que da al hueco de la escalera es imposible dejar de ver un ostentoso letrero en la pared, con un grandioso marco, que expresa la filosofía práctica de Theo Remmert, propietario de las fábricas Remmert:

«Hay quien considera al empresario un lobo sarnoso al que cumple matar a palos. Otros, a su vez, opinan que el empresario es una vaca a la que se puede ordeñar ininterrumpidamente. Sólo unos pocos ven en él al hombre que tira del carro».

Alí, tragapolvos, limpiahierros, portafardos y *coolie*, se encamina hacia el arrastracarros y acuñafrases Remmert. Se las arregla para pasar inadvertido ante la señora de la recepción y colarse en el interior de la planta del jefe. Remmert se halla ausente, pero uno de sus directores ejecutivos está hablando por teléfono acerca de un pedido por valor de una millonada. Al verme entrar a mí (Alí), se me queda mirando con estupor. Le pido explicaciones:

—¿Qué ser eso de «mu»? Yo hacer mi trabajo, jefe dijo que está bien, y ahora de dinero nada.

—Usted lo que quiere decir es «my»; se trata de la densidad de la pintura —corrige a Alí—; yo de eso no sé nada, reclámeme a Adler, es él quien tiene que darle el dinero.

La comedia de enredo prosigue. Adler envía a Alí a la Química del Ruhr para el «repintado», según su propia expresión: «De lo contrario, no hay dinero». Tras horas y horas de búsqueda por la periferia de Oberhausen, en un intrincado, fétido y extenso polígono industrial de la Química del Ruhr, Alí por fin da con sus barandillas, instaladas

a una altura de vértigo en un andamio de acero. Quiere trepar por el andamio pero un guarda se lo impide. «Peligro de muerte, quedan por instalar las plataformas de rejilla para andar.» El guarda lo ignora todo acerca de «mu» o de «my». Dice:

—Maldita la importancia que eso tiene. Lo único importante es que la barandilla esté ahí.

Nuevas quejas a Adler (por teléfono):

—Sí, otra vez Alí. Jefes decir que lo del «mu» da igual. Barandilla estar ahí y nadie puede ya caerse. Adler se sulfura:

—Lo primero es repintar; la semana que viene te vas otra vez allá, y si no, ya sabes, no habrá dinero.

La siguiente visita a la Química del Ruhr tampoco produce resultado alguno. En el caso de que yo (Alí) hubiera vuelto a pintar las barandillas ya instaladas, mi salario se habría reducido a 2 marcos por hora, pues al tener que trepar por las alturas, el trabajo se habría prolongado sustancialmente.

En cualquier caso, Alí no ha percibido hasta el momento ni un penique por esa tarea extraordinaria. Y fue un trabajo muy duro e imponente. Colocadas unas al lado de las otras, esas barandillas circundarían la mitad de un campo de fútbol.

Como en el salvaje oeste

Son necesarios enormes esfuerzos para percibir, al menos, una parte de nuestro salario.

Adler vive en una bonita y cuidada urbanización de chalés en las afueras de Oberhausen, a unos quince kilómetros de la factoría August Thyssen, donde la contaminación industrial queda filtrada a través de un cercano cinturón boscoso. Los posibles recorridos en autobús desde las grises y mugrientas colonias obreras hasta el domicilio de Adler comportan numerosos trasbordos, y tampoco dichos autobuses hacen el trayecto con mucha frecuencia. Los compañeros se resignan a largas esperas. Más de uno que había anunciado previamente su llegada por teléfono, se encuentra con que la puerta está cerrada. Lo más seguro es acercarse a su casa con sigilo y por sorpresa y llamar al timbre de forma que él no lo pueda ver a uno desde la ventana. Adler sigue empleando fórmulas estándar recurrentes para despachar a su gente: «En estos momentos no puedo hacerme cargo». «Yo no le estafo a nadie una hora.» «No tengo aquí el talonario, y dinero en metálico tampoco.» «Hace días que ando detrás de usted. La liquidación de los salarios se hará el lunes.» (Y, claro está, no se hace, G.W.) «Mis oficinas las tengo normalmente en Dinslaken. Tengo allí una fábrica de construcciones metálicas. Todo lo tengo allí.» Y cuando le cita a uno para otro día, no aparece. O me dice a mí (Alí):

—Si todo sigue como hasta el momento, con toda probabilidad consideraré un aumento de un marco o una cosa así. Puede usted estar seguro. De esto volveremos a hablar el mes que viene.

Pero no es un aumento lo que concede. En vez de elevar el salario en un marco, como había prometido, dos meses más tarde le deduce a Alí un marco de su salario y pasa a explicarle por qué no quiere pagar ningún suplemento, incluso si se trabaja en la Pascua de Resurrección, de Pentecostés y en Navidades:

—Porque trabajamos más barato. Por eso Thyssen recurre a empresas más pequeñas o medianas, como nosotros, ya que por lo general nosotros podemos trabajar más barato que el propio personal de Thyssen. ¡Lo hacen únicamente por eso! Ellos preferirían despedir todavía a más gente, en Thyssen, y acudir aún más a firmas como la nuestra, porque resultan más rentables. —Adler recomienda trucos para suscitar una apariencia

de legalidad ante las autoridades—: Recibos de trabajo auxiliar. En Alemania hay una ley según la cual le está a uno permitido ganar una suma mensual neta de hasta 390 marcos libre de impuestos, y si además uno usa el nombre de un pariente que lo permite, son ya 780 marcos netos de trabajo extra. Se trata, pues, de una cosa totalmente *legal*.

Otro truco: se da de alta retroactivamente en la Caja Local del Seguro de Enfermedad a alguien que se pone enfermo.

Para librarse del pago de cantidades que deberían haber sido abonadas desde hace tiempo, Adler exige una y otra vez a sus obreros: ¡Presentadme el cómputo de horas trabajadas firmadas por el capataz Zentel, si no, no cobraréis! ¡Ya lo sabéis, yo, si no, no puedo hacerme cargo». Mi impresión es que se ha conchavado en este jueguecito con Zentel, pues éste, por lo común, se niega a firmarnos cómputos de horas trabajadas después del trabajo. «No tengo tiempo para eso —nos dice generalmente para librarse de nosotros—. De todos modos Adler se entera por mí mismo todos los días con exactitud de cuántas horas ha trabajado cada uno de vosotros.» Así andamos corriendo a menudo de aquí para allá sin recibir el exigido cómputo de horas y, por ende, tampoco el salario. Si bien nuestro tiempo de trabajo se halla registrado con idéntica exactitud en las fichas de Thyssen, Adler no les otorga valor de comprobante: «Eso a mí no me interesa en absoluto. Las fichas no constituyen para mí ninguna prueba».

Sin previo aviso, Osmán y yo (Alí) nos presentamos juntos a Adler, tomando la precaución de no hacerlo antes de las 18.30 h, a fin de encontrarle en casa. Es el último día de Osmán en la República Federal, pues ha dejado su trabajo y al día siguiente regresa definitivamente a Turquía en autobús. El día anterior había hecho un viaje en balde para ver a Adler, y eso que le había anunciado con antelación su llegada telefónicamente. Cuando Adler me ve (a mí, Alí), se asusta:

—¡Menudo aspecto el suyo! Francamente malo.

Yo (Alí): Sí, es lo que pasar con trabajo. Siempre mugre y polvo, yo tiene que limpiar, pero no se quita bien con lavar. Es demasiada mugre, ella se mete hasta en piel.

Adler (preocupado por sus alfombras): Apártese de la pared blanca, quédese por lo menos a un metro de distancia, que si no acabará apoyándose en ella. La verdad es que se cae usted de cansancio. —A Osmán—: ¡Haberse venido para acá sin más ni más! Éstos tienen más cara que espalda. ¡Que descaró! ¡Venirse, tan panchos por aquí, a las siete de la tarde.

Osmán: Es que mañana por la mañana regreso a Turquía y quería hacer compras y no tengo dinero.

Adler: Yo no puedo hacer nada. Esto es una auténtica cochinada.

—No puede contenerse ya, y esta vez su indignación no es sólo simulada. Por lo menos repite tres veces que es una «cochinada», para a continuación acalorarse aún más—: Luego me vendréis a las diez o las once de la noche.

—No, no, no tener miedo —digo yo (Alí)—, tan tarde no, nosotros también tener que dormir. Pero Adler no se deja aplacar:

—Tenéis más cara que espalda, eso es lo que os pasa. Se me meten en mi casa a incordiar a las siete. Es una vergüenza. No se atrevan a volver a hacerlo. Yo aquí no soy ningún pelele a su disposición. Que se va mañana a Turquía. Seguro que eso es también mentira, y yo no me dejo engañar.

Yo (Alí): Es verdad, yo mismo llevarle a autobús.

Adler: ¿Por que te metes tú en esto? Tú mantente al margen, ¿quieres? A las siete o las siete menos cuarto y va y se meten en casa de uno. ¿Qué os creéis, que esto es el salvaje oeste?

Osmán no cesa en su empeño:

—Pero señor Adler, ¿qué he de hacer si no? Como mañana ya no estaré aquí, habré trabajado prácticamente de balde.

—Yo también llevar semanas, y dinero ninguno. Usted a nosotros dé algo para comer.

Adler: Tú te crees que soy un rumiante. Y ahora fuera de aquí, que me estáis molestando.

Ya en la calle, a Osmán se le saltan las lágrimas:

—Me ha estafado mi dinero. Como me voy a Turquía para siempre ya no podré reclamar nada.

La ira de Yüksel

De nuevo en Thyssen. Después del trabajo, conversación con Yüksel Atasayar (20 años), agotado y con el polvo incrustado hasta el último de sus poros, esperando que se nos lleven de allí en la furgoneta.

Yüksel: Juego a la lotería de 30 a 40 marcos. Pero no siempre.

Yo (Alí): ¿A la semana?

Yüksel: No siempre. Quizá acabe por tener suerte. Mejor eso que gastarse los 30 o 40 marcos en cigarrillos. Fíjate bien. Cada día un paquete de cigarrillos. ¿Al mes? Haz la cuenta: 4 por 30.

Yo (Alí): Sí, 120 marcos; 1.440 en un año. En diez años 14.000, y si cuentas también los intereses, en veinte años te ahorras casi de treinta a cuarenta mil marcos.

Yüksel: Bueno, eso habrá que verlo... si vivimos veinte añitos más.

Yo (Alí): No, si andamos en esto de la mugre. En dos años puede que ¡adiós! Agarrar un cáncer. No siempre viene en seguida, a veces tarda cinco años.

Yüksel: Sí, se empieza con dolores y así, y luego, de pronto, va y te mueres. Al menos ahorrar un poquito para luego gastarlo todo, antes de morirte. Si tengo un poco de valor, terminaré antes. ¿Cuánto tiempo quieres tú vivir? ¡Ésta es una vida de mierda! ¿Crees en Dios?

Yo (Alí): No. Dentro de nosotros, no fuera. No puedes confiar en Él, no te ayuda.

Yüksel: Si hay Dios, ¿por qué ha creado a Adler?

Yo (Alí): Defecto de construcción. Quería algo completamente distinto, pero a él salir mal.

Yüksel: Si hay Dios, Dios no comete errores, si existe. Dios es Dios. No le está permitido cometer errores y, por lo tanto, es imposible que los cometa.

Yo (Alí): Quizá ser un chalado, un loco y de vez en cuando perder los nervios. Si no, no habría ningún Adler ni ningún trabajo de mierda como éste aquí.

Yüksel: ¡Lo maldigo todo, mira lo que te digo!

Yüksel Atasayar, a sus veinte años, es uno de los más meticulosos observadores que hay entre los compañeros turcos. Sabe quién de los alemanes tiene prejuicios contra los turcos, aunque no los manifieste abiertamente. Llega incluso a darse cuenta del humor cotidiano de los capataces y jefes de cuadrilla alemanes, y a avisar a tiempo a sus amigos acerca del talante de aquéllos y de las vejaciones que les amenazan. «Ten cuidado, Zentel necesita hoy una víctima», advierte por la mañana en el área de distribución, mientras el *sheriff* todavía está sentado, medio dormido, en su Mercedes.

Yüksel, a partir de los más mínimos indicios, percibe que se avecina la tormenta y, en efecto, unas horas más tarde a Zentel le da un ataque de furia y manda a casa a un compañero turco porque durante su no remunerado intervalo de descanso ha osado marcharse de su lugar de trabajo, y Zentel no lo encontró al realizar su ronda de control. Yüksel Atasayar sólo es turco de nombre. Se crió en Alemania, habla alemán sin ningún acento y además se siente alemán. Tampoco en su aspecto exterior se asemeja en nada al cliché de lo que es un turco. Tiene el pelo medio rubio y los ojos de un gris azulado. Su padre es de origen ruso. Su nombre es lo único que le empuja al grupo de compañeros turcos, con los que tiene dificultades de entendimiento. Si su nombre hubiera sido alemán difícilmente se habría granjeado el odio del jefe de cuadrilla Adler, quien, por cualquier nimiedad, descarga sobre él y sobre otros compañeros continuamente su agresividad.

En una ocasión en la que Yüksel se atreve a recordar a Alfred —el cual una vez más está trabajando como un poseso y se ha olvidado por completo del tiempo— que hace ya un buen rato que llegó el intervalo de descanso, el tal Alfred se le planta delante y le dice a gritos:

—¡Primero se termina el trabajo, y luego se descansa! En Alemania siempre ha sido así. Así estamos enseñados los alemanes. ¿Y sabes tú lo que eres para mí? Para mí eres una enorme caca, una caca es lo que eres tú para mí.

Y llegado ya el descanso, Alfred vuelve a ser presa de un estallido de furia:

—Mira, si te encontraras con Mengele, ya sabes quién es, uno de nuestros mejores investigadores en el campo de la medicina, y que todavía vive, que aún no se lo han cargado, pues mira, si Mengele estuviera en la rampa y tú pasaras a su lado, te garantizo que te diría: «Tú fuera, tú a la cámara de gas, contigo no puedo hacer experimentos», y ¿sabes por qué?

Yüksel se ha puesto muy pálido y no se atreve a replicar. Sólo farfulla:

—No, ¿por qué?

—Porque contigo no se puede hacer nada. Has venido acá para escabullirte de la dictadura militar, para crecer aquí en un *Kindergarten*, para que te mimen a lo grande. Si te hubieras quedado allá habrías aprendido lo que significa vivir decentemente. Los turcos nunca habéis vivido en democracia, no tenéis ni idea de lo que es eso, y lo que deberíais hacer es aprender primero a vivir con la dictadura militar y no arregláros las aquí a costa nuestra.

Yüksel ha renunciado a defenderse contra semejantes estallidos. Sabe, por otras experiencias vividas, que aquí es muy fácil llegar a las manos. Prefiere evitar más ofensas, sin decir palabra coge su bocadillo y se sienta en un rincón de la nave industrial, lejos, donde no pueda verle ni oírle. Cuando, al cabo de cinco minutos, se presenta de nuevo al trabajo, en su rostro absolutamente ennegrecido por el polvo, debajo de sus ojos, pueden verse unas borrosas estrías más claras, como de lágrimas.

Por otra parte, Yüksel es el único a quien no se le escapa que yo a menudo me detengo brevemente a tomar notas. Sucede a veces que Yüksel me hace un guiño, como queriendo darme a entender que cuento con su comprensión y que ello es de su agrado. Sin embargo, eso me produce inseguridad y me intranquiliza, pues ignoro, en definitiva, si él hablará de ello con otros compañeros.

Un día, tras un trabajo particularmente fatigoso y sofocante, en el área de altos hornos, cuando, agotados, estamos sentados en tierra, al pie de la tapia de la fábrica, aguardando el microbús que viene a llevársenos de allí, Yüksel me pregunta:

—¿Lo apuntas todo?

—Por favor, no digas a nadie ni una palabra de esto —aprovecho la ocasión y añado—: en este momento no puedo hablar del asunto, pero más tarde te lo explicaré todo.

Se percata de lo asustado que estoy y de lo seria que es la cosa para mí, y no me hace más preguntas. Durante meses enteros guarda silencio. «Tienes que tomar nota exacta de todo lo que esos cerdos hacen aquí con nosotros —me susurra al oído—. Tienes que fijarte bien en todo.» Parece adivinar mis propósitos y a menudo me apoya con atinadas informaciones, sin pretender saber de mí nada más concreto. Yüksel es más bien apolítico pero —no obstante ser casi un niño todavía—, como consecuencia de una profunda vulnerabilidad y desesperación y del sentimiento de solidaridad que de las mismas se desprende, mantiene lo que sabe sobre mí sometido a la disciplina del silencio.

Yüksel Atasayar describe su situación:

—Acababa yo de nacer cuando mis padres se vinieron a Alemania, hace de esto veinte años. Provenimos de Amassia. No sé exactamente dónde está ese lugar. En cualquier caso camino de Armenia, pero, con toda franqueza, tampoco esto lo sé con mucha precisión.

»En casa se habla turco, cosas fáciles, pero yo no sé hablarlo bien y correctamente, sería incapaz de seguir un auténtico tema de conversación. Periódicos, es decir, periódicos turcos, sólo los entiendo a medias. Pero mis padres hablan un turco perfecto y entre sí sólo se entienden en turco. Lo que no saben es hablar un buen alemán. Yo me siento más alemán que turco.

»Mi padre está empleado en Thyssen, directamente por Thyssen, en los tornos de laminación. Gana también muy poco, entre 1.200 y 1.300 marcos.

»¿Que cómo he llegado aquí? A través de un compañero que me mandó. Simplemente me presenté al capataz. El compañero dijo que tenía que ponerme ropa de trabajo, y me la puse. Pregunté si necesitaban más gente, y ellos dijeron que sí y que subiera al microbús, y yo subí y nos llevaron a Thyssen y luego nos distribuyeron por los diversos tajos.

»El primer día fue jodido. La mugre y el polvo eran totales, había humo y todo lo imaginable, es decir, algo absolutamente jodido desde el punto de vista de la salubridad. Horroso. Limpiamos la fundición, los aparatos, las máquinas, tragando continuamente polvo y humo. Llegaba a hacernos vomitar, y uno hasta se desmayó. Algunos se caían al suelo porque no les llegaba el aire a los pulmones.

»Nos da rabia el trabajar de un modo tan repugnante. Adler ni siquiera nos proporciona guantes de trabajo, es un tipo que no tiene la menor compasión con la gente, vamos, que le da igual si alguien revienta; si se muere, le es indiferente. Y las cosas que dice también, por ejemplo, sobre el dinero. “No necesitas tanto dinero —te dice—, eres soltero, ¿puedes estar contento de tener trabajo aquí!”

»Le da igual cómo le va a uno. Maldito lo que le importa si uno la diña, es como un macarra. Lo principal para él es que le proporcionemos beneficios. Es uno de esos gánsters de guante blanco, que siempre permanecen en segundo término.

»Yo jamás he cobrado de él el dinero que me corresponde. En estos momentos debería abonarme más de 800 marcos.

»Muchos días la fatiga es enorme, es un verdadero tormento. En realidad es siempre horrible por el polvo y el humo, es realmente espantoso, de verdad, cada día es horrible. Se te meten en los pulmones, de eso me he dado yo cuenta; yo, que soy un verdadero deportista, antes me pasaba corriendo por lo menos una hora, pero ahora en cuanto me pongo a correr unos minutos, lo noto sin falta, irritación pulmonar. También los

compañeros de más edad tienen un aspecto francamente malo, y también los de Remmert.

»Algunos llevan tres o cuatro años aquí y parecen lo que se dice hechos polvo, sus edades oscilan entre los treinta y los cuarenta, pero parece como si tuvieran cincuenta, o incluso sesenta. Se han quedado completamente calvos y tienen la cara chupada y demacrada y muy blanca. Muchas veces pienso que agarraré un cáncer, cáncer de pulmón; en el aire que respiramos ahí, más de una vez no puedes ver la mano que tienes delante de los ojos. La planta de oxígeno a veces está fatal. Tengo miedo de que uno acabe allí de mala manera, es algo que me da miedo.

»En una ocasión tuve la sensación de como si allí se hubiera producido una guerra atómica, por el aspecto del ambiente. Todo aquel polvo y humo y todo aquello..., no sé, era algo absolutamente horrible. Era casi comparable a la guerra, tal como la conocemos por las películas.

»En algunos sitios el trabajo es peligroso, en uno, por ejemplo, hay riesgo de emanaciones de gas. Puedes dañarla. Y tenemos que trabajar en semejantes cámaras, donde el peligro es total. Hay letreros que te dicen que puedes palmarla si las emanaciones son demasiado intensas. Y el gas casi no lo notabas, no podías ni olerlo. Había un pequeño dispositivo verificador, del que se podía hacer una lectura. Yo muchas veces me mareaba y sentía también náuseas. Vamos, que muchos días no se puede soportar. Muchos días tampoco tenía apetito ninguno, no podía tragar bocado, sólo comía polvo, y es que podía uno lo que se dice comérselo, se lo tragaba uno, de lo denso que era en el aire. Contiene plomo, cadmio y yo qué sé qué contendrá. Más de una vez me he ido a un rincón, he vomitado y me he sentado sólo para respirar.

»Hay que haberlo vivido: aun después de haberte duchado se concentra todo en los pulmones y ahí se queda. Por fuera estás limpio, sí, pero por dentro... todo está dentro. Estás prácticamente metido en la mierda, y, aunque te la quites, al día siguiente la mierda vuelve a estar allí, es siempre la misma.

»Lo que no entiendo es lo poco que te pagan. Quieren hacerse tan ricos como sea posible y no dar nada a cambio, con lo ricos que son ya. Si a Adler lo metieran en chirona, seguro que la empresa Remmert continuaría, y nosotros seguiríamos igual. Y Thyssen lo sabe, Thyssen es el que emplea a la gente y tiene que saberlo.

»Para mí la vida no significa nada, de veras. Por lo general no tiene ningún sentido. Al principio, cuando tienes catorce o quince años, es decir, cuando se va uno haciendo adulto lentamente y tiene uno una chica y todo eso, y te gusta irte a la cama a dormir con ella..., bueno, y lo haces ¿y qué? No, eso no es lo más importante. Vamos, que la vida sólo tiene un sentido cuando quieres alcanzar algo por ti mismo, algo que llevas en tu cabeza, entonces es cuando la vida tiene sentido, si no, no tiene ninguno. Además, entonces tiene uno ganas de hacer algo... pero, si no, en conjunto la vida no tiene ningún sentido. ¿Qué es eso, la vida?

»¿Cuándo he sido yo más feliz, así en general, en la vida? Pues fue cuando tenía doce años y me fui de vacaciones a Turquía con mis padres. Aquello sí que fue estupendo. Sentía de modo completamente distinto. ¿Y qué es lo peor? Pues estar ahora aquí trabajando en Thyssen para la empresa Adler, esto es lo peor de lo peor, más le valdría a uno morirse.

Ducha de emergencia

Al menos una vez a la semana nos mandan a la planta oxigenadora para quitar el polvo que se deposita allí constantemente.

A unos 50 o 57 metros de altura, y en recintos cerrados, tenemos que aplicar aire a presión al polvo que hay en las máquinas, hasta que se quita de las mismas y cae al suelo, para luego barrer una gruesa capa de una altura de entre uno y tres centímetros, y llevárnoslo en carretillas. Las nubes de polvo se depositan pesadamente en los bronquios y los pulmones. Hay mucho plomo en este polvo, que además contiene metales valiosos altamente dañinos, como manganeso y titanio y, claro está, montones de fino polvo de hierro. Un capataz de Thyssen, que controla nuestro trabajo, le dijo una vez a Yüksel, el cual, mientras estaba trabajando, sufrió un acceso de tos y, sin resuello, pidió una máscara antipolvo: «Las máscaras antipolvo no las tenemos para vosotros. Además el polvo es sano. Produce sangre». Y: «Si tragas polvo de hierro durante un tiempo suficientemente largo, te pones un imán en el pecho y seguro que se te queda pegado». Yüksel, quien no estaba en absoluto para bromas, le pregunta más tarde a nuestro jefe de cuadrilla si es cierto eso del imán, y éste entonces le llama «turco tonto» delante de todo el personal reunido, y se ríe de él.

Mientras trabajamos, sirenas y luces rojas de alarma nos advierten que debemos abandonar la zona inmediatamente. Además como refuerzo parpadean continuamente letreros luminoso: «¡Abandonar inmediatamente toda la zona del convertidor de burbujas!». En otro lugar se lee: «¡Oxígeno! ¡Precaución! ¡Peligro de incendio!». Sin embargo tenemos que seguir trabajando. A un compañero turco que fue presa del miedo y quería alejarse de la zona de peligro, un capataz de Thyssen le explicó con toda claridad que tenía que hacer el favor de seguir trabajando, pues de lo contrario ello se entendería como negativa a trabajar, y entonces ya podía irse a su casa.

Un jefe de cuadrilla nos aclara más tarde el sentido, a su parecer, de las frecuentes y sistemáticas advertencias: «Comoquiera que anteriormente pasó algo en la zona de convertidores, la factoría se comprometió a instalar este sistema de señales de alarma. Si de nuevo ocurriera algo bajo circunstancias desfavorables, Thyssen no se hace responsable. A vosotros se os advirtió claramente que no trabajaseis allí».

Es decir, que con esto las fundiciones August Thyssen quedan exentas de responsabilidad. Si sucede algo, los culpables somos nosotros mismos. La advertencia no puede estar más clara, caso de sucedemos algo, se debería a nuestra estupidez. No obstante, y para nuestra tranquilidad, en diversos lugares de esta zona de peligro han sido instaladas duchas bajo las que puede uno meterse si se le ha prendido fuego a la ropa. Y a fin de que también lo entiendan aquellos extranjeros que no dominan la lengua alemana, sobre unos letreros de esmalte figura la silueta de un obrero presa de las llamas y que, con el equipo completo y el casco protector, se encuentra debajo de la ducha, con la inscripción «DUCHA DE EMERGENCIA».

Por fin un trabajo agradable, en las cercanías de Sinterización III. Estamos encima de un tejado y, por medio de unas sogas, bajamos hasta el interior de un contenedor cubos de polvo y lodo. Desde luego el trabajo es fatigoso físicamente y no tardamos mucho en ponernos a sudar, pero el aire resulta soportable y puede uno mirar el paisaje industrial e incluso vislumbrar el Rhin a lo lejos. El salir al aire libre desde las sombrías y subterráneas mazmorras del polvo provoca un sentimiento ante la vida completamente distinto. Hasta la lluvia la soporta uno con agrado. Gozamos de una visión panorámica y de la ausencia de accesos de ahogo, de modo que nos sentimos como si hubiésemos sido liberados de un presidio. Al cabo de casi tres horas de haber podido disfrutar de esta relativa libertad, de pronto nos hacen retirarnos otra vez hacia la planta de oxígeno. El trayecto lo recorreremos en un microbús Mercedes, a todo gas y acucillados entre herramientas y carretillas. En un sitio de poca visibilidad por poco atropellamos a un trabajador turco ya entrado en años. Comentario del jefe de cuadrilla a nuestro conductor turco: «Tú acelera tranquilo: dan recompensa por cada turco eliminado».

Cuando llegamos, el capataz Zentel nos explica qué es lo que ocurre. El transbordador de hierro bruto, un armatoste gigantesco, se ha parado y toda la producción se ha quedado en punto muerto. Cada minuto representa una pérdida descomunal para la factoría. Como consecuencia del bloqueo se ha roto también una pieza de la maquinaria. Han traído otro transbordador y se está procediendo a su montaje. Nuestra tarea consistirá en introducirnos por unos estrechísimos conductos para el polvo, y ver la manera de desatascar la cosa. «Daos prisa y pegad duro —dice el *sheriff*— hasta que la planta vuelva a funcionar no podéis salir de ahí. Quiero que a más tardar quede arreglado para la una.»



Compañeros de trabajo.

Subidos en bamboleantes escaleras de mano nos introducimos, haciendo equilibrios, en intersticios de anchura casi inferior a la de los hombros y, por medio de palanquetas, palas y gigantescos martillos, uno en cada mano, intentamos eliminar a golpes el mineral de hierro aglomerado y encostrado. Pero el encostramiento es tan duro que prácticamente no se suelta. Alfred, nuestro jefe de cuadrilla, nos azuza y cae presa de auténticos estallidos de ira al ver que aquella pasta sólo se desmigaja un poco. «¡Malditos hotentotes, canacos de mierda, gilipollas turcos, judíos apestosos», circunscribe de golpe todas las nacionalidades que conoce. «¡Más valdría olvidarse de vosotros, habría que ponerlos a todos contra el paredón y pegaros un tiro en la nuca!» Está furioso en toda regla, en su agresividad casi llega a las manos, y a nuestro nuevo compañero indio le tira a la cabeza una palanqueta, que afortunadamente sólo le roza. «La próxima vez te quedas en casa —le vocifera—. No seré yo el que se irá a Turquía a trabajar.» «El compañero es de la India», intento corregirle yo (Alí), pero Alfred sigue en sus trece: «A los de Anatolia los distingo desde lejos. Y ése tiene en la cara la misma

expresión de estar majara. A los de Anatolia los distingo a todos; allí no hay más que tontos del culo».

Delante de un compañero de trabajo alemán, Alfred había afirmado también categóricamente, refiriéndose a mí, que soy de Anatolia. «Éste está haciendo siempre preguntas tan chifladas, que no te caben en la cabeza.» A su pregunta de por qué no había hecho yo el puñetero favor de quedarme en Turquía, le contesté en una ocasión: «Por motivos políticos, porque allí dictadura militar». Lo cual le indujo a decirles a los compañeros alemanes:

«El Alí está trabajando aquí porque no puede volver a Turquía, dado que allí tienen al loco ese de Jomeini».

Tras una hora, a lo largo de la cual Alfred nos azuza absurdamente y nos hace bregar como negros, aparece el *sheriff* y se convence de que con nuestras primitivas herramientas no se puede avanzar. Manda traer martillos y escoplos de aire comprimido, así como rastrillos largos y, bajo las peores condiciones de formación de polvo, tenemos que levantar —sin máscaras— el polvo de hierro encostrado. Tendidos de lado en el suelo, reptamos por los intestinos de la máquina entre constantes insultos. El fragor de los atronadores aparatos de aire comprimido retumba en los angostos pasadizos de acero y se mete dolorosamente en los oídos. Los dispositivos para proteger los oídos son aquí todavía desconocidos. Los ojos escuecen y todos, a cual más, moquean, tosen y resoplan. Es el infierno. Más adelante me cuenta Mehmet que, en situaciones como éstas, uno prefiere pasarse meses en la cárcel antes que tener que soportar una cosa así unas horas. En semejantes situaciones se dedica uno a imaginar para Adler las peores formas de muerte e incluso se llega a tomar la decisión de jugárselo todo a una carta y lanzarse a desvalijar una casa o incluso atracar un banco. Y es que quien está metido aquí no tiene ya nada que perder y ni siquiera le asusta ya la cárcel. Las rodillas, a pesar de los pantalones de trabajo, han llegado a sangrar por las rozaduras, y los guantes de trabajo se han desgarrado. No hay manera de que el transbordador quede desatascado. Se hacen la una, las dos, las tres. Nos vemos obligados a golpear como locos con nuestros pesados aparatos y a tragarnos toda clase de partículas. Al cabo de un rato aparece un pez gordo de Thyssen, se pone a insultar a diestro y siniestro y explica que el turno siguiente está esperando para poder poner de nuevo en funcionamiento la planta y que intentemos hacer el puñetero favor de no ser tan ineficaces. Nosotros, sin embargo, estamos echando el resto, pues cada cual está que no ve el momento de salir de allí lo antes posible. «Os quedaréis ahí hasta que la planta vuelva a funcionar —ordena el capataz—, aunque tengan que ser veinte horas».

La doctora internista Jutta Wetzel informa sobre sus pacientes extranjeros:

— Por regla general a los obreros extranjeros les son asignadas tareas bajo condiciones de trabajo particularmente desfavorables. No sólo se trata de las famosas labores de limpieza, sino, a menudo, de actividades —y esto es más grave— que han de ser ejecutadas a lo largo de horas en posiciones corporales forzadas. La consecuencia de ello son síntomas prematuros de desgaste en la columna vertebral y en las articulaciones. Al mismo tiempo, la intensidad del polvo y humo que se generan favorece la aparición de bronquitis y gastritis, a lo que se añade el elevado riesgo que entrañan los trabajos con materiales nocivos para la salud (p. ej. amianto).

»Estos lugares de trabajo sólo los conozco, ciertamente, a partir de las fidedignas descripciones de algunos pacientes, pues en el curso de inspecciones por mí realizadas, dichos lugares no me fueron mostrados, pese a mi expreso deseo de conocerlos. No obstante el alto desempleo, rara es la vez que las empresas encuentran alemanes para la

realización de tales trabajos. Las empresas (p. ej. fundiciones, minas, construcción de carreteras y automóviles, astilleros e industria química) dependen hasta tal punto de la mano de obra extranjera, que se acepta el relativamente elevado índice de morbilidad. En este contexto resulta absolutamente imprescindible fijar el índice de morbilidad de los trabajadores alemanes y extranjeros en relación con sus diferentes condiciones de trabajo.

Yüksel se atreve a implorar una máscara antipolvo al capitoste de Thyssen, el cual responde imposible: «De eso aquí no tenemos. ¡Lo que debéis hacer, maldita sea, es terminar de una vez!». A las 18,15, al cabo de doce horas, concluye para nosotros ese turno asesino. Ya en la furgoneta, y sentados en incómodas posturas sobre las herramientas, la mayoría presa del agotamiento, comenzamos a dar cabezadas de sueño. En lo que a mí (Alí) respecta, desde la realización de esta tarea tengo los bronquios dañados de forma casi crónica. Y aún hoy en día —seis meses más tarde— cada vez que escupo tras un acceso de tos, la saliva sigue siendo negra.

Miembros plúmbeos

Si bien en diversas áreas de trabajo el lastre de polvo es tan extremo que no sólo nos vemos obligados a respirar la porquería sino ni más ni menos que a comérmola, nadie considera necesario analizar nuestro estado de salud o, cuando menos, las sustancias que tragamos. De vez en cuando nos dan algo de leche. Eso es todo. Yo (Alí) recojo en secreto pruebas del polvo que refulge en todos los colores habidos y por haber. Un puñado pesa tanto como una piedra. El material es remitido al Instituto para el Medio Ambiente de Bremen —no dependiente de la industria—, adscrito a la universidad de dicha ciudad. Hace años que este tipo de investigaciones constituyen un trabajo rutinario en Bremen, donde, por ejemplo, fueron analizadas muestras provenientes del área que ocupa la fábrica berlinesa de baterías «Sonnenschein». Ello ocasionó el que la empresa, que anteriormente perteneció al ministro federal de Correos, Schwarz-Schilling, y que actualmente es propiedad de su esposa, saltara a los titulares de prensa. Poco antes de que el libro pasara a la imprenta se disponía ya de los primeros resultados de la investigación sobre el polvo generado en Thyssen. Jamás hasta entonces había tenido que constatar el Instituto la presencia de tan peligrosas concentraciones de materias tóxicas. Ya el análisis de la primera muestra ocasionó dificultades a los científicos, pues las concentraciones eran tan extremas que los sensibles aparatos apenas si daban abasto. Lo encontrado se lee como el «Who's who» del mundo de los metales pesados: astato, bario, plomo, cromo, hierro, gadolinio, cobalto, cobre, molibdeno, niobe, paladio, mercurio, rodio, rutenio, selenio, estroncio, tecnecio, titanio, vanadio, wolframio, itrio, zinc y circonio —en total 25 diferentes materiales nocivos.

El mayor peligro se esconde en dos metales, cuyos valores eran especialmente elevados: mercurio y plomo. A este respecto el Instituto Universitario de Bremen se manifiesta así:

«El plomo es un veneno aditivo, esto es, que se enriquece en el cuerpo cuando se toma en dosis menores. Este enriquecimiento puede ocasionar un envenenamiento crónico por plomos...». Y no es posible excluir «transformaciones de la personalidad, perturbaciones psíquicas, parálisis y lesiones hereditarias». No menos atroces son las consecuencias del mercurio, que los científicos describen así: «Los primeros síntomas patológicos de un envenenamiento por mercurio se presentan en el sistema nervioso central y se manifiestan por un hormigueo y necrosis de las extremidades, además de un entumecimiento de la región bucal. Simultáneamente aparecen lesiones del centro

visual, con reducción del ángulo visual. A esto siguen lesiones en el sistema nervioso central, que tienen como consecuencia una disminución de la movilidad muscular y una falta de coordinación de los movimientos, de forma que se producen fuertes perturbaciones del equilibrio y, con frecuencia, brazos y piernas sufren deformaciones espasmódicas y convulsiones musculares. El cerebro se encoge en un 35 %...».

Las «más pequeñas concentraciones» de ambos elementos podrían, de por sí, resultar tóxicas (venenosas), por lo que la «cantidad máxima» de mercurio que la ley autoriza en los alimentos está establecida en un miligramo por kilo (1 ppm), y en lo que se refiere al plomo, 10 miligramos por kilo (10 ppm). Nuestro involuntario «almuerzo Thyssen» contiene justo ochenta veces más mercurio (exactamente, 77,12 ppm) y doscientas veces más plomo (2501 ppm).

La Organización Mundial de la Salud (OMS) considera la ingestión semanal de tres miligramos de plomo por persona como el máximo valor tolerable. Y algo, a propósito, de especial alevosía:

la frase hecha que habla de «miembros plúmbeos» concuerda con la realidad, pues el 90 % del plomo que llega al cuerpo es vuelto a hallar en los huesos.

Algo parecido vale para el segundo material problemático, el mercurio. Se concentra igualmente en el cuerpo.

Hasta que no se realice una evaluación de análisis de sangre no quedará determinado en qué grado de concentración se encuentran efectivamente materiales nocivos en los pulmones, la sangre y los huesos de los trabajadores de las factorías siderúrgicas. La mayor parte de los compañeros se quejan continuamente de fuertes molestias, como disnea, náuseas, falta de apetito, vómitos, trastornos circulatorios y, también, fuertes bronquitis. Entre los científicos no existe la menor duda de que la bronquitis se halla íntimamente relacionada con la irritación provocada por el polvo, y en cuanto a las demás molestias, las mismas se cuentan entre los indicios clásicos de envenenamientos por metales pesados, en particular por plomo.

Una vez enfermo, enfermo para siempre

A lo largo de decenios, los investigadores de las causas de las enfermedades han estudiado los peligros para la salud a que se exponen los trabajadores de las coquerías en todo el mundo. De ahí el que no quepa duda alguna: el trabajo en la coquería produce enfermedades.

El peligro principal viene de las partículas volátiles de los gases residuales de la coquería, dado que contienen sustancias alquitranadas. «Tanto el alquitrán como las sustancias alquitranadas tienen un efecto cancerígeno», escribe el profesor hamburgués Dr. Manz, en la revista especializada *Medicina del Trabajo*. Únicamente se establecen datos diversos acerca de la frecuencia con que se producen enfermedades cancerosas entre los trabajadores de las coquerías. Hasta la fecha las autoridades de la República Federal sólo reconocen el cáncer de piel como consecuencia típica del contacto con el alquitrán de carbón de piedra, como enfermedad laboral. El principal problema está, sin embargo, en otra parte.

Los trabajadores de las coquerías enferman de cáncer de pulmón con una frecuencia tres veces y media mayor que el promedio de todos los alemanes varones, y aproximadamente con una frecuencia del doble del promedio en lo que respecta a cáncer de vejiga, de estómago e intestinal. Si se compara a los obreros de las coquerías con los empleados administrativos, las cifras son aún más alarmantes: aquéllos mueren

con una frecuencia diez veces mayor de cáncer de vejiga y sufren ocho veces más de cáncer de pulmón.

La ciencia conoce la causa: el benzo(a)pyro, un componente fuertemente cancerígeno del alquitrán del carbón de piedra. También el benzo(a)pyro se halla en el humo de los cigarrillos. En el aire de las coquerías está contenido en una concentración de 300-400 veces mayor. Una gran investigación realizada entre los trabajadores de las coquerías polacas prueba que existe un estrecho nexo entre las «afecciones crónicas, no específicas de los órganos respiratorios» (como p. ej. la bronquitis crónica) y los gases de las coquerías. Pero no sólo esto: aquel que enferma de bronquitis corre un especial peligro de contraer otras enfermedades, debido a que el gas de la coquería debilita inequívocamente el sistema inmunológico del cuerpo.

La divisa reza: una vez enfermo, enfermo para siempre.

El Profesor Manz conoce el resultado: los trabajadores de las coquerías tienen una esperanza de vida claramente menos prolongada.

El experimento

«Dejad de experimentar con animales... para eso están los turcos.»

Pintada en una fachada de Duísburg-Wedau

Camino de ser cobaya humano

Mi compañero de trabajo Osmán Tokar (veintidós años de edad) ha perdido su vivienda. Adler le había venido entreteniéndolo con vanas promesas respecto a las liquidaciones salariales, pero el casero de Osmán no se dejó dar más largas. Osmán hubo de abandonar su casa e incluso dejar unas cuantas míseras piezas de mobiliario. El casero las ha tomado en prenda y las ha encerrado en el sótano hasta que Osmán le pague los 620 marcos de atrasos de alquiler. A partir de ese momento Osmán está sin vivienda fija. Tan pronto duerme sobre un colchón en el suelo en casa de un primo, como lo hace por espacio de unos días en casa de un amigo que se lo permite. En ninguno de esos sitios puede permanecer más tiempo, puesto que en todos ellos los propios inquilinos cuentan ya con demasiado poco espacio para ellos mismos.

En algunas ocasiones Osmán, tal y como me lo confiesa con vergüenza, ha llegado incluso a pernoctar a la intemperie en los bancos de los parques. Actualmente se ve amenazado de expulsión, ya que no puede justificar residencia fija e incluso ha solicitado asistencia social. No quiere regresar a Turquía, donde sólo ha ido de visita de vez en cuando. En la fría tierra extraña que es para él Alemania se siente más en su casa que en la patria de sus padres, donde no pasó más que los dos primeros años de su vida. Domina mejor el alemán que el turco, pero ambas lenguas no pasan de ser para él idiomas extranjeros. No sabe, en realidad, de dónde es, y tiene la sensación de como si le hubieran «robado el alma».

Ofrezco a Osmán que se venga a vivir a la calle Diesel, pero él rehúsa. A consecuencia de su trabajo en Thyssen ha contraído una tos perniciososa y teme dormir «en una de esas camas envenenadas de junto a la coquería». Más de una vez ha pensado en matarse. En una ocasión, tras haber trabajado con él a lo largo de todo un turno en un bunker de polvo donde, él y yo, habíamos respirado toda aquella mugre a litros, hasta el punto de que tuvimos que vomitar, Osmán comentó durante el breve intervalo de descanso, después de que hubiésemos salido a la luz del día:

—A veces me pasa por la mente el tirarme de cabeza al fuego líquido del alto horno. En un momento izas!, y ya no sientes nada.

Yo (Alí) me callo, penosamente desconcertado.

—Nos da miedo porque es algo nuevo para nosotros y porque aún no lo ha hecho nadie —prosigue Osmán—. Pero el arrastrarse por el polvo como un gusano, y encima que te estén pisoteando siempre, es algo muchísimo peor.

Cuenta de un obrero que se cayó accidentalmente en el alto horno y quedó inmediatamente calcinado. Puesto que no quedó nada de él, sacaron del ascua una porción de acero y se la entregaron a sus deudos para el «entierro». En realidad, su cuerpo, mezclado con el acero, fue laminado en chapas para coches, cacerolas o tanques.

Me dice Osmán que va a ir a visitar a un tío suyo en Ulm. Allí podrá vivir y conseguir un trabajo que, como mínimo, será exactamente tan nocivo para la salud como en Thyssen, pero al menos lo pagan. Al principio no quiere soltar prenda acerca de qué se trata:

—En Thyssen tenemos que tragar polvo y trabajar muy duro. En el otro trabajo lo único que tienes que hacer es ingerir cosas y dar sangre.

Osmán dice que para este trabajo especial están, por ejemplo, muy solicitados los turcos y otros extranjeros, indonesios, refugiados políticos latinoamericanos y pakistaníes. ¿De qué se trata?: de servir como *cobayas humanos* para la industria farmacéutica. Le pregunto si no puedo yo someterme en su lugar a un ensayo que ha de comenzar dentro de unos días. Como compensación le ofrezco la mitad de la retribución que él dejaría de percibir: 1.000 marcos. Se muestra conforme. La cosa me viene a pedir de boca, pues a causa de mi hombro fastidiado y de la bronquitis, que lentamente se está haciendo crónica, en el fondo hace ya tiempo que debería haber dejado el trabajo en Thyssen.

Osmán me hace de intermediario con el Instituto LAB de Neu-Ulm, un edificio imponente y sombrío con tufo a albergue de juventud de los años cincuenta. En la recepción está —como si de un paternal jefe de albergue se tratara— un joven alegre y jovial, de unos veinticinco años. Se esfuerza por crear una atmósfera distendida y libre de temores. En la sala de espera hay unos punkis iroqueses que se cuentan ya entre la clientela, algunos extranjeros de aspecto marcadamente meridional y algún que otro adolescente en paro. Y dos que provienen del *milieu* berberisco de estación ferroviaria, uno de los cuales exhala leves tufaradas a aguardiente matarratas.

El LAB de Ulm es uno de los mayores institutos privados de Europa para la realización de ensayos. El fichero registra 2.800 *probandos*. Probandos son las personas que se someten a ensayos. Se puede expresar también así: se ensaya con nosotros, lo que permite sanear las ganancias de la industria farmacéutica, y, como efecto secundario, también puede tocarle a veces algo al paciente.

La mayor parte de los ensayos con personas no están al servicio de la salud del hombre, no se realizan para investigar nuevos medicamentos, se trata más bien de *marketing*, de ampliación de mercados, de campañas publicitarias para viejos medicamentos que, bajo nuevos nombres, abren nuevos mercados de consumo. Se trata simplemente de —junto a los 100 medicamentos que están en el mercado bajo diversas denominaciones aunque se basan, casi todos, en las mismas sustancias químicas— lanzar al mercado el medicamento 101, absolutamente superfluo.

Está profusamente probado que las empresas falsifican y transcriben dictámenes de clínicos prestigiosos, si bien se basan en pruebas con personas llevadas a cabo en hospitales públicos. ¿Qué será entonces en los muchos institutos privados, los cuales ensayan previamente los medicamentos en probandos «sanos» y pagados, y dependen de forma prácticamente absoluta de los pedidos de la industria?

Una cosa está clara: tanto si alcanzan publicidad a través de los médicos de una clínica como a través de los «institutos» experimentales, los resultados negativos, o incluso alarmantes, repercuten siempre de forma perjudicial para el negocio.

El profesor Eberhard Greiser, director del «Instituto para la investigación preventiva y la medicina social» de Bremen (BIPS), dice a este respecto: «En la práctica podría suceder que las pruebas con un medicamento cuyo resultado ha sido negativo, no sean dadas a la publicidad. Esta es una experiencia de la que han informado muchos dictaminadores con los que he coincidido durante mi época en la comisión de transparencia (comisión de expertos en el ministerio de Salud Pública).⁷ Los consorcios farmacéuticos encargan, por cierto, innumerables series de ensayos con seres humanos y sus correspondientes dictámenes, pero sólo presentan a la Oficina Federal de la Salud los resultados que les son favorables. Las autoridades no se enteran de los resultados

⁷ Informe en «Reportaje de los lunes» del Canal 2 de la TV alemana («Efectos secundarios inofensivos», emitido el 26.8.85, de S. Matthies y B. Ebner).

negativos más que cuando médicos aislados y/o colaboradores farmacéuticos no pueden responder por más tiempo de dichas prácticas y facilitan informaciones. Las oficinas de autorización y control de medicamentos de la República Federal ni siquiera saben oficialmente dónde se realizan esos estudios. Ello es posible en virtud del poder que en este país poseen los consorcios farmacéuticos. En otros países la obligación de declarar y las prescripciones son muy severas.

Yo (Alí) presento el papelito que me ha dado Osmán y le pregunto al «jefe de recepción» si no tiene para adjudicar algún otro ensayo menos peligroso. Osmán me había advertido (a mí, Alí) que el ensayo previsto provoca efectos secundarios francamente muy desagradables.

—No hay que tener ningún miedo —intenta tranquilizarme—, De aquí hasta la fecha han salido todos con vida. —Y añade—:

Aquí aflojamos la pasta de todas todas. —El paternal director de albergue emplea un tono marcadamente familiar con sus sujetos de ensayo, les tutea a todos y a mí (Alí) me informa de lo siguiente—: En primer lugar tenemos que ver si eres utilizable o no.

Me envían al prescrito chequeo. Me sacan sangre para diversos análisis, lo mismo que orina, y a continuación me hacen un electrocardiograma y me someten (a mí, Alí) a mediciones y pesadas. La aceptación definitiva corre a cargo de un médico. Al principio me llevo un susto, pues me da la sensación de que es un «compatriota», pero por fortuna no es turco sino un exiliado búlgaro, quien, sin embargo, conoce bien «mi patria» y conversa un poco conmigo sobre Turquía.

Me informa de que antes había muchos más probandos turcos, pero que algunos de ellos han regresado a Turquía en los últimos tiempos. Opina que aquí se han hecho buenas experiencias con mis compatriotas turcos, los cuales, según él, «encajan bien los golpes» y no son «nada quejicas». Me ilumina los ojos (a mí, Alí) con una luz reflectante y se da cuenta de que llevo lentillas de contacto, pero por fortuna no descubre que son de color muy oscuro. Le digo que me las han prescrito para trabajos especialmente duros, en los que las gafas serían un obstáculo.

Alí es considerado útil, esto es: utilizable, en su calidad de hombre sano, para hacerse administrar todo tipo de medicamentos, en forma de píldoras o inyecciones, capaces de ponerle enfermo.

Alí tiene que firmar una declaración de conformidad con el ensayo, a cuyo efecto le es presentado un escrito informativo de cinco páginas, en alemán, que trata de los medicamentos que hay que ensayar en esta ocasión: «Información para los probandos acerca del estudio sobre la biodisponibilidad comparada de cuatro diferentes compuestos conteniendo las sustancias fenobarbital y fenitoína».

Nunca había oído antes el nombre de estos medicamentos, y hasta el propio y paternal «jefe de albergue» encuentra dificultades en pronunciarlos con fluidez: «Fenobarbital» y «fenitoína».

—No hay nada que se olvide más deprisa —dice—. Tampoco es que sean medicamentos contra una enfermedad común, sino un simple expediente informativo contra la «epilepsia» y las «convulsiones febriles» en los niños.

El empleo de tales compuestos farmacológicos es objeto de acerbos críticas por parte de casi todos los científicos independientes de la industria. La a menudo necesaria adecuación de la dosis a las exigencias individuales del paciente se ve impedida por la fuerte combinación de dos materias activas. Los médicos negligentes se muestran, por el contrario, plenamente favorables a dichos compuestos farmacológicos, pues de ese modo tienen que preocuparse aún menos de sus pacientes.

Por otra parte, la sustancia que contiene el «fenobarbital» pertenece al grupo químico de los barbitúricos, los cuales pueden crear dependencia de forma particularmente rápida. De ahí —debido al gran peligro de adicción— que en los últimos años fueran prohibidos centenares de medicamentos en cuya composición entraban barbitúricos.

En pocas palabras, estaba ante un ensayo con medicamentos cuyos compuestos farmacológicos son conocidos desde hace mucho tiempo y que, en rigor, deberían ser retirados del mercado. Nadie explica la razón por la que aún hayan de ser ensayados.

En su conjunto, la prueba habrá de prolongarse durante once semanas, incluidos cuatro internamientos en clínica de 24 horas cada uno. Honorarios totales: 2.000 marcos. Entre los efectos secundarios susceptibles de presentarse con relativa frecuencia, la hoja informativa menciona: «Fatiga, trastornos de los estados de ánimo, perturbaciones motrices, menoscabo de la función nerviosa y de las propiedades de la sangre, influencia sobre la formación de la sangre, trastornos del campo visual, reacciones alérgicas acompañadas de trastornos epidérmicos». Y en «aproximadamente el 20 % de los pacientes se presentan proliferaciones de las encías». Además, si se tiene mala suerte, se pueden producir «urticarias pruriginosas, disnea, acaloramientos, náuseas y, eventualmente, vómitos», y «en raras ocasiones» pueden originarse «circunstancias de riesgo para la vida, con ataques de ahogo y trastornos circulatorios que requieren la inmediata intervención del médico».

Pero la cosa no es para tanto, pues en caso de emergencia paga el seguro: «Si, contra lo que se podía esperar, se presentara, en conexión con la participación en este estudio, un daño para la salud, el LAB o sus mandantes proporcionarán atención médica gratuita ilimitada». Aunque eso sí: «De lo antedicho quedan expresamente excluidos aquellos daños que se relacionan sólo indirectamente con la participación en el estudio (como por ejemplo los accidentes de tráfico)». ¿Qué sucede entonces si un «probando» con «trastornos circulatorios y motrices» sufre un accidente de tráfico?

Tras estampar la firma al pie de la declaración de conformidad, me entregan (a mí, Alí) una agenda en la que se especifican los detalles para la toma de los medicamentos y las extracciones de sangre que han de realizarse cada hora.

Se pone en mi conocimiento (el de Alí) que el experimento no comienza hasta mañana, pero que no obstante a partir de este preciso instante no me está ya permitido abandonar el recinto, esto es, el edificio y el patio interior adyacente. «Cautiverio voluntario.» Se nos hace entrega de una manta, una colcha, sábanas y una funda de almohada. En el primer piso se encuentran las «salas de tratamiento»: laboratorio, gabinete de extracción de sangre y unidad de cuidados intensivos. En el segundo piso están el salón de televisión y los dormitorios.

Cuando entro, el hombre que está sentado en la litera inferior no levanta los ojos. Dos más, sentados a una mesa, siguen haciendo sus crucigramas. Yo (Alí) paso al dormitorio, con vistas al patio. A la izquierda el taller de automóviles, y en frente, entre el muro y el contenedor de basura, unos muebles grises de jardín, de plástico. A la derecha un almacén de venta de productos naturales al por mayor. Al fondo la estación ferroviaria de mercancías. Un panorama desolador.

En tono poco menos que de juramento, todos los que se han prestado a ser conejillos de Indias humanos afirman con insistencia que no hay ningún riesgo en absoluto. «El riesgo es mayor para ellos que para nosotros —dice uno—. Pues si nos sucediera algo se originaría un escándalo monstruoso, y eso no pueden permitírselo.» Algunos de ellos no es la primera vez que lo hacen. Hay «probandos profesionales», entre los que figuran muchos extranjeros, que van de un instituto a otro y muchas veces se exponen, con peligro de sus vidas, a dos experimentos al mismo tiempo. «Hacer la farmacarrera» es

como se lo llama en el ramo. Hay agentes reclutadores y ganchos que, cobrando a tanto por cabeza, van reclutando, para toda clase de ensayos, a los que se hallan sin empleo, sin techo y en apuros.

Para la cena se reúnen todos en una serie de mesas alargadas. Cuatro mujeres se sientan juntas. Para ser admitidas hubieron de someterse a una prueba de embarazo. No obstante, si se quedan embarazadas durante la serie de ensayos con medicamentos, que, en la mayoría de los casos, se prolonga durante meses, pueden presentarse en la criatura lesiones sumamente graves y persistentes. En tal caso, sin embargo, el LAB promete «asistencia médica y moral», signifique esto lo que signifique.

Cada uno recibe, a través de una trampilla, un plato con pan, mantequilla, unas rodajas de queso, un tomate, un pepino y un pimiento. En la sala de televisión están dando *Bonny and Clyde*. Las cortinas están corridas, a fin de proteger el televisor de la crepuscular luz del sol. La antena no funciona. Uno de ellos tiene que sujetarla para que la imagen sea débilmente reconocible. Hay un olor pestilente a humo y colillas apagadas. Casi nadie puede dormir, y la programación televisiva ha terminado. Permanecemos en el patio hasta la media noche, sentados, silenciosos, fumando y bebiendo un agua particularmente insípida en vasos de papel: es lo único que podemos permitirnos tomar.

Los que están tumbados en la cama, o bien tienen los ojos muy abiertos y clavados en el techo, o intentan conciliar el sueño. Alguien se ha quedado dormido junto a un transistor, «Música después de medianoche» suena a todo volumen. Nadie apaga la luz. A partir de las dos y media, «Música hasta el alba». Acabo por desconectar yo la radio y apagar la chillona luz de neón. Desde la estación de mercancías resuena sin cesar el estruendo de los vagones empujados los unos contra los otros. El viento se lleva los vasos vacíos de plástico por la ventana abierta y los hace caer al patio. Alguien se masturba bajo el cubrecama, una y otra vez, sin alcanzar el alivio.

A las 6 se abre la puerta: «¡A levantarse!». En silencio, sin saludarnos, nos ponemos en pie. Cada cual está totalmente ocupado consigo mismo. Mi frasco para la orina tiene el número 4, lo que significa: a las 6.04 cánula permanente en el brazo, a las 7.04 toma de medicamentos, a las 8.04 extracción de sangre, etcétera.

La primera vez nos ponemos todavía en fila. Después conocemos ya a los que van delante y detrás de nosotros y sabemos cuándo nos toca a nosotros. El que va detrás de mí acaba de salir de la cárcel y no ha podido encontrar trabajo en ninguna parte. Aquí nadie le pregunta nada. Dos tipos jóvenes, los que nos ponen la cánula en el antebrazo, conversan entre sí sobre sus próximos exámenes. Todavía no han terminado sus estudios de medicina. Ambos controlan la toma de medicamentos. Bajo su mirada tengo que tragarme dos cápsulas. Por lo pronto me perco de que mi campo visual se reduce un poco. Intento mirar al patio, pero el sol brilla demasiado y me hace daño en los ojos. Me echo en la cama y me quedo adormilado. Acudo como un sonámbulo a las extracciones de sangre cada hora. Todos tienen un aspecto pálido y demacrado. Cada vez dejan de comparecer con más frecuencia y hay que irlos a buscar a la cama. Una mujer se queja de acaloramientos, vértigos y trastornos circulatorios. Dice que tiene un brazo frío, reseco y como muerto.

Al día siguiente lo paso espantosamente. Un ensayo carente, en sí, de sentido, dado que los efectos secundarios son conocidos en su totalidad. Los sufrimos de inmediato: fortísimo aturdimiento, agudas jaquecas, obnubilación total e intenso ofuscamiento de la percepción, a lo que hay que añadir una constante sensación de ganas de dormir. Las encías sangran en abundancia. Me sacan sangre en siete ocasiones y hay que estar disponible en cualquier momento. También los demás sufren fuertes molestias.

Pero cuando uno de ellos lo dice, resulta que casi todos tienen dolores de cabeza. Evidentemente se habían callado por miedo a que no les fuera permitido someterse a otro ensayo. Un conejillo de Indias humano (39 años de edad), sin empleo desde hace tres años, me relata lo siguiente: «Yo me he sometido ya a ensayos mucho peores. En la *Unidad de Cuidados Intensivos*, conectado con tubitos. En este experimento la mayoría de nuestro grupo se desmayó, y a algunos hubo que llevarlos a la cama inmediatamente». Me informa de un instituto muniqués en el que durante la noche se llevan a cabo ensayos especialmente peligrosos, «más allá de los límites del dolor. Siempre están buscando a alguien». Otro me informa acerca de un «psicobúnker» de las cercanías de Munich, donde se realizan ensayos en la oscuridad total, que con frecuencia duran semanas. En un *Centro cardíaco* de Munich —me cuenta un chico de dieciocho años— se puede participar en experimentos peligrosos y «por una buena pasta dejar que anden enredando con tu corazón».

Yo (Alí) me decido a interrumpir el ensayo tras el «primer paso», es decir, tras veinticuatro horas. Según lo estipulado, yo (Alí) tendría que haber sido internado otras tres veces en las próximas once semanas. Y la experiencia enseña —me explican— que los efectos secundarios son cada vez peores, no mejores. Además debería haberme presentado, durante el conjunto de las once semanas, cada día a las siete de la mañana, a la extracción de sangre, amén de tener que reunir y guardar en recipientes de plástico toda la orina de las once semanas. Al que se marcha antes de que concluya el ensayo no le pagan ni un penique.

El profesor Norbert Rietbrock, de Frankfurt, considera que aproximadamente «dos tercios de esos estudios sobre la biodisponibilidad son innecesarios». «Se trata de estudios en los que se opera con fines comerciales y en los que la utilidad y el gasto no guardan entre sí una correcta relación.»⁸ Han llegado ya a producirse casos de fallecimiento entre los conejillos de Indias humanos. Hace dos años, por ejemplo, el conejillo de Indias profesional Neill Rush, un irlandés de treinta años, murió de un colapso durante una serie de pruebas, mientras se ensayaba en él un fármaco contra las alteraciones del ritmo cardíaco para la Química Kali de Hannover. El día anterior, Rush había dejado que probaran en él un psicofármaco, el *Depoxil*, en otro instituto. La causa del repentino fallecimiento habría que verla, según el resultado de la autopsia, en la conexión entre ambos medicamentos (un mínimo exigible sería obligar a la industria farmacológica a expedir un pasaporte para probandos, a fin de eliminar la posibilidad de tales «dobles ensayos»).

Otro de los conejillos de Indias de LAB me dio (a mí, Alí) otra dirección: BIO-DESIGN, en Freiburg, Breisgau: «Ésos siempre necesitan a alguien, y pagan bien. Y la comida, sobre todo, es mejor que la bazofia de aquí». Y ése es mi próximo (el de Alí) lugar de destino. A diferencia del ligeramente destartado LAB, el BIO-DESIGN es un instituto rutilante y futurista, con reminiscencias arquitectónicas de una estación espacial. La señora que hay en la recepción formula la misma pregunta cautelosa que también formula Adler cuando se presenta un nuevo candidato, aunque en términos más amables: «¿Quién le ha enviado a nosotros?». Yo (Alí) menciono el nombre del compañero de LAB.

De inmediato le presentan a Alí una oferta tentadora: 2.500 marcos por quince días, aunque eso sí, «de completo internamiento». Y a su pregunta: «¿Y yo tiene que pagar impuestos?», ellos contestan: «No, no lo registramos. Es un servicio que se rinde a la salud». Todo parece indicar que precisamente para este ensayo todavía andan

⁸ Toma de posición en «Reportaje los lunes» del Segundo Canal de la Televisión Alemana: «Efectos secundarios inofensivos», emitido el 26.8.85. Autores: S. Matthies y B. Ebner.

necesitados de valerosos conejillos de Indias humanos, pues intentan engatusarlo con un anticipo.

—Caso de que se decida usted a participar, podríamos discutir, a título excepcional, sobre un anticipo. Además aquí la manutención es buena. La comida es gratis.

—¿Y por qué tanto dinero? ¿Qué es lo que hacer? Una empleada del instituto, más bien joven, me lo explica (a mí, Alí) y al hacerlo, según cree observar Alí, en sus labios se dibuja una sonrisa ambigua.

—La sustancia se llama *mesperinon*, y es un antagonista del *aldosteron*. Su efecto es el de absorber a través del riñón las concentraciones acuosas patológicas en el cuerpo. Es un corticoide mineral que influye en la economía hormonal. Lo que ya está comercializado pertenece al grupo de *spironolacton*. Se ha comprobado que esta sustancia, si se administra prolongadamente, produce en los hombres lo que se denomina una feminización, esto es, la formación de pechos. Ahora bien, en un ensayo como éste, de dos semanas de duración, no es de esperar que se produzca ese fenómeno.

Yo (Alí): ¿Usted estar segura?

Empleada: Es algo que se espera que no suceda, aunque desde luego eso se verá en la prueba. Nunca se puede estar seguro.

Yo (Alí): ¿Y si producirse, luego ello se quita?

Empleada (en tono tranquilizador): Sí, por supuesto, la cosa desaparece y te quedas como antes.

En este punto su información es, a todas luces, completamente falsa. La «ginecomastia», como en la terminología médica se denomina a la formación de pechos en los hombres, ha de ser eliminada quirúrgicamente. Este es, en cualquier caso, el parecer unánime de los científicos.

Y en otro punto la empleada falta igualmente a la verdad. A la pregunta de Alí: «¿Y qué pasar con potencia? ¿Queda?», responde: «A ese respecto no hay nada que temer». La realidad es que no existe prácticamente ninguna experiencia que avale la aplicación del *mesperinon* al organismo humano. En un texto anexo al ensayo se recalca expresamente que hay que contar con efectos secundarios como «jaquecas, entumecimiento, aturdimiento, dolores de estómago, trastornos de la piel» y, en caso de dosis altas, también con «ginecomastia e impotencia». BIO-DESIGN intenta a todo trance mantener bajo control a sus conejillos de Indias humanos. En el contrato, el «instituto» amenaza: «En caso de despedida anticipada, decidida por el propio probando, BIO-DESIGN, Sdad. Ltda. podrá exigir a éste una indemnización por los gastos ocasionados por la realización de la prueba en su persona...». Es evidente que a BIO-DESIGN le afecta más bien poco el que este leonino contrato sea inequívocamente inmoral. Es un contrato por el que los conejillos de Indias humanos, bajo monstruosas presiones, se ven abocados a aguantar hasta el final, sean cuales fueren los eventuales dolores y efectos secundarios. Tras la pulida y amable fachada de una firma de belleza, se esconde un gélido Dr. Mabuse contemporáneo, quien, por encargo de los grandes consorcios farmacéuticos, suministra seres humanos que se encuentran en situaciones apuradas, para la investigación de estrategias de ventas de la industria química.

Afortunadamente yo no dependo de esas tentadoras, por lo elevadas, sumas de dinero, y puedo permitirme dar las gracias y rehusar. Pero muchos otros no pueden permitírselo. Empresas como LAB y BIO-DESIGN se benefician de la crisis económica, que empuja hacia ellas a un cada vez mayor número de personas.

Los responsables pretextan la existencia de las llamadas «comisiones éticas», en las que figuran científicos e incluso sacerdotes. Las comisiones éticas son comités voluntarios de control, cuyo voto sólo es legalmente vinculante en EE.UU. y Japón, pero no en la

República Federal. En este contexto la ética es un concepto cínico. Tales comisiones son susceptibles de ser intercambiadas o eliminadas a discreción y en cualquier momento por parte de los directores de empresa. Pero incluso si, como sucede ya en otros estados, se tratara de organizaciones oficiales, las comisiones «éticas» sólo pueden dictaminar, en el mejor de los casos, sobre cuestiones *médicas*. La ética *humana* exigiría, como mínimo, el que se diera una explicación a esas personas desesperadas, que se han visto arrojadas al margen de la sociedad y que únicamente por ese motivo se hallan dispuestas a constituirse en candidatos a un suicidio a plazos.

Mi propuesta:

Debería aprobarse una ley que obligara a quienes obtienen mayores ganancias en la industria farmacéutica a prestarse a que los ensayos se realicen en sus propias personas. Las ventajas serían incalculables: esa gente se encuentra en unas condiciones físicas, en su mayoría, sustancialmente mejores que las de muchos de los escuchimizados probandos profesionales, y además, gracias a sus ingresos, puede permitirse unas vacaciones y unas curas de reposo mucho más largas. Ello haría que el número de ensayos disminuyera drásticamente y quedara restringido a un mínimo razonable.

Esta propuesta no es ni mucho menos una broma. Hace sesenta años eran los propios investigadores de medicamentos quienes, para empezar, probaban en sí mismos las nuevas sustancias activas.

En cuanto a la frecuencia con que se presentan los pretendidos raros efectos secundarios, yo mismo la viví en mi propia carne. Al regreso de mi viaje a través de los laboratorios farmacológicos, las encías de la mandíbula inferior comenzaron a inflamarse y a supurar. El dentista diagnosticó «proliferaciones» y, muy certeramente, expresó la siguiente sospecha: «¿Toma usted medicamentos que contengan fenitoína?». Al decirle que sí (la fenitoína era una de las sustancias que contenían los medicamentos ensayados en LAB, Ulm), el odontólogo hizo inmediatamente esta deducción, a partir de los efectos secundarios en mi presunta enfermedad: «¿Es usted epiléptico?».

La promoción

Me siento tan destrozado y miserable que desconfío ya de tener fuerzas para seguir trabajando en Thyssen, si bien a Alí le consta que bastantes de sus compañeros continúan bregando para Adler, no obstante enfermedades y lesiones provocadas por accidentes. Compañeros que, pese a la gripe y la fiebre, aguantaban 16 horas seguidas por miedo a que reclutaran otro nuevo en su lugar. O Mehmet, a quien, mientras trabajaba, se le cayó sobre el pie una pieza de hierro y, como no llevaba zapatos de trabajo provistos de punteras especiales, el pie se le hinchó de tal manera que hubo de rajar el zapato por los lados y liarlo con alambre para que siguiera resistiendo. Cojeando y con grandes dolores, Mehmet —los dientes apretados— marchó al trabajo y de sus labios no salió ni una sola queja.

Puedo permitirme el jugármelo todo a una carta y hacer de la necesidad virtud. Me he enterado de que Adler tiene problemas con su factótum y chófer, e intento, mediante una treta, cazar al vuelo el puesto de chófer. He anunciado a Adler mi visita (la de Alí) a propósito de unas reclamaciones de dinero pendiente. Adler, como siempre, está muy enfadado y me pregunta que qué me he creído, que qué es eso de faltar varios días, pero cuando yo (Alí) me disculpo y le digo que ya estoy otra vez bueno, y le garantizo que no volverá a suceder, Adler se muestra clemente y me dice que en tal caso regrese (yo, Alí) al día siguiente. «Pero puntual, por favor; a las dos de la tarde en punto.» La vieja artimaña: el que no está al día siguiente es Adler. Tres horas más tarde, hacia eso de las cinco, le pillo (yo, Alí) por fin en su casa. Adopta, de inmediato, un tono distante:

—En este momento no puede ser. Tiene usted que venir antes. Ahora estoy en la bañera. Como es evidente, puesto que se halla completamente vestido, Adler no está en la bañera.

Yo (Alí): Yo puede esperar algo más, yo me sentar en escalera. En puerta he estado esperando tres horas ya.

Adler (irritado): Imposible. No puede ser. Vuelva mañana.

Yo (Alí): No ser dinero ahora lo que quiere, sólo preguntar cosa...

Adler: Tampoco puede ser. Llame mañana...

Yo (Alí): Por favor, sólo cinco minutos. Yo tenido que hacer una hora de viaje.

Adler: Llámeme mañana. Podemos discutirlo por teléfono. Ahora no es posible.

Yo (Alí): Yo tiene buena cosa, porque yo tiene que ayudar a usted.

Adler (picado por la curiosidad, sobresaltado): ¿Qué?

Yo (Alí): Yo tiene que ayudar a usted porque si no a usted pasarle algo.

Adler: ¿A mí? ¿Por qué? ¿Quién?

Yo (Alí): Yo vuelvo, si usted estar en baño.

Adler: No, espere, pase.

Alí lo sigue, titubeante, a su despacho y le revela que un compañero a quien Adler debe todavía dinero quiere darle un escarmiento, pero que Alí no está dispuesto a tolerarlo.

A continuación, Alí representa el papel de un fanático algo zopenco, presto a sacrificarse por su amo y si es necesario a hacerse matar por él.

—Yo haber aprendido kárate, especial kárate turco, que se llama Sisu. —Esto, naturalmente, es invención: yo no sé kárate, y «sisu» es una palabra finlandesa que significa «aguante, paciencia, tesón». Pero esto Adler no lo sabe—. Yo a usted ayuda, si a usted alguien hace algo. Yo puedo dar golpe y entonces, el otro, adiós. —Y, a fin de

demostrar con énfasis mi impetuosa actitud, Alí propina un fortísimo puñetazo sobre la mesa escritorio de Adler, el cual se queda mirando a Alí entre impresionado e irritado.

—¿Quién es ése que quiere hacerme algo? —me pregunta—. Desde luego eso está muy bien, y es lo que debe ser, que tú quieras defenderme, pero ¿quién es el cochino que quiere hacerme a mí algo?

—Yo ahora no sabe nombre —dice Alí—, pero yo a él digo que quien a Adler quiere matar, tiene que matar a Alí, yo estar con Adler. —Adler no advierte que Alí, en su entusiasmo, se muestra inusitadamente conocedor de la concordancia preposicional en el acusativo.

Adler ha picado. Se pasa unos cinco minutos leyendo listas de nombres turcos y árabes en voz alta, pertenecientes a trabajadores antiguos y actuales, a los que a todas luces debe aún dinero y que en estos momentos son, a sus ojos, asesinos potenciales. Al sonar algunos nombres Alí aguza el oído, hace que se lo repita, pero siempre acaba negando con un enérgico movimiento de cabeza y afirmando que el nombre del vengador no está entre ellos. A fin de no hacer recaer efectivamente sospechas sobre ningún compañero, Alí se inventa un vengador fantasma, un «árabe que es miembro de una peña de boxeo turca», y que tiene unas manos como garras —Alí hace una demostración en el aire— y últimamente «le ha partido la mitad de la cara de un golpe a un alemán que le había ofendido y engañado. Él quedar destrozado, ojo cerrado y la cara torcida toda».

Adler muestra gran preocupación en la mirada, y Alí le habla de sus otras cualidades personales: no sólo sabe kárate sino que fue también durante mucho tiempo taxista, y, en una ocasión anterior, chófer de otro jefe que tenía una gran fábrica.

—¿Qué fábrica? —inquire Adler.

—Él hacer esas máquinas de hablar —explica Alí.

—¿Quieres decir *walkie-talkies*? —relaciona Adler correctamente, y Alí lo ratifica con orgullo. Caso de ser necesario, incluso podría obtener un certificado, pues el director de la empresa es un buen amigo mío (G.W.).

—Yo todavía tiene el uniforme en armario —sigue alardeando Alí—, con bonita gorra y buen paño.

—Bien, bien, eso es interesante —dice Adler—. ¿Así que sabes conducir bien?

—Sí, ningún problema —dice Alí—. Jefe puede siempre dormir, cuando Alí conduce, y yo puede también repararlo todo, si auto avería. —Una absoluta mentira, aunque bien puedo (yo, Alí) confiar en que el casi flamante Mercedes 280-SE de Adler, especialmente equipado y dotado de toda suerte de artilugios, no se averie fácilmente.

—La cosa se puede discutir —dice Adler—. Yo siempre tengo que andar en coche, y tú además me puedes quitar de encima a los tipos pesados. No tienes más que darme los nombres. Tengo hilo directo con la brigada de extranjeros de la policía. Si se tercia, se encontrarán fuera del país antes de darse cuenta de lo que pasa.

—Usted deja a mí hacer —intento (yo, Alí) distraerle—. Usted no tiene por qué tener miedo ya más, cuando éstos saben que yo agente de Adler, un golpe de Alí y ellos muertos, un golpe y ellos adiós. Usted no necesita policía, yo hago mejor.

—Bueno, bien —dice Adler—. Vente el lunes a las diez y media de la mañana y vamos a intentarlo.

Y así fue como Alí resultó «promovido», pasando de tragar polvo y trabajar como un negro a chófer y guardaespaldas. Y es que en nuestra sociedad se dan, en verdad, insospechadas oportunidades de encumbramiento. Hasta para el último de los trabajadores «invitados».

Adler, como corresponde a su habitual manera de proceder, intenta una vez más iniciar la provisión del puesto de trabajo con un nuevo engaño.

—El caso es que tú todavía estás enfermo —dice—. Mira, vamos a darte de alta inmediatamente en el Seguro de Enfermedad, te vas entonces al médico, te inscribes como que estás enfermo y así yo no tengo que pagarte nada sino que el Seguro es el que tiene que hacerlo. Y tú mientras tanto conduces mi coche.

Ser chófer de Adler constituiría, durante las semanas subsiguientes, un acto de extrema abnegación. El menor movimiento del volante le servía para poner pegas. «Haz el favor de conducir con seriedad.» «Se acabó esto de conducir imprudentemente.» «¿Cuántas veces habré de decirte que esto que andas conduciendo es un vehículo de mucho valor? Cuesta un montón de dinero.» «Quisiera que mi chófer me llevara de un modo más tranquilo y seguro. Eres responsable de que el coche y yo lleguemos a casa sanos y salvos.» El caso es que Alí está conduciendo muy lenta y cuidadosamente, tres veces más despacio que cuando lo hace con su propio carronato. Ni siquiera es posible llamar a eso conducir, se trata más bien de un suave planear. Sin embargo, esto no impide los miedos irracionales de Adler. Quizá todo este eterno meterse conmigo lo necesita sólo para afirmarse más a sí mismo.

Por regla general, Adler cita a Alí en su casa con una antelación de entre veinte y cincuenta minutos, lo que hace que Alí se sienta utilizado como «servicio de despertador». Alí llama al timbre. Transcurre un rato hasta que Adler grita desde arriba con voz soñolienta:

—Espera abajo. Es cuestión de diez minutos. Pero el tiempo pasa y pasa. Si llueve no hay dónde cobijarse. A Adler tampoco se le ocurre tirarle a Alí las llaves para que al menos pueda sentarse en el Mercedes.

Hacia las ocho o las nueve el elegante barrio residencial comienza a despertar a la vida. Los cierres metálicos se levantan y las ventanas se abren. Los portones de los garajes se elevan suave y automáticamente y de ellos salen cuidadas limusinas conducidas por sus dueños, gente bien. Una señora coloca en la ventana una espléndida jaula con pájaros exóticos. Los jardines de las casas están muy bien cuidados y las superficies de césped se hallan siempre cortadas.

En algunas ocasiones, Alí es citado a casa de Adler incluso a las siete o a las ocho de la mañana, para después, de media a una hora más tarde, arrancar con el coche y su amo. Sin embargo, y por lo común, el día no comienza para Adler hasta las diez o las once y, en cambio, termina a menudo a las dos o las tres de la tarde, o, cuando no, a las cuatro. Con frecuencia al mediodía hay un intervalo de una hora para comer. Lo más frecuente es que las labores cotidianas de Adler se agoten en ir a diversos bancos de Oberhausen y Dinslaken y en controlar los cobros ingresados. Curiosamente, todos los bancos se encuentran fuera del área donde él reside. También es habitual que haga una visita a su amigo y consocio Remmert. Casi siempre en momentos en los que sus obreros no han regresado de su turno de trabajo, a fin de evitar «preguntas desvergonzadas» e «insolentes exigencias de dinero». Por lo general conecta el dispositivo de alarma de su coche, pues nunca se puede saber qué va a pasar. Ya de regreso suele acudir a un club de tenis con restaurante, en Duisburg, para «velar» por sus intereses o para encontrarse con su «defraudador de impuestos», esto es, con un íntimo amigo suyo que le asesora en materia de impuestos. Oficialmente, Adler declara una cifra de negocios que oscila entre «500.000 y un millón» de marcos anuales, sin haber prácticamente gastos generales. De hecho, su volumen de negocios, de acuerdo con su sistema de llevarlos a cabo, ascendería a cuatro veces dicha suma, contando sólo el dinero por cabeza que cobra de cada trabajador ilegal no dado de alta.

Ser su chófer es un suplicio. Constantemente tiene alguna objeción que hacer, constantemente ve su vida en peligro. Alí tiene a menudo la sensación de que no transporta a un hombre de carne y hueso sino a una fragilísima momia apergaminada, dentro de un fino recipiente de cristal, la cual teme desmoronarse al más leve accionamiento del freno. Adler lo corrige sin parar, lleno de irritación, o le grita sin más: «¡No adelantes! ¡Imbécil, ve despacio!», o, dentro de este contexto, su fórmula estándar: «Haz el favor de conducir con seriedad», o, «Vamos a hacer las cosas siempre seriamente, que no somos ningunos gamberros». Y eso yendo siempre a menos de 50 por hora en la ciudad y a menos de 140 en autopista. Lo que a él le importa no es la seguridad de los demás, sino su valiosa y preciosísima vida, por cuya pérdida siente un miedo casi metafísico. Hacia los policías siente una franca fobia. En cuanto a lo lejos vislumbra uno, o un coche patrulla, me ordena dar grandes rodeos, simplemente para alejarnos lo antes posible de su vista.

Nunca mira hacia atrás, lo que constituye una divisa de su vida, dado que tras de sí va dejando «tierra quemada», según una vulgar cantinela soldadesca, que es su canción predilecta:

«Cien hombres y una orden. Y un camino que nadie quiere. Día tras día, quién sabe hacia dónde. Tierra quemada, y ¿qué sentido tiene?».

En una ocasión me veo —yo, Alí— casi al borde de ser desenmascarado. Adler se ha percatado de que le hago una seña al fotógrafo apostado al otro lado de la calle, quien no se daba cuenta de que nos marchábamos en el coche. «¿A quién le has hecho una seña?», me pregunta con extraordinaria suspicacia. «Yo a nadie seña —le distraigo—, sólo era reflejo rápido para entrenamiento de kárate. Cuando estar mucho tiempo sentado, nosotros tienen siempre que ejercitar reacción rápida y mover rápido brazo, pierna y mano.» Y a modo de corroboración ilustrativa de lo que digo, empiezo (yo, Alí) a efectuar rápidos y bruscos movimientos con los brazos y las manos, mientras conduzco, movimientos que él, al principio, acoge con meditabundo asombro. A fin de corroborar el celo con que realizo mis entrenamientos, le cuento además (y también para mantenerlo a distancia en caso de un eventual desenmascaramiento) que mis reacciones en el club de kárate, rápidas como el relámpago, eran particularmente temidas: un camarada deportista, el cual, imprudentemente, se me había venido encima simulando que me iba a dar un golpe, a continuación se había pasado «cuatro días en coma». Ya en otra ocasión le había contado que soy capaz de romper ladrillos de un golpe con el canto de la mano, «dos juntos, pero ladrillos viejos, no nuevos», lo que le había infundido respeto hacia mí (Alí). «Un golpe de Alí, y tú muerto puedes ser», y hago un brusco movimiento con la mano en dirección de Adler. Pero con objeto de no intranquilizarle más, añado (yo, Alí): «Pero tienes que comprometerte, no nunca hacerlo más que si a nosotros atacan fuerte, nunca empezar primero».

¡Si Adler supiera que, por principio, rechazo los golpes y el empleo de armas, y que mi fuerza en tales situaciones consiste siempre en echar a correr!

—Hazme el puñetero favor de dejar de contorsionarte en mi coche, que me vas a arrancar el asiento entero. Eso lo puedes hacer cuando estés fuera —me grita de pronto sin motivo, pues los asientos son tan sólidos que mis inocentes movimientos no pueden hacerles absolutamente nada.

Para disiparle cualquier duda acerca de la seriedad de mis entrenamientos de kárate, y para eliminar definitivamente sus primeras suspicacias, en una ocasión en la que hube de esperarle un buen rato frente a la termotécnica Carbones del Rhur, de Essen, me pongo a boxear solo, delante de su coche, con lo que provoqué el que las secretarías de la «Sociedad Médica» se agolpen en las ventanas del edificio de varios pisos para hacer

señas y, en parte, dar voces de ánimo al guardaespaldas que, frente a la limusina de lujo, sin duda se ha vuelto loco. Alí les devuelve las señas con la mano y consigue que en la «Sociedad Médica» se interrumpa el trabajo por lo menos durante un cuarto de hora. Cuando Adler vuelve y ve las piruetas de Alí y el agolpamiento de gente en las ventanas, se pone furioso:

—¡Deja inmediatamente de hacer el idiota, vas a conseguir que se murmure de mí! Esas monerías las haces en tu establo de la calle Diesel o en tu peña turca.

Alí dice:

—Entendido. Pero usted decir que yo afuera puede hacer. —Le abre a su jefe la portezuela y, con ademanes sumisos, se vuelve a sentar al volante.

Algunas veces, Alí se entera de cómo su jefe despide por teléfono a gente «incómoda» o «responzona». En tales ocasiones, al revés de lo que podría suponerse, el tono de su voz no revela la menor irritación ni el más mínimo enfado, sino que, por el contrario, está más bien saturado de voluptuosidad.

—Hola, querida, escucha —dice con voz melosa a través del teléfono del coche—. Acabo de quitarme de encima a un moscardón pegajoso. Ha sido en Carbones del Ruhr. Mañana despedirán a T. ¡Sí, ¿no es fantástico?! —O, mientras Adler invita a sus amistades de la industria y la política (entre los que figura un diputado del Parlamento Federal), a que le acompañen un fin de semana a Holanda en su yate, Alí se entera también de lo que le dice a uno de sus amigos negociantes—: Un gandul menos. Lo he puesto en la calle hoy mismo. ¡Zas! ¡Fuera con él! Me caía mal. —Y en otra ocasión Adler filosofa así por teléfono—: A veces hay que emplear los puños. Caiga quien caiga. Lo peor es ser blando, entonces ya puedes liar el petate.

Adler puede permitirse el lujo de poner a la «gente» en la calle cuando le viene en gana. El constante incremento del desempleo empuja hacia él a un número cada vez mayor de desesperados, los cuales están dispuestos a aceptar cualquier trabajo bajo cualquier tipo de condiciones. A muchos de sus objetos de explotación ni tan siquiera los conoce, o a lo sumo sólo por su nombre. Lo único que hace es embolsarse el dinero. Otra vez, comenta también por teléfono:

—Los de Carbones del Ruhr, que han instalado una nueva factoría, me dicen: escuche usted, no podemos dar empleo fijo a nadie, el parón en la contratación es absoluto, pero necesitamos electricistas. Y fueron los electricistas, allá por la parte de Colonia, y ellos hicieron sus tejemanejes con la Oficina de Trabajo y los contrataron, todo prácticamente por mi cuenta. Yo a la gente esa no la he visto nunca, pero el dinero llegaba todos los meses. —Se ríe—. Lo único que hay que hacer es saber arreglárselas. Siempre se encuentra una salida, si se quiere.

Y en otra ocasión:

—Los que más me gustan son los grandes. Estoy metido en todas partes, en Steag y sitios así. Hemos trabajado ya en todas las fábricas: Thyssen, Carbones del Ruhr, Química del Ruhr, General Electric en Holanda, todas ellas empresas de renombre mundial. Por lo general no hay ninguna autoridad ninguna inspección de industria que se atreva con ellas, de manera que podemos hacer y disponer lo que nos plazca. Y la gente puede currar hasta caerse al suelo. Lo principal para esas empresas es que nosotros realicemos nuestra misión con rapidez y discreción. Para ellas, si es con menos gente, tanto mejor, porque así se nota menos. Yo por mi parte tengo que habérmelas sólo con la mitad del personal, y los ingresos cuadran.

A veces Adler confiesa con envidia que algunos de sus competidores le aventajan en sangre fría y capacidad de engaño. Y relata cómo algunos «sacan el doble de dinero» del cieno venenoso que tienen que «eliminar» para los consorcios.

—F. está encargado de quitarle a Emscher el lodo, y la cosa le hace ganar perras a lo tonto. Y con los residuos tiene unos ingresos de la hostia. Lleva los desperdicios a un molino de carbón para convertirlos en polvo, y luego los reconvierte para quemar de nuevo. El único problema es que el polvo de carbón no puede almacenarse en silos porque produce gases y emanaciones, y la cosa puede explotar por sí sola. Y aquí en Oberhausen ocurre lo mismo con la masa de escoria. La ciudad se la ha cedido a un holandés, y el holandés cobra por metro cúbico transportado, de ese montón que hay ahí junto a la autopista. ¿Y qué hace el tío con eso? Pues lo muele y lo vende caro a las pistas de tenis. Esa historia del tenis es el negocio del momento. Contiene ácidos y veneno a mansalva. Caso de caerte en una pista de tenis y hacerte una herida, la cosa puede resultar fea. Es algo que hay que saber hacer: sacar dinero de la mierda, y además que se la paguen a uno todavía más cara. ¡Jo, hay que ver! ¡Algunos meten el dedo en la mierda, y cuando lo sacan está lleno de oro!

Pero por mucho que Adler haya hecho su fortuna a base de basura, polvo, inmundicia o, para no salirse de su terminología, a base de mierda, el caso es que, por lo que respecta a su propia persona, es de lo más meticuloso en cuanto a limpieza y aseo. Experimenta un miedo histérico a tocar la suciedad de este mundo. Sus obreros-esclavos son para él la casta de los impuros, de los intocables, le dan asco y quisiera mantenerse a la mayor distancia posible de ellos. Y cuando van a su casa una y otra vez para reclamarle sus salarios, la indignación que siempre le sobreviene no obedece sólo al aligeramiento financiero que le amenaza, sino a la confrontación y proximidad directas —que le provocan exactamente el mismo espanto— con el sudor, la suciedad y la miseria, no obstante el hecho de que cada uno de los reclamantes acude siempre limpio y correctamente vestido a exponer sus peticiones. La única excepción fui siempre yo (Alí). Por lo general me presentaba en su pulcro barrio residencial —y lo hacía de modo totalmente deliberado— vestido con mis sucias, grasientas y embarradas ropas de trabajo, y allí me quedaba plantado sobre el felpudo, ante sus horrorizados ojos, como imagen de carne y hueso de lo que es un currante mugriento y andrajoso por causa del trabajo.

Entretanto, Alí se ha puesto a tono con su Mercedes en lo que a vestimenta se refiere. Pantalones planchados con raya, camisa limpia, blanca o gris, corbata, y nada de toscas y chorreantes botas de trabajo, sino zapatos de reluciente cuero. No obstante, para Adler, Alí se cuenta entre los infrahombres del inframundo proletario. Empezando por su domicilio en la calle Diesel, que es como un estigma. A sus ojos, allí viven los peores parias revolcándose en la peor de las mugres y trabajando, justo allí al lado, en la peor de las peores inmundicias.

Cuando, una vez más, Alí, su chófer, a las siete y media de la mañana lleva ya más de media hora esperándole a la puerta de su casa, siente la imperiosa necesidad de ir al retrete. Llama al timbre y pregunta a Adler si puede pasar a los aseos.

Adler: ¿Para mear o cagar?

Yo (Alí): Todo.

Adler (asqueado): Ya. Bueno, pues hazlo fuera.

Yo (Alí): ¿Y dónde, fuera?

Adler: Lo haces a la vuelta de la esquina, en cualquier parte, vamos, vete ya.

Yo (Alí): Pero ¿en qué esquina?

Adler: Lo mismo da.

Adler arroja a Alí a la calle como a un perro. Tampoco hay la menor posibilidad de cagar en su jardín, puesto que se ve desde todas partes. Estoy por dejarle un montoncito

encima del capó de su Mercedes, justo encima de la estrella. Diez minutos más tarde, cuando baja Adler, le pregunto (yo, Alí):

—¿Está retrete suyo estropeado, o qué?

Adler: No, no está estropeado. Es que estas cosas no nos gustan. Es por lo de los extraños, etc., etc. Mire, voy a decírselo con toda franqueza: es que tenemos miedo de las enfermedades. Por principio, no nos gusta que un extraño use nuestro retrete. Hay tantas y tantas enfermedades sueltas por ahí. Nunca se sabe dónde puede uno agarrar una infección, etc., etc. ¿Entiendes? Y en esos lugares el peligro de infección es bastante grande.

Yo (Alí): Si usted tener invitados ¿siempre ellos tienen que salir fuera?

Adler (vacilante, sin saber qué decir): Ya he dicho que no tengo invitados, pero mis mecánicos no pasan a mis aseos, y además todos ellos lo saben, etc., etc. Ninguno lo pide. Vamos, que, en lo que a esto se refiere, soy muy cuidadoso.

Yo (Alí): ¿También usted miedo tiene del DISA?

Adler: Quieres decir del SIDA, ¿no? Todo el mundo tiene miedo, ¿no es cierto?, pero yo... tomo mis precauciones. Yo, por ejemplo, tampoco entro en retretes ajenos cuando estoy en una casa que no es la mía. No entro en ellos.

Yo (Alí): Hum.

Adler: Ni en los públicos ni en ningún otro, si estoy de visita.

—Sigue cavilando—: Y tampoco a casi nadie le doy la mano o cosa por el estilo. Y si no tengo más remedio que dársela, luego me lavo las manos inmediatamente.

Yo (Alí): Si todo el mundo pensaba como usted ¿ya no pasaría nada nunca?

Adler: No habría enfermedades, eso está claro. Pero lo cierto es que no todo el mundo piensa así. Algunos en ese sentido son unos auténticos guarros. Y el caso es que lo puedes pasar muy mal, si se para uno a pensar en ello.

A Adler habría que llevarlo a los retretes de Remmert, para inspeccionar el lugar del crimen. Sólo hay dos para los obreros. Rebosantes de porquería. La empresa no pone el papel higiénico, y allí no se limpia jamás. Uno de los retretes no tiene puerta. Como siempre hay bastante aglomeración, se acucilla uno y ya está. En uno de estos retretes ha escrito un alemán con rotulador: «Sólo para canacos».

En algunas ocasiones, a lo largo de la autopista entre Oberhausen y Essen, o en dirección a Wesel, cuando nos deslizamos a través del paisaje y no hay ninguna llamada telefónica, a Adler le da por filosofar. Entonces pone su emisora favorita, «Radio Luxemburgo», en cuyas resonancias se sumerge de la mañana a la noche y en cuya atmósfera de mundo feliz y sin problemas se deja arrullar, bajando el volumen cuando llegan los breves noticiarios de cada hora. Si bien se muestra parco en palabras y poco comunicativo, por regla general, con a su chófer turco, cada cinco o seis días sucede que, de pronto, al empresario Adler le entran ganas de desarrollar pensamientos fundamentales sobre la situación de la nación y, en una serie de frases sucesivas, iniciar en los mismos a su chófer.

En la emisora resuena la briosa canción «Buenos días, Alemania, yo te amo...», en el preciso instante en que Alí le pregunta:

—Señor Adler, ¿desde cuándo usted ser aquí jefe y empresario autónomo?

Adler explica:

—Desde hace cinco años. —Y añade que anteriormente fue jefe de compras de la factoría Gutehoffnung de MAN—. Pero en estos cinco años he aprendido tanto como

antes en toda mi vida. Y también en lo que se refiere a lo que es un pillo y cosas por el estilo.

Alí: ¿Y también ganar más dinero que antes nunca? ¿Qué es un pillo?

Adler: En efecto, el ganar dinero tiene que ver con eso. Pero aquí en Alemania hay un montón de golfos que son demasiado vagos para trabajar y que continuamente te están queriendo meter mano a la cartera. Lo único que pretenden es estafarte. Y nuestra propia gente, nuestros trabajadores, éstos hace mucho que han dejado de ser lo que fueron, en lo que se refiere a laboriosidad y eficiencia. Hitler era un dictador, eso desde luego, pero en lo que atañe a...

Alí: Pero él matado gente.

Adler: Así es, y también hizo guerras que no eran absolutamente necesarias.

Alí: ¿Porque él perderlas?

Adler: Eso es, porque se expansionó con excesiva rapidez y cada vez quería ser más grande. Lo que hizo con los judíos, sobre todo, es algo sobre lo que cabe diversidad de opiniones. La verdad es que a los judíos en ninguna parte se los estima... Hoy se olvida deprisa que Hitler dio a todo el mundo pan y trabajo. Allí donde él intervenía, después ya no había ni un parado más... Si hoy día llegáramos a tener uno o dos millones más de parados, volveríamos a tener a otro Hitler, de eso puedes estar seguro. ¡Y empezarán las agitaciones políticas, vaya si empezarán!

Alí: Y entonces tocar turno a nosotros. Entonces nosotros ser los judíos.

Adler (riendo): Vamos, no tengas miedo, que a vosotros no os vamos a mandar a la cámara de gas. No creo. Lo cierto es que os necesitamos para trabajar. Los judíos estaban arraigados desde hace milenios. Tienes que darte cuenta. Los judíos nunca han hecho otra cosa que comerciar, es decir, hacer que otros trabajen para ellos. Y lo que esos otros lograban con el esfuerzo de su trabajo, los judíos se lo compraban barato y luego lo vendían caro. Ésta es la manera de ser de los judíos. Los judíos son, por principio, unos vagos que no quieren trabajar y que se han enriquecido siempre a costa de otros pueblos, y por eso no se los estima en ninguna parte, ni en Alemania ni en Norteamérica ni en Rusia ni en Polonia. Con los turcos la cosa es diferente. Eso lo sabes mejor tú que nadie, que vosotros podéis dar el callo. Así que olvida eso. Si acaso se harían leyes por las que los turcos tuvieran que irse de Alemania en el plazo de un año, sí, por ejemplo, se produjera otro millón más de parados.

Alí: ¿Usted opinar que se producirá?

Adler: Sí. Eso lo dicen todos los que entienden de la cuestión. Los políticos y los capitanes de la industria. Naturalmente eso no se le puede decir así como así, con tanta claridad, al hombre de la calle. Cada vez hay, por ejemplo, más ordenadores y robots.

Si yo, en mi empresa, pudiera emplear máquinas en lugar de hombres —cada máquina costaría 100.000 marcos—, habría tres hombres menos. Yo lo haría, eso desde luego. Con las máquinas no me enfado.

Alí: Hum.

Adler: ¿Comprendes? La máquina es más de fiar, trabaja poniendo menos obstáculos. Y así están las cosas, ésa es la tendencia en todas partes, fíjate en las grandes fábricas, todas están automatizadas. Y la cosa irá cada vez a más. Por ejemplo, los productos de acero y tuberías que fabrican otros países, como Nigeria o la RDA, son mucho más baratos que los nuestros, porque nuestros costos salariales son altísimos. Lo cierto es que no somos ya competitivos. Siempre están hablando de que hay que suprimir el desempleo, todo el mundo habla de ello, pero nadie lo hace, y es que en nuestro sistema económico ya no es posible, todo lo contrario. Están viniendo cada vez más, los jóvenes

que salen de la escuela y quieren tener trabajo. Y lo de la jubilación anticipada... Todo eso no son más que remiendos, mejor olvidarse de ello. Es como en el antiguo Egipto. A la gente le dijeron, vienen siete años de vacas gordas y siete años de vacas flacas. Y aquí es lo mismo:

hemos tenido cuarenta años de vacas gordas y tenemos que prepararnos para los años de vacas flacas, hasta que quizá se produzca una nueva confrontación bélica o algo por el estilo y haya que volver a reconstruir las cosas.

Alí: ¿Usted opina que guerra viene otra vez?

Adler: Sí, si aumentan los parados, en Alemania habrá por lo menos una guerra civil. Hay que contar con eso. Si los parados aumentan en otro millón, se echarán a la calle, a las barricadas. Se producirá un caos y será el final de nuestro estado de derecho.

Entremedias esta noticia en la radio del coche: «En lo sucesivo, el permiso de residencia para extranjeros se verá reducido o suprimido caso de quedar disuelto el matrimonio con una alemana...».

Adler: ¡En eso estamos!

Radio: «...rechazó la demanda de un turco residente en la República Federal desde hace cinco años. Su esposa alemana había pedido el divorcio y obtenido ya el derecho de tutela sobre el hijo común. La ciudad de Kassel redujo posteriormente, en vista de ello, el permiso de residencia del marido hasta finales de agosto de este año».

Adler: ¿Lo ves? ¡Actualmente estas cosas se oyen por todas partes!

Alí: Pero ¿que usted decir de eso? Va y se casa con ella y mujer tiene quizá un otro hombre y, se acabó, fuera, lo echan. ¡Puede que él no vuelve a ver su hijo ya nunca!

Adler (imposible): Tiene que regresar, eso está claro. Mira lo que te digo, esto ha sido, desde luego, un fallo de la política alemana. Cuando vivíamos el milagro económico abrimos demasiado las puertas, y todos los turcos que querían venir podían hacerlo y todos los italianos que querían venir podían hacerlo... Éste fue el gran fallo de la política alemana, es algo que no tendrían que haber hecho nunca.

Alí: Pero nosotros no venir sólo por voluntad, nos vinieron buscar, y entonces no haber computadoras, necesitar hombres.

Adler: Sí, pero eso fue un arma de dos filos. Es lo que hoy se está lamentando. Pero lo uno guarda relación con lo otro: los turcos vinieron, los trabajos más rudos los hicieron los extranjeros, y el alemán dejó de trabajar, era demasiado delicado para eso. Y esta mentalidad sigue existiendo. El alemán ya no quiere trabajar y crea muchas más dificultades.

»El permitir la entrada a tantos extranjeros fue un fallo garrafal. Sin embargo yo estoy convencido de que si se fueran todos los turcos —tenemos actualmente 2,3 millones de parados— la reducción del desempleo sólo sería mínima. La cosa no tiene que ver con los turcos.

»En el supuesto de que ahora mismo se marcharan todos los turcos, tendríamos poquísimos parados menos, quizá habría 2,2 millones, y eso no conduce a nada.

Nuestra conversación se ve interrumpida por otra noticia radiofónica: «...ha sido acusado de haber concedido subvenciones a Veba, Klóckner, Krupp, Mannesmann y once más... a cambio de estos obsequios concedió las subvenciones mediante...».

Alí: Ese... ministro de Economía ¿irá a cárcel?

Adler: No, eso es absolutamente imposible, pues entonces tendría que ir a la cárcel la mitad de nuestro gobierno. Eso no puede ser en absoluto.

Alí: Ellos ganan millones de millones pero siempre querer más y más.

Adler: Pues claro, es natural, tú también estás queriendo siempre sacarme dinero. Es algo que está en la naturaleza humana, ¿o no?

Certificado

(extendido a Alí por Adler)

Certificamos que el señor Alí Levent Sinirlioglu, domiciliado en Duisburgo (41), Diesselstrasse 10, está empleado en nuestra empresa.

Su trabajo, su puntualidad y su asiduidad en los diversos cometidos que le hemos encargado han resultado de nuestra entera satisfacción. Recientemente hemos recompensado sus méritos promoviéndole al rango de chófer en jefe.

A ese título, se halla encargado del mantenimiento y la conducción de nuestro Mercedes 280 SE.

Nos sentimos absolutamente satisfechos de los servicios del señor Sinirlioglu.

Pensamos integrarlo ulteriormente a los cuadros de mando de nuestro equipo.

Firmado: Adler.

Asamblea de empresa

Adler llama «asamblea de empresa» a una reunión de su «gente» —organizada por él— en una pequeña sala del bar «Rincón del Deportista», en la calle Skagerrak, a diez minutos a pie desde el punto de reunión de la empresa J.P. Remmert.

Mientras le conduzco hacia allí en el coche, Adler habla por el autoteléfono con uno de sus íntimos. Dice que él se ocupará de que haya «calma en el frente», de que «las riendas estén en nuestras manos», y que prefiere legalizar a un grupo durante algún tiempo, antes que verse luego «metido en la mierda hasta los ojos».

Su alocución al grupo está fijada para las cuatro. Se ha ordenado la comparecencia, que además es obligatoria y durante el tiempo libre, no remunerado. Yo (Alí) tengo que llevarle su portafolios.

—A partir de este momento no te apartes para nada de mi lado —me dice. Y añade—: Si alguien se me acercara demasiado, tú intervienes sin pararte en barras.

—Entendido —le tranquilizo. Y el estómago se me revuelve de pensar que he de presentarme ante mis antiguos amigos y compañeros de trabajo como un trepa y un gorila de Adler. En caso de que alguno pierda los estribos y se atreva a atizarle una, desde luego yo sabría muy bien a quién tengo que ayudar, aun cuando ello supusiera el que este papel que represento tocara a su fin prematuramente. La abnegación tiene un límite.

Los compañeros están ya sentados en torno a una mesa grande, y entre ellos hay caras nuevas. Adler se sienta a la cabecera de la mesa y me indica que yo haga lo propio en un rinconcito de la misma, a su lado. A algunos compañeros les guiño un ojo, aunque dudo que me entiendan. «¡Silencio de una vez!

—Termina Adler con sus conversaciones, para añadir lo siguiente, absolutamente ininteligible para la mayoría—: que aquí no estamos en ninguna escuela judía.» Al instante se hace el silencio en la sala. Todos fijan su mirada en Adler, a ver ahora qué les va a manifestar.

Su discurso suena de un modo insólito a más no poder: «Bien, queridos colaboradores...». Kemal me da con el pie debajo de la mesa, sin poder contener la risa.

«Os he reunido a todos aquí para poner un poco de orden en nuestras filas de una vez por todas. Se ha afirmado que en nuestra empresa se trabaja ilegalmente, y en este contexto incluso se ha mencionado en la radio el buen nombre de Remmert. Una cosa así resulta, como es natural, enormemente perjudicial para el negocio, y yo quiero advertir a todos en contra de tales afirmaciones. Tal como están las cosas en este momento, tenemos, así pues, el propósito de establecer un equipo de plantilla con contratos de trabajo fijos. Quisiéramos hacer uso del instrumento que el Gobierno Federal, cosa de agradecer, pone en nuestras manos, a fin de hacer contratos de trabajo a plazo fijo, de medio año de duración, con gente de confianza. Y a fin también de poner a prueba a la gente y ver quién es apto y quién es menos apto para nosotros. No cabe sino mirar a cada cual cara a cara. Si somos un equipo razonable, entonces podemos hablar sobre esto o aquello. En Thyssen hay algunas empresas que hace mucho tiempo que no operan de forma tan legal como nosotros en estos momentos.»

Adler explica que actualmente Thyssen le ha «asegurado tres mil horas mensuales», así como tareas extraordinarias y, como es su esperanza, «eso va a durar año tras año, siempre que la coyuntura siga siendo tan buena como en el momento presente y (Thyssen) no nos diga de la noche a la mañana “Echamos el cierre”».

Adler ordena a Alí que llame a la camarera, y proclama con aires de gran señor: «Bueno, *una* bebida para cada uno, limonada, cola o cerveza, esta ronda corre de mi cuenta». Y acto seguido procede a informar a sus «queridos colaboradores» que, allí sentados, le miran entre escépticos y temerosos, en los siguientes términos: «¡Escuchadme todos! Voy a deciros cuáles son las tarifas». Se refiere a los salarios de hambre que él fija arbitrariamente, como «salarios según tarifa», como si aquí se estuviera negociando algo de forma oficial y vinculante con el sindicato. «Así pues, los salarios según tarifa —para decirlo sin más rodeos— para la gente de entre dieciocho y veintiún años, 8,50 marcos. Para los solteros mayores de veintiún años, 9 marcos, y para los casados, 10 marcos.» (Entre nosotros los casados son minoría.) «Lo he escalonado un poco —se justifica—, porque está claro que un hombre casado tiene más gastos. Es un escalonamiento salarial que, si queréis, lo he hecho desde puntos de vista sociales.» Adler lanza una severa mirada a su alrededor, «¡Si hay alguien que no esté de acuerdo, que se levante y se vaya!»

Nadie se mueve. Ninguno se atreve a manifestar su opinión. Para la mayoría de ellos no es ya que se trate de ganarse la vida, sino de su propia supervivencia. Todos saben que por cada uno de ellos hay en la calle docenas de hombres que ocuparían su lugar sin poner ningún reparo.

—Los 8,50 marcos, ¿son netos? —se atreve Nedim a preguntar.

Adler (cortante): Sólo pagamos salarios brutos.

Nedim: Pero entonces se queda entre los cinco y seis marcos netos.

Adler: En este momento no tengo en la cabeza la tabla exacta para solteros. Puede ser. Pero dicho sea de una vez por todas: aquí pagamos sólo salarios brutos. No pagamos exclusivamente según rendimiento, sino también según la situación social. No hay más que un determinado pastel a repartir, y en consecuencia hay que tomar en consideración los aspectos sociales.

Lo único es que el pastel de Thyssen, según cuentan los compañeros, supone 52 marcos por cabeza y hora, en lo que se incluyen las primas por polvo, suciedad, calor y demás supuestos de nocividad para la salud, sin mencionar los suplementos por horas extraordinarias. Para Thyssen, este precio por cabeza pagado a la gente de Adler le resulta siempre más barato que sus propios trabajadores de plantilla, puesto que se eliminan las vacaciones pagadas, la paga de Navidad, el cobro del salario en caso de enfermedad y otros logros sociales, así como la protección contra el despido. Los 52 marcos se los reparte Adler con Remmert. Remmert se embolsa 27 marcos y Adler 25. Concediéndole el favor de suponer que esta vez —caso insólito a más no poder— no se meta en su propio bolsillo las prestaciones sociales y, por término medio, deje de embolsarse 9 marcos, le quedan 16 marcos por hora, lo que, multiplicado por tres mil al mes, hace que Adler, sólo de Thyssen, reciba 48.000 marcos.

—Bueno, ahora vamos a tomar nota de los camaradas uno por uno. —Al ver los deprimidos y desesperados semblantes de sus parias, Adler echa mano de una de las frases consoladoras de su estereotipado repertorio—: De acuerdo, ya sé que de momento no es mucho, pero, como dije antes, estoy bien dispuesto a que dentro de seis meses, cuando nos conozcamos mejor —al fin y al cabo no hace tanto tiempo que nos conocemos— podáis hablar conmigo sobre un aumento de salario, y ya veremos entonces lo que hacemos.

Todo aquel que lo conoce un poco sabe que se trata de promesas vacías.

—Ah, otra cosa —exclama Adler, alzando la mano en un ademán que exige imperativamente silencio—. En el futuro no habrá más absentismo laboral. Vamos a hacer tabla rasa y a no contratar a nadie más. Todo aquel que de ahora en adelante falte

al trabajo, lo siento mucho pero no tendremos más remedio que separarnos de él, y en su lugar entrará otro. Así que la cosa no puede estar más clara. ¡No permitiré que la empresa sea un gallinero! —Lanza una severa mirada a Mustafá, un muchacho de veintitrés años, y añade—: Esto vale también para ti, que anteayer, sin ir más lejos, faltaste.

Mustafá se disculpa diciendo que hubo de llevar a su mujer al hospital porque iba a dar a luz. En vez de darle la enhorabuena, Adler hace como si no lo hubiera oído, y repite:

—¡Que sea la última vez que sucede! —Pese a no haber abonado jamás ninguna paga por enfermedad y pese a que frecuentemente nos hemos presentado en el trabajo sin lograr otra cosa sino ser enviados de nuevo a casa, Adler dispone de nuestro tiempo y nuestra vida como si fuéramos sus siervos de la gleba. A Walter Recht, un alemán, le increpa con idéntica irritación—: Y de ahora en adelante se acabaron también tus eternas faltas al trabajo de una vez por todas. De lo contrario...

—Señor Adler —contesta Walter, a media voz—, del sábado al domingo habíamos hecho veinte horas. A casa no llegué hasta las tres menos cuarto, y a las tres y media tuve que llamar a la ambulancia de urgencia para llevar a mi mujer al hospital porque había que operarla inmediatamente. Pero se lo notifiqué en seguida al señor Flachmann. Adler hace oídos sordos y deja las cosas bien claras:

—Si no cumplís como es debido, haré como ya hice otras veces. Llega una notificación de enfermedad y yo me presento en casa del que la manda y le tomo la fiebre, y si no tiene... ¡lo pongo en la calle inmediatamente! —Y, dicho esto, Adler vuelve a tocar la fibra del compañerismo social—: Cuando nos hayamos acostumbrado un poquito los unos a los otros, sabremos mutuamente a qué atenernos, y cuando nos volvamos a reunir en diciembre —si para entonces seguimos estando juntos— en una pequeña fiesta de Navidad o algo por el estilo, quizá podamos hacer contratos fijos, eso es lo que tendría que ser. ¡Así que todo ha quedado claro!

A partir de este momento sois una cuadrilla y no quiero oír gritar más pidiendo dinero. Y mañana y el sábado podéis hacer horas extraordinarias ¡jornada intensiva!

»Bueno, esto era todo —se despide de su gente—: A ver si mañana por la mañana os presentáis puntuales, bien lavaditos, con el cuello limpio y también fresquitos por abajo, ja, ja... —Y a Mustafá le dice luego a voces—: ¿Y Mustafá? ¿Pagó ya su cerveza? Que no tenga yo al final que pagar vuestros vidrios rotos.

“Bueno, ya está —le dice a Wormiand, su futuro cuñado, jefe de cuadrilla y hombre de confianza. Me ordena que lleve al coche su portafolios y le explica a Wormiand—: Alí es ahora mi guardaespaldas. Puedes decírselo tranquilamente a los muchachos. Sabe kárate y tiene una pistola.— (Yo me había limitado a enseñarle una navaja de resorte, G.W.)— Alí ha estado todo el tiempo detrás de mí, sin quitarme los ojos de encima. En esto se me acercaron dos que querían dinero y enseguida. Creí que me iba costar el pellejo. ¡Suerte de Alí!

—He oído decir que ahora quieres dar de alta a todos —comenta Wormiand, con un leve regocijo.

—No hay que tomar las cosas tan al pie de la letra —contesta Adler, guiñándole un ojo—. Lo principal es que el negocio esté en calma.

De pronto Adler se mete en un rincón de la barra, al ver que un joven matrimonio entra en el local. El hombre lanza una mirada furiosa en dirección a Adler, y la mujer, rubia y bella, que le acompaña, mira ostensiblemente en otra dirección.

—Atención, que a lo mejor tienes que defenderme —le dice Adler a Alí—. Y a Wormiand, con jactancia—: Sabes, por estos andurriales tengo fama de ser todo un Tenorio.

Sus inquietudes, sin embargo, resultan infundadas y no se arma gresca alguna. Más tarde le cuenta a un cliente del local cómo ha ido la «reunión de empresa».

—Les he regateado a base de bien en lo que atañe a los salarios, para que estén deseando hacer horas extraordinarias y turnos dobles. Y para que no parloteen entre ellos demasiado, a continuación los he mandado rápidamente cada uno a su casa, les he dicho, tú por ahí y tú por allá. Hay que andarse con mucho ojo con esta gente.

En la otra esquina de la barra hay un compañero alemán nuevo. Bebe una cerveza tras otra y está claro que quiere tomar contacto con Adler, puesto que en varias ocasiones levanta el vaso a su salud, lo que a Adler le resulta a todas luces molesto, haciendo deliberadamente como si no lo viera. Walter, el nuevo compañero, de unos veinticinco años, muy pálido y delgado, tras haberse infundido ánimos bebiéndose algo así como diez cervezas, se dirige a Adler y le suplica formalmente, en tono enérgico y demasiado alto:

—Señor Adler, deme usted otra oportunidad, por favor, démela. Empecé como aprendiz de ajustador en una empresa, pero me puse enfermo y poco antes del examen me echaron, lo digo sincera y francamente, entonces todavía no estaba casado y ahora tengo dos hijos a los que alimentar. En la segunda empresa en que he estado, tuve que correr siempre detrás de mi dinero. —Y se pone a imitar a gritos a su anterior patrono—: «No sabes trabajar—me aullaba—, lo único que quieres es sacarme el dinero». Y la siguiente empresa en la que me metí, de construcciones navales, quebró en cuanto hube terminado el aprendizaje. Siempre he fracasado en el momento álgido, pero sé hacer cosas. Tengo todos los certificados de soldador, puedo soldar hasta polvo de zinc, puedo trabajar con precisión según planos. Por favor, deme una oportunidad y deme otro trabajo cualificado. Con esos seis o siete marcos no puedo alimentar a mi familia y pagar el alquiler.

Es evidente que a Adler le resulta enormemente molesto el que le vengán con bobadas aquí, durante su tiempo libre —y tras haber llegado a la cerveza número quince—, de modo que se lo quita de encima:

—Mañana preséntese puntual al trabajo. —Y añade en tono de reproche—: ¿Por qué no se presentó hoy?

Walter (excitado, balbuceante): Pero si se lo dije antes, a mi mujer la llevaron urgentemente al hospital en ambulancia, y ha sido operada.

Adler (con un gesto de rechazo): Usted preséntese puntual al trabajo, y ya hablaremos sobre ese asunto más adelante.

Walter: Puede usted confiar en mí, todas las mañanas me levanto a las tres y voy en bicicleta, no puede ocurrir nada, siempre estoy allí, me hago treinta o cuarenta kilómetros todos los días. ¡De veras! —Y, como un disco rayado en el que la aguja se para siempre en el mismo punto, repite—: ¡Déme otra oportunidad, por favor!

Adler, que cada vez se siente más molesto, le da la espalda con estas palabras:

—El que es puntual y ha trabajado cobra su dinero, eso no tiene vuelta de hoja. —Y se vuelve hacia Wormiand. Luego, en el retrete, Walter me dice:

—Oye, tu jefe no me va a dejar colgado, no es como me dijiste el primer día que era. —Yo (Alí) le dejo por el momento con sus ilusiones y me callo. Después añade—: ¿Has visto cómo me miró cuando vio que yo llevaba el mismo traje que él?

Tampoco en esto se decide Alí a aclarar las cosas a su compañero. Ambos, es cierto, llevan un traje azul a rayas. Adler uno carísimo, confeccionado a medida, y Walter uno barato, de los que están en la percha de unos grandes almacenes. Tras la cerveza número dieciocho, Walter —quien, para la salvaguardia de su última oportunidad, se había puesto además una camisa blanca y una corbata, como si de una petición oficial de

mano se tratara— se da cuenta de que él no es interlocutor válido para Adler, se marcha del local y, tambaleante, emprende el trayecto de quince kilómetros en dirección a su casa, montado en su bicicleta.

Adler, entre tanto, ha alcanzado la cifra de veinte cervezas y entrado en una acalorada disputa con Wormiand. Todavía antes de beberse la vigésima cerveza pronunciaba frases claras y rotundas y bosquejaba estrategias empresariales como: «Tenemos que encarrilar la cosa como es debido». «A mis cuadros de mando los trato como a piedras preciosas.» «Hacedme un borrador de estudio para ver cómo podemos minimizar los costos.»

Ahora Adler ataca con cada vez mayor virulencia a Wormland, quien se había atrevido a contradecirle:

—No puedes tratar a la gente de ese modo. Si H. —menciona el nombre del antiguo compañero alemán— pleitea contra ti, la verdad es que tiene razón. Hace ya mucho que yo también lo habría hecho, si no estuviera emparentado contigo.

—Eres un traidor —replica Adler, excitado—. Te pones de parte de esos jornaleros, de esos rateros, de esos salteadores de caminos. ¡Tú mismo perteneces a esa pandilla, a esa chusma!

Wormiand es la calma personificada. A mí (Alí) jamás me cayó demasiado bien en el trabajo, pero aquí, de pronto, está dando muestras de algo parecido a un carácter. Sea como fuere, el caso es que le hace ver a Adler su desprecio y le planta cara. Le vuelve con frialdad media espalda, le llama de usted varias veces, a fin de distanciarse, y le replica:

—Yo no estoy de acuerdo con ellos, pero cuando alguien reclama su derecho...

Adler no puede soportar que alguien ose contradecirlo:

—Para mí has muerto, quedas despedido. Puedes presentarte mañana en Hannover, en montaje.

—No lo haré —le contesta Wormiand—. Seguiré en Thyssen. Usted no puede prescindir de mí. Yo no me dejo poner en la calle.

Wormiand sin duda alude a que conoce algunas de las ilegalidades y cochinas de Adler, y, de hecho, si bien éste, rojo de cólera, repite varias veces su anuncio de despido o traslado punitivo a Carbones del Ruhr en Hannover,⁹ Wormiand permanece imperturbable y, en lo sucesivo, sigue trabajando en Thyssen como jefe de cuadrilla.

Al llegar casi a la cerveza número veinticinco, a Adler le da la vena «sentimental» y, al estilo Puntilla, se pone a mirar a Alí fijamente y con ojos vidriosos:

—Alí, ese sí está conmigo y me defendería con su vida. —Y con un ademán ampuloso y patético—: Lo sacaré de su miseria, de su agujero asqueroso de la calle Diesel. Lo vestiré con un traje nuevo, para que no desentone con mi Mercedes. —Se siente conmovido por tan grande y súbita magnanimidad por su parte, y se pone a cavilar en voz alta—: Si al menos supiera cómo se puede valorar a Alí intelectualmente. —Y me lanza (a mí, Alí) una mirada de aliento. Hago como si no supiera de qué va la cosa—. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Sabes qué significa eso: intelectualmente?

—Sí —digo yo (Alí)—, cuando uno todo entender y penetrar con mirada.

—Está bien, y ¿a qué nivel estarás tú? ¿Sabes lo que quiero decir con «nivel»?

—Sí —le contesto (yo, Alí)—, ¡cuando uno pertenecer a la gente bien! Importa dónde estar uno situado. La mayoría saben mucho más que lo que gente a ellos dejar hacer.

9 Adler tiene en curso de realización, en el cuartel Barón von Fritsch de Hannover, un trabajo encomendado por la central térmica Carbones del Ruhr, de Essen.

Wormiand terciá contradiciendo a Adler:

—Ya ves que no capta, que se expresa mal y habla con lentitud.

Adler intenta ponernos en contra mutuamente:

—Son las secuelas de los medicamentos que han ensayado con él. No es ni mucho menos tan tonto, y entiende más de lo que tú te crees.

—Yo no dice siempre todo lo que pensar —digo yo (Alí) en apoyo de Adler—, pero a menudo yo capta más que lo que yo dice. —Por un instante Adler, con sus acuosos ojos, me lanza una mirada a la vez inquisitiva y penetrante, como si buscara en las palabras de Alí un sentido más profundo. Pero parece tranquilizarse cuando yo (Alí) continúo—: Yo no sabe si yo siempre todo entiende correctamente. Yo no puede, claro, todo saber, pero me pregunto y veo con propios ojos.

Adler se para un momento a reflexionar, a fin de someter a Alí a una prueba de coeficiente intelectual: «¿Quién es el coloso de Rodas?», es su primera pregunta. Para probarle yo a él a mi vez, le doy una respuesta deliberadamente falsa y hago como si confundiera al dios del sol, una de las siete maravillas del mundo, con Atlas, el portador del cielo: «Es el que lleva mundo entero sobre su espalda —le contesto— y le pesa mucho y está encorvado y casi no poder con ello».

«Bien. Correcto. Excelente», me elogia Adler, quien no parece saberlo muy exactamente. Su segunda pregunta: «¿Cómo se llama nuestro canciller federal?», es correctamente contestada por Alí, lo mismo que «¿Cómo se llamaba el anterior?». Y también conoce Alí la respuesta adecuada a la pregunta de cómo se llama el secretario general del partido soviético. Incluso el nombre del jefe del estado francés es respondido a bocajarro, para asombro de Adler. «¡Qué bárbaro!», constata Adler lleno de admiración. A sus obreros esclavos los tiene por semisalvajes, pitecántropos e infrahombres, y se siente espiritual y culturalmente a distancias siderales de superioridad respecto a ellos. Unos cuantos sitios más allá en la barra, un funcionario de hacienda de unos cincuenta años se irrita ante el cuestionario de Adler: «¿A santo de qué tanta pregunta tonta?». Adler reacciona enfadadísimo: «Estamos manteniendo una discusión de negocios y no tolero semejantes intromisiones».

Prosigue el examen: «¿Quién es el primer ministro de Renania-Westfalia?». Se lo digo.

«¡Exacto! ¿Y el ministro de medio ambiente?» Aquí me pone en un aprieto. Conozco a Klaus Matthiesen por algún que otro acto en el que hemos coincidido, en Schleswig-Holstein, y siento estima por él como uno de los políticos más progresistas del partido Socialdemócrata. Quizá se trate de una pregunta capciosa y Adler empiece a desconfiar si conozco por su nombre a un declarado izquierdista. «Esto ya no sabe», digo por prudencia, y Adler hace un gesto de rechazo y dice: «Ni falta que hace que lo sepas, a ése puedes olvidarlo, es uno de esos arregladores del mundo que no hacen más que fastidiarnos. Eso sí, su predecesor, Báumer, es un viejo amigo mío, de muchos años atrás. Ése tiene el empuje que hay que tener, y la visión empresarial. Estuvo en mi último cumpleaños. ¡Ese sí es de fiar!». (Bueno es saber quiénes son los «padrinos» políticos que hay en el trasfondo de Adler. Mientras desempeñó el cargo de presidente del Partido Socialdemócrata del Bajo Rhin, Báumer era conocido por sus intrigas contra los funcionarios progresistas de su partido. A él hubo que agradecer, por ejemplo, en unión del anterior canciller federal Helmut Schmidt, la expulsión del partido de Karl-Heinz Hansen.)

Adler no es, dentro de nuestro panorama social, ni muchísimo menos un bicho raro, sino que, por el contrario, está totalmente integrado, reconocido y bien considerado. Y quienes lo conocen saben cuál es su manera de ganar el dinero. La gente hace la vista gorda con generosidad ante los «trapos sucios» excesivamente groseros. A partir de un

determinado orden de magnitudes, en estos círculos vale la frase: «El dinero no es para hablar de él, sino para tenerlo». Estoy casi seguro de que el señor Báumer no ha hablado con su amigo Adler de dónde le viene el dinero, a costa de quién y en qué crímenes está comprometido.

Eso es algo que se sabe y guardan para sí. Y se dedican a cultivar juntos los lados agradables de la vida, en los clubs, en su yate. Quizá también durante unas vacaciones conjuntas en Hawai, lugar de vacaciones preferido por Adler. En la cuenca del Ruhr, el estar afiliado al Partido Socialdemócrata es algo que favorece los negocios y promociona las carreras. Estoy seguro de que, de haber vivido en Baviera, Adler se habría hecho de la Unión Social Cristiana.

En otro contexto, Adler se vanaglorió de haber gastado, sólo en sobornos, 200.000 marcos en los últimos cinco años, a fin de conseguir determinados encargos. Pero por regla general tales unos directos no son necesarios. A menudo basta con tener olor de pertenecer al mismo establo para pasarse entre sí los puestecitos y los encargos. Ésa es una de las razones por las que Adler es también miembro del particularmente distinguido club de golf de Dusseldorf. Su aval en ese contexto: «Mi larga amistad con Alfred Gártner, vicepresidente del gobierno de Dusseldorf».

—Si demuestras tu valía —le dice Adler a Alí— te ascenderé al cuadro de mandos. — Dado que Alí se lo queda mirando sin comprender, él le aclara—: Tienes que hacer y cumplir todo lo que yo te diga, y más si se tercia. —Alí sigue sin entender—. Tienes que controlar a tus compañeros turcos. Tú estás en buena relación con ellos. Los tienes que vigilar y comunicármelo todo, si alguno arma camorra y va por ahí dándole a la lengua. En ese caso se le pone de patitas en la calle antes de que se haya dado cuenta. Antes de que la manzana podrida pueda pudrir las demás. Los muchachos son más bien de buena pasta, por naturaleza, pero no hay que perderlos de vista, pues cuando menos se piensa organizan una revuelta. Sólo quisiera saber si estás a la altura de esta misión.

Me siento desfallecer. Hasta ese extremo no quiero representar mi papel en modo alguno. Va siendo hora ya de que encuentre el momento de dar el salto. Mi situación respecto a los compañeros y amigos resulta puñetera a más no poder. Aquí no cabe ya el hacerles más guiños. De pronto me siento un mestizo en Sudáfrica, el cual, hasta el momento, había estado de lado de los negros, e incluso luchando con ellos, y ahora los blancos súbitamente lo escogen —precisamente por tener la confianza de los negros— para adiestrarlo como traidor. Una función de guardaespaldas y soplón. Éste es el papel que Adler ha pensado para mí. Y al mismo tiempo el de su mono amaestrado, el de su matón.

—Si es preciso tienes también que emplearte duro, así que te sigues entrenando en lo del kárate —sigue, intentando engatusarme—. Si la cosa marcha, te pondré una pequeña vivienda cerquita de la mía, y más adelante te proporcionaré un coche. Lo único que tienes que hacer es estar siempre cerca de mí, dispuesto a acudir en cualquier momento a mi llamada. La calle Diesel no es un domicilio digno de ti. Ahí acabarás mal. —Adler percibe mi aversión y sigue insistiendo—: De momento nadie te va a lanzar contra tus compatriotas. Ellos, por ahora, me cabrean menos que algunos alemanes que no hacen otra cosa que darme quebraderos de cabeza. Actualmente hay dos que se han atrevido a denunciarme ante los tribunales para sacarme el dinero. Yo te envío a verlos y a *tratarlos*. ¿Has comprendido? Esos dos cerdos de mierda se atreven a calumniarme ante el tribunal. Tú irás a verlos y a *tratarlos* hasta que retiren la denuncia.

Me da el nombre y la dirección de los dos compañeros alemanes que desde hace algún tiempo no están ya con nosotros. Intento aclararle que en la asociación de kárate

hubimos de firmar que no haríamos uso de nuestro deporte salvo en situaciones de propia defensa.

—Exacto —me contesta—, yo me encuentro ya en total situación de defensa propia. Ellos me están amenazando y tú tienes que protegerme. —En vista de que yo (Alí) todavía doy muestras de escepticismo, él transige—: De momento no te metas en el asunto. Al fin y al cabo vivimos en un estado de derecho. Tengo muy buenos abogados y por lo pronto dejaremos que los tribunales se pronuncien. Pero eso sí, si no se me hace justicia, no me quedará otra elección. En ese caso tienes que ir a verlos y *tratarlos*. Yo estoy absolutamente dentro de la ley.

Jürgen K. (26 años de edad) es uno de los dos a los que se supone hay que «tratar» en caso de que a Adler no se le haga eso que él llama justicia. Yo (Alí) tomo contacto con él al cabo de algún tiempo, le prevengo para que tome precauciones, y me entero de que a él, como alemán, apenas si le van las cosas mejor que a mis compañeros extranjeros. Jürgen había estado más de un año sin trabajo; su anterior empleo lo había perdido a causa de unas molestias en las vértebras discales y se había ofrecido a las empresas más importantes del lugar, incluida Thyssen, sin lograr que lo admitieran. Tras leer un anuncio de Adler, se presenta a él.

—En el primer momento no me causó, a decir verdad, mala impresión, no hacía preguntas y sí, en cambio, grandes promesas. Lo único que me preguntó fue: «¿Organizado sindicalmente? ¿No? Bien. Entonces conforme», dijo, y: «Veremos cómo empieza el trabajo», o, «En cualquier caso nos pondremos de acuerdo», y, «Aquí no hay trampa ni cartón, al que trabaja bien hay que pagarle bien».

»Y me preguntó qué idea de salario tenía yo. Le contesté que 13,50 brutos, y él dijo que eso era demasiado para él, que era el salario de un obrero especializado y que como yo venía de otro oficio, no me lo podía pagar. “¿Está usted conforme con 9 marcos netos?”, me preguntó. Hice un cálculo rápido: 9 marcos netos son casi 13,50 brutos, y dije que de acuerdo. “¡Entonces puede empezar conmigo el 24 de enero!” Yo quería que hiciéramos los papeles del seguro de pensiones y todo eso, pero él exigió: “Para un tiempo tan corto como es hasta el 1 de febrero, no vale la pena darle de alta”. Así que hube de trabajar de forma prácticamente ilegal siete días de enero, sin tarjeta de impuestos.

Hasta pasado un mes no se entera de que tampoco después ha sido dado de alta, cuando pide un volante para su hija enferma en el ambulatorio del Seguro de Enfermedad. Hasta el mismo día, 25 de febrero, no se deja caer Adler por el ambulatorio para darle de alta. Los buitres del ramo, como Adler y consortes, basándose en una cláusula que autoriza a las empresas el poder dar de alta con un mes de retroactividad, pueden permitirse el hacer un «posregistro» sólo si ha sucedido algo —accidente o enfermedad—, y, con ello, hacer como si el trabajador hubiera sido contratado de inmediato o desde hace pocos días.

»Sólo poco a poco he ido dándome cuenta de lo enrevesado que es Adler —relata Jürgen—. No soy precisamente de los más vagos. He dado el callo como un loco, y ¿qué consigues al final? 5,91 marcos por hora y ni una prima por horas extraordinarias, turnos de noche y vacaciones. Una pura burla. Y para colmo ni siquiera la liquidación estaba en regla...

»“Sí, normalmente tu dinero está el día 15 —dijo—, abre una cuenta porque yo no pago en efectivo.” Me voy al banco y abro la cuenta. El día 15 el dinero no estaba. El 16 tampoco. Llamo a Adler para preguntarle dónde está el dinero. Y él me dice que ya ha sido librado y que tendría que estar en la cuenta, que estará hoy o mañana. Al día

siguiente vuelvo allá. Pero la cosa llegó a tal extremo que se me acabó el dinero para la gasolina. Mi novia fue quien me llevó siempre al trabajo. No nos dieron nunca ni un penique para el transporte. En resumidas cuentas, ¿cómo llegas ahora al trabajo? Luego mi novia lo llamó otra vez, el día 10:

“Señor Adler, en la cuenta sigue sin haber dinero”. Y él se echa a reír por el teléfono: “Efectivamente, es que al banco no puede llegar nada”. “¿Cómo? —dice ella—. ¿Que no puede llegar nada al banco?” “Así es —contesta él—, pues el dinero se lo he dado a un compañero de su marido.” “¿Y eso?”, pregunta mi novia. “Se lo di a él, pero hoy no podrán encontrarle, hace jornada prolongada.”

“Entonces me puse a correr como loco por toda la factoría, en busca de Walter y el sobre del salario. Es el futuro cuñado de Adler, ¡el que se había ido a pasear con mi dinero! Y lo encuentro, justo al salir de cambiarse, lo de la jornada prolongada era pura filfa, terminaba a las dos de la tarde en punto. Le digo: “Walter, ¿tienes tú mi sobre con el salario?” “Sí”, dice él, y me da un recibo: “Firma”. “No —digo yo—, mejor contamos primero el sobre.” En el sobre había 610 marcos correspondientes a febrero. Había pagado 79 horas. ¡Pero sólo a 9 marcos brutos! ¡Cuando lo que yo había trabajado eran 126 horas! ¡Faltaban más de cuarenta horas! Entonces me eché a las barricadas y le dije: “¡Esto no puede ser!”. “El mes que viene cobras el resto —me consoló él—, y además aumento de salario.”

»Y al mes siguiente el mismo juego.

»Pueden hacer con nosotros lo que quieren. Me presionaron: o haces turno doble, o mañana no vengas. O iba a la fundición y el jefe de cuadrilla me decía: “¿No te llamó el patrón? Hoy no hace falta que vengas”. Y ahí me tienes volviéndome a casa.

»Y a la inversa: vuelvo a casa a las once de la noche de un turno doble en ATH y me encuentro con que Adler me ha dejado un billete de ferrocarril y tengo que ir inmediatamente a Hamburgo en un tren que sale a las doce y media de la noche. Llego a Hamburgo a las siete de la mañana —nada de literas y, con el tren abarrotado, no pude dormir—, me paso ocho horas trabajando en BAT (fábrica de cigarrillos) y me mandan de nuevo a Duisburg. O sea, que me pasé mis buenas 26 horas de pie, sin una hora para poder dormir.

Jürgen me enseña el correspondiente cómputo de horas trabajadas, rubricado, en cada caso, por los jefes de cuadrilla o los capataces. En el mes de marzo, continuamente turnos de 16, 17 horas y media, 14 y 20 horas y media, uno tras otro.

Alguna que otra vez se le conceden magnánimamente unas horitas para dormir. Así el 12 de marzo: de 6 de la mañana a 10 de la noche trabajando sin parar (16 horas), en seguida a casa a dormir hora y media, y a las 0,30 h comienza el nuevo turno y a currar sin parar hasta las 21 h del día siguiente (20 horas).

»Dos días después otra vez turno doble desde las 16 h hasta las 14 h del día siguiente (22 horas). El 18 de marzo empieza a las seis de la mañana hasta las 14 h (lo normal son ocho horas), hasta que llega uno a casa se han hecho ya las 15,50 h. Duermes hasta las 20 h (4 horas y media), comes algo rápidamente y nuevo turno que empieza a las 21,30 h y dura hasta las siete de la mañana (9 horas y media), duermes desde las 8,30 hasta las 14 h (5 horas y media) y otra vez a trabajar desde las 16 hasta las 14 h del día siguiente de un tirón (22 horas).

»Siempre estábamos tragando quina —dice Jürgen—, pero pensé: tengo trabajo y si no lo tuviera sería peor. Y cuando el jefe de cuadrilla le necesitaba a uno, te preguntaba, oye tú, ¿haces jornada prolongada? Desde el principio lo dejé bien claro: si tenéis algo que hacer el sábado o el domingo, dímelo, gano tan poco que tengo que hacer turnos, si no el dinero no me llega. La mayor parte de los demás, los turcos —en Adler no había

casi más que turcos— aún lo pasaban un poquito peor. Con ellos la cosa era simplemente: ¡vas a hacer jornada prolongada! Y si no la haces, mañana no vuelvas por aquí, ¿qué digo “mañana”? ¡Te puedes largar ahora mismito!

Rara era la vez que Jürgen lograba ver la cara de su jefe.

»Por principio, dice que no está, puesto que siempre está engañando a todo el mundo. Lo vi una vez cuando la contratación, otra en la obra y otra más en la citación judicial. Sólo cuando te necesita te llama y te dice a gritos: “¡Tienes que trabajar esta noche, otra vez turno especial!”. Jamás te dice “¿puedes?” sino “tienes que”. Y si le dices que no, ya sabes lo que eso significa para ti: “¡Se acabó, fuera, a la calle!”. Era un trabajo para esos reos que se han cargado a sus padres o a sus hijos...

Jürgen prosiguió:

»Estuvimos metidos en los intercambiadores térmicos. Había que limpiar las espirales. Caliente y polvoriento. Polvo alcalino, venenoso. Tres hombres estuvimos dale que te pego todo el santo día. Los compañeros de Thyssen nos preguntaban: “¿Cómo es eso? ¿Es que no os relevan nunca?”.

»Había de treinta a cuarenta grados. Y cuanto más te acercas a las espirales, más calor hace. Las limpiamos todas a mano, a fuerza de golpear con unas barras. Había depositados restos de escoria que por lo general se van por la chimenea, pero esta vez se habían licuado.

»La cosa estaba ya dura, a prueba de bomba. Justo debajo del horno bajo. ¡Si hubieras estado allí 16 horas, con aquel calor achicharrante, sabrías lo que es bueno! Éramos tres hombres, una cuadrilla. Los otros estuvieron dos veces en el botiquín, y yo una vez, pues se nos pusieron los ojos hinchadísimos y enrojecidos de todo el polvo que había allí, sin máscaras, sólo mascarillas respiratorias permeables, pero no máscaras completas. Además allí dentro no hay tiro alguno para que salgan los humos, como sería lógico que hubiera, el aire y toda la porquería se quedan estancados, y desde luego no puedes salir forzosamente corriendo de allí cada dos minutos. Y sobre todo: a las dos del mediodía teníamos que terminar aquello sin falta, para que luego llenaran la cosa de gas. Así que estuvimos trajinando de lo lindo. Una vez durante 36 horas a lo largo de dos días. Y luego alternando continuamente:

un día allá abajo, con el calor achicharrante, y al día siguiente estábamos al aire libre en pleno invierno, en una ocasión con veinte grados bajo cero. Estuvimos picando como locos. Me afectó muchísimo a las vértebras discales, también por las constantes diferencias de temperatura. Muchos días me iba arrastrando de rodillas, del dolor que tenía en la espalda, pero necesitaba el dinero. Y luego también en invierno, en una plataforma de servicios como aquella, llena de cieno de carbón, tuvimos que limpiar las cintas transbordadoras sobre las que corre el coque. Apenas podía moverme. Un compañero turco se rompió algo, un brazo, debido a que todo estaba helado y resbaló. Al cabo de seis semanas se incorporó plenamente al trabajo. Nadie se preocupó de su lesión.

»Cometí el mayor de los errores, el haberme marchado de la minería. Antes estuve en una mina y me ganaba el dinero más rápido y más fácil. ¡Si se compara, la mina es un regalo! Bajo tierra, con un cilindro de decantación, es un trabajo bomba, en comparación! De vez en cuando tienes que arrear, claro, si surge alguna pejiiguera, pero en Thyssen todo fue siempre una pejiiguera, y desde luego se hacía todo a mano. Dos hombres teníamos que arrastrar barras de hierro que pesaban lo indecible, y todo porque resultábamos más baratos que una grúa.

Gracias a la táctica dilatoria de Adler, por nueve semanas de ímprobo trabajo Jürgen recibió 861 marcos. No le llegaba para alimentar a su familia (dos niños pequeños). Por

consideración a él, su madre se puso a trabajar de asistenta, «de lo contrario nos habríamos muerto de hambre. Tuve que contraer deudas. Deudas Por aquí, deudas por allá, y sigo teniéndolas».

Jürgen no tuvo más remedio que dirigirse a la beneficencia social: «Al principio me dieron 500 marcos al mes, pero con la obligación de devolverlos. Me dicen: “¡Por fin tiene usted trábalo”. Y yo me pregunto, ¿de dónde devolverlos?».

Ya en febrero, Jürgen cree haberse percatado del juego humanamente indigno de Adler, a quien le expone su intención de denunciarlo. Pero Adler le hace nuevas promesas:

»“—Si las cosas siguen como hasta ahora, yo me largo.

»—Mira, vas a cobrar 12 marcos netos, ¿sabes? —me responde.

»—Eso es hablar, así que el próximo lunes paso a cobrar —le replico.

»—Sí, seguro, en propia mano. El resto lo recibirás después”.

«Jamás vi el dinero —concluye.

El 20 de marzo Jürgen se marcha.

»Me despedí telefónicamente, y luego, al otro día, por escrito, haciendo constar que en caso de que no se me abonara mi salario, pondría una demanda en la magistratura del trabajo. A lo cual no hubo ninguna reacción. Una vez más intenté hablar con él por teléfono, pero me salió el contestador automático y le dejé mi mensaje. Ninguna reacción. Unos días más tarde le volví a llamar a su casa y él preguntó “¿Quién es?” y yo le digo, “Jürgen K.”, y él dice: “Hable usted con mi abogado”. Así que acudí a los tribunales. Al tribunal de trabajo. La primera citación fue algo espantoso. En primer lugar, Adler se consideró demasiado importante para dignarse comparecer. Y por otro lado yo me sentía como el acusado. La vista duró dos minutos y medio, y ya estaba yo fuera otra vez. Lo único que me dijeron es que había acusado a una empresa equivocada. Yo pregunto: “¿Y eso?”. Y ellos me contestan que no existe ninguna “Adler-Heisterkamp, Sociedad en Comandita”, en Oberhausen. Yo les replico: “Un momento, eso no puede ser, tengo aquí la hoja de liquidación, Adler-Heisterkamp”. Pero ¿qué hacer, cuando no estás muy ducho en cuestiones jurídicas, y además no tienes abogado?: ¡estás jodido! Para salir de apuros, semejante tipejo no tiene más que declararse en quiebra. En seguida cogí un abogado, pero eso supone gastos. Al parecer no puedo ya recibir ayuda para los costos procesales, porque he vuelto a trabajar. De modo que me pueden caer encima sus buenos mil marcos por gastos de abogado. Del arreglo al que hemos llegado últimamente, quedan quizá sólo unos cientos. Un mercachifle tan falto de escrúpulos como Adler siempre saca la mejor tajada, incluso ante los tribunales.

»Y ahora, en la última vista, viene y me pone de vuelta y media, que yo era un embustero, que la hoja de horas estaba falsificada. Yo hice que mi jefe de cuadrilla me firmara las horas, y además por partida doble, uno para la empresa Remmert y otro para mí. De lo que quedaba de manifiesto que en marzo —en febrero no llegué a ser tan prudente— trabajé 129 horas, sólo hasta el 20 de marzo, y de ellas 36 horas seguidas en pie.

»En mi tarjeta de impuestos, que hube de presentar ante el tribunal, había consignados sólo, figúrate, 434 marcos brutos. Sin sello de la empresa. Todo lo demás se lo había quedado él. Ante el tribunal se condujo como si fuera el juez supremo. Entonces el juez lo amonestó, y él soltó una diatriba contra los jueces profanos: que como empresario podía desde ya declararse culpable, puesto que de todos modos no se le hace justicia. O como me dijo a mí: “¡Embustero..., falsificador de documentos!”.

»Mi abogado me aconsejó llegar a un acuerdo porque si no el proceso podía durar meses o quizá incluso años. Y yo necesito el dinero. En vez de los 2.735 marcos

pendientes, sobre la base de un salario por horas de 9,50 marcos brutos —pues lo otro él no lo declaró por escrito, sino sólo de palabra— me avine al pago atrasado de 1.750 marcos.

»Y después de la vista del juicio tuve que enviarle otra vez a Adler la tarjeta de impuestos, que todavía no me ha devuelto, y eso que ha pasado casi un mes. Y tampoco he recibido ni un penique de lo acordado. Tiene que pagar ahora los atrasos de las cargas sociales y las cuotas de la caja de pensiones, y se toma su tiempo. Pero ni siquiera le ponen un proceso criminal. La magistratura de trabajo le trata como a un honorable caballero sólo un poquito desordenado. ¡Y uno, a hacer el primo!

»Todo el mes de abril sin tarjeta de impuestos, sin cartilla del seguro, y además la mitad del mes de mayo. Hablé también con la firma Remmert para ver si me contrataban, y me dijeron, vale, puedes empezar con nosotros, pero tienes que traernos tus papeles y todo arreglado. El caso es, sin embargo, que no tenía los papeles, los tenía Adler. Entonces me agenció un duplicado de tarjeta de impuestos y me voy con ella a la empresa Remmert, pero él me dice, no, así no puede ser, tú has trabajado ya para nosotros y por lo tanto tienes que tener la tarjeta de impuestos original. Yo creo que eso no son más que pretextos y que están conchabados con Adler.

»En mi opinión, al señor Adler todo le ha resultado una enorme ganga. Seguro que habrá nuevos tontos que se dejen timar; en los periódicos ya puede verse otra vez: “Adler, montajes industriales, busca...”. Simplemente no sé cómo se las arregla para mantener la gente en el trabajo, ¡no lo entiendo! Ante la magistratura del trabajo confesó abiertamente: “No he dado empleo a nadie que gane más de 9 marcos brutos”.

Para Jürgen hay un pequeño consuelo:

»Hay extranjeros a los que todavía les va peor. Adler, por ejemplo, tenía a pakistaníes trabajando para él por 6 marcos brutos. No tenían permiso de residencia.

Los siguientes testimonios de compañeros turcos ejemplifican las prácticas de Adler y la extremada peligrosidad del trabajo:

Hüseyin Atsis (56 años de edad), quien ya en Turquía hubo de realizar los peores trabajos de limpieza, tiene, en relación con su empleo en la empresa de Adler, esta sensación:

—Trabajar en Siberia tiene que ser mejor que hacerlo aquí.

Afirma también que, anteriormente, jamás había visto «puestos de trabajo más peligrosos»:

»Por ejemplo, en el horno recientemente construido en Hamborn tuvimos que bajar cargados con esos tubos desde la séptima planta. Me acuerdo de cómo bajábamos entre dos uno de esos tubos. Teníamos que tener un cuidado espantoso, pues sabíamos que en ello nos iba la vida.

«Tuvimos que trepar a lo alto de una grúa de unos 70 metros y recoger el polvo allí depositado, meterlo en sacos de 50 kg y bajarlos a cuestras. Era muy peligroso y muy sucio. Una vez le pregunté al capataz por qué tenía que hacer yo siempre este trabajo, y me dijo: “Bueno, es que al menos tú estás asegurado, tienes tus papeles, en cambio los demás no tienen seguro. Si te ocurre algún accidente se podrá hacer algo por tí”. Entonces me dijeron que Adler sólo tiene unos pocos obreros trabajando legalmente, sólo unos cuantos que están asegurados como es debido.

También *Hüseyin Atsis* hubo de correr en pos de su salario. Y cuando al fin, tras un constante presionar, consiguió que le fuera abonado, con retraso y a plazos, la suma total quedaba por debajo de lo que cabía esperar en razón de la remuneración por horas

convenida y de las continuas horas extraordinarias. En vez de los 10 marcos por hora acordados sólo habían sido contabilizados 9, deduciendo de ello, además, unas nada transparentes tasas. Por 184 horas de trabajo Hüsseyin recibió únicamente 724 marcos con 28 peniques:

»Cuando cobré el dinero me dije, está claro que con esta gente no te puedes meter, y a lo mejor, para hacerte daño, hasta te expulsan. Así que, me dije, lo mejor será que procure que me dé mis papeles y conformarme con el dinero. Pero él me dijo: “Los papeles no te los doy”. Me dijo: “Primero tienes que firmarme que has visto satisfechas todas tus reclamaciones. Sólo entonces te entregaré tus papeles”.

Sait Turnen (25 años de edad) y Osmán Tokar (22) tuvieron experiencias similares. Sait Turnen:

—Había trabajado ya tres meses para Adler sin que en todo ese tiempo me hiciera una liquidación como es debido, limitándose siempre a darme 100 marcos en una ocasión o 200 en otra, cuando el hecho es que yo había trabajado casi todos los días. Continuamente les pedía dinero prestado a los amigos, para poder vivir, diciéndoles que se lo devolvería en seguida, en cuanto Adler me pagara, pues él me decía que con toda seguridad me pagaría en los próximos días. Dado que me era imposible devolver lo que debía a mis amigos, éstos pensaron que los estaba engañando, y dejaron de hablarme. De modo que perdí a mis amigos. Entonces intenté encontrar trabajo en otro sitio. Pero me exigían los papeles, y si no, no había trabajo. Me fui a ver a Adler para decirle que tenía un nuevo trabajo, pero sólo con mis papeles, y que quería el resto de mi dinero. Y Adler dijo: “Te daré tus papeles sólo si me firmas que no vas a recibir de mí más dinero”. Reflexioné: si en los próximos días no presento los papeles, no me darán el nuevo empleo. ¿Qué hacer? Y mi nuevo jefe tiene buena amistad con Adler. Así que le firmé que no me quedaba nada por cobrar. El papelito estaba ya escrito a máquina. En él se lee:

“*Certificación:* Por la presente certifico que no abrigo ningún tipo de reclamación sobre mis prestaciones laborales, desde un principio concertadas a plazo fijo, en la empresa Adler-Montajes Industriales Sdad. Ltda”.

Osman Tokar:

—Cada semana Adler nos quitaba unas horas, así que fuimos a verle para hablar sobre el particular, en vista de lo cual nos dijo: “Lo que falta se os dará en la próxima liquidación”. Pero no se nos dio. Volvimos a verle, y él dijo: “La próxima vez, la próxima vez”, y siempre nos despachaba. Cuando fui ya verle otra vez, me dijo: “Si no quieres trabajar por los 9 marcos y el 40 % de deducciones, lo único que tengo que hacer es poner un anuncio en el periódico y al día siguiente tengo a mil personas delante de la puerta. Alegraos de tener trabajo, que no sois más que extranjeros”, nos dijo.

Tokar informa también sobre condiciones de trabajo nocivas para la salud:

»Tuvimos que trabajar en unas instalaciones en donde la visibilidad era casi nula, por el polvo que había, y donde no podíamos respirar. Era espantoso. Al cabo de unos días me entraron unos dolores horribles y unas punzadas en el corazón y en los pulmones. Entonces vino un compañero de Thyssen y dijo que el polvo de hierro era peligrosísimo, que allí podía morirme y que tenía que lograr que el jefe me diera en seguida una, máscara antipolvo. En vista de eso me fui al capataz de Thyssen, quien no me dio la máscara y me dijo que la cosa no era para tanto, que en vez de andarme con tantos remilgos lo que tenía que hacer es seguir trabajando. Y nos apretó las clavijas a base de bien: que si no terminábamos en veinte horas, tendríamos que quedarnos allí y continuar trabajando. Que no nos dejaba salir.

»Al terminar la jornada me fui en seguida al médico, pues tenía una tos espantosa, y el médico me examinó y me preguntó inmediatamente dónde trabajaba. Yo le dije: “en Thyssen, para una subempresa contratista”, y entonces me preguntó en qué estaba empleado, si había gas o polvo de hierro o alguna cosa peligrosa para los pulmones. Y yo le contesté que era polvo de hierro. Entonces él dijo que yo no era el único de los de Thyssen que acudía a él con ese tipo de problemas. Y que si quería curarme de verdad lo que tenía que hacer era buscarme otro trabajo. Y me recetó unas medicinas.

La radiación

En realidad me aguarda todavía (a mí, Alí) un empleo en la central nuclear de Würgassen, la planta atómica más antigua —su puesta en servicio data de 1971— y la que más particularmente se halla necesitada de reparaciones. Se busca gente de confianza para la revisión anual y se prefiere contratar, sobre todo, a extranjeros, especialmente a turcos, supongo que por su nomadismo.

En la República Federal no hay conocimientos científicos exactos acerca de las consecuencias tardías que producen las dosis pequeñas de radiación. La mayoría de los extranjeros que, integrados en las cuadrillas de reparación o limpieza, son enviados a la zona caliente, donde la radiación es especialmente intensa, no aparecen en las estadísticas si al cabo de años o decenios enferman, o mueren, de cáncer de testículos, próstata o glándula tiroides. Entonces viven en otras ciudades o en alguna remota región de su patria, a la que han regresado, y nadie pregunta si hace mucho tiempo realizaron algún trabajo relativamente ligero y limpio durante unos días, semanas o meses en cualquier central nuclear alemana. Estas son precisamente las razones que llevan a los gestores de las centrales termonucleares a estar interesados en arreglárselas con una plantilla relativamente pequeña de empleados fijos y propios. Para los trabajos hasta cierto punto peligrosos recluían sistemáticamente y por breves espacios de tiempo, a través de las subempresas contratistas de mano de obra, a gente nueva que, en pocas horas o días, a veces incluso en segundos, reciben la dosis máxima anual de radiaciones, 5.000 milireh.¹⁰ Obreros turcos y alemanes me han dejado constancia de que aceptaron trabajar por un salario de 10 marcos a la hora.¹¹

Uno de los que en su día estuvieron allí informa: «Si hay una avería, por regla general son los turcos los que tienen que intervenir. Son enviados a la zona caliente, irradiada, como *saltadores*, y han de aguantar allí hasta recibir la dosis anual de 5.000 milireh. Puede ser cuestión de horas, pero en casos extremos puede serlo también sólo de minutos o incluso segundos. Los compañeros lo llaman *cremación*»¹². Por lo común, los afectados son «bloqueados» durante el resto del año. «Pero a pesar de ello —me explica uno—, hay maneras de seguir trabajando en otro lugar.» El cómo no quiere revelarlo. «De lo contrario no encuentras otro trabajo en ningún sitio.»

A fin de experimentar por mí mismo y desde dentro esas condiciones de trabajo susceptibles, bajo ciertas circunstancias, de poner en peligro la vida, y a fin de poder aportar pruebas concluyentes, yo (Alí) me ofrecí a Wurgassen. El problema es que hay un control de seguridad previo. Di el nombre y la dirección de mi doble, así como todos los domicilios de los últimos diez años, con objeto de que los servicios secretos territoriales no pudieran husmear y hacer comprobaciones. Las computadoras del empadronamiento esfuerzan su «memoria de elefante»: ¿Participación en manifestaciones? ¿Actividades de otra índole? También se hace intervenir al BKA.¹³ Semejante control dura, por lo general, seis semanas, y hasta tres meses en casos excepcionalmente complicados. En el mío —es decir, en el de mi doble— las investigaciones eran, al parecer, más minuciosas, ya que al cabo de dos meses no se había producido aún ningún resultado, ni positivo ni negativo, aunque ello acaso se deba

10 Rem = rontgen equivalent man. Unidad de cantidad de radiación recibida por un cuerpo humano (reh en castellano). (N. del T.)

11 Los informes de los interesados e informantes están bajo forma de declaraciones juradas.

12 Los científicos independientes de la industria termonuclear temen que una dosis tan alta, inferida en un tiempo tan breve, sea susceptible de desencadenar, como secuela a largo plazo, radiocáncer. (También en los comienzos de la era Röntgen se situaba demasiado alta la carga de radiaciones que se suponía tolerable.)

13 Departamento Federal de Investigación Criminal. (N. del T.)

a que era época de vacaciones. Sea como fuere, el retraso me vino de perlas a fin de abordar el tema de forma distinta a como lo había planeado. (Un médico amigo mío, radiólogo y experto en radiaciones, a quien había puesto en antecedentes de mi proyecto de exponerme, en mi calidad de «turco», a las radiaciones de la central nuclear, me había advertido insistentemente contra ello. Mi estado de salud —la bronquitis crónica originada por el polvo de Thyssen y también el debilitamiento general como consecuencia de los ensayos de medicamentos— se encontraba ya francamente afectado. Exponer ahora, por añadidura, el cuerpo a la radiación supondría, en su opinión, la posibilidad e incluso la probabilidad de una lesión duradera causada por los rayos.)

Si bien no es que precisamente me encuentre en un estado de chispeante euforia vital — al contrario, me siento bastante acabado, puesto que cada vez me he ido identificando más con el papel que represento, y la casi desesperada situación de mis compañeros y amigos me deprime más y más—, lo cierto es que tengo miedo de consumirme durante un espacio de tiempo demasiado largo, corroído por un radiocáncer. Y temo también una lucha contra la muerte que acaso se prolongue durante años. «Eso puede darte la puntilla», me advirtió mi amigo el radiólogo. Admito que en este caso soy cobarde y me mantengo al margen, sobre la base de mi situación de privilegio. Cientos y miles de trabajadores extranjeros, a los que se ofrece esta posibilidad de trabajo, tienen forzosamente que poner en juego su salud, y en ocasiones incluso su vida, aun cuando se hallen en condiciones físicas todavía peores. Lo más atrayente estriba en que el trabajo no está ligado a esfuerzos físicos, de modo que incluso los enfermos, los entrados en años y los totalmente extenuados no ven inconveniente en llevarlo a cabo. A esto hay que añadir el que la mayor parte de los extranjeros generalmente no obtienen información acerca de la especial peligrosidad de este trabajo. Yo mismo (Alí), cuando me presenté en la central para solicitar el empleo e inquirí expresamente: «¿Trabajo no será peligroso?», fui tranquilizado por el jefe de personal: «¡No más que lo habitual en la industria!».

Los testimonios de algunos testigos dan fe de cómo es realmente el trabajo en Wurgassen.

Frank M., jefe de cuadrilla en Wurgassen:

—Por un lado, es un trabajo en el que se puede ganar dinero rápido y fácil. Yo, como jefe de cuadrilla, en mi última liquidación me saqué 2.500 marcos netos. Por otro lado, yo allí no trabajaría más de cinco años. Aunque perdiera el empleo. Al cabo de cinco años prefiero darme de alta en el paro. La carga radiactiva es demasiado alta, dado que la planta es excesivamente vieja. Se trata, además, de un reactor de agua hirviendo, y eso hace que la radiación sea aún mayor que en los reactores de agua a presión. En mi opinión, allí están contaminadas hasta las tazas de café. Con sólo entrar allí el dosímetro marca ya 10 milireh, y eso antes de haber empezado a trabajar.

El dosímetro es un aparato de medición que todo el mundo tiene la obligación de llevar en la «zona caliente». Señala la radiación que se origina a lo largo de un día en el lugar de trabajo. Pero lo cierto es que, por miedo a no poder fichar el suficiente número de horas, con frecuencia es manipulado.

Un antiguo trabajador de Würgassen dice:

—El control es discrecional, eso desde luego. Puedes quitarte el dosímetro y dejarlo, por ejemplo, en el armario y nadie se percata. Nadie se preocupa. Mientras estuve trabajando en Würgassen nadie me preguntó por ello. Donde no hay nada, tampoco puede registrarse nada con el aparatito... De la subempresa Reinhold y Mahier sé que había un cacharro en funcionamiento: habían puesto a trabajar a un montón de yugoslavos, más o menos dieciséis hombres. Todos ellos estaban allí ilegalmente, sin

papeles. A menudo sucede que no son muy estrictos en lo que a las medidas de seguridad se refiere. Cuando la cosa saltó, tuvieron que largarse. Fueron retirados discretamente. En Grohnde, por ejemplo, de todos los soldados que andan por allí, quizá el veinte por ciento, a lo sumo, sean alemanes. Los demás son extranjeros.

Y Frank M. prosigue:

—Nuestra subempresa tiene más o menos 2.500 personas, de las que por lo menos 1.500 son extranjeras. Hacen allí su trabajo y, cuando se ha terminado, se las despide. La mayoría no están más que unas semanas. La mayor parte de esa gente resulta «quemada». Se meten allá y reciben una determinada cantidad de radiaciones. En la empresa donde yo trabajo hay jefes de obra, jefes de cuadrilla, y éstos por lo general permanecen más tiempo. Todos los demás sólo están muy poco. Si tienen un contrato de trabajo a plazo fijo, que cubre una revisión, creo, y al cabo de dos semanas reciben de lleno la cuarta parte de la dosis anual, el personal de protección contra radiaciones de la planta les dice: «Vosotros no venís más», y los despiden. Tenemos también muchos turcos que han venido en avión desde Turquía sólo por un breve espacio de tiempo extra, y que tienen que soldar hasta que reciben la dosis de radiación completa. Cuando se necesitan soldados y tienen que trabajar en la zona de radiaciones, donde para mí que la dosis por hora es de 1.000 milireh, se les pone a trabajar dos horas y luego se les releva y se les manda a casa. Entonces entran los otros, que trabajan otras dos horas, y si reciben 2.000, se tienen que marchar también a casa. Allí siempre se están haciendo relevos, hasta que el trabajo se termina.

»Por lo general las cosas suceden de la siguiente manera:

cuando vienen los trabajadores extranjeros no tienen ni idea de por qué tienen que parar de trabajar al cabo de dos días o de dos horas. Lo único que se les dice es: están ustedes bloqueados y ahora tienen que marcharse a casa.

En cuanto a las labores de limpieza en la pila del reactor, Frank M. está en condiciones de proporcionar la siguiente información:

—Cuando la planta se para, se procede al cambio de, por término medio, un treinta por ciento de las barras combustibles, las cuales entran a continuación en las pilas de almacenamiento. Y allí se quedan durante un año, para que se les reduzca la radiación. Las barras que se cambian tienen agua dentro, y allí tiene que haber siempre gente nuestra con la obligación de mantener limpio el suelo alrededor de la pila, a fin de que la contaminación (irradiación indirecta, G.W.) no se extienda por toda la planta. Luego uno trabaja directamente junto a la pila, mientras otro lo sujeta, vamos, lo tiene sujeto con una soga, pues si alguien se cae en la pila hay que sacarlo antes de diez segundos, ya que en el agua no se puede nadar.

Y el trabajador yugoslavo Dragan V.:

—Cuando me contrataron no me dijeron nada sobre el peligro de radiación. Sólo me dijeron: mi dosis trimestral es de 2.500 milireh, y la anual, 5.000. Otra cosa no me dijeron. Nadie dijo nada sobre qué clase de peligro existe, ni si hay o no peligro.

El 20 de agosto de 1982, catorce trabajadores de firmas extranjeras recibieron tan intensas radiaciones al proceder a la sustitución de un denominado «filtro de arena» en el dispositivo de escape de gases, que hubieron de ser trasladados a una clínica de Dusseldorf especializada en radiaciones. La dirección de la central ordenó un riguroso silencio sobre el suceso. He aquí el acta levantada por un trabajador que vivió este accidente en Würgassen:

—Cada vez que trabajo allí tengo miedo. Sobre todo desde el accidente. Al principio hicieron un *bloqueo temporal*. Luego tuvieron a la gente trabajando allí media hora. Y luego, de pronto, bloqueo total. Nuestros pulidores estaban a siete metros de profun-

didad. Los demás estaban todos sentados en la escalera. Se vino abajo un compartimento, toda la cosa abajo. En el compartimento tenían su cajón de herramientas, del que salían cables, y la puerta, claro, estaba abierta. No se dieron cuenta de nada hasta que llegó el pleno bloqueo. A la salida iban a pasar por las máquinas automáticas, por los monitores (que miden la carga de radiación, G.W.). Pero resultó que estaban completamente contaminados.

»Entonces se armó una buena: tuvieron que ducharse y volverse a duchar, pero no había nada que hacer. Los demás estábamos ya fuera, y ellos seguían en la ducha. Hasta las tres de la tarde se estuvieron duchando y casi arrancándose la piel a fuerza de frotarse. Desde las once y media. Al final salieron a las tres. Nosotros volvimos a entrar poco antes de las tres. Podíamos volver a trabajar. Sólo la sala de máquinas y la entrada de la vía férrea estaban todavía bloqueadas. Al día siguiente, sábado, volvimos a trabajar, pues nos faltaban horas por hacer. Así que toda la gente se metió otra vez allí, y luego a ducharse hasta el mediodía. Desde las siete de la mañana hasta las doce. Pero la contaminación no bajó nada, y luego, el lunes, a Dusseldorf, a la clínica de radiaciones. Pero lo único que hicieron allí fueron mediciones, y nada más. Y a partir de entonces casi todos fueron bloqueados para el resto del año.

El trabajador alemán Host T. tuvo también un accidente:

—Un día, en la cámara de condensación, me hice un desgarrón en el traje protector, en el *overall*. Cuando, terminado el turno, pasé por los monitores, se encendió la caja entera, de arriba abajo. Pensé, ¡no es posible! Después me duché. Casi dos horas. Continuamente ducha, monitor, ducha, monitor. Después ya ni me sequé el pelo con el secador. Se mete eso en los poros y ya puedes estar frotándote horas y horas. Me dijeron que había recibido en total 2.800 millireh. Pero ¿cómo voy a saber si eso no ha ocurrido en muchas otras ocasiones? Luego, simplemente, me despidieron. Presuntamente por faltar al trabajo. Adujeron también que no era apto para esa actividad. Entonces quise que me dieran mi cartilla de radiaciones, en la que hay que ir apuntando todo lo que recibes. Después de mucho tira y afloja acabaron por entregármela... pero no había nada registrado. Me dijeron que tenía que enviarla a Kassel, a la subempresa. Así lo hice. Y a los quince días me llamaron para preguntarme si quería empezar otra vez. Actualmente me han dado una nueva cartilla de radiaciones. La he mirado, tenía que firmar, y resulta que estaba en blanco, no había absolutamente nada registrado, como si jamás hubiera trabajado...

Sólo poquísimos empleados pueden ver las cartillas de radiaciones, las cuales están prescritas por la ley y sirven como comprobante de las contaminaciones. Las cartillas se quedan en las oficinas de la correspondiente subempresa y, de vez en cuando, se pierden o muestran valores «arreglados», si las autoridades vienen a inspeccionar. Los subjefes, a su manera, se hacen responsables de su gente.

La industria del átomo minimiza, a la menor oportunidad, el peligro originado por un constante contacto con menores o mayores cantidades de radiactividad. Quien, por ejemplo, entra en la central nuclear de Würgassen para trabajar en la «zona caliente», es «ilustrado» por medio de un videofilme a todo color: «La radiación es comparable a la luz del sol», informa un dicharachero locutor de la división de filmes publicitarios. Y en la pantalla surge, rutilante, una bronceada muchacha tendida sobre la arena de alguna playa de los mares del Sur, bajo una sombrilla desplegada. Los obreros cuentan cómo les quitan el miedo los jefes de cuadrilla: «Es la misma intensidad de radiación que en el Báltico cuando te pasas un par de semanas de vacaciones». El relajado lema würgassiano, repetido unas cuantas veces en cada «filme ilustrativo» es, en definitiva, el siguiente: «Evitar toda carga de radiación innecesaria, y soportar lo menos posible las cargas *inevitables*».

De hecho, la industria tiene calculado de antemano un determinado porcentaje de muertos. Sobre el papel. Lo que nadie controla es lo que realmente les sucede a las personas. La doctora Inge Schmitz-Feuerhake, de Bremen, especialista en investigaciones radiológicas, afirma:

—Hoy sabemos que toda dosis de radiación, sin que importe lo grande o lo pequeña que sea, puede resultar nociva, siendo susceptible de originar, o bien un cáncer provocado por la radiación, o bien una lesión genética en la descendencia. Lo traicionero de las lesiones ocasionadas por la radiación es, en efecto, el que con frecuencia las mismas no se presentan hasta muchos, muchos años después de recibir la radiación, es decir, a menudo al cabo de veinte o treinta años. La técnica nuclear en la República Federal no lleva tanto tiempo en funcionamiento como para que actualmente sea posible estudiar sus consecuencias.

En la República Federal, la seguridad en las centrales atómicas (y también en el puesto de trabajo) es competencia de la Unión de Supervisión Técnica (TÜV). El Instituto para la Investigación de Accidentalidad, anejo a la TÜV territorial del Rin en Colonia, cursó al Ministerio Federal del Interior un informe sobre «Factores humanos en una central nuclear», que hasta la fecha jamás ha sido publicado. En dicho informe, los expertos de la TÜV estudian los «problemas» que se originan en virtud del empleo del llamado «personal foráneo» en las centrales atómicas, por supuesto los problemas que surgen para la industria, no los que existen para las personas:

«En primer término, se producen problemas en la colaboración con personal auxiliar no cualificado proveniente de empresas prestatarias de servicios, el cual es empleado — particularmente en trabajos sometidos a intensas radiaciones— por miramiento hacia el personal propio. Este personal, según declaraciones de los directivos, se siente a menudo escasamente motivado y se muestra reacio al trabajo...».

Lo que nada tiene de extraño. ¿Quién se mete alegremente en una central nuclear? Y en efecto, en otro pasaje se lee: «...es impensable la renuncia a las prestaciones foráneas, habida cuenta de las tareas planificadas en vías de ejecución». Se originaría con frecuencia una «carencia de personal motivada por la carga de radiaciones y la limitación de capacidad de utilización del personal propio que la misma conlleva». Además: «Las dosis de radiación toleradas, a menudo son absorbidas en un muy breve espacio de tiempo (pocos minutos)». Más adelante se lee: «La misión del personal propio —especialmente en aquellos trabajos que entrañan exposición a las radiaciones, en los que lo importante es la rapidez y la precisión— consiste en iniciar adecuadamente en los mismos al personal foráneo... Una minuciosa iniciación resulta con frecuencia imposible (dada la alta radiación), o bien los gastos resultan desproporcionados o quedarían desvirtuados los fines de la utilización de personal foráneo». El instituto TÜV afirma tajantemente : «La mayor parte del personal foráneo empleado, por lo general, carece de experiencia ante esta peligrosidad... El deficiente conocimiento de los dispositivos y sistemas tiene aquí una incidencia negativa adicional, por cuanto se hace imposible una estricta supervisión allí donde el personal foráneo es utilizado precisamente en beneficio (para la limitación de las dosis de radiación) del personal propio... El confiar al personal foráneo tareas expuestas a radiación intensiva es susceptible de ocasionar comportamientos imprudentes, favorecidos por un sentimiento de desvalimiento ante un peligro desconocido y de gran alcance».

¿Quién podría, sin embargo, demostrar al cabo de tanto tiempo, el que un cáncer mortal procede de haber estado trabajando en la «zona caliente» de una central atómica? Los obreros de las subempresas son sometidos a examen sanitario antes, no después, al terminar su trabajo. ¿Asesinato a plazos? En secreto, sin testigos, sin pruebas, en masa. En las plantas nucleares alemanas trabajan anualmente diez mil limpiadores y soldadores (sólo en Wurgassen fueron enviados a la zona peligrosa cinco mil hombres

en un año). Y, aproximadamente, la mitad de ellos extranjeros, que a menudo regresan a sus países de origen antes de que las consecuencias sean visibles y detectables.

Sólo los *insiders* y los científicos están en condiciones de descifrar a la primera anuncios como éste del *Frankfurter Allgemeinen*, aparecido el 29 de julio de 1982. Bajo el epígrafe «Mil hombres sólo para el intercambio de las barras», el periódico informa acerca de los trabajos de reparación en Wurgassen, y, en el lenguaje secreto de la industria atómica, menciona que durante los mismos se cuenta con «1.000 men-rem». ¿«1.000 men-rem»? La cosa suena a código secreto de espionaje, o quizá a una frecuencia de radioemisora en un receptor de onda corta. Aunque eso sí, los consorcios saben perfectamente lo que significa. Mediante esta misteriosa unidad de medición, los expertos pueden calcular rápidamente cuántos casos de cáncer cabe esperar que se produzcan. El antiguo director de la protección contra radiaciones del centro de investigaciones atómicas norteamericano de Oak Ridge, Cari Z. Morgan (a quien los científicos se complacen en designar como el «padre de la protección contra las radiaciones»), dice que «1.000 men-rem» significa aproximadamente de 6 a 8 muertos por cáncer. Visto de un modo puramente estadístico. La secreta muerte por radiaciones podría, así pues, tocarle lo mismo a un hombre contratado por Adler, que a uno de los que contratan las otras, y mayores, redes de traficantes de hombres que suministran «carne de radiación» a las centrales nucleares. Por ejemplo «Celten» en Holzminden, o «Kupfer» en Landshut, o «Jaffke» en Bremen, o tantos otros...

¿Tampoco saben, sus responsables cuan peligroso es este trabajo? Un examen a fondo demuestra que Adler no quiere saberlo ni aunque ello le sea dicho con toda claridad.

Tasas de cáncer más elevadas en las centrales nucleares

Los trabajadores de las centrales atómicas británicas y otras instalaciones nucleares corren un riesgo más elevado de enfermar de cáncer de próstata que el del ciudadano medio. Según un estudio publicado actualmente en Londres por el Consejo Británico de Investigaciones Médicas, en un grupo de 1.000 trabajadores sometidos a radiaciones relativamente elevadas, el número de fallecidos por cáncer de próstata fue ocho veces mayor que el promedio nacional.

Los científicos, que informaban acerca de los resultados obtenidos en la revista especializada *British Medical Journal*, estudiaron 3.373 casos de fallecimiento entre 40.000 hombres y mujeres que entre los años 1946 y 1979 fueron empleados por las autoridades de la energía atómica en Gran Bretaña.

De acuerdo con los datos del estudio, el número de casos de fallecimiento *ocasionados por leucemia, cáncer de glándula tiroidea y de testículos*, era más elevado que el término medio. Los médicos hallaron además en las mujeres expuestas durante un largo período de tiempo a radiaciones débiles una cifra mayor de afecciones mortales de cáncer de ovarios y vejiga.

Información extraída del *Frankfurter Rundschau*, 21 de agosto de 1985.

El encargo

o colorín colorado...

—una escenificación de la realidad—

«El capital se vuelve audaz si la ganancia es adecuada. Con el 10% asegurado, se lo puede colocar por doquier; con el 20 % se toma vivaz; con el 50 %, positivamente temerario; por un 100% pisotea todas las leyes humanas y por un 300 % no existe ya crimen al que no se arriesgue, aun bajo el peligro del patíbulo. Si el tumulto y la reyerta aportan ganancias, el capital los, avivará. La prueba: el contrabando y el comercio de esclavos.» Thomas Joseph Dunning, Trade Unions and Strikes (Sindicatos y huelgas), Londres 1860. Cita de Karl Marx, Das Kapital, t. I, capítulo: «La acumulación primitiva», MEW t. 13, p. 788, nota a pie de página 250.

Pues así lo ha querido el azar, Adler tiene también a su gente en la central nuclear de Würgassen. No mucha, según el Adleriano modo de actuar. De forma dispersa y que no llame la atención. Treinta aquí, diez ahí, otro allá. Si, contra todo pronóstico, se descubriera el pastel en Hamburgo, en cualquier caso la cosa seguiría funcionando en las empresas Thyssen, Steag, MAN, de la región del Ruhr, y también en los Carbones del Ruhr, en el sur de Alemania. Tal como reza su divisa: «De los pequeños manantiales nacen los grandes ríos». Y: «Las leyes existen para ser esquivadas». La trata de hombres que Adler practica con la central nuclear de Würgassen es algo tan alarmante como por ejemplo lo sería la idea de una relación comercial entre «Mr. Hyde» y el «Dr. Mabuse». La energía criminal de un Adler aprovechada por las «necesidades técnicas objetivas» de una industria de energía nuclear. La mercancía: turcos para *quemar*.

Tengo el propósito de llegar hasta el final en mi representación de lo que, en el peor de los casos, podría suponer este asunto, para lo cual diseño un escenario. Amigos y compañeros están dispuestos a colaborar: el actor Heinnch Pachi, residente en Colonia, se hace cargo del papel de jefe de seguridad de la central nuclear, con el nombre de Schmidt, y mi compañero Uwe Herzog, con el de Hansen, su ayudante técnico.

El encargo secreto

La central atómica de Würgassen no puede ser conectada a la red general de corriente eléctrica debido a una avería técnica. Por lo tanto, millones de pérdidas. Se buscan trabajadores turcos que se introduzcan en la zona de total contaminación radiactiva para reparar el daño. Hay que contar con que recibirán dosis de radiación tan elevadas y en tan alto grado de concentración, que su salud habrá de verse gravísimamente afectada, probablemente en forma de cáncer de efectos tardíos. Condición: que los turcos no deben obtener la más mínima información acerca de la peligrosidad de la misión, y que, tras la ejecución de la tarea, hay que enviarlos lo antes posible de vuelta a su patria. Adler, según declara «Schmidt», sería sobradamente conocido dentro el ramo por su fiabilidad para hacerse cargo de una misión como ésa. La primera toma de contacto se produce a través del teléfono del coche. Yo (Alí) estoy conduciendo a Adler desde Carbones del Ruhr/Termotécnica, de Essen, de vuelta a Oberhausen, cuando se produce la llamada:

Pachl/Schmidt: Sí, buenos días. Me llamo Schmidt, de la Protección contra Radiaciones de la central nuclear de Würgassen. Quisiera exponerle el siguiente problema, señor Adler. Le diré sin rodeos de lo que se trata. En la central tenemos un contratiempo, una avería que desde un punto de vista técnico no podemos arreglar solos. Y he pensado que usted sería la persona adecuada para solventar la cuestión. Se trata de una contratación de personal por un tiempo bastante corto y para una tarea más bien intensa. Dado que el

asunto urge muchísimo, la cuestión que se plantea es si usted y yo podríamos vernos ahora mismo, yo estoy justo aquí al lado, en la zona del Ruhr. ¿Le parece dentro de una hora? Le propongo lo siguiente, si le es posible: que nos encontremos en el área de descanso Lichtendorf de la autopista. Entre la cruz de Westhofen y la de Unna. A la una y media. ¿De acuerdo?

Adler coge de la guantera lateral el mapa detallado de la región del Ruhr y se pone a estudiarlo a fondo. Luego me dice a mí (Alí):

—Tenemos que darnos prisa. Llévame rápido a Remmert, en Oberhausen. A la una y media tengo que ir de nuevo en otra dirección, el área de descanso Lichtendorf, de la autopista, donde un cliente me está esperando. Un nuevo encargo.

Al regreso de Remmert, Adler tiene mucha prisa. Me acucia (a mí, Alí) a que haga caso omiso de las limitaciones de velocidad:

«Pisa a fondo, no puedo permitirme llegar tarde». En vista de que una mujer nos adelanta y no cambia inmediatamente de carril, Adler se enfurece: «¡Tía cerda, imbécil! ¡Asquerosa! Dale alcance, que se eche a un lado, vamos a llegar tarde». Ahora que anda con retraso, Adler habla de pronto, en contra de su costumbre, de «nosotros». Llegamos al área de descanso con cinco minutos de retraso. Agarra su portafolios y, con paso rápido, se encamina hacia su nuevo encargo, no sin antes haberme encargado a mí (Alí) otro trabajo:

—Coge un cepillo y un trapo de la guantera y déjalo todo bien limpiito por dentro. También el cenicero. Cuando vuelva no quiero ver ni una mota de polvo.

—Entendido —le contesto escueta y rotundamente. Es la respuesta, según he podido averiguar, que más le agrada siempre.

El coche de mis amigos ya está allí, tal y como compruebo con alivio. Mientras lustro su coche, él se hace con su nuevo encargo en el interior del albergue.

Es el miércoles 7 de agosto, a las 13.30, cuando ambos delegados especiales de la central nuclear se sientan con Adler para celebrar su primera conversación:

Pachl/Schmidt: Estamos apuradísimos de tiempo. A decir verdad, tenemos que dejarlo todo solventado de aquí al viernes...

Adler: La nuestra es una empresa mediana. Nos encargamos de todo. Nuestros clientes son, por ejemplo, la gran industria, Carbones del Ruhr, Steag, etc., etc. También hemos trabajado a menudo para ustedes (la central nuclear de Würgassen, G.W.).

Pachl/Schmidt: Hemos sopesado dos posibilidades. En este caso queremos ocho operarios de confianza, que no hace falta que hayan trabajado en este campo hasta la fecha...

Adler: Claro.

Pachl/Schmidt: Vamos, que hay que enviarlos allí. Eso es lo primero. Puede ocurrir que la cosa se arregle muy rápidamente, pero puede ocurrir también que dure más tiempo.

Tras estas palabras introductorias, que sólo abordan el encargo «callente» de forma alusiva, Adler se muestra al corriente de inmediato. Se apresura a hacer hincapié sobre el hecho de que mañana puede «enviar ocho o diez personas de confianza», y a continuación formula la pregunta que pone al descubierto lo profesional que es en este negocio: «Ahora bien, ¿podemos hacer algo en lo que atañe a las cartillas de radiación?» Pachl/Schmidt se halla preparado y exige la primera ilegalidad: «Sin cartillas de radiación, naturalmente», basándose en razones de urgencia, ya que el contratiempo debería solventarse lo más tarde el viernes a las seis de la tarde. Y Adler no titubea: «De modo que sin cartillas de radiación... Necesita usted mañana ocho

hombres sin cartilla de radiación. ¡Entendido! Yo me encargo de lo mío y usted de lo suyo. *Top-secret* total... ¡y sanseacabó!».

En vista de ello, Pacht/Schmidt puede proseguir con sus peticiones. Rápidamente convienen en que sólo han de entrar en consideración personas que «no provengan de esta región», es decir, «mano de obra extranjera» a la que sea posible «quitar de enmedio inmediatamente». Y Pacht/Schmidt en seguida expone la razón fundamental para la rápida desaparición de los trabajadores: «Como es natural, puede ser que ocurra algo...», pero al mismo tiempo dice en tono apaciguador: «No obstante, si algo sucede, ello nunca se debe a causas puntuales. Digamos que el cáncer jamás tiene una única causa... En el cáncer se puede dar una latencia de veinte años».

Adler (con alivio): «En efecto, así es».

Pacht/Schmidt (tranquilizador): «Vaya, que nunca puede haber una demostración directa».

Acto seguido, sin embargo, Herzog/Hansen despliega unos planos a la vista de los cuales a Adler no le es posible ya abrigar duda alguna respecto a que se trata de un destacamento suicida:

Herzog/Hansen: Eche usted una ojeada. Esto de aquí son los tubos. Tienen 67 cm de diámetro, y la gente ha de meterse en su interior...

Adler: ¿Dónde está aquí... el núcleo?

Herzog/Hansen: Veamos. Esto es el dispositivo de seguridad. Entre éste y el pabellón de máquinas se extienden los tubos por los que corre el vapor radiactivo hacia la turbina. Y en mitad de este tubo es donde se ha quedado atascado nuestro «ratón».

Adler: Hum, hum.

Herzog/Hansen: Quizá conoce usted este aparato, se trata de un pequeño aparato láser que detecta si se ha producido algún daño en el interior de los tubos. Pues bien, el caso es que este ratón se ha atascado y no lo podemos sacar, éste es el problema. Por consiguiente, es preciso que la gente se meta dentro, cosa que no exige esfuerzos físicos, pero sí que su salud sea resistente.

Adler: Son gente sana, eso desde luego. Entendido.

Herzog/Hansen: ...tienen que meterse dentro. La única cuestión es que en estos momentos, y por razones técnicas, no podemos decir el grado de radiación que hay en la zona. Y como poder, podría ser puñeteramente alto.

Adler: Escuche, ¿tenemos que llevar placas detectoras o algo así?

Herzog/Hansen: Los dosímetros los ponemos nosotros, eso no es problema. Tenemos trajes de seguridad, de todo. La única cuestión es hasta qué punto la radiactividad se ha quedado allí. En rigor, no nos será posible hacer una estimación precisa hasta que ellos salgan del lugar.

Adler (refiriéndose a sus obreros como lo haría un proxeneta): Tengo en danza a gente, por ejemplo en Thyssen, y mañana retiro a ocho ellos, escogiendo a los mejores. Mañana por la mañana estaremos aquí con nuestra furgoneta. Por supuesto que son... extranjeros. Hay también un alemán, pero en principio no son más que extranjeros, y no entienden de qué va la cosa. Y luego, a cerrar el pico y al cabo de una semana ya están aquí otra vez al pie del cañón. Ahora, si es posible, a mí, como hombre de negocios, lo que me interesaría es que siguieran cogiéndome a gente. Eso sería lo ideal para mí. Tareas de limpieza, lo que sea, cualquier cosa, pero que el asunto tenga continuidad...

Pacht/Schmidt: Le propongo lo siguiente: por lo pronto vamos a cerrar el trato en lo que a esta cuestión se refiere. Opino que si las cosas se desarrollan a nuestra común

satisfacción, con mucho gusto volveremos a entrar en contacto con usted. Hay otra cuestión, y es la de si, en caso de que, digamos, se produjera una determinada señal de alarma...

Adler: Sí...

Pachl/Schmidt: ...tendría usted mano de obra...

Adler: ¡Ya lo creo que sí! Tengo todo un batallón. Se los puede sustituir inmediatamente.

Pachl/Schmidt: ...que por una u otra razón tuviera que emprender viaje de regreso a su tierra a corto plazo.

Herzog/Hansen: Hemos de estar preparados para cualquier eventualidad. El riesgo es grande. Quizá se podría hacer más atractivo el regreso a Turquía mediante una gratificación.

Adler: Bueno, si se les da una cantidad razonable...

Pachl/Schmidt: (en condiciones de mostrarse magnánimo en lo que al pago se refiere): Veamos, bueno, la cosa estaría entre los 120.000 y los 150.000 marcos...

Adler: Bien, ustedes ya me han expuesto el problema. Yo soy empresario y me hago cargo de todo. Yo tengo que ganarme mis perras y ellos también tienen que llevarse algo. Así que yo ahora lo que hago es escoger el personal. Entiendo la problemática de ustedes. Bien. ¿Quién está disponible? ¿Quién está en la lista negra en el consulado? Yo esas cosas me las sé. Vamos, que es a éstos a los que hay que coger, ¿no? Llegados a este punto, el «negocio» está claro para Adler.

Vuelve a preguntar a los dos «encargados de la seguridad» cómo se llaman: «...¿señor Schmidt y señor...?» «Hansen», se presenta de nuevo Herzog/Hansen, ante lo que Adler cree recordar: «Ah, y a usted lo conozco de nombre... sí, sí, de Würgassen...». El lucrativo negocio refuerza su confianza, y él, a su vez, vuelve a dar seguridades a ambos «socios» de su propia fiabilidad, para a continuación llevar el asunto a la cuestión del dinero:

Adler: Yo a mi gente la sé manejar. Cuando estamos sirviendo a un cliente, lo que hay que hacer es trabajar, cerrar los ojos y trabajar. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Y al que se pone a parlotear, se le larga y santas pascuas.

»Es algo que también ocurre en otros sitios, en Thyssen sucede a veces que tenemos que hacer una cosa parecida, y nada trasciende, nadie se chiva.

»Así pues, empezaremos a trabajar mañana, ocho de agosto de 1985. Bueno, entonces acabemos de dejar la cosa bien sentada: ¿qué es lo que se van ustedes a gastar?

Pachl/Schmidt: Nuestro presupuesto oscila entre los 120.000 y los 150.000 marcos. Pero usted tiene que correr con los riesgos, quiero decir, si resulta que se producen consecuencias, es usted quien tiene que preocuparse de que la gente se haya largado y esté suficientemente lejos.

Adler: Una pregunta más, para que me entere yo bien: cuando la gente sale de allá... sale dañada, ¿no es verdad?

Pachl/Schmidt: Creo que nos entendemos. Justo por eso es por lo que pagamos. Se trata lisa y llanamente de una contaminación, de la que cabría decir que, por regla general, exige una inmediata puesta en tratamiento. La cosa es así y no tiene vuelta de hoja, pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de que se ponga la gente a hacer preguntas a diestro y siniestro o de que, si alguien se queda por más tiempo, luego empiece a contarle y que corra la voz. Eso es algo que hay que impedir por todos los medios.

Herzog/Hansen: ¡Lo que hay que hacer con ellos es largarlos cuanto antes, en seguida! ¡Tienen que volverse inmediatamente a su tierra!

Adler: Entendido... Pues bien, y con toda franqueza, en estos momentos dispongo de esa gente, los puedo reunir. Y ustedes los mandan a la zona peligrosa, ¿no? Bueno, eso no es problema.

Todo ha quedado ya muy claro: enviar a la «zona peligrosa» a su «gente» no es ningún «problema» para Adler. Lo único que queda por aclarar son minucias.

Se fija la cuestión del transporte. Pachi/Schmidt suministrará un microbús de la central nuclear, que al día siguiente recoja a la cuadrilla en Duisburg. Adler explica que la cuadrilla que actualmente tiene en Würzgassen se aloja en el hotel «La Curva», y que él está dispuesto a acompañarles a fin de que la liquidación del pago acordado se efectúe de inmediato.

Los tres salen juntos del albergue. En el satisfecho semblante de Adler creo (yo, Alí) percibir indicios de que ha entrado en el negocio de trata de hombres. Le abro —como él exige— la portezuela del automóvil y, sin decir palabra, él acciona el conmutador automático hasta que la mullida tapicería del asiento queda bloqueada en la posición más cómoda y relajante para él.

—Vuelta a Oberhausen —son sus únicas palabras antes de encerrarse en el mutismo.

Adler se pone a meditar. Por unos momentos incluso llego a pensar que tal vez he sido injusto con él, que ante tan criminal encargo quizá se haya echado para atrás y haya rehusado, que no sea un hombre tan falto de escrúpulos. Nadie puede estar tan íntegramente endurecido. No va a poner en juego la vida de seres humanos. Aunque esa gente suya que trabaja en Thyssen también se está quemando de forma algo más lenta e indirecta, y si bien el polvo concentrado de metales pesados puede igualmente, como una bomba de espoleta retardada, ser origen de un cáncer en algunos compañeros, cabe admitir que Adler elimine su mala conciencia más fácilmente. En este caso la situación es muchísimo más clara. En Thyssen todo el mundo se da cuenta de la existencia del polvo, aun cuando muchos no tengan una idea clara de sus dañinas consecuencias, pero en cambio, en la central nuclear, ninguno de los candidatos a morir sospecha la presencia de radiaciones susceptibles de provocar la enfermedad y, eventualmente, la muerte. Quizá Adler está ahora luchando consigo mismo, reflexiono, y hasta empiezo a abrigar la esperanza de que rechazará el negocio.

Las meditaciones de Adler marchan, empero, en otra dirección, como no tardo en darme cuenta. Garrapatea cifras en su cuadernillo de notas y parece calcular algo. De pronto rompe su mutismo para decir:

—¿Puedes de aquí a mañana, rapidísimamente, conseguirme a siete u ocho de tus compatriotas que quieran ganarse un dinero? Se trata de un buen trabajo ¡pero tienen que ser tipos decididos!

Hago como si me pusiera a reflexionar. Dice Adler:

—Si no puedes conseguirlo rápidamente, le preguntaré a K., que siempre tiene a alguien a mano.

K., un compañero turco, ha sido elevado por Adler a la categoría de una especie de factótum, y en los momentos en que Adler está en un aprieto para encontrar nuevo personal, K. se lo consigue.

—Yo también puede —digo yo (Alí)—. ¿Y qué es lo que gente tiene que saber hacer?

—No tienen que saber hacer nada especial —dice Adler—. Lo único que me importa es que sean los más pobres entre los pobres. Diles que yo también fui pobre, en tiempos...

Le miro con asombro:

—¿Usted era pobre? ¿Y cuándo usted era pobre?

—Bueeeno, después de la guerra todos éramos pobres. Podrían ser tipos que tengan miedo a ser expulsados. —Se percata de mi perplejidad y rápidamente aduce un motivo—: Es que quiero ayudarles, ya que aquí les va tan mal, ¿entiendes? Siempre he estado predispuesto a lo social, soy un socialdemócrata de cuerpo entero.

—¿Y eso qué ser?

—Es el partido, el partido que está para los trabajadores —me alecciona—, al que yo estoy afiliado.

—¿Qué clase de trabajo? —inquiero—, y ¿cuánto dinero?

—Se ganarán su buen dinerito —dice—. Por dos días, quinientos marcos. Y en cuanto al trabajo..., es cosa fácil, de limpieza, y nada sucio, un trabajo en el que ni siquiera tendrán que mancharse las manos...

—¿Dónde está? —me informo (yo, Alí). Adler no dice nada concreto y se inclina por mentir también en esto:

—Está a unos cien kilómetros. —(Wurgassen se encuentra, en realidad, a unos 300 km de distancia, G.W.)—. Se pueden incorporar tranquilamente aquellos que tengan que esconderse por carecer de permiso de residencia —prosigue—, pero en cuanto la tarea esté concluida lo mejor es que se vuelvan a Turquía. Si me traes a esa gente, a ti te tocarán también quinientos marcos.

—Ya. ¿Y pueden ellos también ser de los que están en Beneficencia?

—Mira, ¡de cosa oficial, nada! —rechaza—. Es preciso que lo sepas: el dinero es negro...

—¿Qué ser «negro»? —pregunto.

—Pues negro, sin impuestos. Lo pagaré en efectivo y en propia mano. Ninguno de ellos necesita enseñar papeles ni nada por el estilo. Lo haremos todo bajo mano, eso a ellos les conviene más. Así tienen dinero para irse a Turquía, tienen algo para poder empezar allá. Y que se lleven también algo para pasar la noche, ropa interior o así. Todo lo demás se lo dan. ¿Y de dónde los vas a sacar?

—Bueno, es que hay unos que vivir escondidos dentro de sótano.

—Estupendo —exclama Adler—, viviendo en un sótano tampoco tendrán muchos contactos. ¿Cuántos son?

—Pues unos cinco...

—Bien —dice—. Entonces echa una ojeada por algún otro lado y seguramente te las arreglarás para reunir a los ocho. ¡Llámame a cualquier hora! Puedes llamarme también al club de tenis. Lo mejor es que no me los traigas a casa, al despacho, sino que los lleves a tu casa en la calle Diesel, y yo iré allí y luego los pasarán a buscar. ¡Lo único que importa es que después desaparezcan! Eso lo quiero por escrito, me tienen que demostrar que están obligados a marcharse de aquí. ¿No es así? ¿No tienen que irse? Los está buscando la brigada de extranjeros, ¿no es cierto?

—Sí —digo yo—, hay muchos que sí, muchos.

—Bueno, pues tiene que quedar clarísimo que han de largarse de aquí. ¡Que no me entere yo luego de que al cabo de unas semanas todavía andan zascandileando por ahí! Ésta es la condición, el requisito indispensable para este trabajo...

Vuelvo a hacer preguntas más concretas en torno al trabajo, acerca de en qué consiste, pero lo único que Adler dice es:

—Tú eso no lo entenderías. A ellos ya se les explicará. Eso no es problema. Lo importante es que hay que ayudar a esa gente que ha sufrido tanto aquí... —Habla como un cura. De pronto su voz se tiñe de algo parecido a la unción. Pero en seguida vuelve a ser el mismo—: En fin ¡que tengo que poder fiarme!

—Entendido —digo yo.

Quedamos en que a la noche le llamaré para darle cuenta del resultado. A las nueve de la noche. Contacto con él por teléfono en el restaurante del club de tenis. Schmidt, su mandante, le ha comunicado que son suficientes seis hombres (en tan poco tiempo yo no podía movilizar a más).

Adler, por lo que se ve, tiene problemas para hablar de ciertas cuestiones con libertad. En presencia de sus amistades empresariales y de sus empleados, que lo conocen a fondo, le resulta imposible confesarse benefactor de turcos o presentar su pertenencia al partido —tan beneficiosa para los negocios en la región del Ruhr— como la de un miembro del «partido de los trabajadores». Se lo acogerían con una salva de carcajadas.

—¿Qué yo decir a compañeros, para que ellos se lo creer? —sigo poniéndole en apuros.

—Bueno, es que en estos momentos no puedo decirlo —escurre el bulto—. Llámame a casa dentro de una hora.

Desde el teléfono de su casa, su voz adquiere de nuevo un leve tono pastoral. Al insistir yo (Alí) otra vez, y preguntar: «¿Y qué yo dice, por qué usted tan bueno para ellos?», Adler siente, de hecho, acrecentarse su espíritu caritativo. No es ya que hable de «los más pobres entre los pobres», sino de «los más míseros entre los míseros, a los que quiero proporcionar unos marcos». Sin embargo, en vista de que yo meto baza para intentar descubrirle con toda evidencia la miseria en que se encuentran algunos obreros turcos, él apenas si puede disimular que el asunto lo deja frío. Sólo para conseguir mantenerme en la brecha, por bien de su negocio, se arranca con esfuerzo un «de eso podemos hablar más adelante», e incluso a propuesta mía se muestra dispuesto a procurar a «los más míseros entre los más míseros» permiso de trabajo y vivienda, aunque a los «delegados de seguridad» les ha prometido hacer que los trabajadores extranjeros desaparezcan lo antes posible. A las nueve y media de la mañana siguiente. Schmidt, el comisionado de la central nuclear, pregunta a Adler por teléfono si —según lo prometido— todo marcha bien. Adler: Ya he reunido la cuadrilla, ya la tengo lista. Pero ahora dígame con toda franqueza con quién estoy tratando. Usted no es ningún señor Schmidt de la central nuclear de Würgassen. Eso me consta, señor Schmidt; vamos, enseñe usted la oreja. ¿Quién es usted? Para que yo sepa con quién tengo que habérmelas. Eso no quita para que después concretemos el negocio.

Ya habíamos contado con que Adler pudiera informarse en Würgassen y que se enterase de que el verdadero delegado de la seguridad no había salido de la fábrica. Pacht/Schmidt se había curado en salud advirtiéndole a Adler: «No intente contactar conmigo en mi despacho. El asunto es tan secreto que me vería obligado a decir que no estoy o, sintiéndolo mucho, a tener que decirle: “Yo a usted no le conozco, no nos hemos visto nunca, y aquí no hacemos semejantes encargos”. Se trata de una zona de seguridad sumamente sensible, y el enemigo está a la escucha en todas partes, hasta en casa.» Por las trazas, Adler no se ha enterado mediante una llamada personal, sino a través de terceros. Sin embargo también teníamos preparada una versión para este caso.

Pacht/Schmidt: Vamos, tranquilícese usted. Se trata de un asunto que ha de desarrollarse con suma discreción. A Schmidt la responsabilidad le viene demasiado ancha. Es una decisión que parte directamente de la dirección.

Adler: Vale, lo comprendo.

Pacht/Schmidt: Y, como es lógico, no puede haber discreción sin una cierta base de confianza.

Adler: Vale, y por mi parte la tiene usted.

Pacht/Schmidt: Si no se nos otorgara tal confianza, entonces, ésa es mi opinión, habría que replantearse todo el asunto. Estamos en una situación que, para nosotros...

Adler: Sí...

Pachl/Schmidt (alzando la voz, con acentuado patetismo): Justamente por tener a nuestro cargo el suministro de energía a Alemania, es por lo que no nos queda otra posibilidad...

Adler: Claro...

Pachl/Schmidt: Ya se lo advertí ayer, si llama usted, el asunto circulará en el ámbito de la seguridad interna, ¿comprende?

Adler: (interrumpiéndole): ¡Por supuesto!

No obstante, Adler todavía alberga algunas dudas, las cuales, eso sí, se van disipando cada vez más, gracias al comportamiento de deliberada autoridad por parte de Pachl/Schmidt.

Adler: Señor Schmidt, ¿de quién voy a recibir el encargo, el encargo por escrito?

Pachl/Schmidt: No hay ningún encargo por escrito, ¿entiende usted?

Adler: Sí.

Pachl/Schmidt: Présteme atención. Por lo pronto, ahora en vez de ocho sólo necesitamos a seis operarios. Esto haría que la suma de 130.000 se quede en 95.000. Y digo yo...

Adler: Mm...

Pachl/Schmidt: ...seamos sinceros los tres y dejémoslo en 110...

Adler: Mm...

Pachl/Schmidt: ...en lo que, eso sí, se incluye la gratificación por el regreso, la prima.

Adler: Sí, claro.

Pachl/Schmidt: Hemos calculado la cosa en más o menos 5.000 marcos por persona. Pero partimos de que el asunto marchará y que usted pagará el dinero a su gente, señor Adler.

Adler: ¡Ni que decir tiene!

Pachl/Schmidt: En segundo lugar, hemos de tener la garantía de que la gente en cuestión es de naturaleza resistente.

Adler: Desde luego que lo son.

Pachl/Schmidt: Vamos, que no tenemos interés ninguno en que la gente se caiga al suelo al primer soplo de unos cuantos milireh.

Adler: No, no, es gente capaz de aguantar lo suyo y que no se arruga así como así.

Pachl/Schmidt: Y si necesita usted algún tipo de jefe de cuadrilla, que sea también extranjero.

Adler (sin dejarle terminar): Claro. Pero, señor Schmidt, una cosa más. ¿Entonces el asunto es un encargo de la planta nuclear de Würgassen?

Pachl/Schmidt: Sí. Adler: ¿Seguro?

Pachl/Schmidt: Naturalmente. Lo ha entendido usted a la perfección. ¿En qué se basan sus reparos? Mire, usted me pide que asome la oreja, cuando por darle a usted satisfacción he llegado muy lejos.

Adler: Sí, desde luego.

Pachl/Schmidt: Yo, por ejemplo, no sé hasta qué punto usted anda haciéndose lenguas del asunto por ahí. Bien, si aún abriga usted dudas o reservas, preferiría que me las expusiese y que las discutiéramos. Pero en tal caso tiene usted que...

Adler (interrumpiéndole): Bueno, yo comprendo que la cuestión ha de ser llevada bajo la más absoluta discreción, etc., y también que, de algún modo, hay que realizar la cosa

de incógnito, eso lo entiendo. Lo único es que cuando alguien viene a mí y me dice, aquí estoy, soy... y se presenta: me llamo Schmidt, de la central nuclear de Würgassen, y yo sé que no es así... entonces, sabe usted, a mí, como ya me ha insinuado, me entran dudas. ¿En qué me estoy metiendo? ¿Me estoy relacionando efectivamente con Energía S.A., o con quién lo estoy haciendo? Lo que no quisiera es, de alguna manera, actuar a tontas y a locas o incurrir en un hecho delictivo. —Adler emite una tosecilla—: Y es que, señor Schmidt, si me permite que se lo diga, a mí me gustaría saber si mi socio es realmente Energía S.A. y no lo sé.

Pachl/Schmidt: ...bueno, quiero hacer oídos sordos a eso de «a tontas y a locas»...

Adler: Es que...

Pachl/Schmidt: ...o lo de la posibilidad de incurrir en delito. Es usted, lógicamente, quien tendría que decirme a mí si por su parte hay algo por ese lado.

Adler: No, por mi parte...

Pachl/Schmidt (sin dejarle terminar): O algo que viniera al caso.

Adler: Por mi parte no hay absolutamente nada. Cuento con el personal.

Se concierta una entrevista. Adler propone la parada de autobuses frente a la Estación Central.

Pachl/Schmidt: A las 14 h. Entonces arreglaremos la cuestión financiera, así como las modalidades de transferencia. ¿De acuerdo, señor Adler? ¿Lo hacemos así?

Adler (satisfecho): Sí, por supuesto.

De momento, sus sospechas se han disipado. El afán de lucro puede más que su prudencia. Jueves, 8 de agosto, 12 h.

Adler se ha hecho conducir en su Mercedes 280-SE hasta Duisburg-Bruckhausen por un chófer eventual turco, a efectos de recibir a su comando suicida.

Ordena no aparcar directamente en la calle Diesel, sino en una esquina de la calle Emperador Guillermo, vía de mucho tráfico, enfrente de la coquería Thyssen. Su lujoso vehículo despierta expectación en esa barriada miserable. Entre los visillos avizoran mujeres turcas, temerosas de que acaso haya sido planeada una nueva demolición de casas o que, por motivos de higiene, vayan a proceder al desalojo forzoso de casas ruinosas y la subsiguiente clausura de sus entradas. Algunos niños turcos se mantienen a una respetuosa distancia alrededor del Mercedes, sometiéndolo a un examen estimativo. Adler no sabe cómo comportarse. Fuma un cigarrillo tras otro y lanza constantes miradas a diestro y siniestro. Las chimeneas de Thyssen arrojan sin cesar nubes de hollín, y una ligera brisa lleva la porquería directamente desde la fundición hasta la barriada, construida a una distancia de un tiro de piedra de la factoría. No es ya que se huelga la porquería, es que se la paladea. Las motas de hollín se mascan y, en ocasiones, le quemán a uno los ojos. Cuando se dan determinadas combinaciones sulfurosas —según la atmósfera y la hora del día— se le agarra a uno en la garganta. En la barriada hay un número de asmáticos y enfermos de bronquitis superior al promedio. Choca la palidez de los niños. Me llama la atención un chiquillo flacucho, de unos cinco o seis años, cuyo semblante resulta inmensamente serio, extenuado por la lucha cotidiana y avejentado, como el de un adulto.

Si bien en el centro de Duisburg lucía el sol, aquí la luz es gris, turbia; a lo sumo puede barruntarse el sol tras las humaredas de las fábricas, pero no las atraviesa. Llevo todo el rato observando a Adler desde la acera de enfrente y percibo lo a disgusto que se siente aquí. Para él, la calle Diesel y su entorno son una inmundicia, la antesala del infierno. El verdadero infierno está, para él, intramuros de las vallas y tapias de la factoría Thyssen,

vigiladas por los guardias de seguridad. Allí el aire es aún más insoportable y, por añadidura, retumba el fragor del trabajo.

Adler, hasta la fecha, jamás se ha acercado, ni por equivocación, a donde nosotros trabajamos, pues ello abrumaría demasiado su alma delicada y acabaría por producirle pesadillas.

Vestido con su traje confeccionado a medida, Adler ofrece un aspecto que desentona totalmente; es casi obsceno en este entorno, irreal, como el que ofrecen esos atildados caballeros que aparecen en las vallas publicitarias electorales, que en esta barriada permanecen sin quitar durante mucho tiempo, ya que allí no vale la pena anunciar artículos de consumo, excepción hecha de la cerveza y las marcas de cigarrillos.

Nuestro «último reclutamiento» consta de seis amigos turcos a los que he puesto al corriente del asunto. Para mi maravillada sorpresa, ellos se asombran menos que yo de la naturaleza, objeto y finalidad del encargo, así como de la desfachatez y falta de escrúpulos de Adler. Llevan ya mucho tiempo inmersos en esta realidad y no son pocas las experiencias que les ha tocado vivir. Tampoco a ellos les digo que soy alemán, para no permitir que entre nosotros se abra una distancia. Adler podría percatarse de ello y le infundiría desconfianza.

Hago pasar a nuestro grupo por una calle paralela, sin que Adler nos vea, para introducirlos en mi casa de la calle Diesel n.º 10. El hueco de la escalera huele fuertemente a meados. Todos los retretes están fuera de los pisos, en los rellanos de la escalera. Una de las cañerías de desagüe se ha atascado. Adler sube, con pasos pesados pero presurosos, por la escalera acompañado por mí. En el primer rellano abro la puerta y le presento a mis amigos turcos, dispuestos, según le digo, a comenzar el trabajo.

—Buenas —dice lacónicamente al entrar, y acto seguido echa una rápida ojeada al grupo y cuenta a sus miembros—: dos, cuatro, seis. Perfecto. Bueno, escuchad. Este... ¿entendéis todos el alemán?

—Sí, la mayoría sí —miento, y con ello consigo que se tome la molestia de pronunciar una pequeña alocución y, de ese modo, que quede aún más al descubierto la clase de juego que se trae.

—Somos una empresa de montajes de Oberhausen —se presenta a sí mismo— y hemos recibido el encargo de realizar tareas de reparación en la central nuclear de Würgassen. La cosa durará dos días y necesitamos a cinco o seis operarios. Es un trabajo por el que nos pagan bien y por el que vosotros también estaréis bien pagados. Bien, si tenéis alguna pregunta que hacer, hacedla con toda tranquilidad, que yo os la contestaré, sea la que sea.

Se desenvuelve de un modo abierto y simpático, hasta el punto de que quien nunca le haya tratado de cerca, puede sentirse encantado con su trato. A fin de ponerlo aún más en evidencia, concerté con mis amigos turcos el que le formularan preguntas en turco. Yo (Alí) —que prácticamente no conozco la lengua turca— se las traduciría luego «libremente», es decir, le formularía, por mi parte, las preguntas que a cada instante me parecieran importantes. Hasta el momento presente tampoco ha reparado jamás en que nunca hablo en turco con los compañeros, ni en que mi forma de expresarme en alemán no encaja con la foránea, pero competente, de un extranjero. Como tampoco se da cuenta de que en parte utilizo expresiones insólitas, limitándome a trastocar la sintaxis y tiempos verbales. El uso de locuciones complicadas me posibilita a veces el sonsacarle a él afirmaciones más ricas en matices. No se da cuenta de nada, ya que «sus extranjeros» no son para él más que animales de labor. Mientras den el callo y funcionen pacientemente, él sería el último en abrigar resentimientos contra los extranjeros. Al contrario, él es uno de los pocos que saben valorarlos realmente. Sólo cuando se atreven

a protestar y a exigirle que les pague los salarios que les debe desde hace mucho tiempo, sólo entonces son para él «chusma, gentuza, salteadores de caminos y rateros».

—El compañero turco querer saber —le pregunto— cómo nosotros vamos allí.

Adler nos vende el viaje como lo haría un publicitario que ofrece una excursión en autobús con café y bollería gratis. «Todo es gratis —dice—, se os irá a buscar a las tres con un autobús desde la Estación Central de Duisburg y se os traerá de vuelta al cabo de dos días, también en autobús. El alojamiento es gratis, lo mismo que la comida, todo es gratis.» (Una vez más me viene a la memoria el estribillo de su cancionzucha preferida... «*lejos de casa y fuera de la ley, cien hombres y yo con ellos*».)

—Aquí el compañero ser escéptico —le ataco—; quizá usted a él dice por qué 500 marcos, por qué tanto dinero por tan poco trabajo.

Y Adler:

—Bueno, la cosa es como sigue. Ya conocéis Alemania y sabéis que tenemos diferentes centrales energéticas, entre ellas una nuclear, en la que vamos a trabajar. Actualmente no suministra energía porque está sometida a revisión general, lo que ha servido para que se den cuenta de que hay que reparar no sé qué *casillas*. Y hay que hacerlo en el menor plazo posible, pues la semana que viene tienen que volver a suministrar energía. Pero el caso es que, por ejemplo, la cosa no puede trascender a los periódicos, el que la central tenga un defectillo, pues enseguida vienen los Verdes y enseguida empezarán los líos y acabarán paralizándola, seguro. —Y con un ostensible desprecio añade—: Así son las agrupaciones políticas en Alemania... Los trabajos esos hay que hacerlos ya, para que la semana que viene puedan volver a suministrar energía. Y por eso es por lo que pagan *una buena pasta* y por lo que vosotros también la vais a recibir.

—Señor Adler —continúo yo (Alí barrenando—, éste dice que alemanes siempre a él han engañado.

Adler traga saliva; para ganar tiempo se hace el tonto:

—¿Cómo?

—El haber dicho que alemanes siempre a él engañado.

—¿Acaso yo le he engañado alguna vez? —contraataca Adler. Por desdicha no es el momento adecuado para enumerarle sus engaños, recordarle que a mí todavía me debe casi 2.000 marcos, que le ha estafado a otro el salario en ciertos trabajos, que en parte se ha embolsado los impuestos y las tasas de la seguridad social, y “etc., etc.”, como él dice.

—Quizá usted a ellos decir una vez más lo que usted mucho hacer por turcos —le digo, con objeto de desenrarezar el ambiente. Es un pie de entrada que no puede ser más de su gusto.

Adler se pone en pose, hace que su nuevo chófer le dé fuego y, de ese modo, puede representar el papel de benefactor de los humillados y ofendidos, esto es, de aquellos que son explotados por él y por los de su ralea: Adler, el «dador» de trabajo, él que, allí donde puede, se apropia del trabajo y hasta de la salud y la base de subsistencia de mucha de su gente, se pone a representarse a sí mismo:

—Desde que me instalé por mi cuenta trabajo con colaboradores turcos, y hasta la fecha dichos colaboradores turcos jamás me han dejado colgado ni nada por el estilo. Con ellos siempre me ha ido bien, a diferencia de algunos colaboradores alemanes, y he de decir además que quiero continuar trabajando con colaboradores turcos y seguir dándoles trabajo.

Llama «colaborar» a hacer que otros breguen hasta caerse al suelo, hasta reventar, para engordarle a él la bolsa. El concepto «colaborador» está tan positivamente imbuido de

«compañerismo social», que sin duda ha de sonar como un bálsamo en los oídos de aquellos a quienes se exprime y se estruja en su trabajo.

—Hay algunos que serían expulsados a la Turquía —le empuja al tema.

—Bueno, eso no tiene por qué ser necesariamente así —dice él magnánimamente—. No cogemos alemanes para este trabajo, os lo voy a decir con toda franqueza, porque los alemanes hablan demasiado. Andan por ahí contándolo todo, etc., etc. Y en cambio vosotros, los colaboradores turcos, eso lo sé yo muy bien, mantenéis la boca cerrada. ¿Comprendéis? Por esto es por lo que no cojo alemanes. Más vale olvidarse de los alemanes.

—Ayth —digo señalando hacia uno de mis compañeros turcos— vive en sótano...

Adler me interrumpe con un movimiento de la mano:

—¡Hombre! Pues muy bien, de acuerdo. No importa. Yo de eso no sé nada.

—Quizá se puede a él ayudar —le sigo pinchando. Y una vez más cuida su propia imagen, como la mayor parte de los empresarios de posguerra:

—¿Ayudarle? Naturalmente que sí. No hay nada a lo que esté yo mejor predispuesto que a ayudar a los más pobres. Soy un socialdemócrata de cuerpo entero, vamos, que estoy afiliado al Partido Socialdemócrata. Y por lo tanto estoy a favor de los trabajadores. Por eso vamos a ayudar ahora a esta gente, por ejemplo, a que se ganen unos marcos, y si luego tienen que volverse a Turquía, pues bueno, si tenéis 500 marcos o cosa así... vaya, que os habéis ganado otro dinerito más, ¿no?

Yo (Alí) le señalo hacia el compañero turco Sinan:

—Él preguntará si trabajo no será peligroso.

De nuevo un pie de entrada que a Adler le viene como anillo al dedo. Su discurso haría honor al de cualquier portavoz de prensa de una central nuclear:

—No, no es peligroso. Es una gran central nuclear y, como ocurre en Alemania, las medidas de seguridad son extremas. Las centrales nucleares alemanas son las más seguras del mundo. En ellas trabajan miles de personas. No hay ninguna peligrosidad. Yo (Alí): ¿Nunca sucedido nada?

Adler: En Alemania jamás ha sucedido nada en una central nuclear.

Puede que sea cierto en lo que atañe a la central nuclear, pero el hecho es que en las cercanías de Würgassen cayó un caza a reacción, y, de haber caído en la propia central, probablemente se habría producido una catástrofe de proporciones inimaginables. Por otra parte, en las centrales nucleares ha habido víctimas personales con más frecuencia, hasta el punto de que, oficialmente, la industria nuclear federal alemana ha reconocido hasta la fecha cinco casos mortales.

En cualquier caso, para Adler el trabajo «no es peligroso». Y tampoco, tal como asegura, es un trabajo duro. Cuando yo (Alí) quiero saber: «¿Tienen ellos que subir mucho alto?», él escurre el bulto: «No, bueno, la cosa está dentro de la central, no lo sé, pero todas están hechas por pisos, ¿no es cierto?».

Yo (Alí): Él querer saber qué hay que hacer exactamente.

Adler: Son trabajos de reparación, trabajos mecánicos, ligeras tareas de entretenimiento, de reparación, pero que, eso sí, hay que hacerlas irremediablemente. De ahí el que sólo se precisen cinco o seis hombres. Lo hemos calculado así y no puede ser de otro modo. Hemos de tener a cinco o seis hombres trabajando en ello para quitárnoslo de encima en un par de días. Por eso se manda allá a la gente. Ahí están las medidas de seguridad. Lo que a ellos les importa en primerísimo lugar es el ser humano, eso es algo de lo que vosotros mismos os percataréis. —Lo que acaba de decir le ha tenido, sin duda, que sonar tan monstruoso, que continúa dando explicaciones y disimulando su tomadura de

pelo y su «quema» de hombres—: Es decir, que, como es natural, no le suceda nada a la persona que trabaja allí. Por eso las medidas de seguridad son tan extremas. Una central nuclear, incluso cuando está parada, irradia un poco, como es lógico. Pero a vosotros se os dirá hasta dónde podéis llegar, y en seguida se os retirará. O sea, a fin de que no se ponga en peligro la salud del ser humano. Vosotros mismos lo comprobaréis. Quiero decir, en caso contrario, podríais decir vosotros también, si no, dejamos el trabajo o cosa por el estilo. Vosotros mismos lo comprobaréis. La cuestión no es otra que la siguiente: lo que para nosotros cuenta es hacer el trabajo, cobrarlo y que el asunto quede olvidado. Lo que a la central nuclear le importa enormemente, por ejemplo, es que no se comente por ahí lo de la avería. ¿Está claro? Lo que importa es: ¡Se acabó! ¡Adiós muy buenas! Hasta la próxima vez. Puede muy bien que nos vuelvan a hacer encargos de este tipo. Lo que tenemos que hacer es ser absolutamente discretos, trabajar y mantener la boca bien cerradita. ¡Se acabó! ¡Adiós muy buenas! ¡Y para eso está el dinero! Bueno, así que todo ha quedado claro. Salimos para allá esta tarde, y a más tardar el sábado por la tarde está terminado el trabajo, se os dejará en la Estación Central de Duisburg, os marcháis a casita y santas pascuas. Cobráis vuestro dinero y no volvemos a hablar del asunto. ¿No es razonable?

Embarazoso silencio por parte de mis amigos turcos. Hay un punto en el que se acaban las ganas de jugar.

Como todos los hábiles estafadores a partir de determinado grado en el escalafón, Adler se reafirma solemnemente en su seriedad:

—La gente que yo empleo siempre cobra su dinero. Así que si llegamos a un acuerdo, la cosa está hecha. Mañana recibiréis ya 250 marcos, y los otros 250 al terminar el trabajo, en efectivo, inmediatamente. Alí, mi chófer, irá con vosotros para atenderos. Confíaos a él, que además es quien responde de que cobréis vuestro dinero. —Y una vez más se pone a recalcar la perfección y los cuidados asistenciales de la industria atómica alemana—: La vestimenta de trabajo la ponen ellos, lo mismo que el calzado y los cascos. Todo lo ponen ellos. Y repito lo que dije antes: nada de hablar del asunto. Sobre todo con los chicos de la prensa, de lo contrario... —Con un ademán ampuloso saca de la cartera un billete de cincuenta marcos y me lo entrega a mí (Alí) con las siguientes palabras—: Bueno, ahora te doy estos cincuenta marcos para que los muchachos puedan comer algo, un bocadillo, en fin, no vaya a ser que se nos caigan al suelo a las primeras de cambio. ¿Entendido? —Y al marcharse (paternal, protector)—: Bueno, pues que os vaya bien, muchachos. A las tres. ¿Puedo confiar en vosotros? ¿Entendido?

Cincuenta marcos entre siete supone, para cada uno, una comida de condenado a muerte por valor de 7,14 marcos.

De nuevo me viene a la memoria la cantinela predilecta de Adler, constantemente puesta en el radiocassette del coche, en la que se habla de una «orden» de un «camino que nadie quiere...». Y: «Día tras día, quién sabe hacia dónde. Tierra quemada, y ¿qué sentido tiene?». Y vuelta y vuelta a empezar el estribillo: quizá es su canción preferida sólo a causa de la alusión a su propio nombre,¹⁴ haciendo caso omiso del pathos y quedándose sólo, cínicamente, con el «...fuera de la ley y con ellos estoy». Dos de la tarde. Adler se entrevista con el delegado especial Schmidt y su ayudante Hansen en el restaurante de la estación de Duisburg.

¹⁴ Juego de palabras. Adler = águila; *vogelfrei*= fuera de la ley, pero también, literalmente, pájaro (*Vogel*) libre (*frei*). Esto es: Adler-águila-pájaro libre y sin ley. (TV. *del T.*)



Cuadrilla de trabajadores de la empresa de Adler.

Una vez más son discutidos todos los detalles de forma clara e inequívoca, a fin de que luego Adler no pueda poner excusas pretextando dificultades de comprensión o incompetencia.

Herzog/Hansen: Señor Adler, esta mañana hemos obtenido nuevas mediciones y sobrepasan en mucho a lo peor que nos temíamos. La cosa va a ser muy peliaguda y delicada. La tubería por la que tienen que meterse está irradiada... —Lanza una mirada a la mesa de al lado, para asegurarse, y cuchichea—: ...la radiación que su gente va a recibir de golpe equivale al triple de la dosis máxima anual. El resultado puede ser catastrófico.

Adler: ¿Y qué pasaría si, por ejemplo, no se hiciera?

Herzog/Hansen: Que no podemos conectar con la red. ¡Imposible! Además nos rompería los tubos. Pérdidas de producción por valor de millones de millones de marcos.

Adler: Bien, no hay más remedio. Tienen que meterse ahí y arreglarlo. —Y a fin de tranquilizarse a sí mismo—: Oficialmente yo no sé nada. Ustedes me piden gente, yo la suministro y se la meto en el autobús, pero son ustedes quienes la transportan a Würgassen. Desde ese momento, y si bien se mira, para mí la cosa ha terminado. Se acabó, adiós muy buenas. Desde luego yo no incurro en materia delictiva. Lo que sí puedo asegurarles es que la gente no hace demasiadas preguntas, ni siquiera saben dónde está Würgassen...

Lo único que le interesa es *money, black, cash* y «libre de impuestos».

Adler: Y una cosa que me interesa: ¿cómo cobro yo mi dinero? ¿Va a figurar en los libros de Energía S.A.?

Pachl/Schmidt: No pasa directamente por los canales oficiales, de lo contrario no habríamos elegido este discreto procedimiento...

Adler: El hacer un trato como éste es algo que, como es lógico, me inspira ciertos pensamientos. Veamos: yo a ustedes les ayudo, digamos, a sacar la cosa de la mierda, y ustedes, por su parte, me corresponden dándome el total en dinero negro.

Pachl/Schmidt: Es una partida especial. No aparece en ninguna parte.

Adler (con avaricia): Oiga, y ¿cómo pagan el resto? ¿Talón o contante y sonante?

Pachl/Schmidt (con firmeza): La primera mitad contante y sonante y la segunda mediante cheque barrado.

Adler: ¿Y el cheque está firmado por Energía S.A.?

Pachl/Schmidt: La cosa no sigue un cauce tan directo. El talón es de un tercero neutral.

Adler: ¿Y no le llegará luego el soplo a Hacienda?

Herzog/Hansen: ¿Es que ha tenido usted alguna vez dificultades con las autoridades?

Adler: No, si cumple uno con sus obligaciones, ¿sabe usted? Yo siempre recibo mis certificados de no objeción de la Seguridad Social y de Hacienda, y el Departamento de Trabajo incluso me envía a gente de forma oficial. —Ríe—. Lo único que les interesa son los cuartos. Si paga usted más o menos puntualmente, lo dejan a uno en paz.

Herzog/Hansen: ¿Y cómo arregla usted las cosas cuando alguien de su gente tiene un accidente de trabajo? ¿Cómo sale usted del paso? Entiéndonos, es que no queremos que luego vaya usted al médico y esas cosas.

Adler: Eso se arregla. Mi clientela no sufre molestia alguna por esas cuestiones. Es algo que no figura en las estadísticas de accidentes. Hace poco tuvimos precisamente un accidente de trabajo en Química del Ruhr. El cliente no se vio envuelto para nada. Y ¿qué es lo que puede suceder en un caso extremo? ¿Que se caigan en seguida?

Herzog/Hansen: Mala cosa, si alguien se cae allí dentro. Está más o menos a diez metros de profundidad.

Adler (despreocupado): ¿Y no se le podría sacar con una cuerda o algo así?

Herzog/Hansen: Habría que intentarlo, pero es difícilísimo. La tubería describe una curva pronunciada. Hemos de procurar no meter allí a gente corpulenta.

Adler (tranquilizándole): No, ninguno lo es. No son más que unos pobres diablos, unos muertos de hambre. No tienen nada encima de las costillas.

Herzog/Hansen: Esperemos que no se desmayen en seguida. Desde un punto de vista puramente técnico, en lo que a las radiaciones se refiere, nuestra experiencia es la siguiente: si se producen fuertes contaminaciones, al cabo de no más de cuatro semanas —¡pero para ese entonces tienen que haberse marchado ya!— la gente empieza a verse afectada de forma aguda por la radiactividad. Se les cae el pelo, sufren impotencia, vómitos, diarreas, postración total, etc. En lo concerniente a lesiones a largo plazo, es algo que no tenemos controlado, pero si al cabo de los años se presenta un cáncer, habrá pasado tiempo suficiente desde este trabajo.

Adler: En lo que a mí respecta, no es cosa que me asuste. A mí eso no me asusta. A mí me deja completamente frío. El trabajo es el trabajo, y si en las centrales nucleares pasan cosas de las que la opinión pública no tiene por qué enterarse necesariamente, yo eso es algo que lo entiendo. Yo hago mi trabajo, y los demás hacen el suyo.

Herzog/Hansen: Bueno, que esto quede entre nosotros: Würgassen es un montón de chatarra.

Adler: Sí, ya sé, por su antigüedad. ¿Es usted el señor Hansen con el que traté una vez hace años?

Herzog/Hansen (adoptando un aire misterioso): ¡Ah, no crea usted que soy quien se imagina! Yo (Alí) me acerco a su mesa.

Adler: Ah, aquí está éste. Es el señor Alí, que se ocupa de que la tropa no se desmande y se cuida de todo. —Dirigiéndose a mí—: Estos señores son los que tienen que decir lo que hay que hacer. ¿Entendido? —Y—: ¿Qué tal los muchachos? ¿Sin novedad?

Yo (Alí): Siempre ellos preguntando, ellos quieren todo saber, los compañeros son como niños, a veces. Siempre preguntando, siempre preguntando. Algunos se creen que ellos tener que luchar con dragón... como si tan peligroso fuera. *Adler*: ¡Pero bueno! ¡Pero si

las centrales nucleares son seguras, las más seguras del mundo! Esta misma mañana se lo dije. Hay medidas de seguridad, hay de todo.

«Entendido», digo yo. Y Adler me manda con la «tropa», la cual hace ya un buen rato que está esperando en la explanada frente a la estación.

Una vez que yo he salido, Adler dice a los delegados de la central: «Éste, como es lógico, no sabe de qué va la cosa. Es su hombre de confianza. Si les dice que rueden, ruedan. Y se cuida de que no se pongan gallitos y de que trabajen como es debido. La verdad es que son como niños. Cuando preguntan, lo que quieren es que se les den respuestas tranquilizadoras».

Herzog/Hansen desea saber si «también Alí es de fiar», proporcionando así a Adler la oportunidad de representar el papel de benefactor y mentir como un descosido:

—El pobre diablo... A ése, sabe usted, lo recogí hace año y medio. ¿Sabe usted lo que hizo para ganarse la vida?

Pachl/Schmidt: No.

Adler: Pues se puso a trabajar de cobaya humano para no sé qué médicos. Le inyectaban cosas.

Herzog/Hansen: ¿En Turquía?

Adler: ¡Qué va! En Alemania. Lo que es yo, no puedo comprender que existan cosas como ésas. Bastante horrible es ya el que lo hagan con animales.

Herzog/Hansen: De modo que hizo eso.

Adler: ¡Eso mismo hizo! Vino a nosotros, tambaleándose, y me llamó la atención. Me interesé por la cuestión y le pregunté qué le pasaba, y él me respondió. El doctor me ha vuelto a poner inyecciones, ¡me pagan ochocientos marcos a la semana por eso! Y yo le dije: ¡Vamos, deja eso! ¡Eso es una barbaridad! ¡Se acabó, muchacho! Es un buen chico.

Herzog/Hansen quiere saber: Y concretamente ¿qué les ha dicho usted a los muchachos?

Adler (le presenta todo un informe): Que van a ir a la central nuclear, que tienen que hacer unos trabajos urgentes y de tanta importancia que de los mismos depende el que la central pueda ser conectada de nuevo a la red, que hay que despachar la cosa lo antes posible, que nada de que trascienda a la prensa ni cosas por el estilo, que no hay que armar ruido alguno sobre el particular. Les he dicho: ahí están las medidas de seguridad, las nucleares alemanas son las más seguras que hay, ¿entendido? Se os dará de todo y no correréis ningún riesgo.

Pachl/Schmidt: Es condición indispensable que dentro de quince días hayan desaparecido.

Adler: Dentro de quince días se habrán marchado.

Pachl/Schmidt: ¡Como si se los hubiera llevado el viento!

Adler: ¡Eso está hecho! Por lo pronto, yo no tengo una gran administración a mi alrededor y en mi negocio nadie sabe qué pasa o deja de pasar. El único que lo sabe soy yo, y eso es precisamente lo bueno. Si tuviera que informar a una decena de personas... más valdría dejarlo. Lo dicho, pueden ustedes confiar en mí. ¡Nosotros lo hacemos todo! «Nosotros lo hacemos todo», he aquí el eslogan de Adler y de la mayoría de los demás consortes y suministradores de hombres a los consorcios de la industria y los negocios de la construcción. «Nosotros lo hacemos todo»¹⁵ es el lema del capitalismo, a

¹⁵ «Nosotros lo hacemos todo» era el eslogan del consorcio Krupp, de acuerdo con la divisa: «Mi meta es educar a gran número de fieles subditos del estado y trabajadores a la medida de la fábrica.» Y en efecto,

lo que habría que añadir: «Todo lo que produce ganancias». Y si bien hasta el momento los seres humanos no son triturados para fabricar con ellos jabón, excepción hecha de los experimentos durante el Tercer Reich (aprovechamiento de los restos de los prisioneros asesinados en los campos de concentración, por valor de 11,50 marcos el cadáver, a fin de utilizar la grasa y los huesos para la fabricación de cola), ello no sucede por motivos humanitarios, sino exclusivamente porque no sale a cuenta hacer jabón con la gente.

Adler se marcha del restaurante de la estación junto con Schmidt y Hansen, a fin de cargar en el autobús a la «tropa» que está esperando.

El problema estribaba en que no podíamos llevar la prueba tan lejos como para organizar un autobús e irnos a Würgassen. Al día siguiente aparecería allí Adler, como había anunciado, para cobrar sus «honorarios» inmediatamente en dinero negro y contante y sonante. Me paso un buen rato considerando la idea de hacer que Adler se enfrente de forma traumática, física, vivencial y palpable con lo que supone que ha llevado a cabo. Tampoco Eichmann se echó nunca a la cara los montones de cadáveres, «sólo» tuvo que organizar el transporte de los supervivientes a los campos de exterminio en masa. Abrigaba yo el propósito de presentar a Adler en un cuartito del hotel «La Curva» de Würgassen, una noche, algunos amigos turcos dañados por la radiactividad, convenientemente preparados por maquilladores: con la piel cayéndoseles a tiras en la cara, lo mismo que el cabello a mechones, y postrados en la cama o tumbados por el suelo, presa de una total apatía.

Pero el asunto está suficientemente claro. Lo único que falta es un desenlace que no infunda recelos a Adler respecto a que todo no fue nada más que una comedia, y que le induzca a emprender la huida al extranjero no sin antes haber borrado todo rastro y destruido los documentos comprometedores.

Lo mejor es que todo se desvanezca ante sus ojos como un fantasma. Como el genio de la botella, que, liberado, vuelve a hacerse pequeñito, a meterse de nuevo en la misma y... ¡a poner el tapón!

En el momento en que Adler, Hansen, Schmidt y yo (Alí) nos dirigimos hacia la «tropa» para cargarla en el autobús y llevarla al «quemadero», de improviso se interponen «agentes de policía vestidos de paisano» exhibiendo sus placas credenciales. Control de identidad. Dos de los turcos ponen pies en polvorosa y a los demás «se los llevan». Todo transcurre con gran lentitud, como en un primer ensayo teatral improvisado. En Adler el efecto ha de ser de una nitidez extrema, como en una pesadilla a cámara lenta.

El caso es que surgió un contratiempo susceptible de haber tenido consecuencias desastrosas. Uno de los dos amigos que en un principio debían representar el papel de miembros de la patrulla de paisano (previsoriamente equipados con esposas y revólveres de juguete), uno de ellos director de instituto de segunda enseñanza y el otro cura,

los subditos funcionaron tan bien, que en 1914 se apresuraron a ir a la guerra y hacerse destrozados por las granadas británicas, en las que estaban troqueladas las letras KPZ (espoleta retardada Patente Krupp). De ahí el que Krupp pudiera enriquecerse doblemente gracias a la guerra. Con los soldados ingleses y alemanes muertos. Por cada caído alemán Krupp se embolsaba 60 marcos en concepto de regalías abonadas por el consorcio armamentístico británico Vickers. Al perder Alemania la guerra, Krupp se había enriquecido en 400 millones de marcos-oro, para luego, antes de 1933, poder invertir oportunamente 4.738.440 marcos en el nuevo preparador de guerras, Hitler. Allí donde se podían obtener ganancias, pequeñas o grandes, producto de soldados caídos o de millares de condenados a trabajos forzados, precariamente mantenidos en vida, parte de los cuales eran cobijados en casetas de perros en los terrenos de las factorías —peor que esclavos—, allí estaba Krupp. En las tapias exteriores de las fábricas Krupp había carteles que rezaban: «Los eslavos son los esclavos».

confunde a Adler con el fotógrafo Günter Zint, que está trabajando de tapadillo, se acerca a él y le saluda. Pachel/Schmidt reacciona inmediatamente y lo arregla lo mejor posible. Hace las presentaciones: «Se trata de nuestros servicios de seguridad, de la central, enviados en misión especial para cubrir el lugar». Adler se muestra elogioso: «¡Bien organizado, realmente!» Pero ¿cómo llegar hasta el fin ahora? Me dirijo a los amigos turcos para preguntarles si podrían permitirse el que interviniesen policías de verdad. Algunos no llevan encima sus papeles, pero todo ganaría tanto en realismo si de veras se los llevaran a la comisaría...

Uno de nosotros llama a la policía y le hace una descripción detallada del lugar en el que se está llevando a cabo trata de hombres con inmigrantes turcos ilegales. No han transcurrido cinco minutos cuando llegan dos patrullas de paisano, salen de sus vehículos y se dirigen al grupo de amigos turcos. En seguida ven al fotógrafo Günter Zint, quien, apostado una quincena de metros más allá, les está enfocando directamente con su teleobjetivo. Los policías relacionan su presencia allí con ellos mismos, y sospechan —tal como llego a enterarme más adelante de forma no oficial por la policía judicial de Duisburg— que una revista quiera tenderles una trampa a fin de demostrar la facilidad y los métodos con que pueden ser detenidos los extranjeros sobre la base de una simple denuncia. Se meten de nuevo en sus vehículos y ponen tierra de por medio.

Henos aquí sin saber lo que hacer como lo estábamos antes. Y el tiempo corre.

Adler se está poniendo nervioso al ver que el autobús de la nuclear todavía no ha llegado. Gesine, la amiga de Sinan, de nuestro grupo, da con una idea salvadora. Se trae de una taberna de estudiantes de las cercanías de la estación dos parroquianos, a los que, con las prisas, como es natural no puede poner al corriente de los pormenores. Les decimos únicamente que se trata de un arresto simulado cuya finalidad es la de desenmascarar a un pez gordo del gremio de los comerciantes de mano de obra. Ambos se declaran dispuestos a colaborar. Uno de ellos, averiguamos posteriormente, es concejal de los verdes.

Así pues, y del modo más antiautoritario y gentil, ambos proceden a la «detención» de nuestros amigos turcos. Lo contrario de la brutalidad realista. Se «llevan» a nuestros amigos tomándolos por el brazo. Pero Adler se lo traga, como ha quedado dicho.

A Ayth, quien ofrece resistencia, le retuercen el brazo por la espalda y yo (Alí) echo a correr detrás, y Adler —que todavía no quiere darse por enterado de que el negocio se le escapa delante de sus narices— me pregunta angustiada (a mí, Alí, ya de vuelta y sin resuello):

—¿Pero qué pasa ahí?

—Policía —me limito a decir—; detenidos porque ellos no tener papeles.

Palabra mágica. Adler, con la cabeza ligeramente hundida, a paso llamativamente rápido, husmeando a diestro y siniestro, inicia un claro amago de fuga hacia su Mercedes, aparcado frente a una parada de autobús, si bien se abstiene aún de echar a correr, tanto para no atraer la atención como para no perder la compostura, a la que se debe. A sus dos consortes en el negocio los deja plantados en mitad de la calle. Pachel/Schmidt corre tras él y le exige una explicación:

—¿Qué sucede? ¿Por qué han echado a correr todos éstos? ¿Cómo es que una cosa así puede ocurrir? Usted me dijo que eran de confianza.

Adler, sin interrumpir su huida, jadeante y apretando el paso responde:

—Por supuesto que son de confianza. Llámeme mañana al coche.

Y mientras se está metiendo en el coche, al que hace arrancar de inmediato, Pachtl/Schmidt le grita todavía:

—Señor Adler, lo necesitamos como colaborador...

Epílogo,

o la banalización del crimen

Al caer la tarde, y para que todo quede en orden, Pachtl/ Schmidt vuelve a llamar a Adler. Adler se pone al teléfono (algo desconcertado y procurando quitar hierro al asunto):

—Sí, señor Schmidt, vaya numerito el de este mediodía.

Pachtl/Schmidt (en tono de seno reproche): En efecto, ¿qué es lo que le ha sucedido, señor Adler?

Adler: Bueno, tampoco yo lo sé. Los muchachos no estaban lo que se dice limpios de mácula. Yo no puedo saber en qué andan metidos.

Pachtl/Schmidt: Lo que no sé es cómo piensa usted que esto va a solucionarse.

Adler: Bueno, mire, ya lo he organizado. Le proporcionaré a otros.

Pachtl/Schmidt: No, señor Adler, eso ya no puede ser. No hace ya ninguna falta que organice usted nada a este respecto, pues lo hemos organizado nosotros mismos. Como le dijimos, la cosa debía quedar resuelta mañana a las 18 h. Le habíamos tomado a usted por un profesional, señor Adler.

Adler (a la defensiva): De los seis, sólo dos hombres...

Pachtl/Schmidt (interrumpiéndole): Dos hombres, dos hombres... ¿sabe usted qué porcentaje es ése, dos hombres de un conjunto de seis?

Adler: Sí.

Pachtl/Schmidt: Usted mismo puede calcularlo, señor Adler. Es un tercio, señor Adler, un tercio, el 33,3 %, ni más ni menos, ¿comprende usted?

Adler: Sí. ¿Y qué hacemos ahora?

Pachtl/Schmidt: Eso es. ¿Qué hacemos ahora, señor Adler? Nosotros teníamos a nuestros dos hombres, los encargados de la seguridad, la cosa, por nuestra parte, marchaba como la seda, teníamos el autobús... y usted va y se marcha. Y ni siquiera nos puede usted dar ahora una explicación. ¿Que cómo va a seguir la cosa? Tenemos que organizado todo de otra manera... sin usted. ¡Adiós! —El auricular resuena con un golpe seco al ser colgado. Media hora más tarde me presento yo (Alí) en casa de Adler, quien al verme pasa inmediatamente a la ofensiva:

—¿Qué clase de gente me trajiste? ¡Puros hampones!

Yo (Alí): Pero yo a usted ha dicho que los dos del sótano tenían ningunos papeles. Policía llevado.

Adler (divertido, se ríe): Sí, ya lo vi.

Yo (Alí): Los demás querer el dinero. Ellos no tienen culpa. Ellos dejaron otro trabajo y ahora tienen nada.

Adler (despectivo): ¡Y encima con ésas! ¡Sinvergüenzas! Diles que la cosa se acabó y no hay nada.

Yo (Alí): ¡Pero usted decía que quiere ayudar a ellos!

Adler: Sí, pero para eso primero tienen que trabajar.

Yo (Alí): Policía ha estado en calle Diesel, querían saberlo todo. Yo en casa no estaba. Ahora yo estar obligado ir y declarar...

Adler (me interrumpe): ¡Pero, como es natural, sin mencionar mi nombre para nada! Ni quiero ni puedo tener que ver nada con ese asunto, ¿entendido?

Yo (Alí) (con inocencia): ¿Qué decir yo a ellos?

Adler: Pues les dice usted, por ejemplo, que fue un tal Müller o algo así, que había prometido trabajo y entonces usted había hablado a los muchachos...

Yo (Alí): ¿Y si ellos quieren saber qué aspecto él tiene?

Adler: Bueno, pues no decir nada, ¡que usted no sabe nada!

Yo (Alí): ¿Que yo saber nada?

Adler: Y que no entiende nada. Mejor les dice que no entiende alemán.

Yo (Alí): ¿Y no poder alguien hacer algo por los compañeros?

Adler: Por ellos no, pero sí por usted, eso desde luego. ¡La cara que ha puesto, el que me hizo el encargo! Estaban cabreados. ¡Menuda mierda! Así que si te viene alguien con el asunto, tú dices que fue un tal Müller o algo así, de Duisburg... y en cuanto a que dónde vive, tú que no lo sabes, y que si su oficina, tú que tampoco lo sabes, que lo habías organizado todo tú porque la gente tenía que trabajar un poquito.

Yo (Alí): ¿Y yo no decir nada de cosa atómica?

Adler: ¡No, no, no, no, no, por Dios! —Riendo—: ¿A quién han cogido?

Yo (Alí): Los dos del sótano. Ahora ellos tienen que marchar a la Turquía.

Adler (satisfecho, alegre y tranquilo a un tiempo): Los mandan a Turquía... ¡pobre gente! ¡Ya es desgracia, desde luego! Lo que no me podía yo imaginar es que en la Estación Central hubiera tanta policía.

Yo (Alí): Pero usted fue quien decir que cita en Estación Central.

Adler (reprobatorio): Lo habríamos podido hacer en otro sirio, si me lo hubieras dicho.

Al día siguiente, viernes 9 de agosto

Abdullah, «hermano» de Alí y nuevo chófer de Adler, va a recoger a éste a las diez. Adler realiza su amplia ronda de bancos, anota de buen humor sus ingresos en cuenta, retira su parte del botín en la firma Remmert y, durante el trayecto, charla con su nuevo chófer, Abdullah, sobre sus actuales preocupaciones.

Adler: Los plazos de entrega son condenadamente largos. Para que te entreguen a tiempo el nuevo modelo tienes que encargarlo con un año de antelación.

El crecimiento a cualquier precio sigue siendo la divisa del capitalismo, aun cuando no se expanda y explote ya de forma tan salvaje. «Si la cosa no va hacia adelante, retrocede», he aquí el miedo atávico de todos los guerreros, conquistadores y capitalistas hasta nuestros días. De acuerdo con la situación coyuntural, Adler pica menos alto: «Cambio del 280 SE al 300 SE de la nueva serie. En el otoño. Para entonces tendrá ya un año y medio». (El que tiene ahora, con todos los accesorios y artilugios, llegó a los 100.000 marcos, y el nuevo pasará de esa cifra.)

Abdullah (conduciendo a Adler al tema): Los dos están ahora en la cárcel.

Adler: Probablemente los expulsarán. Lo siento por los muchachos, lo digo sinceramente. Pero por otro lado he de decir que seguramente es mejor para ellos. ¿Qué se les ha perdido aquí en Alemania? Si ni siquiera pueden moverse libremente, ¿no es cierto?

Abdullah: Así es. Y además en Turquía hace buen tiempo... *Adler*: En efecto, ¿qué se les ha perdido por estos andurriales? Tienen que vivir en sótanos, constantemente atemorizados por la policía. No tienen ni trabajo ni medios de subsistencia, ni nada de nada.

Abdullah: Y tampoco trabajo.

Adler: ¿Que es entonces lo que los retiene aquí?

Abdullah: Actualmente Alí está un poco triste, como es lógico.

Adler: Claro, está cagado de miedo. Nunca tendríamos que habernos citado en la estación sino en otro sitio. ¡Maldita sea! La estación está siempre plagada de polis.

Abdullah: Ahí le duele.

Adler: Natural.

Abdullah: ¿Y cree usted que recibirá algún nuevo encargo de allí?

Adler: ¿De esa gente? ¡Ya lo creo! Hace años y años que estoy metido en Würgassen...

Abdullah: Seguro que pagan a base de bien, ¿no?

Adler: Desde luego, de ellos recibiremos siempre encarguitos. Ahí no hay problema. De momento están cabreados, y se comprende, mi cliente ha resultado perjudicado y se trata de una casa seria. Sólo de vez en cuando tienen que hacer algún trabajo sospechoso. Tenían miedo porque, por ejemplo, si la cosa hubiese saltado a los periódicos y tal y cual, y se hubiera llegado a saber que la central estaba averiada...

Abdullah: Eso les daba más miedo.

Adler: Eso les daba más miedo. Ríen ambos.

Adler: ¡En seguida salieron disparados, ja, ja! Se acojonaron aún más. Normalmente sólo se entra en una central nuclear si se tiene una cartilla de radiaciones en regla. Eso es lo que marca la ley del estado alemán. La dirección de la central se cisca en ello y la gente entra y sale sin cartilla, como si tal cosa. ¡Vamos, una infracción en toda regla! Hay que andarse con ojo. El hecho es que incumplen la ley, por eso también ellos tenían miedo de la policía. —Se ríe.

Abdullah: Pero también por eso pagan su buen dinero, ¿no?

Adler: Por eso, así es. Ellos incumplen la ley, y nosotros lo hacemos a medias, ¿comprendes? Por eso pagan. Y eso es lo bueno. Si el estado alemán supiera lo que hacen allí, ahora, ahora mismito, iban a saber lo que es bueno...

«¡Maldita sea! No hay día que no le traiga a uno una nueva sorpresita! ¡Vamos que...!
—Ríe.

Abdullah: Cuando se llevaron a los compañeros a mí me entró el canguelo.

Adler: Uno de los policías tenía cogidos a dos por el brazo, así, ¿no? —Hace el gesto—. Puede que a mí también me hubieran llevado. Se habrían puesto a hacerme preguntas imbéciles, y eso es algo que yo no me puedo permitir, en mi posición. No quiero tener absolutamente nada que ver con la policía, nada en absoluto.

Abdullah: En Turquía no hay leyes como éstas.

Adler: Ya lo sé. Hay mucha más libertad. Pero aquí es así, aquí en seguida te hacen una ley para cualquier tontada. Cuando menos te lo piensas, ya estás transgrediendo una ley. De veras, aquí en Alemania es el no va más. Y no te dejan vivir, te investigan a base de bien. Si la cosa hubiera trascendido, el director general de la central nuclear se habría tenido que pasar por lo menos un año en la cárcel. La cosa está fea. De ahí el que haya que estar siempre libre de sospecha...

»De todas formas a mí no me podía pasar nada. De haber habido infracción de la ley, los infractores habrían sido los de la central, ellos y no yo la habrían vulnerado.

»Ellos me dijeron: necesitamos seis operarios para unos trabajos urgentes de reparación. Y yo les dije: vale, los tendréis. Lo que hagáis o dejéis de hacer con los seis operarios, yo de eso no sé nada, eso desde luego. Si los dejáis entrar sin cartillas o cosa por el estilo, eso es asunto suyo... ¿o no?

Abdullah: Yo de eso no entiendo.

Adler: Déjalo. Nos hemos enriquecido con una nueva experiencia. La próxima vez en ningún caso nos citaremos en la Estación Central. Eso está clarísimo...

La escenificación de este caso ha llegado a su término como un SAM¹⁶ en pequeño, pero quién sabe si en estos momentos no se estarán llevando a cabo en la realidad encargos similares de mayores proporciones. Si la presente comedia contribuye a reforzar y a sensibilizar la vigilancia y el control de la opinión pública y los media audiovisuales frente a estos submundos, el esfuerzo habrá valido la pena. De lo que aquí se ha tratado no es de Adler, pues éste, en su energía y fantasía criminales, no es más que un instrumento. Nada sería más erróneo que hacer de él un demonio. Adler no es sino uno de los miles y miles de ejecutores auxiliares y beneficiarios del sistema de la explotación ilimitada y el infinito desprecio por el ser humano.

Traducción: Pablo Sorozábal

¹⁶ En el original alemán GAU = Grösster Anzunehmender Unfall = Supuesto de Accidente Máximo. (*N. del T.*)